



LA PATRICIA BRIGGS
CIUDAD SERIE Alfa Omega
ESMERALDA

Lectulandia

Anna y Charles deben asistir a una importante reunión para presentar la polémica propuesta de Bran: hacer pública a los humanos la existencia de los hombres lobo. Sin embargo, uno de los Alfas europeos más temidos no está dispuesto a ponerles las cosas fáciles; aunque no será el único. Cuando Anna es atacada por un grupo de vampiros que utilizan la magia de la manada, un poder al que en principio solo los hombres lobo deberían ser capaces de recurrir, Charles y Anna deberán unir fuerzas para descubrir y atrapar al responsable, o arriesgarse a perderlo todo en el intento...

Lectulandia

Patricia Briggs

La ciudad esmeralda

Alfa y Omega - 2

ePub r1.0

Titivillus 27.12.2018

Título original: *Hunting Ground*
Patricia Briggs, 2009
Traducción: Daniel Aldea Rosell

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

¡Buu! A mi equipo doméstico,
que para que yo pueda acabar el libro
debe soportar cosas como
«preparaos vosotros la comida»,
pizza congelada y mazacotes insípidos.

Os quiero a todos:
Michael, Collin, Amanda y Jordan.

Capítulo 1

Anna le observaba desde la posición a cubierto que había elegido, como las dos veces anteriores. En ambas ocasiones él había estado cortando leña, pero hoy, tras una intensa nevada propia de diciembre, se dedicaba a despejar el camino con una pala. Hoy conseguiría por fin cogerlo por sorpresa.

Con el corazón en la garganta, le observó retirar la nieve con una violencia cuidadosamente controlada. Cada movimiento era exactamente igual al anterior. Cada nueva palada dejaba un rastro perfectamente paralelo a los demás. Y por debajo del estricto control, Anna distinguió la furia, contenida y reducida solo mediante la voluntad; como una bomba de fabricación casera.

Tendida lo más cerca posible del suelo y respirando levemente para no revelar su posición, reflexionó sobre el mejor modo de hacerlo. Por detrás, decidió, tan rápido como pueda, para que no tenga tiempo de reaccionar. Un movimiento rápido y todo habrá terminado. Siempre y cuando no flaqueara en el último momento, como le había ocurrido las dos veces anteriores.

Algo le decía que debía ser hoy, que no dispondría de una cuarta oportunidad. Él era cauteloso y disciplinado, y de no estar tan irritado, es probable que sus aguzados sentidos de hombre lobo ya hubieran detectado fácilmente su escondrijo, sobre la nieve, bajo los abetos que bordeaban el jardín.

Empezó a temblar por la tensión de lo que planeaba hacer. Una emboscada. A traición y por la espalda, pero aquel era el único modo de sorprenderle. Y debía hacerlo cuanto antes, porque era solo cuestión de tiempo antes de que él perdiera el control que le permitía seguir dando paladas a un ritmo constante mientras el lobo se agitaba en su interior. Y cuando le fallara el control, la gente empezaría a morir.

Peligroso. Podía ser muy rápido. Si no lo hacía bien, podía matarla. Debía confiar en que sus reflejos de hombre lobo estuvieran a la altura de los de Charles. Tenía que hacerlo.

La resolución le dio fuerzas. Sería hoy.

Charles oyó el todoterreno pero no levantó la cabeza.

Había desconectado el móvil e ignorado repetidamente la fría voz de su padre en su cabeza hasta que esta había desaparecido. Nadie vivía en las proximidades de aquella carretera de montaña cubierta de nieve, de modo que el todoterreno tenía que ser el nuevo intento por parte de su obstinado padre para obligarle a acatar la disciplina.

—Hola, Jefe.

Un nuevo lobo, Robert, enviado por su Alfa a la Manada de Aspen Creek debido a su falta de control. A veces el Marrok podía ayudarlos; otras, debía limitarse a poner remedio al estropicio. Si Robert no lograba disciplinarse, lo más probable es que Charles tuviera que deshacerse de él. Y si Robert no aprendía a *comportarse*, a Charles el trabajo en cuestión no le afectaría tanto como debiera.

El hecho de que Bran hubiera enviado a Robert para entregarle el mensaje era el mejor indicativo de hasta qué punto su padre estaba molesto con él.

—¡Jefe! —El hombre ni siquiera se molestó en bajar del coche. No había mucha gente a la que Charles otorgara el privilegio de llamarlo por algo que no fuera su nombre de pila, y aquel cachorro no era uno de ellos.

Charles dejó de dar paladas y miró al recién llegado para que comprendiera a qué se enfrentaba. El hombre perdió su sonrisa, empalideció y bajó los ojos de golpe. El miedo repentino hizo aumentar su ritmo cardíaco y la arteria carótida empezó a palpar frenéticamente.

Charles fue consciente de su insignificancia. Y le molestó; le molestó su nimiedad y la enturbiada ira que la provocaba. En su interior, el Hermano Lobo olió la debilidad de Robert y se regocijó en ella. La tensión provocada tras haber desafiado al Marrok, a su Alfa, había dejado al Hermano Lobo sediento de sangre. Robert serviría.

—Yo... ah.

Charles permaneció en silencio. Que el necio saliera solo del embrollo. Entrecerró los ojos y se dispuso a disfrutar de su sufrimiento. El olor de su miedo satisfizo al Hermano Lobo, aunque también hizo que Charles se sintiera ligeramente incómodo. Normalmente, él y el Hermano Lobo convivían en mejor armonía. O puede que el problema fuera que él también deseaba matar a alguien.

—El Marrok desea verte.

Charles esperó un minuto, consciente de lo que todo aquel tiempo significaba para el recadero de su padre.

—¿Eso es todo?

—Sí, señor.

Aquel «señor» estaba a años luz del «Hola, Jefe».

—Dile que iré en cuanto termine de despejar el sendero. —Y se puso manos a la obra.

Tras unas cuantas paladas, oyó cómo el todoterreno daba la vuelta en el estrecho camino. Las ruedas giraron sin control sobre la nieve, pero finalmente el vehículo ganó tracción y puso rumbo a la casa del Marrok, culeando por el imperioso deseo de Robert de largarse de allí cuanto antes. El Hermano Lobo se mostró petulantemente satisfecho; Charles tuvo que controlarse para no sentir algo similar. Sabía que no era prudente provocar a su padre desafiando una orden directa, especialmente frente a un lobo como Robert que precisaba orientación. Pero Charles necesitaba más tiempo.

Tiempo para reunir el control necesario sobre sí mismo antes de volver a enfrentarse al Marrok. Un auténtico control que le permitiera exponer lógicamente sus argumentos y hacerle entender por qué estaba equivocado, en lugar de darse mutuamente cabezazos, como había ocurrido las últimas cuatro veces que había intentado hablar con él. Charles deseó, aunque no por primera vez, gozar de un mayor don de palabra. Su hermano de vez en cuando lograba que el Marrok cambiara de parecer, pero él nunca lo había conseguido. Y en aquella ocasión, Charles estaba convencido de que su padre estaba equivocado.

Y por fin había conseguido encontrar la mejor disposición de ánimo para hacerlo.

Se concentró en la nieve, se llenó los pulmones con una fría bocanada de aire... y algo pesado aterrizó sobre sus hombros, precipitándolo de cara sobre la nieve. Unos colmillos afilados y un aliento cálido le rozaron el cuello, desapareciendo con la misma rapidez con la que aquello le había hecho caer.

Abrió los ojos ligeramente, sin moverse, y por el rabillo del ojo vio al lobo negro de ojos azules que le observaba cautelosamente. Sacudía el rabo de forma vacilante y hacía bailar las patas sobre la nieve, extendiendo y retrayendo las zarpas con nerviosismo, como un gato.

Y fue como si un interruptor se apagara en su interior, desconectando la feroz ira que había estado acumulándose en sus vísceras durante las dos últimas semanas. El alivio que sintió le hizo volver a enterrar el rostro en la nieve. Solo con ella, siempre con ella, el Hermano Lobo recuperaba completamente la paz. Y unas cuantas semanas no eran suficientes para habituarse al milagro ni para dejar de comportarse como un estúpido y pedirle ayuda.

Aquel era el motivo tras la emboscada, por supuesto.

En otras circunstancias le hubiera hecho entender lo peligroso que era para ella atacarle furtivamente. Aunque el Hermano Lobo parecía saber perfectamente quién le atacaba, pues había permitido que le cogiera por sorpresa.

Le sentó bien el frío en la cara.

La nieve crujió bajo las patas de su atacante al tiempo que exhalaba un gemido de ansiedad, y Charles supo que no había reparado en su mirada. Sintió su frío hocico en la oreja e hizo un gran esfuerzo por mantenerse inmóvil. Al tener el rostro enterrado en la nieve, permitió que sus labios trazaran libremente una sonrisa.

El frío hocico se retiró. Charles esperó a tenerlo de nuevo al alcance mientras mantenía el cuerpo lacio y sin vida. Cuando le zarandó con una pata, dejó que su cuerpo oscilara; sin embargo, cuando le mordisqueó el trasero, no pudo evitar apartarse con una sacudida y un gruñido.

Después de aquello ya no tenía sentido seguir haciéndose el muerto, de modo que rodó sobre sí mismo y se puso en cuclillas.

El lobo se alejó rápidamente de él y se dio la vuelta para mirarle. Charles sabía que no podía leer nada en su rostro. Lo sabía. Tenía demasiada experiencia controlando sus expresiones.

No obstante, el lobo vio algo que le hizo inclinar la parte delantera de su cuerpo y relajar la mandíbula inferior con una sonrisa lobuna: la invitación universal para jugar. Charles rodó hacia delante y ella salió al trote con un ladrido de excitación.

Se enzarzaron en una lucha juguetona por todo el jardín, ensuciando el cuidado sendero y convirtiendo la prístina nieve en un campo de batalla plagado de huellas de cuerpos y zarpas. Charles continuó en forma humana para equilibrar el enfrentamiento. El Hermano Lobo la superaba en más de treinta kilos pero en forma humana Charles pesaba prácticamente lo mismo que el lobo de Anna. Ella no utilizó las uñas ni los colmillos contra su vulnerable piel.

Cuando lo tiró al suelo y se abalanzó sobre su estómago, Charles rio ante sus gruñidos fingidos; y volvió a hacerlo cuando el frío hocico del lobo se deslizó bajo su abrigo y su camisa, provocándole más cosquillas en los puntos sensibles a ambos costados del vientre que si lo hubiese hecho con los dedos.

Charles tuvo la precaución de no inmovilizarla, de no hacerle daño, ni siquiera accidentalmente. El hecho de que se hubiera arriesgado a hacer aquello era una declaración de confianza que agradecía enormemente. Sin embargo, en ningún momento dejó que el Hermano Lobo olvidara que ella aún no los conocía bien y que tenía más razones que nadie para temerle por lo que era: macho, dominante y lobo.

Oyó cómo se aproximaba otro vehículo. Podría haber detenido el juego, pero el Hermano Lobo no sentía la más mínima inclinación a abandonar tan pronto una pelea. De modo que le agarró una pata trasera y tiró de ella mientras rodaba sobre sí mismo para ponerse fuera del alcance de sus relucientes colmillos.

Charles ignoró el penetrante rastro que destilaba la ira de su padre; un olor que se desvaneció repentinamente.

Anna no había reparado en la presencia de su padre. Bran sabía cómo fundirse con las sombras y aparentar ser un hombre corriente y no el Marrok. Anna estaba totalmente concentrada en Charles, lo que hizo que el Hermano Lobo se regocijara ante el hecho de que incluso el Marrok fuese algo secundario cuando él estaba presente. Pero inquietó al hombre, pues sus sentidos animales aún no estaban desarrollados y algún día podía acabar muerta al no identificar el peligro. El Hermano Lobo estaba convencido de poder protegerla y obligó a Charles a arrinconar sus preocupaciones y concentrarse en el júbilo propio del juego.

Oyó cómo su padre suspiraba y se quitaba la ropa al tiempo que Anna salía corriendo. Charles salió tras ella hacia la parte trasera de la casa. Anna utilizó los árboles que había en aquella zona para mantener la distancia entre ambos cuando él hizo ademán de acercarse demasiado. Sus cuatro zarpas le otorgaban una mayor tracción que sus botas, por lo que pudo moverse con facilidad entre los árboles.

Finalmente, logró alejarla de los árboles y Anna volvió a rodear la casa hacia la parte delantera con Charles pisándole los talones. Cuando Anna llegó de nuevo al jardín, se quedó petrificada ante la imagen del Marrok en forma de lobo. Les estaba esperando.

Lo único que pudo hacer Charles para evitar llevarse a Anna por delante como un *running back* fue levantarle las patas traseras mientras detenía la carrera y se deslizaba sobre la nieve.

Antes de poder comprobar que Anna estuviera bien, un misil plateado se abalanzó sobre él, transformando la pelea en un abrir y cerrar de ojos. Hasta entonces, Charles había tenido el control de la acción, pero ahora que se había sumado también su padre se vio forzado a aplicar todo el músculo, la velocidad y la inteligencia a su alcance para evitar que los dos lobos, negro y plateado, le obligaran a comer nieve.

Poco después, se encontró en el suelo, de espaldas, con Anna sobre sus piernas y su padre amenazándole fingidamente con los colmillos a escasos centímetros de su cuello.

—Muy bien —dijo, relajando su cuerpo a modo de rendición—. Muy bien. Me rindo.

Aquellas palabras indicaban más que un simple final al juego. Lo había intentado, pero finalmente la palabra del Alfa era ley. Lo que ocurriera a continuación ya no dependía de él. Se sometió con la misma naturalidad que cualquier cachorro de la manada a la supremacía de su padre.

El Marrok levantó la cabeza y bajó del pecho de Charles. Olisqueó el aire y se sacudió la nieve que le cubría el pelaje mientras Charles se incorporaba y deslizaba sus piernas de debajo de Anna.

—Gracias —le dijo, y ella le respondió con una sonrisa satisfecha. Recogió la ropa amontonada sobre el capó del coche de su padre y abrió la puerta de la casa. Anna entró en el salón dando pequeños brincos y se perdió por el pasillo en dirección al dormitorio. Charles dejó la ropa de su padre en el cuarto de baño y, cuando este entró en él, cerró la puerta tras su cola salpicada de blanco.

Cuando su padre reapareció en el salón, el rostro encendido por el esfuerzo de la transformación y sus ojos color avellana nuevamente humanos, Charles ya tenía preparado chocolate caliente y sopa.

No se parecían mucho físicamente. Mientras que en Charles se había impuesto la herencia *salish* de su madre, Bran era galés de los pies a la cabeza. Pelo rubio rojizo, facciones prominentes que habitualmente, aunque no en aquel momento, enmarcaban un semblante equívocamente circunspecto. Pese al esfuerzo, Bran no parecía especialmente feliz.

Charles no se molestó en hablar. De todos modos, no tenía nada que decirle. Su abuelo le había dicho en numerosas ocasiones que se esforzaba demasiado en mover los árboles cuando un hombre más sabio hubiera intentado rodearlos. Su abuelo había sido chamán, y como tal, le encantaban las metáforas. Casi siempre tenía razón.

Charles le entregó a su padre una taza de chocolate caliente.

—Tu mujer me llamó anoche. —La voz de Bran sonaba áspera.

—Ah. —No lo sabía. Anna debió de llamarlo mientras él estaba fuera, intentando dejar atrás sus frustraciones.

—Me dijo que no escuchaba lo que tenías que decirme —le dijo su padre—. Yo le dije que te oí perfectamente cuando me llamaste idiota por insistir en ir a Seattle para reunirme con la delegación europea, así como la mayor parte de la manada.

Diplomático, ese soy yo, se dijo Charles a sí mismo, y decidió que dar un sorbo a su chocolate caliente era mejor que abrir la boca.

—Y entonces le pregunté si habitualmente discutías con él sin un buen motivo —dijo Anna con tono despreocupado mientras pasaba junto a su padre y se apoyaba en Charles. Llevaba puesto el jersey marrón favorito de Charles. A ella le llegaba a la altura de las pantorrillas y ocultaba sus formas en una nube de lana color chocolate. Al Hermano Lobo le encantaba que se pusiera su ropa.

Aunque su aspecto tendría que haber sido el de una refugiada, no era el caso. El color del jersey le daba a su piel la textura de la porcelana y arrancaba intensos reflejos de su cabello castaño. También enfatizaba sus pecas, algo que adoraba especialmente.

Anna se encaramó sobre la encimera y ronroneó de satisfacción mientras cogía la taza de chocolate que Charles le había preparado.

—Y entonces colgó —dijo su padre, contrariado.

—Mmm —dijo Anna. Charles no estaba seguro de si aquello iba dirigido al chocolate o a su padre.

—Y se negó a descolgar el teléfono cuando volví a llamar. —Su padre no estaba muy contento.

¿Incómodo porque alguien no te obedece al instante, viejo?, pensó Charles justo cuando su padre le miró directamente a los ojos.

La súbita carcajada de Bran le dijo que su enfado no era tan serio.

—Frustrante —probó Charles.

—Me gritó —dijo Anna con serenidad mientras se daba golpecitos en la frente. El Marrok podía comunicarse telepáticamente con cualquiera de sus lobos, aunque no podía leer sus mentes, por mucho que a veces diera esa sensación. Simplemente se le daba muy bien interpretar lo que deseaba la gente—. Le ignoré y, poco después, me dejó en paz.

—No es muy divertido pelearse con alguien que no devuelve los golpes, ¿verdad? —dijo Charles.

—Sin nadie con quien discutir, sabía que no le quedaría más remedio que reflexionar sobre lo que le había dicho —les dijo Anna en tono petulante—. Aunque solo fuera para encontrar las palabras adecuadas con las que machacarme la próxima vez que hablara conmigo.

Ni siquiera había llegado aún al cuarto de siglo, no llevaban juntos ni un mes, y ya se dedicaba a organizar sus vidas a su conveniencia. El Hermano Lobo se sintió orgulloso de la pareja que había elegido.

Charles dejó la taza sobre la encimera y se cruzó de brazos. Sabía que resultaba amenazador, pero su intención era precisamente esa. Sin embargo, cuando Anna se

apartó ligeramente de él, bajó los brazos, deslizó los pulgares en los vaqueros y relajó los hombros.

Y su voz le salió mucho más dócil de lo que había pretendido.

—Manipular a Bran suele traer consecuencias —le dijo—. No se lo recomendaría a nadie.

Pero su padre se pasó una mano por los labios y suspiró sonoramente.

—De acuerdo —dijo—. ¿Por qué crees que ir a Seattle sería desastroso para mí?

Aparcada definitivamente su resolución de dejar de enfrentarse a él por la decisión de ir a Seattle, Charles se encaró a su padre.

—¿Te parece poco que la Bestia asista a la reunión?

—¿Quién? —preguntó Anna.

—Jean Chastel, la Bestia de Gévaudan —le dijo Charles—. Disfruta devorando a sus presas... y sus presas casi siempre son humanas.

—Ya no lo hace —dijo Bran fríamente.

—Por favor —soltó Charles—, no intentes convencerme de algo que ni siquiera tú crees. Se parece demasiado a una mentira. Aunque la Bestia fue obligada a dejar de matar abiertamente, un tigre nunca se deshace de sus rayas. Sigue haciéndolo, y lo sabes tan bien como yo. —Podría haberle recordado otras cosas, como la predilección de Jean por la carne humana, cuanto más joven mejor. Pero Anna ya había experimentado lo que ocurre cuando un lobo se transforma en un monstruo. No quería ser él quien le recordara que existían bestias peores que su anterior Alfa y pareja. Su padre sabía perfectamente cómo era Jean Chastel.

Y no tuvo otro remedio que darle la razón.

—De acuerdo, es probable que siga haciéndolo. Pero yo no soy precisamente un humano indefenso. No puede matarme. —Miró a Charles con los ojos entreabiertos—. Y lo sabes. Por tanto, ¿por qué crees que sería peligroso?

Charles estaba convencido de su postura. Aunque eliminara de la ecuación a la Bestia, el hecho de que su padre viajara a Seattle seguía inquietándolo. La Bestia era el peligro más obvio, pero no el único.

—Simplemente lo sé —dijo finalmente Charles—. Pero la decisión es tuya. —Se le formó un nudo en el estómago ante las consecuencias de lo que se avecinaba.

—Sigues sin tener un motivo lógico.

—Exacto. —Charles obligó a su cuerpo a aceptar la derrota y mantuvo la vista baja.

Su padre observó las montañas cubiertas por el manto invernal a través de la pequeña ventana de la cocina.

—Tu madre hacía lo mismo —dijo—. Aseguraba algo sin ningún respaldo lógico y esperaba que le hiciera caso.

Anna observaba a su padre con gran expectación.

Bran le sonrió y levantó la taza en dirección a las montañas.

—Aprendí por las malas que habitualmente tenía razón. Podría llamarlo frustrante, pero eso ni siquiera se le acerca. —Mirando de nuevo a Charles, continuó —: Ya están de camino, ahora ya no puedo cancelarlo... y, además, hemos de hacerlo. Anunciar al mundo que los hombres lobo viven entre ellos afectará a los lobos europeos tanto o más que a nosotros. Merecen tener la posibilidad de ser escuchados y de que les expliquemos nuestros motivos. Aunque tendría que ser yo quien lo hiciera, serás un sustituto aceptable. Lo más probable es que se sientan ofendidos; has de estar preparado para ello.

El alivio fluyó a través de él de un modo tan repentino que tuvo que apoyarse en la mesa para contrarrestar el súbito agotamiento. Sintió cómo le abandonaba la aplastante sensación de desastre absoluto y definitivo y cómo volvía a recuperar todo su ser. Miró a su pareja.

—A mi abuelo le habría encantado conocerte —le dijo con voz ronca—. Te habría llamado «La que aparta los árboles de su camino».

Por su expresión, supo que no le había entendido, pero su padre soltó una risotada. Él también había conocido al viejo.

—A mí me llamaba «El que debe correr entre los árboles» —le explicó Charles, y dejándose llevar por la corriente de sinceridad en la que estaba instalado, y por la necesidad que intuía en su pareja de conocerle mejor, añadió—: Y a veces «Águila que corre».

—¿«Águila que corre»? —Anna frunció el ceño. Parecía desconcertada—. ¿Qué tiene eso de malo?

—Demasiado estúpido para volar —murmuró su padre con una tímida sonrisa—. El viejo tenía una lengua envenenada y sagaz. Te marcaba con un nombre hasta que se le ocurría algo aún más ofensivo. —Miró a Charles con la cabeza inclinada—. Pero por entonces eras mucho más joven... y yo no soy tan sólido como un árbol. ¿Te sentirías mejor si tú...?

Anna se aclaró la garganta sonoramente.

Su padre le sonrió.

—¿Si tú y Anna vais en mi lugar?

—Sí. —Charles se detuvo, consciente de que se le escapaba algo. Pero en la casa había demasiados artilugios modernos como para oír claramente la voz de los espíritus, algo que normalmente agradecía. Cuando se ponían demasiado exigentes solía refugiarse en su oficina, donde los ordenadores y aparatos electrónicos los mantenían alejados. Aun así, algo en su interior respiraba mejor ahora que su padre había aceptado no acudir a la reunión.

—No más seguro, pero sí mejor. ¿Cuándo quieres que nos marchemos?

Capítulo 2

—Me encanta Seattle. —Krissy se rodeó el cuerpo con ambos brazos y giró sobre sí misma. Levantó la vista con una hábil sonrisa de niña pequeña y su amante se la devolvió.

Le acercó una mano al rostro y le colocó un rizado mechón rubio tras la oreja.

—¿Quieres que nos mudemos aquí, princesa? Podría comprarte un piso con vistas al mar.

Ella se lo pensó brevemente, pero finalmente negó con la cabeza.

—Sabes que echaría de menos Nueva York. En ningún lugar se puede ir de compras como allí.

—De acuerdo —dijo él con un ronroneo indulgente—. Pero si te gusta tanto, podemos venir de vez en cuando.

Krissy ladeó la cabeza y con un movimiento brusco atrapó unas gotas de agua con la boca, como un murciélago cazando una polilla.

—¿Podemos jugar?

—El negocio antes que el ocio —dijo Hannah, la aguafiestas. Había sido la compañera de juegos de Ivan antes de que Krissy ocupara su lugar tanto en su cama como en su corazón, algo que Hannah no podía soportar.

—Ivan —insistió Krissy, colocando ambas manos en sus costados y tirando de él para poder besarle en los labios—. ¿No podemos salir a jugar? Esta noche no hemos de trabajar.

Él permitió que le tomara la boca, y cuando levantó la cabeza, tenía los ojos encendidos.

—Hannah, acompaña a los demás al hotel y ponte en contacto con nuestro cliente. Krissy y yo nos reuniremos con vosotros dentro de unas horas.

Aunque volvía a llover, Jody había crecido en Eugene, donde solo llovía una vez al año: de enero a diciembre. Y, además, era Piscis; el agua era su elemento.

Echó la cabeza hacia atrás y dejó que la lluvia le mojara la cara. El ensayo se había alargado más de lo habitual y las calles ya estaban teñidas con la luz propia del atardecer. Hoy la música había sonado bien; todos pensaban lo mismo. Cogió las baquetas del bolsillo trasero del pantalón y golpeó el aire con un ritmo solo para sus oídos. Había algo que debía cambiar en el último compás...

Decidió volver a su apartamento por el atajo: un callejón mal iluminado por el que a duras penas podía circular un coche y medio. Pese a no ser muy tarde, el lugar

estaba desierto a excepción de un hombre mayor y una chica con aspecto de no tener más de dieciséis años. Ambos estaban empapados y avanzaban decididos hacia él.

—Perdone —dijo el hombre—. No somos de aquí y me temo que nos hemos perdido. ¿Podría indicarnos el restaurante más cercano? —Llevaba puesto un abrigo caro (de lana, pensó Jody) y un brillante reloj de oro que debía de costar una buena pasta. La chica (ahora que estaban más cerca habría apostado algo a que les separaba más de una generación) calzaba unos zapatos de tacón que hacían que sus pies parecieran diminutos.

La chica le sorprendió mientras los observaba y se regocijó en su admiración. Jody no pudo evitar corresponderle con una sonrisa. La chica le rodeó la muñeca con una mano y le dijo:

—Estamos hambrientos. —La chica abrió un poco más los labios y Jody pudo distinguir los colmillos.

Qué extraño, pensó. No tenía aspecto de ser el tipo de chica que se movía en los ambientes que solía frecuentar su ex, esos donde se ponían colmillos y jugaban a juegos estúpidos... no a Dragones y Mazmorras, ese molaba... sino a juegos de vampiros.

La chica llevaba el pelo recogido en una cola de caballo y se parecía más a Britney Spears que a Vampirella. Los zapatos de tacón eran de color rosa chillón y no llevaba ni una sola prenda negra.

A Jody no le hizo mucha gracia que su cuello se pusiera en tensión simplemente porque la chica llevara colmillos acrílicos.

—Hay un local a dos calles de aquí —le dijo mientras torcía ligeramente la muñeca para librarse de ella—. Es un italiano. La salsa de tomate es excelente.

La chica se lamió los labios pero no le soltó la muñeca.

—Me encanta la salsa de tomate.

—Mira —dijo él, librándose con un tirón de su mano—, déjalo estar. Esto no tiene gracia.

—No —le susurró el hombre al oído. De algún modo, se había colocado a su espalda mientras él hablaba con la chica—. No tiene ninguna gracia. —Y sintió un doloroso aguijonazo en el cuello.

—¿Conoces algún sitio más privado? —le preguntó el viejo algo después—. ¿Un lugar donde podamos jugar sin que nadie nos vea?

Y Jody llevó a sus nuevos amigos a varios kilómetros de allí, a un lugar en el Sound donde sabía que nadie les molestaría.

—Bien —dijo el hombre—. Muy bien.

La chica cerró los ojos y sonrió.

—El tráfico sofocará los gritos.

El hombre se inclinó y acercó la boca a la oreja de Jody.

—Ahora sí que deberías estar aterrorizado.

Y Jody lo estuvo durante mucho, mucho tiempo antes de que lo lanzaran al río para que los peces terminaran el trabajo.

—Las rocas lo mantendrán sumergido el tiempo suficiente para que no sepan cómo murió —dijo Ivan.

—Sigo creyendo que tendríamos que haberlo dejado colgado desnudo de un árbol, como aquella niña de Syracuse.

Ivan se frotó la frente.

—Querida niña —dijo con un suspiro—. Ese fue un caso especial; era un mensaje para su padre. Esto era solo un divertimento, y si dejamos que los estúpidos humanos descubran que hemos sido nosotros, adiós al trabajo.

Krissy observó las baquetas manchadas de sangre y suspiró antes de arrojarlas con el cuerpo.

—Y nada puede interferir con el trabajo.

—El trabajo nos proporciona un techo bajo el que dormir y nos permite viajar cuando queremos —le dijo Ivan—. Tienes que lavarte la cara, princesa, y vístete.

Un gran pico montañoso irrumpió entre la espesa niebla, imponiendo su sobrecogedora majestuosidad contra un cielo despejado. Anna contuvo el aliento. El monte Rainier, se recordó a sí misma pese a su pobre conocimiento de la geografía de la cordillera Cascade. Había otras montañas frente a ellos, pero aquella destacaba por su magnitud en el rizado manto formado por riscos mucho más bajos. Otros picos de gran altura aparecieron paulatinamente en la distancia, sofocados por las nubes.

—¿Charles?

Las montañas quedaban en el lado del avión en el que estaba Charles. Anna se inclinó todo lo que pudo hacia él pero sin llegar a tocarle. Charles estaba pilotando el aparato y no quería distraerle.

—¿Sí?

Ambos llevaban cascos para proteger sus sensibles oídos del ruido del motor y se comunicaban por el micrófono incorporado. A través de los auriculares, y pese a bajar el volumen al mínimo, la voz de Charles sonaba tan grave que producía vibraciones.

—¿Cuántos aviones tiene la manada?

Aquel era el segundo en el que volaba.

—Solo el Learjet —dijo Charles—. Si te inclinas más, acabarás estrangulándote. Este Cessna es mío.

¿Tenía un avión? Justo cuando empezaba a creer que le conocía, descubría algo nuevo de él. Sabía que se encargaba de las finanzas de la manada, y que esta no estaba precisamente en la ruina. Sabía que era una persona económicamente estable, aunque nunca habían tocado el tema directamente. Ser propietario de un avión era

una categoría completamente distinta de económicamente estable, como el monte Rainier era una categoría completamente distinta de las montañas que había visto en Illinois.

—Creía que esto era un encargo de la manada —dijo Anna—. ¿Por qué viajamos en tu avión?

—El *jet* necesita un kilómetro y medio para aterrizar —dijo Charles—. O sea, Boeing Field o Sea-Tac, y no quiero tener al gobierno pegado a los talones toda la semana.

—¿El gobierno os vigila? —Tuvo la súbita visión de Charles paseando mientras un grupo de hombres con trajes negros le acechaban, intentando pasar desapercibidos sin conseguirlo, todo con la exageración propia de los dibujos animados.

Charles asintió.

—Puede que el resto del mundo viva en la ignorancia, pero te aseguro que la gente equivocada conoce nuestra existencia.

Y por eso mismo el Marrok estaba convencido de que había llegado el momento de hacerla pública a todo el mundo.

—¿Siempre te sigue la gente equivocada?

El rostro de Charles se iluminó con una sonrisa lobuna.

—Solo cuando quiero que lo hagan.

Tras cavilarlo brevemente, Anna decidió que aquella sonrisa le quedaba muy bien.

—Entonces, ¿dónde aterrizaremos?

—En un aeródromo propiedad de la Manada de la Ciudad Esmeralda. Está a unos cincuenta kilómetros de Seattle.

El avión se sacudió al perder altura rápidamente y Anna sintió un hormigueo en el estómago. Se agarró con fuerza a los apoyabrazos con una risotada. Charles volvió a enderezar el rumbo.

—Me encanta volar.

Charles agachó la cabeza para mirar brevemente a Anna por encima de sus gafas de sol, torció los labios y volvió a centrar su atención en el panel de instrumentos. El avión se inclinó a la izquierda.

Anna esperaba que lo enderezara en seguida, pero el aparato siguió inclinándose hasta quedar boca abajo, y Charles continuó volando tranquilamente en aquella posición hasta que decidió recuperar la posición original.

Charles dijo por encima de las risas de Anna:

—Este avión no es el más adecuado para las acrobacias, pero para un trompo solo hace falta una maniobra de una g. —Inclinó el aparato hacia el lado contrario y añadió—: Uno bien hecho. —Y entonces inició una serie de piruetas.

Anna estaba sin aliento, y cuando el avión volvió a estabilizarse, le dolía el diafragma de tanto reír. Miró a Charles y vio que ni siquiera sonreía. Era como si hiciera aquello de una forma mecánica.

Charles odiaba los aviones y casi todo lo que tuviera que ver con la tecnología moderna. Anna lo sabía porque él mismo se lo había dicho. Sin embargo, no solo tenía un avión sino que era un piloto experto. Al volante de su camioneta, era un conductor precavido y controlado. Entonces, ¿a qué venía aquella demostración a los mandos del Cessna? ¿Pretendía deleitarla o simplemente disfrutaba haciéndolo?

Una mujer debería conocer mejor a su pareja. Cuando el vínculo emocional entre ambos finalmente se consolidó, Anna estaba convencida de que lo lograría. No obstante, la capacidad inicial que le había permitido sentirse parte de él se había ido desvaneciendo hasta quedar enterrada bajo el autocontrol de Charles y sus propias defensas. Aún sentía el vínculo entre ambos, fuerte, brillante e impenetrable. Anna se preguntó si él sentiría lo mismo, o si sería capaz de interpretar sus sentimientos cuando se lo proponía.

—Aquí Estación Aire Noviembre uno ocho ocho tres Víctor solicita permiso para aterrizar —dijo Charles, y Anna tardó un segundo en comprender que no hablaba con ella.

—Adelante, señor. Quiero decir, adelante, ocho tres Víctor —dijo una voz que no reconoció—. Bienvenido al territorio de la Manada de la Ciudad Esmeralda, señor.

Charles descendió abruptamente a través de las nubes dispersas, desde las cimas nevadas de las montañas al suave verdor del valle. Cuando Anna vio la pista de aterrizaje, las ruedas del aparato ya tocaban tierra con una suave sacudida.

El lugar donde habían aterrizado parecía tan remoto como Aspen Creek. Pese a la presencia de la nieve en las laderas de las montañas, el valle en el que habían tomado tierra estaba tan verde como en verano, o incluso más. Salvo por la pista de aterrizaje y el hangar, el paisaje era de una gran frondosidad.

Varias personas se acercaron al avión a paso ligero desde el hangar mientras Charles se quitaba los auriculares y se desabrochaba el cinturón.

Y entonces se aisló de ella, debilitando el vínculo dolorosamente. Si le hubiera avisado antes, se habría mantenido en silencio. Los tres años que había pasado en su primera manada le habían enseñado a dominar el dolor. El gemido que escapó de su garganta estuvo provocado por la sorpresa.

Charles se quitó las gafas de sol y la miró con el ceño fruncido. La súbita comprensión hizo que abriera mucho los ojos.

—No pensaba... —Giró la cabeza y dijo a través del auricular—: Está bien. Está bien. —Y el doloroso colapso de su vínculo cesó.

Charles, con ojos lobunos, se inclinó hacia ella y le tocó el rostro.

—Lo siento —le dijo—. No pretendía excluirte. Solo estaba...

Se detuvo, aparentemente por falta de palabras.

—¿Puliendo tu armadura? —sugirió Anna—. No pasa nada. Es solo que no lo esperaba. Haz lo que tengas que hacer.

Pero no lo hizo. Con la atención puesta en el grupo que se aproximaba, le dijo:

—No son el enemigo. Al menos no esta vez.

Se levantó de su asiento antes de que Anna pudiera decir nada. *¿Y qué podría decirle?* Se encerraba en sí mismo para poder matar si era necesario, para no establecer ningún vínculo emocional con ninguno de ellos. Para no dudar cuando tuviera que cumplir con su cometido.

Después de todo, sabía algo de su pareja. Le siguió al exterior, sumergiéndose en la presencia de todos aquellos lobos desconocidos mientras intentaba decidir si debía sentirse más tranquila o más preocupada.

—Me alegro de que lo haya conseguido, señor —dijo el que estaba al mando. Aún seguía inquietándole el hecho de saber quién estaba al mando por detalles tan sutiles como el movimiento o la posición corporal. La gente normal —los humanos normales— no necesitaban aquel tipo de información.

—Le estábamos siguiendo por el radar y Jim temía que tuviera algún problema. Su velocidad parecía un tanto errática.

Charles les miró con expresión neutra mientras Anna se preguntaba cómo habría registrado el radar sus acrobacias.

—Sin problemas —dijo.

El otro lobo se aclaró la garganta y bajó la mirada.

—Bien. Me llamo Garner, de la Manada de la Ciudad Esmeralda. Estoy aquí para ayudarle en todo lo que necesite.

Anna se mantuvo al margen mientras Charles y los otros lobos descargaban el equipaje y resolvían el tema de la asistencia y el modo en que debía estacionarse el aparato. No se sentía tan nerviosa con extraños como había supuesto, y tardó un minuto en comprender el motivo.

Ian era el centro, el líder, de modo que aquellos lobos no formaban parte del escalafón superior del Alfa, ni siquiera eran los más dominantes; eran lobos que no despertarían el instinto dominante de un macho para mantenerlos a raya. Angus Hopper, el Alfa de la Manada de la Ciudad Esmeralda, era un hombre listo. Aunque Charles no solía tener problemas de control, nunca estaba de más actuar con prudencia.

Aunque probablemente Angus no lo hubiese hecho para evitar que Anna se sintiera amenazada por los machos dominantes que no conocía, se lo agradeció de todos modos.

Ya tendría tiempo de enfrentarse a suficientes machos dominantes en cuanto dieran comienzo las reuniones. Los lobos que venían de Europa gobernaban sobre sus propios territorios, y algunos llevaban siglos ejerciendo su poder. Nadie le haría daño, no mientras estuviera con Charles. Pese a saber aquello, el miedo que le provocaban los lobos macho había tardado tres años en aposentarse y tardaría más de uno o dos meses en librarse de él.

—Ellos se encargarán del avión —dijo Ian. Cogió la maleta que tenía más próxima y, con un movimiento de su hombro y un respetuoso giro de su cabeza, les

invitó a seguirle por un sendero adoquinado que se adentraba en el bosque. Charles cogió su maleta y esperó a que Anna le precediera.

En cuanto se pusieron en movimiento, el lobo de la Ciudad Esmeralda empezó a hablar en un tono nervioso y profesional que seguramente habría ocultado la ansiedad que sentía a un oyente humano. Charles solía provocar aquel tipo de reacción en los demás, incluso entre los miembros de su propia manada, y no creía que ni su padre supiera hasta qué punto le molestaba.

—Angus está ocupado —dijo el lobo—. Ha dejado claro que disponéis de acceso ilimitado a la casa. —Anna recordó haber tenido una fugaz visión de la casa al aterrizar, pero a nivel del suelo quedaba completamente oculta por los árboles. Debía de ser allí hacia donde se dirigían—. Tienes a tu disposición todo lo que nos pertenece, pero la manada tiene un Land Cruiser bastante nuevo y un Corolla que ha conocido mejores días. Angus dice que, si lo prefieres, puedes usar su BMW.

—Nos quedamos con el Corolla —dijo Charles—. Y nos hospedaremos en un hotel del centro. Esto está demasiado alejado del lugar donde se celebrarán las reuniones.

—Angus temía que dijeras eso. Os invita a quedaros con él en el apartamento que tiene en la ciudad.

—No será necesario —dijo Charles. El hombre se quedó con la boca abierta. Anna no estaba muy segura de que Charles se hubiera dado cuenta, aunque lo más probable es que le trajera sin cuidado.

La Manada de la Ciudad Esmeralda era la anfitriona del encuentro, y el hecho de que Charles rechazara la invitación a alojarse en una de sus casas podía interpretarse como una negativa a reconocerlos como aliados. Charles prefería la independencia, sentirse aislado de la gente a la que podría verse obligado a matar. Charles era el ejecutor de su padre, el impartidor de justicia, y esa sombría responsabilidad permeaba todos sus actos. Nunca se salía de su papel para establecer relaciones amistosas con otros hombres lobo, ni siquiera en el seno de su propia manada. Se sentía más cómodo a su aire.

Lo que no significaba que Anna no pudiera suavizar ciertas cosas.

—Agradecemos la oferta —le dijo a Ian—. Pero hace muy poco que somos pareja y... —A Anna no le costó mucho sonrojarse ante el sonido de sus propias palabras. El interés eclipsó cualquier tipo de ofensa que Ian pudiera haber sentido.

—¿Entonces es cierto? —Ian miró a Charles pero desvió rápidamente la mirada—. Al menos eso es lo que había oído.

—Lo sé. Asombroso —murmuró Charles.

El otro lobo se tensó y miró a Charles con semblante preocupado. Se mostraba demasiado cauteloso para captar la ironía.

—Charles es un bromista incorregible —dijo Anna acudiendo al rescate.

La absoluta incredulidad relajó el rostro del lobo de la Ciudad Esmeralda.

Charles se dio cuenta y miró a Anna con una sonrisa. Fue una lástima que Ian no viera la expresión de su pareja, ya que, en cuanto miró en su dirección, Charles había vuelto a recuperar el habitual semblante granítico que solía utilizar en público.

—De acuerdo —dijo Ian. Se aclaró la garganta y cambió de tema—. Bueno... Angus me ha pedido que te diga que solo faltan por llegar los rusos y los franceses. También creyó que te interesaría saber que el Alfa británico llegó con su pareja. Nos avisarán en cuanto lleguen los rusos; se hospedan en el apartamento propiedad de la empresa de Angus.

—¿La empresa de Angus? —preguntó Anna. Había hecho las maletas apresuradamente y no había tenido tiempo de preguntarle a Charles a qué venían exactamente.

—Angus tiene una empresa de alta tecnología —le explicó Charles—. Crean programas para que otras empresas sigan funcionando. Esta semana utilizaremos sus instalaciones; ha dado a su equipo unas vacaciones anticipadas de Navidad. —Miró a Ian—. Apostaría a que los lobos franceses ya han llegado. Chastel querrá inspeccionar el territorio de caza antes de que llegue su presa.

—Aún no se han registrado en el hotel que reservaron.

Charles meneó la cabeza.

—Dile a Angus que Chastel nunca se alojaría en un hotel. Demasiado público. Habrá alquilado una casa, algo bonito. Ya está aquí; seguramente llegó hace una o dos semanas.

Charles aseguraba que no se le daba bien la gente, que no los entendía... y tal vez fuese cierto. Sin embargo, conocía perfectamente a los depredadores.

Los árboles se fueron haciendo cada vez más dispersos y una casa emergió en mitad del bosque. Como la de Bran, había sido construida para aprovechar la topografía natural, y los árboles que la rodeaban ocultaban en gran medida su formidable tamaño. La empresa de Angus debía de ser bastante lucrativa.

—Según Angus, los más conflictivos serán los franceses —dijo Ian.

—Sin subestimar a los rusos —dijo Charles—. Aunque es probable que Angus tenga razón. Jean es poderoso, temible y está más loco que una regadera. Le gusta matar, sobre todo si la presa es débil y está asustada; su vida no superará nunca el tipo de escrutinio al que nos veremos obligados si salimos a la luz pública.

—Angus dice que Jean Chastel arrastrará el voto porque todos los demás le temen.

Charles sonrió lobunamente, con ojos fríos, cristalinos.

—Esto no es una democracia, aquí no se vota. No en esto. La opinión de los europeos no es relevante. Estoy aquí para escuchar sus inquietudes y decidir qué podemos hacer para ayudarles a mitigar el impacto que provocará nuestra decisión.

—Eso no se parece mucho a lo que he podido oír de las delegaciones europeas que han llegado. —Ian lo dijo con la cautela necesaria para no dar la impresión de que contradecía a Charles.

—¿Y los lobos asiáticos? —preguntó Anna—. ¿O los africanos y australianos? ¿Los sudamericanos?

—No tienen ninguna importancia. —Ian descartó la cuestión de un plumazo.

—Sí que la tienen —dijo Charles sin levantar la voz—. Pero reciben otro trato.

El acre olor del miedo trazó espirales alrededor de la nariz de Anna; la voz de Charles estaba cargada de una amenaza velada al creer que el otro lobo se había sobrepasado. Ian lo captó perfectamente.

—Deja de acobardarle —dijo Anna con el ceño fruncido—. Son cosas que yo ya debería saber. Háblame de los lobos no europeos.

Charles enarcó una ceja pero le respondió inmediatamente.

—Los hombres lobo son monstruos europeos, aunque en esta parte del Nuevo Mundo no nos ha ido muy mal. Hay algunos en África y unos cuantos menos en Asia, donde existen otros monstruos a quienes no les caemos muy bien. En Australia hay dos manadas y unos cuarenta lobos en total. Sus dos Alfas han sido informados de nuestros planes, y ninguno de los dos planteó ninguna objeción. Bran también ha comunicado a los lobos sudamericanos sus intenciones, y pese a no mostrarse muy complacidos, su opinión es irrelevante por lo que se refiere a lo que mi padre haga o deje de hacer, como lo es la de los europeos. Y, al contrario que ellos, lo saben. Les hemos ofrecido el mismo tipo de ayuda que a los europeos y nos lo han agradecido. Les invitamos a la reunión pero decidieron no asistir.

El abollado y maltrecho Corolla tenía cuatro marchas manuales y un embrague delicado, lo que mantuvo la atención de Anna en la conducción hasta incorporarse a la interestatal que desembocaba en la ciudad.

—Muy bien —dijo—. Necesito entender más cosas. Sé que tendría que haberlo preguntado antes, pero todo esto ha sido muy precipitado. Al venir solo, ¿el Alfa británico está diciéndole a todo el mundo que puede con todo lo que le echen?

Charles asintió.

—Las relaciones entre Arthur Madden, el Alfa británico, y Angus no son precisamente buenas. —Hizo una pausa—. De hecho, creo que tampoco son muy buenas entre Arthur y mi padre. Si las cosas se complican, llamaré a papá para descubrir más cosas. Según mi padre, Arthur es el único Alfa capaz de pararle los pies a Chastel, así que me alegro de tenerlo aquí. Necesitaremos toda la ayuda posible.

Charles parecía... no exactamente preocupado. Intrigado. Anna pensó que aquella semana se desarrollaría un tipo de enfrentamiento muy distinto al habitual; aquello no era una lucha de colmillos y garras, sino de ingenio. Todos aquellos lobos dominantes... casi todos los Alfas en una misma sala. Discutiendo. Puede que no fuera tan distinto. Pero, por ahora, estaba conduciendo y no tenía ni idea de adónde se dirigían.

—¿Vamos al hotel?

—Sí. —Y le dio las indicaciones. Sin embargo, cuando salieron de la autopista y se internaron en las calles del centro de Seattle, Charles le dijo—: Hagamos algo primero. ¿Por qué no vamos a ver a Dana, la feérica que ha aceptado moderar este caos? —Y, como su padre, pareció leerle la mente—. No es solo la suplente de un embajador de Naciones Unidas, una elegante huésped para ayudar a Angus. Es la encargada de mantener todo esto en un marco civilizado y evitar que tengamos que pagarle a Angus la factura de la tintorería por las manchas de sangre en la alfombra. Tengo un regalo para ella de parte de mi padre, para agradecerle la ayuda, aunque le pagamos una pequeña fortuna por ello.

—No sabía nada de un feérico. —Anna nunca había visto a uno, ni conocía a nadie que lo fuera. Sintió una punzada de excitación y apretó el volante con fuerza—. ¿Bran ha metido a una feérica en los problemas de los hombres lobo?

—Es necesario disponer de un elemento externo para evitar que la violencia se descontrola.

Anna pensó en los lobos que conocía: la violencia que siempre escapaba a su control. Intentó imaginar a alguien capaz de detenerla. Bran, Charles... pero ellos tendrían que recurrir a más violencia para conseguirlo.

—¿Ella puede hacerlo?

—Sí. Y lo es que aún más importante, todos los saben.

—¿Qué tipo de feérica es? Dana es un nombre alemán, ¿verdad? Pensaba que casi todos los seres feéricos eran británicos... ya sabes, de Gales, Irlanda o Escocia.

—La mayoría de los feéricos que viven en los EE. UU. provienen del norte de Europa: celtas, alemanes, franceses, de Cornualles, ingleses. Dana no es su auténtico nombre. La última década ha utilizado el nombre de «Dana Shea», una variante de *daoine sidhe*. Muchos seres feéricos, o los más antiguos, y algunas brujas no suelen usar su verdadero nombre. Algo que los ha acompañado durante tanto tiempo acaba por adquirir un gran poder sobre ellos y puede utilizarse en su contra, como ocurre con los mechones de pelo o las uñas.

—¿Conoces su verdadero nombre? ¿O qué tipo de feérico es?

—No. Ni siquiera creo que papá lo sepa. Es un Señor Gris, uno de los feéricos más poderosos que existen. Gobiernan sobre el resto de los feéricos, como hace mi padre con los lobos. —Se la quedó mirando fijamente—. Si mi padre fuera un asesino en serie psicótico, claro. Y sí, sé qué tipo de feérica es. Haremos una cosa: te la presento, hablas con ella un rato y después me dices qué te parece.

Anna le miró con semblante enfurruñado.

—¿Y qué gano si acierto?

Los ojos de Charles se iluminaron con el lobo que acechaba en su interior, y el deseo que transmitía su mirada le permitió a Anna captar todo el significado de sus palabras:

—Lo mismo que si te equivocas.

Anna se preparó para combatir el miedo, o incluso la inquietud, que los pensamientos sobre el sexo solían provocarle, pero no ocurrió nada. Solo un agradable cosquilleo en la parte baja del estómago. En menos de un mes había logrado avances significativos en aquel tema.

—Bien —dijo ella.

Charles sonrió y se relajó en el asiento.

Las autopistas de Seattle tenían muchos más desniveles que las de Chicago. Las carreteras transitaban por encima del agua, se enredaban y penetraban en las colinas llenas de casas que observaban impertérritas el tráfico que circulaba bajo ellas. El olor a gasolina se mezclaba con el del mar y la sal de Puget Sound y otras salinas y lagunas. El cielo gris descargaba de forma intermitente, sin la suficiente intensidad como para llevar los limpiaparabrisas a pleno rendimiento, pero sí lo suficiente como para no permitir que el agua se acumulara en exceso.

Siguiendo las indicaciones de Charles, Anna salió de la autopista y se encontró avanzando por una carretera estrecha en lo que podría haber sido perfectamente un pueblecito inglés en mitad de Seattle. Era viejo, pintoresco y hermoso, aunque ligeramente afectado. A su derecha, distinguió una serie de muelles con barcos y casas flotantes amarradas a ellos, y a su izquierda, edificios estrechos cubrían la falda de una colina que se hacía cada vez más empinada.

Un colosal puente plateado se arqueaba por encima de las aguas y la carretera por la que circulaban, introduciéndose en una prominente colina que se elevaba sobre sus cabezas. El nombre de la calle que quedaba justo bajo el puente hizo que Anna levantara el pie del acelerador para asegurarse de haber leído correctamente la placa.

—¿Trol?

—¿Qué? —Charles estaba contemplando el agua, pero giró la cabeza para mirar a Anna.

—¿Hay una calle que se llama Trol?

Charles sonrió repentinamente.

—Lo había olvidado. ¿Por qué no la sigues hasta la cumbre de la colina?

Anna dobló en el cruce y, por un instante, pensó que la decisión había sido un error, ya que el pequeño vehículo azul empezó a protestar por la pendiente, la cual era mucho más pronunciada de lo que parecía desde abajo. Con el puente como lecho y sus pilares metálicos peligrosamente cerca, la carretera resultaba estrecha y claustrofóbica.

Anna estaba tan concentrada al volante que no lo vio hasta que estuvieron muy cerca. La carretera por la que circulaban terminaba y desembocaba en otra carretera. El puente sobre sus cabezas se clavaba en la parte superior de la colina, y en el espacio que quedaba entre la carretera y el final del puente, se elevaba algo gigantesco.

Aparcó el vehículo sin consultarlo con Charles.

Alguien había esculpido un enorme monstruo humanoide de cemento sobre la arena: un trol para el puente. Uno de sus ojos estaba cubierto por un pelo lacio de cemento y el otro observaba por encima de Anna la vía fluvial al pie de la colina junto a la que habían circulado hacía unos minutos. Una de sus manos, que descansaba en un Volkswagen Sedán auténtico, era lo suficientemente grande como para sepultar completamente el vehículo. El Volkswagen se ocultaba bajo la barba del trol como si pretendiera buscar refugio.

Anna bajó lentamente del coche y avanzó por la carretera con Charles a su lado. La estatua había sufrido un ataque de tiza recientemente, y los brillantes rosas y verdes realzaban la excentricidad de la criatura. Alguien le había dibujado el contorno de las uñas y las líneas de los nudillos. Flores rosas y verdes de tiza trazaban el perímetro del parachoques del Volkswagen, y en la luna trasera, cubierta también de cemento, alguien había escrito: «Recién casados».

Anna tuvo la sensación de que los observaban. Por encima del trol, en la zona donde el puente encajaba con la cumbre de la colina, tres o cuatro vagabundos los observaban con recelo. Uno de ellos dejó a un lado el periódico que había estado leyendo y empezó a descender hacia ellos.

Pese a ser solo unos centímetros más bajo que la estatura media, su postura hacía que pareciera aún más bajo. Llevaba puesto un guardapolvo de lona completamente cubierto de mugre y calzaba unas Nike desparejadas. La de la derecha tenía un agujero en la punta y la de la izquierda en la parte de atrás, lo que dejaba al descubierto un pie sucio y desnudo. Los vaqueros parecían nuevos y rígidos, aunque estaban tan mugrientos como el guardapolvo. Anna vislumbró varias capas de camisas: una roja de franela sobre otra amarilla abotonada hasta el cuello que casi ocultaba una camiseta gris.

No perdió de vista al extraño pese a saber que, con Charles a su lado, no representaba ningún peligro; y, además, Anna estaba más interesada en el trol. Por tanto, dejó que Charles tratara con él y escaló por la parte trasera del Volkswagen hasta el brazo de la criatura. Continuó subiendo hasta que pudo apoyar la mano en su desproporcionada nariz.

—Os gusta mi pequeño trol, ¿eh? —le dijo el extraño a Charles. Tenía la voz ronca típica de los hombres que han fumado una cajetilla de cigarrillos al día durante años. Sin embargo, no olía a tabaco. Desde donde se encontraba, Anna pudo comprobar que emanaba un olor terrenal, mágico, la almizcleña fragancia propia de los depredadores.

—¿Era un trol de verdad? —preguntó Anna sintiéndose segura desde su posición y por la presencia de Charles.

El extraño levantó la cabeza para mirarla y soltó una carcajada, poniendo al descubierto unos dientes irregulares y ennegrecidos tan afilados como su olor corporal.

—Bueno, puede que el artista viera algo. Algo que no tendría que haber visto, loba. —Le dio unos golpecitos al brazo de cemento sobre el que estaba Anna y esta dio un cauteloso paso atrás—. Aunque al final me hizo un amigo, así que todos salimos ganando. Incluso el Señor Gris de allí lo encontró divertido. Casi no me hizo daño por permitir que me vieran y no decírselo.

Los feéricos podían ocultar su naturaleza, tener un aspecto normal. Pero el deseo que brillaba en sus ojos cuando la miró era tan inmortal como ella y mucho más antiguo.

A su lobo no le gustaba aquel hombre. Entrecerró los ojos y emitió un gruñido para dejarle claro que ella no era una presa.

El extraño volvió a reír y se golpeó el muslo con una mano enfundada en un guante por el que asomaban los dedos.

—Si perdiera la cabeza y diera un bocado... —Hizo chasquear los dientes y, en la oscuridad bajo el puente, Anna pudo distinguir un destello—... ella me desmenuzará y me arrojará al agua para alimentar a los pulpos gigantes que viven aquí, eso es lo que haría. —La idea pareció divertirse—. Aunque un sabroso bocado de lobo siempre merece la pena.

—Trol —dijo Charles.

El extraño estaba tan pendiente de Anna que había dejado de lado la auténtica amenaza. Al recordarlo, se dio la vuelta, se encogió sobre sí mismo y emitió un siseo.

Charles se quitó uno de sus pendientes de oro y se lo lanzó al feérico, quien lo atrapó entre sus manos inhumanamente rápidas.

—Coge el peaje y lárgate, Antiguo —le dijo Charles.

—Oye, Jer —dijo una voz tensa y débil por encima de ellos—. Deja de molestarlos o vendrá la poli a echarnos de aquí. Sabes que lo harán.

El trol con aspecto humano se llevó el trocito de oro a la nariz y lo olfateó. Su rostro se crispó y sus ojos giraron en las órbitas, desprendiendo una espeluznante luz azulada, antes de recuperar su aspecto anterior.

—Peaje —dijo—. Peaje.

—¿Jerry?

—No pasa nada, Bill —le gritó a sus... ¿qué?... ¿Amigos? ¿Compañeros de piso, de puente, que eran más humanos que él?—. Solo estoy saludando.

Miró a Charles y, por un instante, una extraña y noble expresión cruzó su rostro. Enderezó la espalda, echó hacia atrás los hombros y, con una voz cristalina, sin rastro de acento, dijo:

—Un consejo por el tributo. No confíes en los feéricos. —Volvió a reír, recuperó la apariencia del hombre que habían visto al principio y se alejó colina arriba, bajo el puente.

Charles no dijo nada, pero Anna bajó de la estatua y lo siguió hasta el coche.

—¿Los trols tienen realmente ese tamaño? —le preguntó a Charles mientras se ataba el cinturón.

—No lo sé —respondió él, y sonrió al reparar en su semblante atónito—. No lo sé todo. Nunca he visto a un trol en su forma original.

Anna encendió el motor.

—Debe pagarse un peaje por cruzar el puente, pero nosotros no lo hemos cruzado.

—Pero hemos entrado sin permiso. Me pareció lo más correcto.

—¿Y el consejo?

Charles volvió a sonreír y su rostro se iluminó.

—Ya sabes lo que dicen: «No confíes en las hadas».

—De acuerdo. —Era un consejo habitual, lo primero que solía decir la gente y la primera frase en la mayoría de los cuentos. Especialmente cuando nos recomiendan no hacer algo—. ¿Adónde vamos ahora?

—Vuelve a la calle del Trol. ¿Ves esos muelles de ahí abajo? Dana vive en una casa flotante al final de la calle.

Aunque solo había estado en casa de Dana una vez, Charles no tuvo problemas para encontrarla: no pasaba precisamente desapercibida.

Había cuatro muelles; tres de ellos tenían amarrados una serie de barcos de distintos tipos. El cuarto solo tenía uno: una casa flotante de dos pisos. Parecía una mansión victoriana en miniatura, saturada de molduras en todos los colores del atardecer sobre el océano: azul, naranja, amarillo y rojo.

Dana había llevado a otro nivel el deseo de ocultarse a plena vista. Ninguno de sus vecinos, salvo los feéricos, conocía su verdadera identidad. Era tan poderosa que le habían otorgado la libertad de decidir si deseaba exponerse o no ante el mundo, y había decidido seguir oculta.

Charles también era poderoso. Aunque en su caso no era una opción.

—¿Es aquí? —preguntó Anna—. Es exactamente el lugar donde viviría una feérica.

—Espera a verlo por dentro —le dijo él.

Durante casi doscientos años había recorrido alegremente, o por lo menos tranquilamente, un sendero recto. Su vida se reducía a poner al servicio de su Alfa, quien era tanto su padre como el Marrok, todas las capacidades a su alcance.

Cuando su padre le reveló sus intenciones, cuando le dijo que necesitaba a unos cuantos lobos en quienes pudiera confiar plenamente para que se convirtieran en la imagen pública de los licántropos, Charles aceptó ser uno de ellos. Aunque tampoco habría podido negarse; en última instancia, un lobo siempre obedecía a su Alfa o sufría las consecuencias. Y Charles sabía con una certeza absoluta y tranquilizadora que jamás sería capaz de enfrentarse a su padre.

No obstante, todo eso había ocurrido antes de que apareciera Anna. Ahora su vida giraba a su alrededor; ahora debía protegerla. Por mucho que estuviera de acuerdo

con su padre sobre el curso adecuado de los acontecimientos, tanto él como el Hermano Lobo temían que el hecho de proteger a Anna y el de presentarse públicamente como hombre lobo no fueran muy compatibles.

Aquella semana no podía permitirse la más mínima insinuación que revelara sus auténticos sentimientos en aquella cuestión. Los lobos tenían que salir a la luz pública. No había otra opción.

Pero ahora estaba Anna y ella cambiaba las cosas.

—¿Nos acercamos para ver si está? —preguntó Anna mientras examinaba el barco desde la seguridad de la tierra firme.

A Charles no le cabía ninguna duda de que Dana ya sabía que estaban allí. Había sentido la presencia de la magia sobre su piel en cuanto llegaron al muelle, pero Dana esperaba que se presentaran como era debido.

Dana, *La Belle Dame sans Merci*, había realizado otros trabajos similares para su padre en el pasado. Pese a que sus honorarios no eran precisamente humildes, nunca era una mala política agasajar a un ser de su condición con un regalo en lugar de con el habitual «muchas gracias». Aquellas palabras podían resultar muy peligrosas, pues algunos feéricos las interpretaban como la admisión de una obligación. El Marrok no era el único que le haría llegar un presente, pero el suyo debía ser el más espléndido. Aun así, Charles podría habérselo entregado durante la primera reunión y ahorrarse aquella visita.

Pero su padre había sugerido que Dana agradecería una visita de cortesía antes de empezar con su cometido... y que Anna también se lo pasaría bien. De modo que allí estaban, él con un pequeño lienzo envuelto bajo el brazo y Anna, unos metros por delante, poniendo el primer pie en el muelle y descubriendo que los muelles flotantes son inestables.

Anna le miró con un rostro radiante y Charles la siguió por la mojada pasarela de madera.

—Será divertido —dijo ella antes de dar media vuelta, coger carrerilla y dar un par de volteretas hacia atrás... como una colegiala en el recreo. Charles se detuvo al sentir una súbita oleada de deseo, amor y miedo. Pese a todos los años que llevaba en el mundo, no supo cómo reaccionar.

—¿Qué? —le preguntó ella, jadeando ligeramente debido a las piruetas. Se apartó su ondulado cabello del rostro y le miró con semblante serio—. ¿Ocurre algo malo?

No podía decirle que estaba asustado porque no sabía qué sería de él si a ella le ocurría algo. Que su repentina e inesperada reacción había provocado que el Hermano Lobo tomara las riendas. Anna le hacía perder el equilibrio; su control, que a lo largo de los años había conseguido dominar de un modo automático, ahora era, como mínimo, errático. Con una gran fuerza de voluntad, intentó poner freno al Hermano Lobo, recuperar el control.

Anna hizo una mueca de dolor y se llevó las manos a las sienes.

—Si no quieres que sepa lo que sientes, podrías pensar en otra cosa. Es muy doloroso cuando me bloqueas.

Charles no era consciente de estar haciéndolo. No quería hacerle daño. Empezó a abrirse de nuevo y el Hermano Lobo reapareció en primer plano, abriéndolos a ambos de par en par. Era una sensación muy parecida a la de desplegar un paraguas olvidado durante años en un armario. Algunas partes chirriaban, crujían y despedían polvo; otras se agrietaban debido a la presión y amenazaban con romperse.

Se sintió desnudo, o aún peor, como si se hubiera arrancado la piel y estuviera allí de pie con los nervios y músculos al aire esperando que la siguiente racha de viento los fileteara. Todo lo que era, todo lo que había sido, estaba expuesto a plena luz del día, donde nunca tendría que haber estado. Ni siquiera para él mismo.

Se produjo una pausa, un momento de duda, y todo se desencadenó bruscamente.

Demasiados recuerdos, cosas que había visto y hecho. Dolor, placer, pesar: como si todo aquello estuviera sucediendo de nuevo... demasiado, demasiado, le faltaba el aire...

Y, de repente, Anna estaba a su lado, abrazándolo, liberando la fuente que fluía desde su interior, permitiendo que sus pensamientos y sentimientos se asentaran de nuevo en los rincones más privados, aunque no tan ocultos como habían estado antes. Charles esperaba que el dolor se amplificara. Sin embargo, la canción de Anna lo disipó a medida que se extendía por todo su ser.

Sus protecciones, los muros que le separaban del mundo, volvieron a alzarse a su alrededor, pero ahora Anna estaba en el interior. Le resultó extraño pero no doloroso, como si alguien hubiera retirado una alfombra de debajo de sus pies. Era algo tremendamente íntimo, aterrador, milagroso. Una sensación que estaba empezando a ser habitual cuando se encontraba cerca de ella.

Anna había enterrado el rostro en su pecho, le rodeaba el cuerpo con las manos, y tarareaba a Brahms en un registro bajo y dulce.

Charles le acarició el cabello con una mano y la besó en la cabeza.

—Lo siento, y gracias. El Hermano Lobo suele ser bastante literal. No le gusta verte sufrir. —Descubrió que estaba sonriendo pese a encontrarse aún ligeramente desconcertado—. ¿Brahms?

Anna soltó una risita insegura y echó la cabeza hacia atrás para mirarle a los ojos.

—Lo siento, estaba aterrorizada. La música me ayuda a concentrarme... en lo que sea que deba hacer. Sobre todo la música relajante. La nana me pareció lo más adecuado. ¿Te encuentras bien?

—Sí... —dijo él, pero comprendió que no era cierto y se corrigió—: Lo estaré dentro de poco. —Sí, su vida había tomado una dirección inesperada. El hecho de tener una pareja hacía que tanto él como su lobo estuvieran inmersos en una perpetua confusión. Pero no se quejaba. Sonrió para sí ante la satisfacción que le producía una simple nana.

Aunque no sabía muy bien cómo, había logrado permanecer de pie, evitando, por tanto, un chapuzón en el agua helada. Aún tenía bajo el brazo el regalo de Dana.

—¿Vamos a ver a la feérica? —le preguntó dulcemente, como si no acabara de tener una especie de... epifanía, una crisis nerviosa metafísica... no sabía cómo definirlo.

—Claro. —Anna le cogió la mano libre, y el roce de su piel le sentó mejor que el abrazo porque era carne contra carne.

El Hermano Lobo emitió un gruñido de satisfacción y se calmó pese a que siempre se sentía incómodo cerca de cualquier tipo de feérico. No formaban parte de la manada y nunca lo harían. A Charles, Dana no le caía especialmente mal. En aquel tema, él y el Hermano Lobo no podían estar más en desacuerdo.

El barco tenía puerta, como una casa de verdad. Anna esperó mientras Charles llamaba con los nudillos. Utilizó las pestañas para ocultar la intensidad de su mirada. Su control era tan bueno que no había comprendido lo que ocurría hasta que levantó la cabeza y, tras un par de tímidos intentos, le miró directamente a los ojos, dorados y salvajes. Entonces lo había sentido todo. Demasiado que procesar, demasiado que ver, solo había sentido su dolor. Ahora estaba reconstruyendo los muros entre ambos. Ni siquiera sabía si lo hacía conscientemente o no.

Aunque ahora parecía haber recuperado el control, dejó la mano en su espalda, bajo la chaqueta, donde podía sentir sus músculos, flexibles y relajados bajo la punta de sus dedos.

Por encima de los olores propios de la salmuera, la vegetación y la ciudad, le llegó otro mucho más penetrante: el de la trementina. Nadie salió a recibirlos.

Charles abrió la puerta e introdujo la cabeza por el resquicio.

—¿Dana? Mi padre te envía un regalo.

El mundo pareció detenerse un instante, pero la feérica no contestó.

—¿Dana?

Cuando se produjo un sonido, este les llegó del piso superior.

—¿Un regalo?

Anna levantó la cabeza y vio que una ventana del segundo piso estaba abierta.

—Eso es lo que me dijo —dijo Charles.

Por el tono de su voz, Anna comprendió que a Charles le gustaba la feérica. No estaba preparada para aquello; a Charles le gustaba tan poca gente. Su loba interior, inquieta por lo que fuera que hubiera ocurrido en el muelle, se agitó incómoda, posesiva, protectoramente.

—Sube, querido. Estoy en el estudio y no quiero mancharlo todo de pintura.

¿Querido? Anna fue consciente de que entrecerraba los ojos ante aquella demostración de afecto mutuo.

Charles le cogió de la mano de modo ausente. Su loba se calmó ante el roce de su piel y le siguió al interior de la embarcación. Charles parecía saber adónde se dirigía, o puede que se limitara a seguir el intenso rastro de la trementina.

Anna echó una ojeada a su alrededor mientras avanzaba de la mano de Charles. Había pinturas de mariposas y polillas en las paredes del vestíbulo. Las habitaciones que se abrían a ambos lados eran pequeñas y acogedoras, y estaban pintadas en tonos violetas, rosas y azules, como si un equipo de la Disney lo hubiera decorado para convertirlo en la perfecta morada de un hada. En una de las habitaciones había una catarata artificial que burbujeaba con una alegría maniaca. Todo el lugar olía a salmuera y a la misma esencia que había percibido cerca del trol; puede que fuera el olor de los feéricos.

El pasillo desembocaba en una acogedora cocina y en una estrecha escalera iluminada por la luz solar que se filtraba a través de claraboyas y repleta de plantas floreadas en macetas de tonos rosa, azul pastel y lavanda. En la parte superior había una amplia habitación con una de sus paredes totalmente acristalada y con vistas al agua. La feérica estaba en el centro de la habitación, invernadero o lo que fuera aquello.

Tenía la piel muy pálida, y contrastaba drásticamente con el grueso cabello que le caía hasta las caderas en rizos caoba. El rostro, arrugado por la concentración, le daba un aspecto... atractivo. Unos dedos largos y finos, manchados sugestivamente de pintura, movían con agilidad un pequeño pincel. Tenía los ojos de un azul profundo, como la superficie de un lago bajo el sol del verano. Sus labios eran oscuros y carnosos. Y era alta, tanto como Charles, y eso que él medía más de metro ochenta.

Aparte del cabello, no se parecía en nada a lo que había imaginado. Tenía arrugas a ambos lados de los ojos, y parecía atrapada en algún punto intermedio entre la madurez y la vejez. Llevaba una camiseta gris con menos pintura que sus manos, y unos pantalones cortos de deporte que dejaban ver unas piernas fuertes, con una complexión muscular más próxima a la vigorosidad de la edad que a la tirantez de la juventud.

Frente a ella, un gran lienzo apoyado en un caballete, pero al estar ubicado en la otra dirección, Anna no pudo ver lo que había pintado en él.

—Dana —dijo Charles con voz grave.

A Anna no le hacía ninguna gracia que aquella mujer mirase a su pareja. Lo que no tenía mucho sentido, ya que la feérica no era precisamente hermosa, y además ni siquiera le prestaba atención a Charles. Debía de ser una reacción inconsciente tras lo que había ocurrido en el muelle.

O a aquel «querido».

Anna deslizó aún más la mano bajo la chaqueta de Charles. Se agarró a la suave camisa de seda esforzándose por contener un gruñido... y por no volver a alejarlo de ella.

Dana Shea apartó la mirada del lienzo y sonrió; una radiante sonrisa cargada de la alegría de una madre al ver por primera vez a su hijo, de la satisfacción al presenciar cómo su pequeño golpea por primera vez una pelota con el bate. Cálida, íntima e inocente, y estaba dirigida a Charles.

—Dana —dijo Charles con voz áspera—. Déjalo ya.

El semblante de la feérica se crispó con un gesto de dolor.

—La magia no me afecta —dijo Charles, visiblemente disgustado—. Y no pienses que el favor de mi padre te da carta blanca conmigo.

Anna cerró los ojos. Un hechizo. Respiró por la nariz, dejando que el penetrante olor de la trementina y de Charles le aclararan la cabeza. Un hechizo, aunque no dirigido precisamente a Charles. Dana le conocía; tenía que saber que contaba con sus propias defensas contra la magia.

Anna comprendió que aquello no era más que un desafío. Aunque la mujer feérica no era un licántropo, se mostraba dominante en su territorio. Y puede que considerara a Charles su territorio. Puesto que en el pasado lo había sido.

Fue su loba quién lo descubrió. Aquella mujer se había acostado con Charles. Anna supuso que en los últimos doscientos años lo habría hecho con muchas mujeres, pero Dana no se había convertido en su pareja.

Tras respirar de nuevo profundamente, Anna apoyó la frente en el brazo de Charles y se concentró en su olor, en el recuerdo de su risa y en el rumor de su voz por las noches, en la cama. No le interesaba la pasión, pese a lo intensa que esta era, sino la profunda y estable claridad que le proporcionaba... y que ella le devolvía. Algo que solo ella podía darle: paz.

Los músculos de Charles se relajaron bajo su frente y le rozó la cabeza con sus labios. Anna abrió los ojos y enfrentó la mirada de la feérica.

—Mío —dijo con intensidad.

La feérica sonrió lentamente.

—Ya lo veo. —Y desvió la mirada hacia Charles—. Comprendes el impulso —le dijo—. No he podido evitar ponerla a prueba. He oído muchas cosas sobre el cachorro que arrastró al viejo lobo de su guarida.

—Ten cuidado —le advirtió Charles—. Eso se parece demasiado a una mentira.

La feérica, ofendida, enarcó una ceja.

—No quieres nada de mí —le dijo Charles—. No te conviertas en el perro del hortelano.

Dana irguió la cabeza y continuó pintando de espaldas a ellos.

—Esopo. Yo lo intento con Tristán e Isolda, Romeo y Julieta, y no se te ocurre otra cosa que recurrir a un griego viejo y decrepito.

—Si estás ocupada, podemos darte el regalo del Marrok mañana —dijo Charles sin hacer ademán de irse.

La feérica suspiró.

—¿Sabes lo que más me gusta de ti, y también lo que más odio? Que nunca se te ha dado bien jugar. La mujer mayor a quien dejaron plantada se reencuentra con su antiguo amante, quien ha encontrado a una mujer más joven y hermosa. Debería avergonzarte saber que tu nuevo amor ha descubierto lo nuestro. —Miró a Anna—. Y tú. Esperaba más de ti... eres su mujer. Deberías estar muy molesta con él por no haberte advertido de que habíamos sido amantes.

Anna la devolvió una mirada fría, pero recordó a tiempo que estaban allí para quedar bien con alguien que iba a ayudarlos a cumplir con su misión y se mordió la lengua. En lugar de «No eres lo suficientemente importante para merecer mi enfado», le dijo simplemente:

—Ahora es mío.

Dana soltó una carcajada.

—Puede que no encajéis tan mal como pensaba. Temía que hubiese encontrado a alguien que siempre le riera las gracias, y eso sería nefasto para él. Mira si no qué ha conseguido su padre al emparejarse con esa molesta portada de revista. —Dana hizo ademán de alargar la mano pero se lo pensó mejor—. Te daría la mano, pero no quiero mancharte de pintura. Aquí me conocen como Dana Shea, y supongo que tú debes de ser Anna Cornick, la pareja de Charles, que antes era Anna Latham de Chicago. —Anna, al recordar lo que Charles le había dicho sobre los Nombres Auténticos, sintió cierta inquietud al comprobar... la precisión con la que la feérica se dirigía a ella.

—No soy la única —continuó Dana— que siente curiosidad por la mujer que ha domado a nuestro viejo lobo. Será mejor que te prepares para soportar bastantes groserías por parte de las mujeres —su voz adquirió un tono de advertencia cuando miró a Charles— y no menos flirteo por parte de los hombres.

—¿Has oído algo? —le preguntó Charles.

Dana negó con la cabeza.

—No. Pero conozco a los hombres y también a los lobos. Ninguno de ellos es lo suficientemente dominante como para enfrentarse a ti directamente. Sin embargo, verán en ella una debilidad. Cuando tu padre decidió quedarse en casa, les dio la oportunidad de desafiarte. No eres un Alfa y se sentirán ofendidos al verse obligados a escucharte. —Cogió un trapo empapado en trementina y se frotó las manos con él—. Se ha acabado el sermón. ¿Por qué no te acercas y le echas un vistazo a la pintura?

Capítulo 3

Una mujer valiente, pensó Anna, *para contrariarnos abiertamente y después mostrarnos algo muy importante para ella*. Aunque nada en su rostro indicaba que la opinión de cualquiera de los dos pudiera resultar decisiva, Anna pudo leerlo en su lenguaje corporal.

Como no sabía qué esperar, al contemplar el lienzo tuvo que contener el aliento: ejecutado con maestría, exquisito en todos sus detalles, colores y texturas. Una joven robusta de cabello rojizo y piel pálida apoyaba la cabeza en una pared de yeso y miraba algo o alguien más allá de la pintura. La joven sostenía una flor amarilla, delicada y de agradable textura entre unas manos que no eran ninguna de las dos cosas.

Aunque los colores no terminaban de encajar, le parecían demasiado brillantes, había algo en la curva de la mejilla y en la forma del hombro que le resultaba familiar.

—Parece una de esas viejas pinturas flamencas —dijo Anna.

—Vermeer —confirmó Charles—. Pero este nunca lo había visto.

La feérica suspiró y se acercó a una mesa, donde empezó a limpiar los pinceles con movimientos rápidos y enérgicos.

—Nadie lo ha visto, al menos desde que se quemó en un incendio hace doscientos años. Y nadie lo verá jamás porque aquel lienzo ya no existe. —Miró a Anna—. Vermeer, sí. ¿Qué crees que mira la mujer?

Y fue entonces cuando Anna vio al monstruo bajo el *glamour*. Monstruoso y... reconocible. *No me hizo mucho daño*, había dicho el trol. Aquella mujer era un depredador, y uno muy peligroso.

Negó con la cabeza ante la incómoda y extraña mirada de la feérica.

—No lo sé.

Dana hizo un gesto brusco con la mano.

—No estás mirándolo.

Cierto. Anna observó a la mujer del lienzo y esta le devolvió la mirada con unos ojos azules mucho más claros que los de Dana. La única respuesta que le vino a la cabeza le pareció estúpida, pero decidió expresarla en voz alta de todos modos.

—¿A alguien de la habitación?

Dana se encogió de hombros y miró a Charles.

—No. ¿Lo ves? Cuando Vermeer lo terminó, hizo venir al primer campesino que encontró en la calle e incluso aquel pobre analfabeto fue capaz de verlo. Sus aprendices, los que estaban en su estudio el día que lo terminó, titularon el lienzo con

las palabras que el campesino le dijo al Maestro: *Observa el Amor*. El propio Vermeer prefirió llamarlo *Mujer con flor amarilla* o algo más prosaico por el estilo.

Anna volvió a observar el lienzo. Cuanto más se fijaba, más convencida estaba de que algo no terminaba de encajar. No era malo; nada podía decirse de la maestría con la que había logrado reproducir la exquisita textura de la piel, el cabello o la tela del vestido de la mujer. Pero era como escuchar uno de aquellos programas informáticos que interpretaban partituras: una perfecta destreza técnica sin alma.

—No entiendo mucho de pintura —dijo Anna a modo de disculpa.

Dana agitó la cabeza y la miró con una sonrisa abatida, sin rastro ya del depredador desconocido.

—No pasa nada. Los de mi especie estamos condenados a amar las cosas hermosas pero no disponemos de la habilidad para crearlas. —Se secó las manos—. No todos los feéricos, por supuesto. Pero los que estamos más vinculados a la magia debemos renunciar a nuestras habilidades artísticas. Qué se le va a hacer.

—A los dragones les ocurre lo mismo —dijo Charles misteriosamente.

¿Conocía Charles a algún dragón? Anna le miró asombrada y Charles sonrió tímidamente. Mantenía toda su atención en la feérica, quien había dejado de frotarse las manos.

—¿Los dragones tampoco pueden crear?

Charles se encogió de hombros.

—Eso dice mi padre. Y, por lo que sé, no le gusta hablar de cosas que no conoce.

Dana sonrió y fue como si el sol volviera a despuntar sobre el horizonte.

—No es tan malo ser un dragón. Yo solo he conocido a uno... dijo que estaba explorando, creo. No hablamos mucho pero era como... el Vermeer. Una obra de arte. Charles ladeó la cabeza.

—Exacto.

Dana hizo el mismo gesto que Charles y le miró detenidamente.

—Eres el brazo ejecutor del Marrok. Grosero. Peligroso.

—Exacto —dijo Charles.

A Anna le resultó sorprendente que la feérica considerara más significativo el hecho de ser «grosero» que «peligroso».

—Eso fue lo que me atrajo de ti —le dijo Dana—. Me atrevería a decir que te conocía bastante bien. Sin embargo, nunca hubiera imaginado que también podías ser afectuoso. —Apoyó ambos manos sobre sus hombros y, mirando a Anna de soslayo, le besó en la mejilla. Anna sintió el pulso de su magia extendiéndose sobre Charles como un manto o una red. Se disipó rápidamente, pero incluso Anna, que no había sido el objetivo, pudo sentir la fascinación y el deseo que provocó.

—Ya está —le dijo a Anna—. Ni una hermana podría haber sido más casta. ¿No has dicho que tenías un regalo para mí?

Dana no mentía. O al menos Anna no podía estar segura de que lo hiciera; en principio, los feéricos eran incapaces de mentir. La magia podría haber sido un efecto

involuntario. Puede que siempre ocurriera lo mismo y la feérica ni siquiera se percatara de ello.

Charles no parecía afectado, aunque era difícil estar segura. La expresión de su rostro seguía mostrando su versión pública. Ni siquiera le ayudó su vínculo, ya que la conexión entre ambos no le dio ninguna pista. Pero ¿era posible que una feérica con semejante magia le besara y que él no sintiera nada? ¿Afecto, admiración, deseo? Voluntariamente o no, la magia de la feérica dirigida a Charles había rozado levemente a Arma, quien nunca se había sentido atraída por otra mujer.

Tocó a Charles suavemente en el brazo y supo que aún no había logrado reconstruir sus barreras porque percibió claramente lo que sentía por Dana Shea: cautela. Ni deseo ni miedo, sino una respetuosa cautela... aunque supuso que era la actitud habitual de un depredador hacia otro en territorio neutral. Y, además, también estaba el Hermano Lobo...

Algunos hombres lobo consideraban que ellos y los lobos con quienes compartían la piel eran uno. Para otros, lo único que les asemejaba a auténticos lobos, incluso en su forma animal, era un desagradable temperamento y el impulso de matar todo aquello que huyera de ellos. Durante los primeros meses tras la Transformación, Anna había tenido que luchar por mantener el juicio, y desde entonces no se había detenido mucho a pensar en aquello.

A veces Charles se refería a su lobo como una entidad independiente con quien compartía un mismo cuerpo: el Hermano Lobo.

Por primera vez, tal vez a raíz de aquel extraño y aterrador momento en el muelle cuando había sentido todo lo que se ocultaba en su interior (demasiado que absorber o presenciar), pudo sentir la presencia del lobo en Charles. Dos almas distintas. Y el Hermano Lobo también la reconoció a ella.

Pareja, le dijo sin acritud. *Sal de mi cabeza para que pueda lidiar con La-Que-No-Es-De-Nuestra-Especie.*

Especie. Aquello no expresaba ni remotamente todo lo que el Hermano Lobo pensaba de ella. Poderosa, despiadada, asesina. Limitada por ciertas reglas. Ilustrada. Enemigo respetado. Podía oír la voz del Hermano Lobo en su cabeza con mayor claridad incluso que la del Marrok. Además, el Marrok se comunicaba con palabras, mientras que el Hermano Lobo no se veía limitado por algo tan humano.

Anna apartó la mano de Charles como si se le quemara y se miró los dedos. Charles le dio un golpecito con el hombro para tranquilizarla, un gesto tan sutil que probablemente pasó inadvertido para Dana. O tal vez fuera demasiado educada para hacer un comentario.

Más tarde, le murmuró suavemente el Hermano Lobo, y volvió a quedarse sola. Sola con los celos... con el dolor por el rechazo del Hermano Lobo. Saber que no debería sentir ninguna de las dos cosas no le sirvió de mucho.

Charles cogió el paquete que había traído y se lo entregó a Dana.

—¿Papel de estraza y cordel? —dijo Dana con las cejas levantadas.

Charles se encogió de hombros.

—Mi padre me lo dio así.

La feérica meneó la cabeza, abrió un cajón de un escritorio de madera de arce y extrajo unas delicadas tijeras plateadas. Dejó el paquete sobre el escritorio, cortó el cordel y lo abrió.

Y la extraña criatura que poco antes había vislumbrado Anna reapareció con toda su fuerza. Dana no se movió, ni si quiera pestañeó, pero el presagio de... de algo desconocido impregnó toda la habitación. Los músculos, el vello de su cuerpo, todo su ser le advirtió que lo mejor era salir de allí corriendo.

Miró a Charles y vio que, pese a observar atentamente a la feérica, no parecía inquieto. ¿No podía sentirlo? ¿O estaba seguro de poder controlar la amenaza de Dana? No obstante, su calma ayudó a Anna a recuperar la suya y esperó a descubrir qué le había provocado una reacción semejante.

Incluso antes de que Dana lo abriera, resultaba evidente que contenía un lienzo. No era muy grande, unos veinticinco por treinta centímetros. Una especie de paisaje bucólico enmarcado en madera de roble algo más oscura que el arce del escritorio.

—Papá me pidió que te dijera que lo recordaba así —dijo Charles—. Aunque no creo que sea el caso, también me pidió que le dijera que tal vez se haya equivocado en algunos detalles.

—No sabía que al Marrok le gustaba pintar. —La voz de Dana era más profunda. Rica y vetusta. Cuando tocó la pintura, le temblaron las manos. El intenso poder feérico que Anna había percibido hacía solo unos minutos había desaparecido como si nunca hubiese existido.

—No es suya —dijo Charles—. Tenemos un artista en la manada con el don de pintar las palabras de los demás, y a mi padre se le dan muy bien las palabras.

—No sabía que tu padre había estado allí. —La feérica parecía... perdida.

Charles se encogió de hombros.

—Ya le conoces. Si se lo propone, nadie repara en su presencia. Y, además, es un bardo. Ha estado en muchos sitios.

Dana irguió la cabeza. Tenía los ojos hinchados, la nariz enrojecida, aunque no había rastro de lágrimas. Su aspecto era muy humano.

—¿Cómo lo descubrió?

Charles levantó las manos.

—Quién sabe cómo descubre el Marrok la mayoría de las cosas. Pero pensó que te gustaría.

Dana volvió a contemplar el lienzo. Anna tuvo la sensación de que se sentía más abrumada que dichosa ante el regalo. O conmocionada.

—Mi hogar largamente desaparecido. Destruído por la magia y la geología, el manantial extinguido siglos atrás. El lugar que ocupó es ahora una calle de una ciudad con el mismo nombre de otros cientos de calles en otras tantas ciudades. Creía que no perduraba ni su recuerdo.

Tocó el cuadro del mismo modo en que Anna solía tocar a Charles: suavemente, consciente del dolor que podía provocarle, pero incapaz de resistir el impulso.

Le dio la vuelta para que ambos pudieran verlo mejor. La orilla de un lago, pensó Anna. Un lago profundo que reflejaba el color del cielo, enturbiando las aguas hasta hacerlas casi negras. La ejecución era menos compleja que la pintura de Dana, y el lienzo era bastante más pequeño; sin embargo, con simples pinceladas, el artista había conseguido dotarlo de una cualidad mágica que convertía la pequeña pintura en una ventana abierta a un mundo desconocido. Un lugar que no poseía ningún atractivo para Anna, pero que encajaba con la extraña criatura que había entrevisto en los ojos de Dana.

—Dile a tu padre —dijo la feérica contemplando de nuevo la pintura— que espero poder regalarle algún día algo de igual valor. Y le pido disculpas anticipadamente por si no lo consigo.

—Bueno —dijo Anna en cuanto estuvieron solos—. Ha sido... inquietante.

—¿No te ha caído bien?

Anna le miró brevemente y volvió a concentrarse en la carretera. Cuando le había rozado el hechizo de la feérica, deseó su aprobación, poder arrodillarse a sus pies y esperar las migajas de su cariño. El resto del tiempo había deseado matarla por flirtear con Charles, por haberse acostado con él.

Aunque sabía que era una estupidez, Anna deseaba ocultarse en un rincón oscuro para no volver a incomodar nunca más al Hermano Lobo con su presencia. No podía decirse que la hubiera repudiado, al menos no de un modo literal, pero su reprimenda había estado cargada de tanto... rechazo. Dana había conseguido atraer toda su atención.

Dana, la feérica, uno de los Señores Grises, segura y poderosa. No una mujer de veintitrés años que ni siquiera había acabado la universidad y que, después de tres años, aún no sabía ni una cuarta parte de lo que debería saber sobre su condición de hombre lobo. No estaba a la altura de Charles.

Y tampoco podía hablar de nada de aquello con Charles sin parecer una completa estúpida; una estúpida complicada y quisquillosa. Por suerte, podía responder a su pregunta sin revelar lo que realmente le preocupaba tras conocer a la feérica.

—En el Zoológico de Chicago, en Brookfield, hay un recinto para los reptiles. Una vez hice una visita con la escuela, cuando era una niña. Había una mamba verde. Es la serpiente más hermosa que he visto nunca; no es que fuera muy llamativa, pero tenía un... tono verde indescriptible. Y es tan venenosa que si te muerde ni siquiera tienes tiempo de que te administren el antídoto.

—¿Crees que es hermosa? —Charles reflexionó un instante—. Yo diría que es atractiva, pero no hermosa. Pocos feéricos lo son cuando recurren al *glamour*. La

belleza no termina de encajar muy bien. Y los feéricos deben hacer un gran esfuerzo para aprender a ocultarse a plena vista, como nosotros.

Anna no apartó la vista de la carretera.

—Es hermosa. Distinta. En una sala llena de estrellas de Hollywood, todo el mundo la miraría a ella.

Charles la observaba fijamente; podía sentirlo pese a que sus ojos estaban fijos en el tráfico.

—Eso es autoridad —dijo él—, no belleza.

—¿En serio? —Adelantó a un par de chicos en un Ferrari. Estos se ofendieron e hicieron rugir el motor tan cerca de la parte trasera del vehículo que Anna incluso pudo ver que uno de ellos no se había afeitado bien.

—La belleza no siempre es fácil —dijo Anna—. Mira a Paganini, por ejemplo.

—Eso es música.

—Ya sabes a qué me refiero.

Charles no cayó en la trampa de la conversación ligera y condescendiente. Anna agradeció el hecho de que reflexionara sobre lo que le había dicho en lugar de darle la razón para contentarla.

—He visto a Dana sin el *glamour* —dijo él finalmente—, lo que tal vez me impidió percibir ciertas sutilezas. Cuando nos convertimos en amantes, lo hice porque me parecía interesante. —Charles la miraba para no perderse su reacción.

Puede que aquella mañana le hubiera dicho exactamente cómo se sentía tras oírle hablar de su antigua amante. Pero, ahora, después de haber vislumbrado lo que se ocultaba en su interior, cruda y descarnadamente... pese al esfuerzo que había hecho por no mirar. Nadie debería quedar completamente desnudo frente a otra persona. Sin embargo, había descubierto algo... inesperado. Anna sabía qué era ella, y también qué era él. No se infravaloraba, en absoluto. Pero Charles era... una fuerza de la naturaleza.

Y él tenía miedo de que dejara de amarlo cuando lo descubriera, porque cuando se miraba en el espejo solo veía al asesino. Por eso se esforzaba en mantener suelto el vínculo entre ambos. El amor que sentía por ella era irracional, y no esperaba ser correspondido. Simplemente esperaba que Anna abriera los ojos por sí misma.

Anna estaba aterrorizada. Como si le hubiesen entregado una valiosa y delicada vasija de cristal y temiera romperla con el más mínimo movimiento. Deseó tener unas manos más grandes y fuertes para mantenerla a salvo. Aunque tampoco había dudado ni un segundo en reclamar sus derechos frente Dana.

Cuando vio que Anna no decía nada, continuó:

—Me aceptó como amante porque, al descubrir que su habilidad para despertar el deseo en los demás no funcionaba conmigo, sintió curiosidad por saber cómo sería el sexo con alguien a quien no afectaba su magia.

Anna dio un resoplido.

—Supongo que tampoco le hizo muchos ascos al envoltorio.

Charles suspiró.

—No lo he hecho bien, ¿verdad? Te debo una disculpa.

Anna le miró.

—No era mi intención sacar a relucir viejas historias... pero tampoco detuve a Dana a tiempo. Y, además, las palabras no son precisamente mi mejor arma. Para que quede claro: lo único que hubo entre Dana y yo fue un aprecio mutuo. Y de eso hace ya más de un siglo.

—No pasa nada —le dijo ella—. Lo entiendo. —*Humor*, pensó Anna. *En el punto justo. Humor seco*—. Has tenido mucho tiempo para atesorar amantes, así que tengo mucho donde elegir.

Una mano cálida le rodeó la rodilla, y una voz cálida y sin palabras la envolvió completamente incluso mientras Charles le decía:

—Me ha gustado cuando me has reclamado frente a ella. —Y tras un instante de duda—: Creo que me he sentido ofendido al ver que no estabas celosa cuando hablábamos de ella.

Anna retiró la mano derecha del volante y le acarició el brazo con ella.

—Creo que empieza a fallarte el olfato, Kemo Sabe. —Si él podía ser honesto, ella también—. No me gusta que hables de ella. Cuando te ha besado, tenía ganas de arrancarle la piel de la cara a tiras. Y cuando el Hermano Lobo me repudió...

—No pretendía hacerlo. —Charles daba golpecitos con la mano libre en el marco de la puerta—. No se le dan bien los... subterfugios, ni siquiera cuando es lo más práctico. Es muy espontáneo.

El Ferrari seguía pegado a ellos. Anna pisó el freno una vez a modo de advertencia.

—Bueno —dijo. *Espontáneo*—. Supongo que eso lo explica todo. —Pero ya no se sentía molesta. La explicación de Charles no era lo que la había tranquilizado, sino el modo en que había sentido la *espontánea* aprobación del Hermano Lobo ante el placer que, según Charles, había experimentado al presenciar cómo Anna se enfrentaba a la feérica y le recordaba quién era su pareja. No podía comprenderlo todo, y, en aquel momento, mucho menos de Charles en ese momento. Sin embargo, el Hermano Lobo parecía mucho dispuesto a ser más próximo.

—Tenéis mucho en común, no solo el mismo cuerpo —dijo Anna.

Charles empezó a reír y se deslizó sobre el asiento.

—Supongo que sí. Para bien o para mal. No le gustan los feéricos, ni siquiera Dana. Y él... ambos seguimos adaptándonos a ti. Protegemos a la manada; ese ha sido siempre nuestro trabajo. Sobre todo a los sumisos, el núcleo de la manada.

—Y él... los dos me consideraréis una supersumisa —dijo ella. Anna no era en absoluto sumisa, sino una Omega. Pero, en la manada, su función era muy similar. Los lobos dominantes podían... relajarse en su presencia porque sabían que jamás los desafiaría; no porque no pudiera, sino porque sabía que no lo haría. A los Omegas no les interesaba la jerarquía de la manada, solo su bienestar.

—Eres nuestra —dijo Charles categóricamente, sin rastro de humor—. Del Hermano Lobo y mía. Los dos te protegemos. Puede que Dana sea muchas cosas pero «segura» no es una de ellas. Nos estabas distraendo y si te hubiéramos prestado más atención, Dana lo habría percibido y se habría sentido ofendida. No es difícil ofender a los feéricos, y Dana no es una excepción.

—La reacción ante la pintura de Bran fue muy extraña —dijo Anna.

—Intensa —coincidió Charles—. Pero no podía ofrecerle algo menos valioso que el resto de los regalos que le darán los demás el día de la reunión. No es sencillo bailar con una feérica. Dejaré que mi padre me guíe en los pasos.

—El Vermeer... ¿Por qué copiaba en lugar de pintar algo original?

—Sus pinturas son... peores. ¿Recuerdas los cuadros de los payasos tristes? ¿O eras demasiado joven? Durante unos años estaban por todas partes. Colores brillantes, insípidos. Vacíos.

Anna se estremeció.

—Mi dentista los tenía colgados por toda la consulta.

—Exacto —dijo Charles.

—Tal vez debería pintar paisajes —sugirió Anna—. El fondo del Vermeer estaba muy bien.

—Le sugerí lo mismo una vez, pero no se mostró muy interesada. Suele pintar el tipo de temas que le gusta ver: amantes y soñadores.

—¿Crees que la manada tiene un buen seguro de vehículo? —preguntó Anna, mirando de nuevo por el espejo retrovisor.

Charles giró la cabeza y entrecerró los ojos.

De repente, el Ferrari perdió coba.

—Jesús —dijo Anna—. Es útil tenerte a mano.

—Gracias.

Anna pensó en Dana mientras avanzaba a través del tráfico, su opinión mucho más caritativa de lo que había sido minutos antes.

¿Qué se sentiría al amar la música como ella la amaba y no poder cantar ni tocar un instrumento? O, peor aún, ser competente pero no poder cruzar nunca la línea que separa una serie de notas con entonación y ritmo y la auténtica música. Saber que solo te falta un suspiro y no tener la menor idea de cómo pasar de la corrección marcada por el metrónomo a la intensidad y la belleza absoluta.

Anna había conocido a varias personas en la universidad a las que les ocurría lo mismo. Algunos habían conseguido hacer la transición, pero otros no.

En la Northwestern, antes de que la Transformación la obligara a dejarlo, se había especializado en música. Su instrumento principal era el chelo.

El primer violín del cuarteto en el que había tocado en la universidad dominaba hasta tal punto la técnica que había conseguido convencer a todos los profesores de que realmente interpretaba música. El típico niño prodigio.

Anna pensaba que el chico era completamente ajeno a lo que le ocurría, hasta una noche tras un concierto en la que acudieron a un bar de la zona para celebrar el éxito con cerveza. Los otros estaban bailando y Anna se quedó en la mesa con él, preocupada por el modo en el que parecía querer irse del *pub* sin una gota de licor cuando habitualmente era el que siempre se ofrecía para acompañarnos a casa y, por tanto, se limitaba al té helado y el café.

—Anna —le dijo, observando el líquido ámbar en su copa como si este escondiera la sabiduría universal—. A ti no te engañó, ¿verdad? En cambio, los otros... —hizo un gesto vago con la mano para incluir a los compañeros ausentes— ... creen que soy todo eso, pero tú lo sabes, ¿verdad?

—¿Qué sé? —había preguntado ella.

El chico se inclinó hacia adelante, su aliento apestando a cerveza y tabaco.

—Que soy un fraude. Siento la bestia dentro de mí, gritando para que la deje salir. Y si se lo permito, me arrastrará a la grandeza a pesar de mí mismo.

—¿Entonces por qué no se lo permites? —Por entonces aún no era un hombre lobo. El mundo era un lugar más amable, los monstruos estaban encerrados en los armarios y la ignorancia la convertía en alguien más valiente.

—Porque entonces todo el mundo podría verlo —dijo con una voz ronca y cansada, arrastrando ligeramente las palabras.

—¿El qué?

—A mí.

Para ser un gran artista debes exponer tu alma, y ciertas cosas están mejor en la penumbra. Durante una temporada después de su Transformación forzada, Anna había sido incapaz de interpretar una pieza musical, y no solo porque hubiera tenido que vender su chelo.

—¿Anna?

Aflojó los dedos alrededor del volante.

—Solo estaba pensando en Dana. Me preguntaba por qué no puede pintar como desearía —dudó un instante—. ¿Será porque no tiene alma, como afirman algunas religiones, o porque le da miedo mostrar lo que se oculta en su interior?

Había elegido aquel hotel porque quería que Anna se sintiera cómoda. Había otros lugares más lujosos en el centro de la ciudad, joyas relucientes de acero y cristal.

Y él podía permitírselos.

En otras ciudades, la empresa del Marrok incluso era la propietaria de alguno de ellos, y en otros hoteles eran los inversores mayoritarios. Pero recordaba lo intimidada que se había sentido hacía unos meses al ver su casa, la cual no era ni extravagante ni especialmente grande, de modo que pensó que se encontraría más cómoda en aquel hotel. Además, era su favonio.

A veces se sentía avergonzado por aquella necesidad de mostrarle a Anna todas las cosas que apreciaba con la esperanza de que ella también las amara. Era demasiado mayor para satisfacer de aquel modo su ego: la demostración de su pericia a los mandos del avión, mostrarle aquel hotel... Algún día tendría que hablarle de la cartera de inversiones que había abierto para ella. Pero era un cazador veterano y sabía que no era buena idea asustar a la presa. Esperaría hasta que Anna se sintiera más cómoda a su lado, con la manada... con todo.

Anna detuvo el vehículo junto a la acera y Charles percibió su nerviosismo cuando el encargado del aparcamiento se acercó para recoger las llaves. Se rodeó el cuerpo con ambos brazos mientras Charles le daba su nombre y le entregaba al joven una propina por no mostrarse sorprendido ante el estado del Toyota.

Charles cogió el equipaje y, sin apartar los ojos de Anna, quien se miraba los pies, se negó a que le ayudaran. Anna se sentiría mejor si nadie los atendía.

Tal vez debería haberla llevado a algún lugar un poco más impersonal. Uno de esos hoteles donde uno mismo aparca el coche y nadie te pregunta si necesitas algo. Tal vez seguía molesta por el intento de Dana por ponerla celosa. O tal vez estaba preocupada por el Hermano Lobo.

Salvo con él, el Hermano Lobo nunca había hablado con nadie de aquel modo. Ni siquiera con su padre. ¿Puede que la hubiera ofendido? ¿O tal vez había sido el modo en que se habían mostrado ante ella frente al barco de Dana? ¿Había visto algo que no le había gustado? Tal vez la distancia que había sentido entre ambos tras salir de la casa de la feérica no tuviera nada que ver con los celos.

Charles no estaba habituado a la montaña rusa emocional en la que estaba instalado desde que la había conocido. La buena noticia era que Anna era una Omega, con lo que podía calmar a todo aquel que estuviera cerca, y no una dominante. El Hermano Lobo estaba al borde del control, y solo conseguía dominarse cuando Anna le tocaba o cuando estaba feliz.

Debían hablar, pero no en público.

El hotel era viejo: ladrillo en lugar de vidrio y once pisos en lugar de treinta. Sin embargo, tenía la atmósfera propia del viejo mundo, decorado con una trivialidad que a Charles le resultaba muy atractiva y cuyo objetivo era más deleitar que impresionar mediante un estilo mediterráneo de influencia modernista. Cuando entraron en el *lobby*, Anna, que seguía en silencio, se detuvo nada más cruzar la puerta. Levantó la vista, observó el árbol de Navidad decorado con enormes lazos de tela marrones, violetas y plateados en lugar de bombillas y otro aún más grande y dorado en la punta.

Anna sonrió y le cogió de la mano, y entonces supo que había elegido bien. A Anna le encantaba. El Hermano Lobo se deleitó con la satisfacción que le producía complacer a su pareja.

Su habitación estaba en el séptimo piso, algo que no le hacía mucha gracia al Hermano Lobo. Hubiese preferido poder utilizar las ventanas como adecuada

segunda salida en lugar de como arriesgada ruta de emergencia. Sin embargo, Charles prefería una habitación menos accesible a visitantes inesperados, y el Hermano Lobo había tenido que ceder.

La puerta del ascensor se abrió y ante ellos apareció un espejo, para dar una mayor sensación de amplitud y luminosidad al pasillo, y un pez de colores en una pecera sobre una mesita.

—¿Un pez de colores? —preguntó Anna.

—Son animales fuertes —dijo él.

Anna soltó una carcajada.

—Sin duda. Conocí a alguien que rescató a uno de una lata de cerveza en una fraternidad. Pero ¿por qué en un hotel?

Charles se encogió de hombros.

—Nunca lo he preguntado. Aunque si vienes solo, te ponen uno en la habitación para que te haga compañía. —No le dijo que aquella era la primera vez que dormiría allí sin un pez de colores en la habitación.

A pesar de la manada y de las amantes que había elegido y que le habían elegido, llevaba solo mucho tiempo. No había podido ser de otro modo porque, como había dicho Dana, era el brazo ejecutor de su padre. Tenía que estar solo: era más fácil matar a un conocido que a un amigo.

Pero ya no lo estaba. Y pese a sentirse bien y disfrutar de cada momento, tenía la sensación de que el vínculo entre ambos sería funesto para él. Por la seguridad de Anna sería capaz de destruir el mundo.

Aunque probablemente no haría falta llegar tan lejos.

Abrió la puerta de la habitación y esperó junto a la puerta mientras ella exploraba el nuevo territorio.

Anna recorrió la habitación, tocando la mesa y el sofá de la salita. Tiró ligeramente de la borla de las cortinas que separaban el dormitorio del resto de la estancia.

—Parece un decorado de *El jeque* —dijo ella—. Con papel de pared a rayas como si fuera una tienda y telas para dividir las estancias. Mola.

Se sentó en la cama con un gruñido.

—Podría acostumbrarme a esto. —Y entonces le miró con sus ojos color caoba y le dijo—: Creo que hemos de hablar.

El hecho de que Charles pensara lo mismo no evitó que sintiera un frío nudo en el estómago. Hablar no era lo que se le daba mejor.

Anna se deslizó sobre la cama y se instaló con las piernas cruzadas en el otro extremo de la misma. Dio unas palmaditas sobre el colchón.

—No muerdo —le dijo.

—¿No?

Anna sonrió tímidamente y, de repente, todo su mundo encajó a la perfección; sí, estaba equivocado.

—O si lo hago, me aseguraré de que te guste.

Charles dejó el equipaje delante del cuarto de baño, bloqueando la puerta que daba al recibidor, y el Hermano Lobo ni siquiera protestó por el obstáculo entre ellos y su única vía de escape. El calor que desprendía Anna le atraía como una fogata en invierno; no había escapatoria posible ni para él ni para su hermano de carne. Y a ninguno de los dos le preocupaba.

Se deshizo de la chaqueta de piel y la dejó caer al suelo. Entonces se sentó sobre la cama y se quitó las botas. Oyó el roce de sus calcetines al rozar el suelo mientras se estiraba junto a Anna sin mirarla. *Hablar. Es lo que había dicho ella.* Y lo haría mucho mejor si mantenía la vista clavada en la pared.

Charles esperó a que ella diera el primer paso. Si empezaba haciéndole las preguntas que le inquietaban, puede que Anna no le preguntara lo que ella necesitaba saber. Era algo que había aprendido hacía mucho tiempo con los lobos menos dominantes.

Unos minutos después, Anna se sentó junto a él. Charles cerró los ojos y dejó que le envolviera su olor.

—¿Lo del vínculo es tan difícil para ti como lo es para mí? —preguntó Anna en voz baja—. A veces es tan intolerable que tengo ganas de aislarme pese al dolor que me provoca cuando lo hago. Y cuando se apaga, echo de menos la intimidad de saber lo que sientes.

—Sí —confirmó Charles—. No estoy habituado a compartir las cosas con nadie, salvo con el Hermano Lobo, por supuesto. —Su pareja, pensó. Anna lo había pasado muy mal y necesitaba todo lo que él pudiera darle. De modo que recurrió a las palabras, en las que tan poco confiaba, para ofrecerle consuelo—. No me importa lo que piense de mí el Hermano Lobo. Me importas... tú. Es... difícil.

Anna se movió hasta que su aliento le acarició la nuca. En voz muy baja, le dijo:

—¿Alguna vez deseas que no hubiera ocurrido?

Ante aquello, Charles se irguió y la miró, examinando su rostro para intentar descubrir a qué se refería exactamente. Su inesperado movimiento hizo que Anna se estremeciera, y si la cama no hubiese sido tan grande, habría caído de ella en su intento por alejarse de él.

Charles cerró los ojos y buscó el control. Allí no había enemigos que masacrar.

—Nunca —le dijo con una sinceridad que esperó que captara—. Jamás me arrepentiré. Si pudieras ver cómo era mi vida antes de que llegaras a ella, no lo preguntarías.

Charles sintió su calidez, olió su proximidad antes de que le tocara.

—Te causo muchos problemas. Y probablemente te causaré más antes del final.

Charles abrió los ojos, se dejó inundar por su olor, por su perfume, y la besó sobre una peca que adornaba su mejilla. A continuación, besó otra en un lado de su nariz y otra justo encima de los labios.

—Mi hermano Samuel lleva mucho tiempo diciéndome que necesito a alguien a mi lado que me conmueva.

Anna le besó; un gesto poco habitual y al que se enfrentó con absoluta inmovilidad y deleite por la confianza que atesoraba. Había sido torturada por monstruos y a veces sus sombras seguían persiguiéndola.

Anna se apartó.

—Si seguimos, no habrá ninguna conversación.

Bien, pensó él. Pero sabía que había cosas sobre las que ella aún necesitaba hablar, de modo que se dejó caer hacia atrás y se colocó las manos detrás de la cabeza, pese a haber por lo menos tres filas de almohadas en la cama.

—Sigo teniendo la sensación que hacemos algo mal —dijo ella—. Que no aprovechamos ni una mínima parte de las posibilidades que tiene el vínculo que nos une.

—No hay nada malo entre nosotros —le dijo él.

Anna hizo una mueca de frustración con la nariz; Charles supuso que aquello no era lo que quería oír. Volvió a intentarlo:

—Tenemos tiempo, amor. Mientras estemos en el camino que realmente queremos recorrer, disponemos de mucho tiempo por delante.

Charles sintió cómo centraba toda su atención en él.

—De acuerdo —dijo finalmente—. Creo que me sirve. ¿Significa eso que tengo que avisarte cuando creo que estás tomando la dirección equivocada?

Charles sonrió.

—¿Podrías evitarlo?

—No hay nada malo entre nosotros. —Anna repitió sus palabras con mayor convicción—. Eso significa que sí, ¿verdad?

Charles volvió a mirarla.

—Significa que sí. Exacto.

—¿Y estás tan confundido con esto como lo estoy yo?

Parecía importante para ella saber que se encontraban en el mismo territorio inexplorado. Pero no podía mentirle.

—No. De un modo distinto, supongo. Y seguramente más. Tú no has tenido más de doscientos años para descubrir quién eres realmente. Cuando todo eso cambia...

—Charles se encogió de hombros.

No estaba acostumbrado a toda aquella emoción. Había ocultado todos los sentimientos y deseos de su parte humana en algún lugar para que no interfirieran con las cosas que debía hacer. Y ahora que habían emergido no sabía qué hacer con ellos... y no era tan estúpido para creer que podría dominarlos y volver a ocultarlos en algún lugar oscuro.

—Confundido de otro modo —dijo ella—. De acuerdo. Lo entiendo.

Anna alargó una mano, la apoyó en su brazo y se lo recorrió con un dedo.

—Cuando hoy te he tocado... me ha parecido percibir dos almas en un solo cuerpo. ¿Yo también soy así?

—Anna —le dijo—, tú eres como eres. El Hermano Lobo y yo... Ya sabes que nací siendo un hombre lobo, que no me Transformaron. Eso conlleva ciertas diferencias, creo. Para funcionar, la mayor parte de los hombres lobos deben dominar a su lobo hasta convertirlo en algo prácticamente servil. Con el paso del tiempo, el espíritu del lobo se integra en el espíritu humano. Una parte irracional y violenta movida por los instintos y los deseos pero sin ningún auténtico pensamiento.

Contempló su pálida mano sobre la camisa de seda verde que llevaba puesta.

—No soy mi abuelo, no puedo conocer lo que se oculta en el corazón de los hombres —le dijo él—. No sé si lo que te he dicho es verdad. Solo sé que es lo que visto y sentido... Entre el Hermano Lobo y yo existe otro tipo de compromiso. Me permite tener el control en situaciones donde yo me manejo mejor, y le devuelvo el favor en otras.

—Dos almas —dijo ella.

—No. —Charles negó con la cabeza—. Un alma, un hombre, dos espíritus. El Hermano Lobo y yo somos uno. Inseparables. Si él muere, yo muero.

—¿Significa eso que yo he mutilado a mi lobo?

Charles se puso de lado y se acercó más a ella, atraído por su inquietud.

—No es algo por lo que debas sentirte mal. Es una simple cuestión de supervivencia. Pero si te sirve de algo, creo que tú y tu lobo también habéis llegado a una especie de compromiso. —Charles sonrió—. Creo que por eso te eligió el Hermano lobo incluso antes de que tuviéramos tiempo de saludarnos. Estamos en equilibrio. Tú y yo, tu lobo y el mío. Se mantiene en la sombra hasta que estás en peligro, pero está ahí.

Anna cerró la mano alrededor de su brazo.

—De acuerdo. Puedo enfrentarme a eso. Es mejor que las alternativas.

—¿Quieres que hablemos de algo más? —El roce de su piel hizo que le sonara la voz ronca.

Capítulo 4

Antes de que Anna pudiera responder, el móvil de Charles empezó a sonar. No era el tono de su padre, y de haber estado en casa, lo habría dejado sonar hasta que saltara el contestador. Pero no estaban en casa. Estaba allí para llevar a cabo un trabajo, y eso significaba que debía responder a llamadas en momentos inoportunos. Recogió la chaqueta del suelo y extrajo el móvil de uno de los bolsillos.

—Charles —dijo.

La respuesta vino en la forma de un torrente de palabras en el francés del sur de Francia de las que solo entendió una de cada cuatro. Pero con eso tuvo suficiente.

—Ahora salgo —dijo antes de colgar, dejando al otro lobo en mitad de una frase—. ¿Lo has oído? —le preguntó a Anna mientras se calzaba las botas.

Anna introdujo los pies en sus zapatos.

—No hablo francés.

—Los lobos españoles estaban cenando en el restaurante al que Jean Chastel decidió llevar a sus lobos. Las cosas se complican, y para añadir un poco más de diversión, el Alfa británico también está allí.

—¿Quién te ha llamado?

—Michel, uno de los Alfas franceses a quien Jean Chastel castigará si llega a descubrirlo. Imagino que nuestro informador llamaba desde el cuarto de baño. Espero que tome las precauciones adecuadas para mantenerse a salvo. —Se puso la chaqueta—. Seattle es una gran ciudad. Me cuesta creer que tres facciones de hombres lobo acaben en el mismo restaurante al mismo tiempo por casualidad. Si descubro que alguien lo ha planeado, rodarán cabezas.

—Si el restaurante es el Bubbas Basement Barbeque, podría tratarse de un accidente —dijo Anna mientras se ponía también el abrigo—. Cinco miembros de la manada, entre ellos tu padre y Asil, me recomendaron que fuéramos a comer allí algún día. Parece ser que es famoso en medio mundo por sus infinitas e insuperables costillas. Asil me dijo que él nunca había estado, pero que su reputación había llegado incluso a las manadas europeas.

Charles la miró detenidamente.

—A la gente le gusta hablar contigo —dijo—. Podría resultarnos útil.

Aparentemente, irían hasta el restaurante haciendo *footing*. Anna agradeció llevar puestas las zapatillas de deporte mientras bajaban por la húmeda y empinada cuesta.

Charles se movía con agilidad felina bajo la lluvia torrencial. Aunque la suela de sus botas no era antideslizante, Anna no creía que aquello ralentizara demasiado su

ritmo. Aunque ambos corrían en silencio, a Anna no le pasó por alto la atención que despertaban a su paso. En la ciudad, la gente se fija en ti cuando corres porque eso te convierte en el depredador o la presa.

Durante unos minutos se sintió incómoda, pero decidió que debía dejar la evaluación del riesgo en manos de Charles. Ella no conocía a los lobos implicados, ni cuánto quedaba hasta el restaurante en cuestión. Charles mantuvo el ritmo dentro de los límites humanos, lo que podría indicar que le daba cierta importancia a la atención de los transeúntes.

A Anna le gustaba correr con él. Cuando lo hacía sola, algo en su interior siempre temía convertirse en la presa. No podía imaginar a Charles convirtiéndose en la presa de nadie.

Unas cuantas travesías después, Charles redujo el ritmo a un trote ligero y llegaron a una calle llana paralela al Sound. Como el lago Michigan en su ciudad natal, el agua tenía una presencia, un peso que habría percibido aunque no hubiera sido capaz de distinguirla entre los edificios y encrucijadas.

Una flecha bajo el cartel de neón que proclamaba al Bubba's Basement el mejor restaurante de barbacoas de la ciudad, señalaba una amplia escalera que descendía hasta el sótano de un edificio con el aspecto neutral característico de lo que en el pasado debió de ser un banco o una sede de oficinas.

Cuando Charles abrió una de las dos puertas del local, una embriagadora combinación de ternera, salsa barbacoa y café escapó al exterior. El restaurante estaba tenuemente iluminado y, por lo que pudo comprobar tras un vistazo rápido, prácticamente lleno. El local parecía sumido bajo la influencia de una espesa nube de tormenta. Anna se preguntó si los clientes humanos también la percibirían.

Charles respiró hondo y giró a la izquierda. Tras flanquear una pared llena de arbustos, atravesó una puerta batiente y entró en una sala separada del resto del local. Un discreto letrero sobre el umbral anunciaba que, a cambio de un precio módico, podía reservarse para grupos numerosos y que tenía una capacidad para sesenta comensales. Cuando Anna siguió a Charles hasta el interior de la sala, descubrió que, pese a que en aquel momento debía de estar a un cuarto de su aforo, habría quedado pequeña incluso de haber sido cuatro veces más grande.

Los lobos Alfa no se relacionan bien entre sí. Anna se preguntó si todos ellos se habrían congregado allí a propósito o si algún miembro mal informado del personal del restaurante había decidido reunir a todos los clientes potencialmente problemáticos en el mismo lugar.

Alguien se había encargado precipitadamente de crear una zona despejada en el centro. Había un par de mesas pegadas a la pared y las sillas estaban esparcidas donde habían caído.

—No tienes ni el valor de un chucho mestizo —dijo con fría determinación uno de los dos hombres que estaban de pie en el centro de la sala. Hablaba con acento, pero uno tan sutil que Anna no supo ubicarlo inmediatamente.

Charles la miró y después dirigió su mirada hacia la puerta por la que acababan de entrar. Anna lo entendió. Lo que ocurría allí era un asunto privado, y lo último que necesitaban era que apareciera un visitante inesperado para complicar las cosas. Anna cerró la puerta y se quedó apoyada en ella.

Allí se sentía más segura... Demasiados lobos dominantes... Pese a la presencia de Charles, no pudo evitar recordar lo que le habían hecho los dominantes de su primera manada. Se le aceleró el corazón. No por miedo. Aún no. Pero tampoco era muy agradable.

La sala parecía una escena sacada directamente de *West Side Story* o, con el adecuado cambio de ambientación y vestuario, de *Duelo de titanes*. Había cuatro hombres de pie en un extremo de la sala, seis en el otro. Unos pasos por delante de cada grupo, un hombre dispuesto para la lucha. El nivel de testosterona era tan elevado que a Anna le sorprendió que aún no hubieran saltado los pequeños aspersores del techo.

Había otro hombre sentado en un rincón. Estaba de espalda a la pared y se limpiaba las manos con una toallita húmeda. Fue el primero en darse cuenta de la llegada de Charles, a quien saludó con una inclinación de cabeza informal.

—Ah —dijo en un perfecto acento británico de clase alta—, me preguntaba cuándo tardaría en llegar la caballería. Me alegro de verte, Charles. Al menos no están los rusos. Ni los turcos.

La acción se detuvo un instante a medida que el resto de los presentes reparaban en la presencia de un nuevo jugador.

—Sabes cómo disfrutar de la vida, incluso en los momentos más funestos —dijo un hombre de tez morena en el grupo más numeroso—. Siempre me ha gustado eso de ti, Arthur. —Gracias a su acento, Anna localizó al grupo de los españoles.

Lo que significaba que el hombre que había estado provocándole no podía ser otro que Jean Chastel, la Bestia de Gévaudan.

Aunque no era precisamente atractivo, sus poderosas facciones y el modo en que se movía convertían a su primer Alfa, Leo, en un cachorro descarriado. Causaba la misma impresión que la mayoría de los Alfas que había conocido; ocupaba más espacio del que le correspondería, como si pesara más de lo normal, tanto física como metafísicamente.

Pese a dedicarle a Charles toda su atención, Chastel no apartó ni un momento sus ojos claros de su oponente. No era ni alto ni bajo, y de constitución más bien escuálida. El cabello, castaño y lacio, le caía sobre los hombros, y la barba, perfectamente recortada, era bastante más oscura que el pelo. Sin embargo, los detalles físicos quedaban eclipsados ante el poder de quién y qué era.

Su oponente no tenía ninguna posibilidad, y el español lo sabía. Anna lo supo por su lenguaje corporal, por el modo en que evitaba la mirada del francés. Podía percibir el olor de su miedo.

—Sergio, *amigo mío*^[1] —dijo el español de tez oscura que había hablado anteriormente—. Déjalo estar. La lucha ha concluido. Charles está aquí.

El contendiente español no había reparado en la presencia de Charles, y su expresión de sorpresa estuvo a punto de significar su perdición. Jean Chastel proyectó el brazo derecho hacia delante, y este habría conectado con el cuello de su oponente de no ser por la intervención de Charles, quien parecía haberse movido antes incluso de que el lobo francés decidiera hacerlo.

Charles interceptó el golpe, hizo girar a Chastel y, utilizando su impulso, lo proyectó hacia su grupo. Con una rápida mirada a los lobos españoles, consiguió que estos retrocedieran un paso. Entonces centró toda su atención en el primer lobo.

—Estúpidos —gruñó Charles—. Esto es un lugar público. No consentiré ni un solo acto de violencia en el territorio de la manada de la Ciudad Esmeralda.

—¿Que no consentirás, cachorrito? —murmuró el francés, quien se había recuperado rápidamente del inesperado impacto contra sus propios lobos. Tiró de las mangas de su camisa, que llevaba abotonada hasta el cuello, en un gesto que parecía más producto de la costumbre que de razones prácticas—. Había oído que el viejo había enviado a su cachorro para que nos divirtiéramos con él, pero no terminaba de creerlo.

La áspera actitud del resto de los lobos franceses le dijo a Anna que estos no aprobaban en absoluto las palabras de su líder, que solo el miedo los impulsaba a continuar a su lado. Pero aquello tampoco los convertía en menos peligrosos; probablemente lo fueran aún más. Su lobo los reconoció a todos como Alfas, y estaban aterrorizados.

Por debajo de la violencia latente y el juego de las apariencias dominante en la sala, podía percibirse una corriente subterránea de miedo: el de Anna, el de los lobos españoles, y también el de los franceses. El olor que desprendía el miedo era tan intenso que Anna acabó estornudando y atrayendo una atención no deseada. Jean Chastel clavó los ojos en los suyos, y pese a toda la violencia que estos prometían, Anna les hizo frente. Aquí está, pensó, un monstruo mucho peor que el trol bajo el puente. Apesta a maldad.

—Vaya —dijo Chastel con un tono de voz casi afable—. Otra historia que había desechado. Entonces es verdad que has encontrado a una Omega, mestizo. Muy mona. Parece suave y delicada. —Se lamió los labios—. Seguro que es muy tierna.

—Nunca lo descubrirás, Chastel —dijo Charles sin levantar la voz—. Retrocede o márchate.

—Hay una tercera opción —susurró Chastel—. Creo que me decidiré por ella.

Anna, con la barra de la puerta clavada en los riñones, comprendió que nada bueno podía salir de aquello. Tal vez Charles tuviera de su parte a los españoles, o incluso al lobo británico, pero si alguno de ellos participaba, daría una impresión de debilidad. Anna estaba convencida de que Charles era muy capaz de limpiar el suelo con el lobo francés, pero incluso eso sería un error manifiesto. Estaban en un lugar

público, y una pelea significaría la presencia de la policía y una exposición pública muy distinta de la que planeaba Bran.

Tal vez ella podía intervenir para desactivar la tensión. Había estado trabajando con Asil, un viejo lobo de su nueva manada, para intentar comprender mejor su naturaleza. La pareja de Asil también había sido una Omega, de modo que sabía mejor que nadie cómo funcionaban sus habilidades. Incluso Bran, el Marrok, solo disponía de una idea muy vaga. Con la ayuda de Asil había conseguido dominar unos cuantos recursos interesantes.

Charles no contestó a Chastel. Se limitó a quedarse donde estaba, con los brazos a ambos lados del cuerpo, todo su peso concentrado en la planta de los pies, mientras esperaba la decisión de Chastel.

Charles le permitió deshacerse del miedo; bueno, Charles, su lobo y la puerta.

Se concentró en una visión a la que solía recurrir: un bosque cubierto por un ligero manto de nieve, su aliento condensándose en el aire. Allí el silencio era casi palpable, allí se sentía a salvo. En paz. Un arroyo lleno de truchas discurría bajo una fina capa de hielo. Siguió mentalmente el rastro de una trucha, una simple sombra plateada moviéndose bajo las agitadas aguas.

Cuando la visión se asentó en su mente, proyectó el sentimiento hacia el exterior.

Su poder golpeó en primer lugar al lobo británico; lo supo por el modo en que se relajaron sus hombros. El lobo se dio cuenta de lo que estaba haciendo, la miró con una ceja enarcada y, a continuación, cogió la taza de café frente a él (o té, ¿los británicos no bebían té a todas horas?) y dio un sorbo. Unos cuantos españoles empezaron a respirar con un ritmo más acompasado y la tensión de la sala disminuyó bruscamente.

Charles se dio la vuelta, sus ojos dos ascuas doradas, y soltó un gruñido. Dirigido a ella.

Anna se quedó sola en una habitación llena de lobos dominantes y con la violencia a flor de piel. El olor que desprendía le resultó tan familiar que su cuerpo se contrajo por el recuerdo del dolor. Se le cortó la respiración.

Huyó por la puerta en la que había estado apoyada; huyó antes de que el terror ciego se convirtiera en la chispa que provocara una orgía de violencia. Lo había presenciado otras veces, aunque nunca en un lugar tan público.

El francés dijo algo grosero mientras la puerta se cerraba detrás de ella, pero no estaba prestando atención. El pánico, crudo y descarnado, le impedía respirar con normalidad al tiempo que su condicionamiento intentaba aplastar su sentido común.

Necesitaba algo en lo que concentrarse. Miró a su alrededor en busca de ello.

Los clientes en la sala principal del restaurante seguían inmersos en un silencio poco natural, y había muchos menos que cuando habían llegado. La mayoría de ellos mantenía la cabeza baja; una reacción involuntaria ante la presencia de tantos Alfas, pensó Anna. Hasta los humanos podían percibirlo, aunque, afortunadamente, desconocían el motivo de semejante inquietud.

Pese a que todos los Alfas estaban en la habitación contigua, su presencia ejercía un peso palpable, algo similar a lo que ocurría con toda la masa de agua que rodeaba el Puget Sound. Con Charles a su lado había sido capaz de mantenerlo a raya, pero ahora se alimentaba de ella. Notaba en sus oídos el fuerte golpeteo de su corazón.

Pero los lobos estaban al otro lado de la puerta, y Charles no permitiría que la tocaran.

Se detuvo frente a la puerta principal del restaurante.

Podía regresar al hotel y esperar. La ciudad por la noche no representaba ninguna amenaza para ella; todos los tipos malos estaban allí. Pero habría sido un acto de cobardía. Y Charles podía malinterpretarlo.

Un poco más tranquila, y superado el impulso inicial de huir, Anna entendió el motivo por el que Charles le había gruñido. Debía detenerla. No podía permitir que calmara al Hermano Lobo.

Puede que Charles fuese más dominante de un modo natural, pero también era el único lobo de la sala que no era el Alfa de una manada. Anna sabía que otros lobos menos dominantes asistirían a la reunión, pero ninguno de ellos estaba ahora en aquella sala.

Tantos Alfas juntos ponían a Charles en una situación incómoda. Tenían que temerle, tenían que saber que les mataría si se enfrentaban a él. Porque, si no, olerían su debilidad y le atacarían en grupo, como una manada de lobos cazando un caribú. Anna había estado interfiriendo.

En un rincón de la sala había un piano maltrecho sobre un pequeño escenario que le atraía como un oasis en mitad del desierto. Decidió que podía esperar, siempre y cuando encontrara algo en lo que pensar que no fueran antiguos recuerdos de dolor y humillación. Anna atrajo la atención de un camarero.

—¿Te importa si lo toco?

El camarero, visiblemente atareado, se detuvo en mitad de un paso y se encogió de hombros.

—Adelante, pero si al cocinero no le gusta lo que tocas, saldrá a pedirte que lo dejes. No sería la primera vez. O puede que la gente te abuchee. Es una especie de tradición.

—Gracias.

El camarero echó una ojeada a la sala.

—Toca algo animado. La noche está un poco apagada.

El piano era una pieza de museo que hace cincuenta años ya debía de ser viejo. Alguien lo había pintado de negro, pero la pintura se había desvanecido y ahora tenía un tono más bien grisáceo; también tenía algunas estrías en las esquinas e iniciales talladas en toda su superficie. La mayor parte de las teclas de marfil estaban rotas, y el mi mayor sobresalía medio centímetro por encima de las demás.

Algo animado.

Se decidió por el tema de *Barrio Sésamo*. El piano sonaba mucho mejor de lo que su aspecto podía sugerir y estaba razonablemente bien afinado. Continuó con *Maple Leaf Rag*, una de las piezas de *ragtime* que conoce todo estudiante de piano de segundo año. Pese a que el piano no era su instrumento, tras seis años de clases podía considerarse moderadamente competente.

La sensación de ligereza y la sencillez de la partitura le hizo sentirse tentada de acelerar el ritmo. Pero recordó a tiempo la frase favorita de una de sus profesoras: «El *ragtime* no es rápido». Contuvo sus dedos y mantuvo el compás adecuado. La falta de práctica le ayudó.

Charles observó a Anna salir de la sala y supo que aquello era un paso atrás en su relación. Pero si no la hubiese detenido, las consecuencias podrían haber sido desastrosas. No podía permitirse la más mínima distracción. No por su Omega, aunque aquello significase que algo se destruía entre ambos.

La mayoría de las parejas se hubiesen puesto furiosas al ser reprendidas en público. Pero la mayoría de las parejas no habían sufrido el tipo de abusos que había sufrido Anna para subyugarla. Pese a todo, no lo habían conseguido del todo.

Pero no podía permitirse el lujo de que calmara al Hermano Lobo antes de que su poder calara en la Bestia. La agresividad del Hermano Lobo, su impulso asesino, era la única arma de que disponía para controlar la situación.

Profundamente cansado de Chastel, pese a llevar en su presencia menos de un cuarto de hora, Charles recurrió al Hermano Lobo, quien no sentía la menor preocupación por el futuro, para que tomara las riendas. El tiempo de las negociaciones había concluido; lo había hecho desde el momento en que tuvo que gruñir a Anna. O tal vez desde que Chastel la había ninguneado al considerarla una presa apetecible.

—Será mejor que dejes a mi pareja al margen —le dijo a Chastel en tono conciliador. Al Hermano Lobo no le interesaba lo más mínimo la política. Chastel le había hecho daño a Anna y no dudaría ni un instante en matarlo allí mismo si era necesario.

Chastel levantó el labio superior pero no consiguió articular palabra, no en presencia del Hermano Lobo. El duelo visual duró unos cuantos segundos, hasta que Chastel bajó la mirada, recogió su abrigo y abandonó la sala con la cola entre las piernas.

Charles siguió con la mirada todos sus movimientos para asegurarse de que la Bestia no decidía ir a por Anna. Charles avanzó dos pasos en la sala principal del restaurante antes de detenerse. Vio cómo el lobo francés abandonaba el edificio, aunque también reparó en otra cosa que atrajo inmediatamente su atención: Anna seguía allí.

Estaba convencido de que, por entonces, ya estaría a medio camino del hotel. Pero no, estaba sentada en un taburete bajo que se tambaleaba bajo su peso, tocando el infame y maltrecho piano, de espaldas a él y al resto de los comensales. La pieza que estaba interpretando, una cancioncilla animada, no parecía muy complicada. Le resultaba familiar. Frunció el ceño pero fue incapaz de recordar el nombre, salvo que se trataba de una melodía infantil.

De un modo automático, recorrió la sala con la mirada en busca de posibles amenazas, pero no encontró ninguna. Todos los clientes eran humanos, y se dio cuenta de que la música empezaba a relajar el ambiente. Alguien soltó una risotada y otro pidió más costillas.

No se había marchado. Lo que significaba que aún podía enmendar el desastre provocado por Chastel. Solo tardaría unos minutos más, y después podría regresar allí y proteger a Anna de... Charles se detuvo y respiró hondo. El Hermano Lobo creía poder arreglarlo protegiendo a Anna de algún peligro desconocido... El Hermano Lobo no entendía a las mujeres. Aunque el hecho de que Anna no se hubiera marchado era la demostración empírica de que Charles tampoco las entendía tan bien como creía.

Anna recorrió la sala con la mirada y descubrió que el silencio que había presidido la sala hasta hacía poco se había ido disipando. Tampoco había oído ningún ruido procedente de la sala contigua, por lo que supuso que Charles tenía la situación bajo control. Ahora necesitaba un tema más moderno, algo apropiado para un público mayoritariamente de mediana edad, lo que al piano solía significar Elton John o Billy Joel, ambos pianistas y cantantes. Ejecutó las últimas notas de *Maple Leaf* y siguió con las primeras de *The Downeaster Alexa*. No era una canción animada, pero era hermosa.

A Charles no le costó mucho tranquilizar al resto de los lobos. Sin Chastel para provocarlos y excitarlos, a nadie le interesaba una pelea pública.

Pidió comida para todos (la especialidad de la casa: costillas sin límite por un precio por cabeza) y les preguntó si les importaría que se ausentara unos minutos para asegurarse de que su pareja estaba bien. Los lobos franceses estaban un poco inquietos, conscientes de que Chastel se daría cuenta del tiempo que habían permanecido en el restaurante sin él, pero nadie puso objeciones. Los Alfas entendían mejor que nadie el impulso de proteger a los miembros de la manada.

Anna estaba inmersa en una pieza melódica. Sin la letra, tardó varios acordes en reconocer la melodía. Pese a ser un fan de Billy Joel, *The Downeaster Alexa* no era una de sus canciones favoritas. Le recordaba demasiado a toda la gente que había conocido, abandonados a la deriva cuando el paso del tiempo trajo ciertos cambios

que destruyeron sus vidas. Le traía a la memoria los nombres de los muertos, recuerdos desagradables que estaban mejor ocultos en un lugar oscuro. Pese a todo, era una canción muy hermosa.

Las manos de Anna recorrían las desgastadas teclas con elegancia, arrancando del piano algo más que simples notas. Algo sutil pero que pudo reconocer en las conversaciones y en el modo en que el anciano que había estado inclinado sobre su plato se erguía lentamente y, con ojos brillantes, le susurraba algo al joven espigado sentado a su lado. El hombre le contestó también en voz baja y el anciano negó con la cabeza.

—Ve a preguntárselo —le dijo de nuevo en voz baja, lo que no impidió que Charles distinguiera claramente las palabras por encima de la música—. Seguro que una joven capaz de tocar tan bien un *ragtime* conoce más viejas canciones.

—Está sola, abuelo. La asustaré. La tía Molly...

—No. No. Molly no querrá hacerlo. No querrás que me ponga en ridículo, ¿verdad? Ve tú. Vamos. —Y el frágil anciano prácticamente tiró al hombretón de la silla de un empujón.

Charles sonrió complacido. A menudo, la gente trataba a sus mayores como si fueran niños, personas a las que había que mimar e ignorar. Aquel hombre lo sabía, y también el larguirucho. Los Mayores están más cerca del Creador y, como tales, su voluntad debería ser respetada con deferencia.

Charles se tensó ligeramente al ver que el joven se abría paso entre las mesas y se acercaba a su Anna. Sin embargo, no había nada amenazador en su lenguaje corporal. Pese a sus movimientos de luchador y a su considerable altura, el hombre parecía esforzarse por aparentar ser menos... letal. Charles le compadeció, aunque él había aprendido a aprovechar el efecto que provocaba en los demás en lugar de enmascararlo.

Antes de terminar la pieza, Anna reparó en la presencia de un hombre considerablemente alto junto al piano. Su postura transmitía incomodidad: los hombros encogidos, el visible esfuerzo por no parecer amenazador. Anna decidió que esto último solo lo conseguía a medias.

Tenía una cicatriz en la barbilla y unas cuantas en los nudillos. Juzgó que debía de ser unos centímetros más alto de Charles. Si aún fuese humana, probablemente habría sentido cierta inquietud, pero, por el modo en que se movía, supo que no representaba ninguna amenaza. El lenguaje corporal casi nunca engañaba.

Era obvio que esperaba para hablar con ella, de modo que dejó de tocar tras el último compás. De todos modos, y aunque no sabía exactamente por qué, no estaba de humor para canciones alegres.

Unos cuantos clientes se dieron cuenta de que había dejado de tocar y aplaudieron. El resto dejó un momento los cubiertos y los imitaron, reanudando la

cena poco después.

—Discúlpeme, señorita. Mi abuelo quiere saber si podría tocar *Mr. Bojangles*, y si podría acompañarla con la letra.

—Por supuesto —le dijo Anna con una sonrisa y los hombros relajados para que supiera que no se sentía intimidada.

Numerosos intérpretes habían cantado *Bojangles*, pero el enclenque anciano que se aproximó hasta el piano apoyando todo el peso de su cuerpo en un bastón le recordó mucho a la imagen de las últimas fotografías de Sammy Davis Jr. —incluso tenía el mismo tono de piel caramelo—, quien, según su parecer, era el intérprete que había conseguido sacarle todo el partido a la canción.

Cuando el anciano empezó a hablar, descubrió que su voz era mucha más grave de lo que su frágil cuerpo hacía suponer.

—Voy a cantarles algo —dijo dirigiéndose a la audiencia, y todo el mundo levantó la vista de sus platos. Tenía una voz hechizante. Hizo una pausa dramática—. Tendrán que perdonarme, pero ya no puedo bailar. —Anna esperó a que las risas se disiparan antes de empezar a tocar.

Normalmente, cuando tocaba con alguien que no conocía, especialmente si era una pieza que conocía tan bien como aquella, le resultaba difícil que su versión encajara con la percepción que tenía la otra persona. Salvo por el titubeo inicial, aquella vez fue mágica.

Charles sintió una cierta inquietud cuando el anciano se saltó la entrada, volvió a sentirla cuando el tempo aumentó, y una tercera vez... Tuvo que cerrar los ojos cuando el hombre empezó a cantar fuera de tiempo.

No obstante, Anna acudió a su rescate y lo envolvió en su música, demostrando una habilidad al piano inédita hasta el momento, lo que permitió descubrir a Charles que era mucho mejor pianista de lo que había imaginado por la elección de las piezas anteriores.

La voz del anciano no desentonaba, y unida al desvencijado piano y a la dulzura de Anna hizo que el conjunto se transformara en uno de esos raros momentos en que la interpretación y la música se funden para dar vida a algo más.

Bojangles era una canción que requería de cierto tiempo para asentarse a medida que iba erigiendo el *collage* de la vida de un hombre mayor. Alcohólico, prisión, la muerte de seres queridos, nada de todo aquello había derrotado al Sr. Bojangles, quien incluso en su hora más amarga aún tenía tiempo para dedicarle unas risas y un baile a su compañero de celda.

Saltó a tal altura...

Era la canción de un guerrero. Una canción triunfante.

Al final, pese a su comentario inicial, el anciano premió a su público con un pequeño baile. Sus movimientos traicionaron la rigidez de unos músculos y

articulaciones que ya no eran tan fuertes como habían sido. Aun así, se movió con elegancia y regocijo.

Soltó una risotada... soltó una risotada...

Cuando Anna terminó una floritura, el hombre saludó al público con una reverencia y Anna se unió poco después.

—Gracias —le dijo Anna—. Ha sido muy divertido.

El anciano cogió entre sus manos arrugadas una mano de Anna y le dio unas palmaditas.

—Gracias a ti, querida. Me has hecho recordar los buenos tiempos. Me da hasta vergüenza decirte cuántos años han pasado. Has hecho feliz a un hombre mayor por su cumpleaños. Espero que cuando cumplas ochenta y seis, alguien haga lo mismo por ti.

Y aquellas palabras le hicieron ganarse una segunda ovación y gritos de «otra, otra». El anciano meneó la cabeza, habló brevemente con Anna y sonrió cuando ella asintió.

—Acabamos de descubrir que los dos sentimos debilidad por los viejos temas —dijo el hombre—. Aunque para mí no son viejos.

Y empezó a cantar *You're Nobody 'til Somebody Loves You*, una canción que Charles no había escuchado desde hacía más de cuarenta años. Anna se unió con el piano tras unos cuantos acordes y dejó que la experimentada voz del anciano la guiara.

Cuando terminaron, la sala estalló en aplausos y Charles aprovechó para llamar la atención de una camarera. Le entregó su tarjeta de crédito y le dijo que le gustaría pagar la cena del anciano y de su familia como agradecimiento por la música. La camarera sonrió, cogió la tarjeta y se alejó a paso ligero.

El anciano cogió a Anna de la mano y le obligó a hacer otra reverencia antes de besársela y permitir que su nieto le escoltara, triunfante, hasta su mesa. Su familia se puso en pie, le rodearon y empezaron a abrazarlo y a demostrarle su cariño, como debía ser. El hombre se sentó como un rey en su trono y disfrutó del momento.

Anna volvió a colocar la tapa que cubría las teclas y, al levantar la cabeza, vio a Charles. Dudó un instante, y Charles sintió una punzada de pánico al pensar que podía haberla asustado. Pero Anna levantó la barbilla y, con los ojos aún colmados de música, avanzó a su encuentro.

—Gracias —le dijo antes de que ella pudiera decir nada, aunque no estaba seguro de si el agradecimiento era por salir de la sala cuando se lo había pedido, por quedarse en el restaurante en lugar de volver al hotel o por la música, la cual le había hecho recordar que el esfuerzo que estaban realizando no era solo en beneficio de los suyos, sino también por los humanos con quienes compartían aquel siglo.

La camarera, que regresaba en aquel momento con la tarjeta de crédito en la mano, había oído el comentario de Charles.

—Yo también te lo agradezco, cielo —le dijo a Anna—. El ambiente era un poco lúgubre antes de que empezaras a tocar. Como en un funeral. —Y, dirigiéndose a Charles, añadió—: Todo arreglado. Imagino que prefiere que sea algo anónimo, ¿no?

—Sí —dijo él—. Será lo mejor.

La camarera sonrió, primero a Charles y después a Anna, y siguió con su trabajo.

—Lo siento —dijo Charles.

Anna le dirigió una mirada a un tiempo sorprendida y jocosa.

—No te preocupes. ¿Todo bien?

Charles no supo qué contestar, pues básicamente dependía de ella. Y entonces comprendió que no se refería a ellos sino a los lobos en la sala contigua. Se limitó a encogerse de hombros.

—Más o menos. Sabía que Chastel sería problemático. Puede que, después de bajarle los humos, se vea obligado a comportarse mejor. A veces funciona.

La música le ayudó. Solía ocurrirle con la música. Pero lo que más le ayudó fue hacer feliz a la gente. Sin embargo, nada podía compararse a lo que sintió cuando levantó la cabeza y vio a Charles con una tímida sonrisa en los labios, porque aquello significaba que nadie había muerto, que no lo había estropeado todo y que Charles no estaba enfadado con ella.

La acompañó a la otra sección del restaurante, donde les esperaban los lobos. Chastel se había marchado. Anna supuso que, pese a estar de espaldas a la puerta e inmersa en la música, tendría que haberse dado cuenta. Era muy peligroso no darse cuenta de cosas así.

Habían vuelto a mover las mesas, y ahora formaban una larga mesa en el centro de la sala. Sobre esta vio tres fuentes de comida, una llena y dos prácticamente vacías.

De repente, todos parecían tratarse como viejos amigos. Los lobos españoles ocupaban un lado de la mesa y los franceses, el otro. El hombre lobo británico ocupaba uno de los extremos y, en el opuesto, Anna distinguió dos sillas libres.

—Me pareció una lástima no probar la comida —le murmuró Charles con una mano apoyada en la zona baja de su espalda. Aunque no podía ver su expresión, percibió la fuerza de su mirada por el modo en que los Alfas presentes le reconocían como el lobo más poderoso y temible de la sala.

La mayoría de ellos parecían aceptarlo con normalidad. Los lobos no suelen preocuparse por lo que no pueden cambiar. Anna pensó que la única excepción podría ser el lobo británico. Era evidente que estaba inquieto por algo, aunque, de todos modos, mantuvo la cabeza gacha cuando Charles le miró directamente.

—Caballeros, mi pareja y mi esposa, Anna Latham Cornick, Omega de la Manada de Aspen Creek. —Charles apoyó una mano en su hombro.

—Disculpe, *monsieur* —dijo uno de los lobos franceses. Tenía uno de aquellos acentos en que el francés y el inglés británico se superponen—. Creo que lo mejor será que hagamos las presentaciones y nos marchemos cuanto antes. Ya hemos perdido mucho tiempo con la cena. Chastel no es nuestro Marrok, no como lo es Bran para los lobos de este país, pero, si se lo propone, puede hacernos la vida extraordinariamente incómoda.

—Por supuesto.

El francés procedió a presentar brevemente a sus compatriotas. Cuando llegó su turno, cada uno de ellos acompañó la presentación con una inclinación de cabeza.

—Y yo soy Michel Girard.

—Espero poder disfrutar de su conversación en otro momento —dijo Anna.

—Lo mismo digo. —El francés sonrió con ojos cansados—. Hasta mañana. —Y se marcharon.

—Anna, te presento a Arthur Madden, el Señor de las Islas. Es el equivalente británico del Marrok.

—Me alegro de conocerle, señor —dijo Anna. Entonces, no es un Alfa, pensó Anna, o no solo un Alfa.

—Encantado —dijo Arthur poniéndose de pie y acercándose a ella para besarle la mano—. Lamento confesar, ahora que ya no está Chastel para reprenderme, que la velada se ha alargado más de lo previsto. Mi esposa me espera y no quiero hacerla esperar más. Antes de marcharme, no obstante, me gustaría invitaros a los dos a cenar mañana en el apartamento que tengo en el distrito universitario. Sería un gran placer.

Anna miró a Charles. Madden había excluido a los españoles de un modo tan categórico que se sintió incómoda. No sabía qué decir para no empeorar las cosas.

—Gracias —dijo Charles—. Lo discutiremos y te diremos algo.

Arthur sonrió y Anna se dio cuenta de que era un hombre muy atractivo. Hasta entonces, no había reparado en ello.

—Muy bien. —Arthur miró a los españoles—. Caballeros, mi control no es lo suficientemente bueno como para tener a más de un lobo dominante en mi territorio al mismo tiempo. Les pido disculpas.

—*De nada*^[2] —dijo alegremente el hombre de tez oscura que parecía su líder—. Lo entendemos.

Arthur volvió a disculparse antes de encaminarse hacia la salida. La sala quedó repentinamente en silencio. Cuando la puerta principal del restaurante se abrió y volvió a cerrarse fue como si el mundo entero exhalara un suspiro de alivio.

Sergio, el lobo que se había enfrentado a Chastel, dejó caer un hueso en su plato.

—Capullo pomposo —dijo.

—Capullo pomposo y listo —dijo Charles.

—Capullo pomposo, listo e ingenuo —dijo el hombre de tez morena—. ¿Has decidido ya cómo vas a presentarnos? ¿Qué tal por la edad? —Miró a Anna—.

Charles nos conoce a todos. Y seguramente también a los franceses. Tu pareja lo sabe todo.

Anna comprendió que se trataba de otro desafío, quizá no tan serio, pero no por ello menos decisivo que el frustrado enfrentamiento entre Charles y Chastel. Lo que el español estaba preguntando en realidad era: *¿Somos importantes para ti?*

—Si lo consigo, tú dejas la propina. —Anna no había visto nunca tan relajado a Charles.

—De acuerdo.

—Sergio del Fino —dijo Charles. El hombre en cuestión se puso en pie, se llevó una mano al pecho e inclinó la cabeza.

Continuó con el resto sin cometer un solo error. Le quedaban dos: el hombre de tez morena y otro pelirrojo. Se detuvo y señaló al moreno con un movimiento de cabeza.

—Hussan Ibn Hussan. —Y después al otro—. Pedro Herrera.

Hussan sonrió.

—No. Yo soy mayor que Pedro.

Pedro sonrió aún más abiertamente.

—Hijo mío, pero si te vi nacer. No sabía que Charles también estaba al corriente de eso.

Charles bajó la cabeza pero no sus ojos.

—Asil lo dejó entrever.

Hussan se dio un manotazo en la pierna.

—Creo que me has descubierto. Dime que mi padre no te pidió que lo hicieras.

Charles se limitó a sonreír.

—¿Eres el hijo de Asil? —preguntó Anna. Ahora que se fijaba bien, su tono de piel era casi tan oscuro como el de su maestro en las cuestiones relativas a su naturaleza de Omega, y tenían la misma nariz.

—Sí, tengo ese honor —dijo Hussan.

—¿Ibn Hussan? No tengo mucha idea de árabe, pero ¿no tendría que ser Ibn Asil? —preguntó Sergio.

—Hussan es su nombre de pila, aunque hace mucho tiempo que se hace llamar Asil —explicó con un encogimiento de hombros—. Es muy viejo, de modo que puede hacer lo que se le antoje. —Su sonrisa adquirió un tono de amargura—. Y normalmente lo hace. ¿Cómo está, por cierto? ¿Sigue molesto porque me negué a matarlo cuando me lo pidió? No respondía a mis llamadas ni a mis cartas, de modo que dejé de intentar ambas cosas.

—Está bien —dijo Anna—. Mejor.

Charles sonrió tímidamente.

—Es probable que ahora conteste a tus llamadas.

Hussan inclinó la cabeza.

—¿Ha ocurrido algo?

—Sí. —Charles colocó una silla frente a un plato limpio y le indicó a Anna que se sentara—. Si no empezamos a comer, estos demonios se lo comerán todo y tendremos que esperar a la siguiente ronda.

Anna se sentó y Charles le acompañó la silla antes de sentarse en la suya. Aunque su actitud podía parecer casual, seguía actuando de un modo formal. Puede que fuera porque la mayoría de aquellos lobos eran muy viejos y esperaban que se comportara con ella del aquel modo. Anna no estaba segura de si le gustaba o no, pero le siguió el juego encantada. O casi. Con ayuda de unas pinzas, se sirvió un montón de costillas en su plato: hacía muchas horas que no comía nada.

—Asil estará bien —dijo—. Siempre y cuando no moleste demasiado a Bran.

Levantó la vista y vio que Hussan la estaba mirando.

—Fuiste tú —dijo—. Omega. Tú le salvaste.

Anna negó con la cabeza.

—Pregúntaselo tú mismo.

—Él te dirá que fue ella —dijo Charles—. Ella lo negará. Sea como sea, estará bien durante, más o menos, el próximo siglo. O tan bien como puede estar.

Regresaron al hotel a pie. Seguía lloviendo débilmente, pero a Anna nunca le había molestado la lluvia, y parecía que a Charles tampoco. Caminaron uno al lado del otro, sin tocarse.

—¿Aceptaremos la invitación de Arthur Madden? —le preguntó ella.

—Si quieres, sí. Angus ha preparado algo para dentro de dos noches, pero mañana estamos libres.

—¿Te representará algún problema diplomático si vamos?

Charles hizo un gesto de impaciencia.

—Como no me canso de repetir, esto no es una negociación. Hemos aceptado escuchar sus inquietudes, y me dirigiré a ellos. Pero mi padre es inflexible. En cuanto se le presente la oportunidad de hacer pública nuestra existencia, no la dejará escapar, independientemente de si alguien se siente ofendido o de si cree que favorecemos a unos más que a otros. No pretendemos agradar a nadie.

Anna no dijo nada.

Finalmente, Charles añadió:

—Arthur puede parecer encantador, y es alguien muy interesante. —Giró la cabeza para mirarla y después volvió a mirar al frente—. Le asegura a todo el mundo que es Arturo. El mítico rey.

—¿Cómo?

—Y lo dice en serio. Realmente se cree el rey Arturo.

—¿De verdad?

—De verdad. Antes de la Transformación era un arqueólogo aficionado. Su familia no pertenece a la realeza, pero sí a la nobleza y era lo suficientemente

acomodada como para que él no tuviera que preocuparse de trabajar para ganarse la vida. También significaba que no necesitaba ninguna preparación previa para dedicarse a su *hobby*. Según dice, poco después de la Transformación, encontró a *Excalibur* en una excavación, y cuando la cogió por la empuñadura, fue poseído por el espíritu de Arturo.

Charles se encogió de hombros antes de continuar:

—A partir de aquel momento, empezó a unir a las manadas de Gran Bretaña. Primero mató a los Alfas, pero fusionar a varias manadas siempre es complicado. Así que estableció una serie de normas, como hizo mi padre. —La miró con una sonrisa—. Papá está convencido de que fue la decisión de utilizar el título de Marrok lo que hizo que Arthur declarara ser la reencarnación de *Arturo*. Después de todo, Sir Marrok era uno de los caballeros de la Mesa Redonda.

—¿Entonces tu padre cree que se lo ha inventado todo? ¿Cómo puede hacerlo sin que nadie se dé cuenta?

—Mi padre puede mentir sin que nadie se dé cuenta, salvo Samuel o yo —dijo Charles. La miró directamente a los ojos; era la primera vez que lo hacía desde que habían salido del restaurante—. No se lo digas a nadie, se supone que es un secreto.

—¿Cuántos años tiene Arthur?

Charles sonrió.

—¿Nuestro Arthur? Creo que le Transformaron poco antes de la Primera Guerra Mundial. ¿Crees que no es lo suficientemente mayor como para poner en práctica los mismos trucos que un viejo lobo como mi padre? Papá dice que el truco es convencerte a ti mismo de que no estás mintiendo.

—¿Quieres decir que cree sus propias mentiras?

—Es probable que haya traído a *Excalibur* —dijo Charles—. Nunca se separa de ella. Puede que te la enseñe si se lo pides.

—¿En serio?

—En serio.

Anna deslizó una mano bajo su brazo.

—Podría ser divertido.

—Entonces le llamaré. —Caminaron media calle en completo silencio—. Te he asustado, ¿verdad?

—Casi consigo que te maten —le contestó Anna—. Gracias por detenerme antes de arruinarlo todo.

Charles se detuvo bruscamente, obligando también a Anna a detenerse.

—Lo entendiste.

—En caliente, no —admitió ella—. Primero reaccioné... sé que estuvo mal. Siempre pienso que no me comportaré como una cobarde, pero siempre acabo huyendo.

Charles reanudó la marcha.

—No eres cobarde. Alguien cobarde nunca hubiese sobrevivido como lo hiciste tú. —Lo dijo de un modo ausente, como si estuviera pensando en otra cosa—. Sabes que nunca podría hacerte daño.

Pero no parecía muy convencido. Apretó la mano alrededor de su brazo.

—Lo sé. Mis instintos a veces se vuelven un poco locos, pero sé que nunca me harías daño.

Charles la miró pensativo durante un buen rato.

Anna levantó el mentón.

—He dicho que sé que nunca me harías daño. —Y tuvo que añadir algo para que Charles comprendiera la verdad oculta bajo sus palabras—: A propósito. —No era suficiente—. Y todo lo que haces lo es. —Aquello no era del todo cierto—. Eres muy prudente con todo lo que haces. Conmigo.

—Déjalo. —Le temblaban los hombros y tenía los ojos húmedos—. Por favor. Te creo. Pero, si sigues así, dentro de un minuto volverán a entrarme las dudas.

Tras caminar un poco más en silencio, Charles dijo:

—Es una noche muy hermosa.

Anna levantó la cabeza para contemplar la lluvia sobre las calles de la ciudad, aún atestadas de tráfico. Le gustaban las luces brillando bajo la tormenta. Los sonidos de la ciudad le resultaban tan familiares y acogedores como el hogar de su infancia. Aunque no entendía del todo cómo Charles podía considerarla hermosa. Sonrió a la noche.

Capítulo 5

—Nos preocupan los inocentes —dijo el lobo ruso desde el podio. Pese a hablar de un modo ostensible a toda la sala, sus palabras iban dirigidas a Charles. Este agradeció privadamente que utilizara el inglés, pues no confiaba en sus escasas nociones de ruso en un asunto de aquella importancia. Además, Anna, sentada inmóvil a su lado, copaba casi toda su atención.

—Somos fuertes —dijo el ruso—, y podemos protegernos a nosotros mismos. Pero tenemos parejas humanas, familias humanas que sufrirán las consecuencias. No podemos tolerarlo.

La sede de la reunión resultaba vagamente incongruente. Se trataba de un elegante auditorio de paneles de roble adornado con telas de diversos tonos marrones y grises, a un tiempo pomposo e impersonal. Un lugar en el que Angus acorralaba a los ejecutivos de las grandes empresas y los seducía con el poder que podía proporcionarles su tecnología. Sin embargo, los hombres y las mujeres que ocupaban los elegantes asientos aquella mañana eran un tipo de depredador muy distinto. Pese a ir vestidos con sus mejores galas, los actuales ocupantes de las hermosas butacas convertían a los ejecutivos en simples cachorros.

—Si no puedes proteger a los tuyos, mereces perderlos —comentó Chastel, instalado en la parte posterior del auditorio. No habló en voz alta, aunque tampoco era necesario en una sala con una buena sonoridad y llena de hombres lobo.

Charles esperó. El lobo ruso, quien tenía en aquel momento el turno de palabra, le miró para que impusiera disciplina. Pero ese no era su trabajo. Todavía no. El Hermano Lobo, sin embargo, confiaba en no tener que esperar mucho. Entonces castigaría a Chastel y empezaría a correr la sangre. Pero en aquella sala era responsabilidad de otra persona.

La mañana del primer día de reuniones era el momento adecuado para poner las cosas en su sitio.

—Jean Chastel —dijo Dana—. No volverás a intervenir hasta que llegue tu turno.

Probablemente, Charles fue el único de los presentes que no se sorprendió cuando el lobo francés adoptó una expresión de desprecio, abrió la boca para replicar a la feérica, y no consiguió articular palabra. En su propio territorio, con la manada protegiéndole las espaldas, Dana no hubiera sido capaz de someterlo con su magia tan fácilmente. Pero aquel era el territorio de Dana, una de las razones por las que el Marrok había decidido celebrar la reunión en Seattle. Chastel solo disponía de su grupo de Alfas descontentos que no compartían con él su poder, por muy intimidados que estuvieran, porque Chastel jamás permitiría tener a alguien tan cerca de él. Chastel no era el Marrok.

Aunque podría haberlo sido... un pensamiento ciertamente aterrador. Hacía mucho tiempo había existido en Europa un líder con un poder equivalente al del padre de Charles.

Después de la Peste Negra... Charles no era tan mayor como para haberla vivido, pero su padre y su hermano sí. Fue un infierno. Deshumanizador. Sobre todo para aquellos que por entonces ya no eran humanos. Tanta muerte, tanta pérdida. Unos cuantos tuvieron una visión, confiaron en la recuperación de la humanidad... y se lanzaron en pos de los monstruos que se alimentaban de los moribundos. Así nació el primer Marrok. Por entonces no se hacía llamar así —esa fue una decisión de su padre al llegar al Nuevo Mundo— pero eso es lo que era. El Alfa de todos los Alfas y, bajo el poder que le confería el título, podía imponer su voluntad sobre todos ellos. O eso es lo que debería haber sido.

Porque Chastel lo asesinó, y también a todos los que intentaron restablecer su soberanía. Chastel podría haber ocupado el cargo, pero no lo quiso. Despreciaba la responsabilidad. Solo deseaba disponer de la libertad para seguir matando cuando se le antojara.

Arthur Madden, el Señor de las Islas, era el equivalente más próximo al Marrok que Chastel toleró en Europa, fundamentalmente porque Chastel no consideraba que las Islas representaran una seria amenaza.

Pese a todo su poder, por aquel entonces Chastel decidió llevar a cabo sus asesinatos de un modo más furtivo de lo que lo había hecho desde su Transformación. Charles creía que la razón era que por primera vez existía alguien a quien temía. Y su padre le había dejado muy claro que no quería volver a oír hablar de monstruos que causaban estragos en Francia. De aquello hacía ya más de dos siglos.

Ahora que se detenía a pensar en ello, no le sorprendería descubrir que a Chastel le traía sin cuidado la decisión del Marrok de hacer pública la existencia de los hombres lobo. Él mismo había estado a punto de hacerlo siglos atrás. La única razón que se le ocurría para justificar la presencia de Chastel en la ronda de reuniones era el deseo de disponer de una oportunidad propicia para derrocar al Marrok, una oportunidad que hasta ahora se le había negado.

Al menos, por el momento se mantendría a la espera.

Charles giró la cabeza para mirar a Dana y le hizo un gesto de agradecimiento. Hoy tenía un aspecto más desaliñado del habitual. Unos nueve kilos de más en las caderas, unos quince centímetros menos de altura, un traje caro pero poco favorecedor y zapatos de profesora. Charles se preguntó si lo había hecho para comprobar si algún lobo era capaz de desafiarla o porque, como había dicho Anna, su otra apariencia era demasiado distinguida, demasiado arrebatadora.

—Buen intento, Tex —murmuró la bruja de la Manada de la Ciudad Esmeralda con una voz que, pese a toda su delicadeza, se extendió por toda la sala. Ella y su pareja estaban de pie justo detrás de la pequeña mesa que compartían Charles y Anna. La guardia de honor.

La bruja era una mujer menuda. Era la pareja de Tom Franklin, uno de los lobos de Angus de mayor rango y un hombre con el rostro lleno de cicatrices que demostraba estar tan inquieto como Charles por la presencia de su pareja en la sala aunque por un motivo completamente distinto. La bruja era ciega y, por tanto, o al menos eso es lo que creía Tom, vulnerable.

En circunstancias normales, aquello no habría sido ningún problema para su pareja. Charles sabía que Tom era un tipo duro y enérgico, pero entre aquella multitud no sería capaz de protegerla adecuadamente. Aunque Charles habría confiado en la capacidad de la bruja para protegerse a sí misma, aquella olía a limpia y pura. Las brujas blancas no eran ni la mitad de poderosas que las oscuras.

Charles también se sentía inquieto por la presencia de Anna en la sala. Intentó concentrarse en el ruso, quien, superada la interrupción, reanudó su perorata. No obstante, gran parte de su atención seguía fija en Anna.

La mañana no había empezado del todo mal. Anna se había sentado a su lado y había estado pendiente del orador. Pero había más de cincuenta Alfas en el pequeño auditorio. Cincuenta Alfas, sus parejas y unos cuantos lobos menores, unos cien en total, más pendientes de su Omega que de lo que se decía desde el estrado. Bajo el peso de todos aquellos ojos, Anna había empezado a temblar.

Los mataré a todos, susurró el Hermano Lobo, *por asustarla.*

Charles miró a Anna de reojo y comprendió que aquella vez no había oído al Hermano Lobo. ¿Por qué lo había oído frente a la casa de Dana y no ahora? Charles archivó la pregunta en algún lugar de su mente como un misterio que tarde o temprano esperaba desentrañar.

Pese al impulso protector del Hermano Lobo, a Charles no le preocupaba Anna, al menos no directamente. Sabía que era fuerte y que podía sobrellevar la presión; del resto se encargaría él. El problema eran los lobos.

Los que estaban más próximos a ella, excepto un hombre y dos mujeres, ya la estaban mirando completamente absortos. Sus capacidades de Omega empezaban a atraer sus deseos de protección; y todos ellos eran Alfas y dominantes para quienes los instintos de protección eran de suma importancia. Unos cuantos eran conscientes de lo que ocurría, aunque parecían desconocer el motivo. Arthur le buscó con la mirada y le sonrió. Cabrón. Estaba disfrutando con aquello.

El ruso terminó su intervención, dio un paso atrás y se dio la vuelta para mirar a Charles, invitándole a que expresara su punto de vista pero sin pedírselo abiertamente.

Charles se puso en pie. Podría haber subido al estrado y dirigirse a los presentes desde el micrófono que el lobo ruso parecía cederle, pero aquello habría significado abandonar a Anna (dejarla solo con el segundo de la Manada de la Ciudad Esmeralda, su bruja y Dana para protegerla), por lo que el Hermano Lobo expresó su tajante oposición.

Charles agradeció que el auditorio fuese pequeño y que los hombres lobo, como su primo en el cuento de hadas, tuviesen unas orejas muy largas.

—Lo entiendo. —Charles proyectó la voz para que sus palabras llegaran a todos los rincones de la sala—. Vuestras inquietudes están justificadas. Hace casi tres décadas, cuando los feéricos salieron a la luz pública, tres de nuestros lobos nos informaron que varias agencias gubernamentales sin identificar se habían puesto en contacto con ellos y que les habían amenazado con revelar su naturaleza si se negaban a cooperar. A uno de ellos llegaron a decirle que su familia corría peligro.

»Este año se han puesto en contacto con cuarenta y dos lobos. Agencias gubernamentales, países extranjeros y al menos tres organizaciones terroristas distintas. En la mayoría de los casos, amenazaron directa o indirectamente a amigos y familiares. Mi padre protege a los suyos, y se encargó de silenciar las amenazas. Sobre todo mediante dinero, poder e influencia, aunque no pudieron evitarse algunas muertes. —Él mismo se había encargado personalmente de dos.

»Pero al final solo existe un modo de enfrentarse al chantaje. —Hizo una pausa para recorrer con la mirada a todos los presentes—. Cuando revelemos todos nuestros secretos, los dejaremos sin munición. Y cuando lo hagamos, debemos aprovechar la oleada de la opinión pública. Solo entonces estaremos completamente a salvo.

Charles miró al lobo ruso y este tuvo la cortesía de bajar la mirada.

—No digo que sea la solución perfecta, solo que es la mejor, dadas las circunstancias.

Primer día, se recordó a sí mismo, ajústate al guión. Hoy ofrecería a los lobos europeos la primera de las propuestas que habían acordado.

—Confiamos en que la opinión pública mantendrá a raya al gobierno, obligándole, como mínimo, a mostrarse prudente en las negociaciones. Mi padre es consciente de que la opinión pública es un arma mucho más poderosa en los EE. UU. que en otros países cuyos gobiernos se muestran menos responsables con sus ciudadanos. En consecuencia, os ofrece lo siguiente: durante los próximos cinco años permitirá que cualquier lobo que lo desee se instale en su territorio. —Aquello era una gran concesión. Normalmente, las migraciones solo se permitían tras largas negociaciones—. Además, se compromete a estudiar la posibilidad de que se traslade una manada al completo. —Ya tenía la atención de toda la sala. Se aseguró de no mirar directamente a los lobos franceses, los más interesados en abandonar su actual lugar de residencia. Las manadas solo se trasladaban a territorios despoblados o a los que habían tenido que aniquilar a su población anterior.

—Habrá condiciones. Deberán someterse a la autoridad del Marrok y aceptar las normas bajo las que vivimos aquí, en su territorio. Deberán aceptar instalarse donde se les diga. A cambio, recibirán los mismos beneficios que el resto de los lobos de mi padre: protección y ayuda.

Charles comprobó la hora en el gran reloj colgado en la pared del fondo y confirmó que su reloj interno seguía funcionando bien. Eran las once, pronto aún para

el receso de la comida, aunque tampoco de un modo descabellado.

El lobo ruso volvió a acercarse el micrófono a los labios.

—Nosotros también hemos recibido la visita de alguno de esos reclutadores de los que hablas. Por desgracia, nuestra respuesta no solo ha causado bajas entre nuestros enemigos. No estoy tan seguro como lo estáis tú o el Marrok de que exponer nos sea la mejor respuesta pero... dada la generosa oferta de traslado, estamos dispuestos a reconocer que revelarnos ante la opinión pública puede ser la solución a muchos de nuestros problemas. —Hizo una inclinación de cabeza ante Charles y otra más exagerada ante la feérica.

En cuanto el ruso ocupó su lugar entre sus compatriotas, Charles anunció:

—Nuestro huésped nos ha preparado un refrigerio en el piso de abajo. Hagamos un descanso para comer.

Charles cogió a Tom por la manga de la chaqueta cuando parecía dirigirse a hacer algún recado probablemente relacionado con la comida.

—Tom, espera un segundo. Tu pareja también, por favor.

Desde la puerta, Angus clavó su mirada en la mano de Charles. Un buen Alfa protege a los suyos. Charles apartó la mano y le hizo un gesto con la cabeza para confirmarle que no pretendía hacerle nada a su lobo. Tom se dio cuenta de lo que ocurría y también le hizo un gesto con la mano a Angus, gesto que pareció tener mayor efecto que el de Charles.

—Esta mañana no hemos tenido tiempo para las presentaciones —dijo Charles cuando se quedaron solos—. Anna, te presento a Tom Franklin, el segundo de Angus, y su pareja... lo siento, no nos han presentado.

—Moira —dijo la bruja. Aunque las grandes gafas de sol dificultaban leer su expresión, su olfato le dijo que no se sentía intimidada por conocer al brazo ejecutor del Marrok. Extraño, pensó Charles antes de comprender que ella tampoco podía verlo a él—. Encantada de conoceros, a los dos.

—Y esta es mi Anna —miró a Tom—. Demasiados lobos dominantes, esta mañana se ha sentido... —aterrorizada no; encontró una palabra mejor y la usó—... abrumada.

Anna se tensó.

Fue Tom quien lo rescató.

—Encantado. Dios, yo también me siento abrumado. ¿Quién no lo estaría?

—Pero vosotros no sois Omegas —dijo Charles—. Tom, puede que no te hayas dado cuenta porque...

La bruja le interrumpió:

—Porque estaba demasiado preocupado de que yo también me sintiera «abrumada» —y le dio un codazo en el brazo— por todos esos superlobos. Al no estar limitada por impulsos sobreprotectores y masculinos, puedo fijarme en otras cosas. Al final, Anna atraía toda la atención de la sala, ¿verdad?

Charles notó cómo fruncía el ceño involuntariamente mientras miraba a la bruja.

—Oye —dijo Moira—. Soy ciega, no disminuida sensorial.

—Te estoy causando problemas —dijo Anna—. Lo siento. Intentaré no...

Charles la miró con tal intensidad que perdió el hilo de sus pensamientos.

—No —le dijo en voz baja—. No me pidas disculpas por algo que no puedes controlar. Si tú fueras el problema, no sentiría esta inquietud. Sé que te quedarías impertérrita aunque la Bestia se abalanzara sobre ti babeando. Tu valentía no está en entredicho.

La bruja se mordió los labios y dijo:

—Guau. Esa ha sido buena.

Tras dirigirle una mirada de agradecimiento a Charles, Anna miró a Moira y le dijo, muy seria:

—Acaba de ganar unos cuantos puntos. —Y volvió a mirar a Charles—. Si no soy yo, ¿dónde está el problema?

—Omega —dijo Charles en tono formal—, los dominantes tenemos el privilegio de proteger a nuestros sumisos, el núcleo de la manada. Cuando la protección es más imperiosa, se recurre a los Alfas. Un Omega hace que todos sintamos un intenso deseo de proteger.

Anna asintió con aire pensativo. Eso ya lo sabe, pensó Charles. Lo que no puede entender es qué tiene que ver con lo que ha ocurrido hoy. Está demasiado acostumbrada a ver a los dominantes como una amenaza.

—Cielo —le dijo la bruja a Anna—, mientras atraías las frías miradas de todos esos lobos asquerosos, ellos intentaban averiguar por qué estabas triste y a quién tenían que matar para que no lo estuvieras.

—Vaya —dijo Anna al comprender la magnitud del asunto—. Lo... —Charles vio cómo se tragaba la disculpa—. Entonces lo mejor es que me vaya, ¿no? Puedo volver al hotel.

—Bueno —dijo Charles a modo de disculpa—, me temo que eso no serviría de nada.

—¿Por qué no? —preguntó Anna maliciosamente—: ¿Durante el día tienes la habitación ocupada por exnovias?

Charles no tuvo que inclinarse mucho para apoyar el mentón en su cabeza. Aunque tuvo que hacerlo un poco más para acercar los labios a su oreja.

—Porque el Hermano Lobo también lleva toda la mañana bastante nervioso. —Se apartó y permitió asomar ligeramente a su lobo, lo suficiente para que ella lo viera en sus ojos—. Si estuvieras en la habitación del hotel, su inquietud no me permitiría hacer nada aquí. —Miró a Tom—. Tú tampoco estabas muy tranquilo.

El segundo de Angus empezó a sonreír.

—¿Quieres que Moira y yo nos llevemos a tu señora a dar una vuelta?

—Si Angus te lo permite.

Tom hizo aparecer un teléfono móvil.

—No creo que ponga ninguna objeción.

Charles entrecerró los ojos al mirar a Anna.

—Esto también es importante. Tienes las tarjetas de crédito. Quiero que las utilices. —Vio el rechazo en su rostro; aún no se sentía parte de él... parte de los dos. No consideraba que el dinero de Charles fuera también suyo.

Era una mujer independiente y durante los últimos tres años de su vida no había dispuesto del dinero suficiente ni para alimentarse. Anna le daba mucha más importancia que él al dinero y convencerla para que se gastara el de otra persona resultaba una tarea casi imposible.

—Necesitas ropa. Lo que te conseguimos en Aspen Creek no es suficiente. Tu estatus como mi esposa significa que necesitas ropa para ocasiones especiales. Vestidos, zapatos y todo tipo de complementos.

La actitud de Anna seguía siendo rebelde, pero empezaba a suavizarse.

Tom volvió a guardar el móvil.

—El jefe dice que adelante.

—Además —dijo Charles—, si haces las compras de Navidad, me harás un gran favor.

El rostro de Anna se iluminó ante la perspectiva y Charles supo que la tenía en el saco.

—De acuerdo. Bien. ¿Cuál es el límite?

Tom enarcó una ceja. Todo el mundo sabía que Charles gestionaba las finanzas del Marrok y que se le daba muy bien su trabajo.

Charlesladeó la cabeza.

—Si decides comprar un Mercedes, tendrás que utilizar las dos tarjetas. Adelante. Arrasa el centro de Seattle y ahórrame el mal trago.

—Desterrada. —Anna suspiró, aunque no pudo ocultar la sonrisa que iluminó su rostro mientras recogía la chaqueta y el bolso. Sin embargo, Charles se tomó en serio su comentario.

—No de forma permanente —dijo—. Esta noche te presentaré a Arthur como es debido. Y al final del día conocerás mejor a Tom y Moira. Creo que si hoy te mantenemos alejada del auditorio, todo volverá a calmarse.

—Angus ha invitado a todo el mundo a su territorio de caza mañana por la noche —dijo Tom.

Charles asintió.

—Pero será algo menos formal y además todo el mundo estará pendiente de la caza. Podrán observarte sin ser vistos y viceversa.

—¿Dónde cazáis? —le preguntó Anna a Tom—. ¿En el aeródromo?

Tom negó con la cabeza.

—Angus tiene un par de almacenes.

—Es genial —dijo Moira—. Los ha convertido en un auténtico laberinto: túneles, un montón de techos falsos y paredes que pueden moverse para cambiar la estructura. Te lo pasarás en grande.

—¿Y qué cazaremos? —La voz de Anna había perdido parte de su tensión.

—Un tesoro —dijo Tom—. La naturaleza del cual es una sorpresa. Ayer nos dedicamos a dejar un montón de cosas por todo el recinto. —Tom bajó la mirada—. Los lobos comen rápido. Si vamos a irnos, tendría que ser ahora.

Anna le dio a Charles un casto beso en la mejilla y atravesó la habitación sin mirar atrás. Hasta que llegó a la puerta, donde, frente a todos los curiosos que habían tenido el coraje o la descortesía de permanecer en el auditorio después de que Charles los invitara a salir, se besó la palma de la mano y la sopló en su dirección.

Y pese a la presencia de otros lobos, o precisamente por ella, Charles atrapó el beso con una mano y se la llevó al corazón. La sonrisa de Anna se desvaneció y sus ojos adoptaron una expresión que podría haberle alimentado durante una semana. Fijó en la retina las expresiones en los rostros de los lobos que le conocían, o que conocían su reputación, para poder reírse a gusto en cuanto estuviera solo. Desorientarlos tampoco era una mala estrategia.

Anna se asombró al descubrir que las tarjetas que le había dejado Charles no ardían en su bolso como consecuencia del calor residual producido por la fricción. Ya habían dejado la primera tanda de compras en el hotel y ahora terminaban con la parte final.

—Estamos a medio camino entre el hotel y las oficinas de Angus —dijo—. ¿Adónde vamos?

—Te llevaré de vuelta con Charles —dijo Tom.

—Si vas a cenar con ese británico estirado, necesitarás arreglarte —le aconsejó Moira por encima del hombro de su pareja—. Ve al hotel. Tienes un móvil y tu pareja tiene otro. Si no sabe dónde estás, te llamará.

Anna miró a Tom y este se encogió de hombros. Cuando habló, su expresión no era ni la mitad de dócil que sus palabras:

—Si crees que voy a llevarle la contraria, ya puedes ir cambiando de idea.

Moira le golpeó con la cadera.

—Ooh. Me tienes miedo, ¿verdad?

El corpulento y amenazador lobo sonrió, la boca algo tensa por la cicatriz que le cruzaba el rostro.

—Exacto. No podrías haberlo expresado mejor. —Pero se traicionó al acariciarle la parte superior de la cabeza. Dejó la mano allí para mantenerla fuera de su alcance mientras ella intentaba dar con ella.

Anna había dejado de estar nerviosa por la presencia de Tom después de la primera hora, durante la cual las había seguido pacientemente de una tienda a otra. Hacía años que oía hablar del mercado de Pike Place... y al principio no le impresionó demasiado. Le pareció un mercadillo más, con fruta fresca y pescado.

Entonces Moira empezó a tirar de ella de un sitio a otro, de una pequeña tienda a una parada. Para ser ciega, era una compradora experimentada. Y Tom siempre estaba

en el sitio adecuado para ofrecerle su brazo y murmurarle al oído posibles obstáculos mientras avanzaban entre otros compradores y sobre un pavimento irregular.

Moira le consultaba tallas y colores mientras palpaba telas y regateaba con los vendedores. Como resultado de todo ello, puso la primera piedra de su nuevo armario por menos de lo que Anna se había gastado por un par de vaqueros en el instituto. Cuando el vendedor le dijo que no aceptaban tarjetas de crédito, Tom pagó pese a sus protestas.

—Cálmate —le dijo—. Charles se lo merece. —El último comentario pareció encontrarlo especialmente divertido.

También adquirió, como le habían ordenado, una gran cantidad de regalos de Navidad. El año anterior había estado demasiado asustada (y arruinada) para enviar regalos a su padre y a su hermano. Este año ya los tenía... ella y Charles los tenían, y también para toda la familia de este y para mucha otra gente.

La conferencia terminaría pasada Navidad. Anna tenía la impresión de que algún incidente había hecho avanzar la agenda del Marrok. Charles había estado fuera un par de días y había vuelto más sombrío de lo habitual. Fuera lo que fuese, no se había presentado voluntario para hacerlo, y Anna se había sentido demasiado intimidada por su opresivo silencio para preguntarle al respecto. Al día siguiente de su regreso, el Marrok había empezado a planificar aquella reunión, y él y Charles habían empezado a discutir.

Encontró unos pequeños pendientes de oro con incrustaciones de ámbar para Charles, para reemplazar el que le había regalado al trol. Y, en la misma tienda, no pudo evitar comprar otros pendientes para ella, aunque más baratos y un poco más grandes. Se sintió culpable, pero pensó que podía compensárselo de otro modo. Y, además, le habían costado menos de lo que valdrían en Chicago.

Salió de una tiendecita con tres faldas de seda en una bolsa e, inmediatamente, se vio atraída por un escaparate dos tiendas más allá.

—¿Qué? —dijo Moira con voz ansiosa—. ¿Qué es, Tom?

—Un edredón, creo —gruñó Tom—. Por Dios, Moira, si compráis algo más, necesitaré ayuda para cargar con todo y no podré protegeros como es debido.

El edredón estaba ribeteado con estrechas franjas rojas y verdes, los colores de las viejas mantas Pendleton. La parte interior estaba compuesta por cuatro cuadrados y una sección central circular. En los paneles cuadrados aparecían escenas montañosas que representaban la misma montaña. Los de la parte superior eran diurnos, de la primavera y el verano. Los inferiores eran nocturnos, el otoño y el invierno. En el panel central, de un intenso verde moteado, aparecía la silueta en rojo de un lobo aullando.

—No creo que aquí estemos en peligro, aparte de algún que otro carterista —le estaba diciendo Moira a Tom—. Confío en que podrás detenerlos con un brazo lleno de bolsas.

Moira le dio un golpecito a Anna en el hombro.

—¿Qué haces aquí? Ve a comprarlo. Tom, ¿cómo es?

Anna comprobó el precio en una discreta etiqueta que colgaba del edredón y tragó saliva.

Después de aquello, regresaron al hotel con las compras, entre las cuales había tres... tres... edredones. Uno para su padre, uno para el Marrok y otro para Charles, el que había visto en el escaparate.

—Puedes dejarlos sobre la cama —dijo Tom, divertido—. No se romperán... ni saldrán corriendo.

—Estoy en estado de *shock* —les dijo Anna—. Salvo por la primera vez que vi a Charles, creo que nunca había sentido este impulso por poseer algo. —Y al comprender que al menos Tom se daría cuenta de que no era del todo cierto, añadió—: De acuerdo. Hubo un chelo en un lutier de Chicago que costaba más que muchos coches y que valía cada centavo.

—Y no dejaba de encontrar más edredones —dijo Moira a nadie en particular en tono de sorna.

—No he podido evitarlo —dijo Anna. Aunque, en gran medida, estaba bromeando, aún estaba conmocionada por el penetrante impulso que había sentido. Podían dar gracias de que solo se hubiera llevado tres—. Quizá deba empezar a hacerlos yo misma.

—¿Sabes coser? —le preguntó Moira.

—Aún no. —Anna fue consciente de la determinación con que lo dijo—. ¿Qué opinas? ¿Encontraré a alguien que me enseñe en Aspen Creek, Montana?

Tom soltó una risotada.

—Anna, creo que Charles te llevaría en avión a Inglaterra dos veces por semana si se lo pidieras. Aunque supongo que encontrarás a alguien más cerca que te enseñe.

Su comentario le produjo una sensación extraña. Anna tocó el envoltorio que cubría el edredón de Charles y se dio la vuelta con una sonrisa cuando Moira dijo que debían ponerse en movimiento porque aún tenían que encontrar unos zapatos y se les acababa el tiempo.

Anna cerró la puerta de la habitación mientras le daba vueltas al comentario de Tom, pues estaba segura de que tenía razón.

No logró recuperar el equilibrio hasta estar frente a las puertas del ascensor. Sí, Charles la llevaría a Inglaterra si se lo pedía... y ella le seguiría por las montañas heladas de Montana en pleno invierno. ¿O no lo había hecho ya? Estaban empatados.

—Oye. —Moira hizo chasquear los dedos frente a su nariz—. Zapatos, ¿recuerdas?

La puerta del ascensor se abrió en aquel momento.

—Lo siento —dijo—. Acabo de tener una revelación.

—Ah. —Moira pareció reflexionar brevemente sobre aquello—. No. Los zapatos son más importantes. Especialmente si vas a tener a ese británico esnob comiendo a tus pies.

Y de ese modo Anna se preparó para una segunda ronda de la maratón de compras. Al estar en pleno invierno, no tardó en oscurecer, aunque puede que la lluvia tuviera parte de la culpa. En cuanto Moira se dio por satisfecha, Tom empezó a quejarse de dolor de pies y Anna tuvo sus zapatos —y un nuevo corte de pelo—, Moira cedió finalmente y les anunció que podían regresar.

Al hotel, insistió la bruja con firmeza, no al auditorio.

Moira se apoyó en Tom y se inclinó hacia adelante, como si necesitara ver la expresión de Anna al hacer su declaración final:

—Los hombres no se preocupan en vestirse para cenar. Se afeitan, se ponen una corbata y «puf», ya están listos. Las muj...

Salieron repentinamente del oscuro sótano de un edificio de apartamentos, envueltos en un hechizo de silencio y ocultación. Un hechizo que los había amparado de los agudos sentidos de Tom y de las menos desarrolladas habilidades sensoriales de Anna.

Primero atacaron a Tom, aunque no por mucho. Anna tuvo tiempo de oír su grito sofocado pero, antes de poder comprobar qué le había ocurrido exactamente, un brazo delicado pero fuerte como el metal le ciñó el cuello.

La magia los rodeó y se asentó a su alrededor. Era un hechizo familiar, uno que solían utilizar las manadas para ocultar peleas, cuerpos o cualquier otra cosa que no deseaban que el resto del mundo presenciara. No obstante, fueran quien fuesen los atacantes, no olían a lobo.

Mientras se debatía para deshacerse del brazo, vio a uno de los atacantes, una mujer que se abalanzó sobre la bruja como un jugador de fútbol americano haciendo un placaje. La mujer derribó a Moira, proyectándola desde la acera hasta el centro de la calle.

Tras un grito ahogado, un cuerpo salió disparado desde donde se encontraba Tom hasta golpear con fuerza el pavimento. Aunque no pudo verlo, sabía que el grito no era de Tom; hubiera apostado cualquier cosa a que Tom jamás había emitido un sonido tan agudo en toda su vida. La atacante de Moira dejó a la bruja para ayudar a sus compañeros a reducir a Tom.

—Bella Anna. —Su atacante era una mujer, y le lamió el cuello mientras le susurraba al oído. No era humana. Nada humano habría podido inmovilizarla con semejante facilidad; ni derribar a Tom, independientemente de cuántos fueran—. Ven conmigo, pequeña, y los otros vivirán...

Superada la conmoción inicial, Anna golpeó a su oponente en la rodilla y se la partió. No era ninguna niña «pequeña». Era una mujer lobo.

La mujer soltó un alarido muy cerca de su oído. Fue un sonido agudo y penetrante que la dejó sorda, dolorida y que la obligó a tenderse sobre el asfalto para escapar de él. Unas manos fuertes se clavaron en sus hombros con la intención de arrastrarla hacia a algún lugar desconocido. Anna se debatió, giró sobre sí misma y le golpeó a la mujer en la mandíbula con el tacón. El alarido cesó.

Entonces su lobo asumió la iniciativa. En forma humana, Anna le enseñó a la mujer algo que ya debería haber sabido: Omega no es sinónimo de felpudo. Ni de débil. Omega significaba ser lo suficientemente fuerte como para hacer exactamente lo que tenía que hacerse para salir airoso, ya fuera someterse ante la presencia de un lobo dominante o aniquilar a un enemigo.

La presencia de su lobo era demasiado intensa como para precisar con exactitud cuándo supo que los atacantes eran vampiros. Sin embargo, recordaba perfectamente las lecciones de Asil sobre cómo debía matarlos. Cuando el cuerpo del vampiro quedó seccionado en dos partes sobre el asfalto —el tronco a sus pies y la cabeza junto a Moira, quien seguía gritando de un modo incoherente—, el lobo dio un resoplido de satisfacción y dejó que Anna recuperara el control. Y Anna entendió lo que el lobo no había sido capaz de entender.

Moira no estaba gritando incoherentemente, sino: «*Maldita sea, maldita sea... ¡Dime qué son!, ¡Tom! ¡Tom! ¡Anna!*».

Mientras corría hacia el montón de cuerpos bajo el que debía de estar Tom, Anna informó a la bruja:

—Vampiros.

Moira no la oyó, de modo que Anna le arrancó el brazo a la mujer vampiro que intentaba evitar que llegara hasta Tom, y le gritó:

—Vampiros, Moira. ¡Vampiros!

Y un estallido de luz se extendió a su alrededor, cálido y brillante; y los vampiros que ella y Tom aún no habían matado, dejaron de pelear y huyeron. La vampiro de Anna recogió su brazo del suelo antes de salir corriendo detrás de los otros. Anna hizo ademán de perseguirlos pero, tras unos cuantos pasos, se obligó a detenerse.

Aún quedaban cuatro vampiros, probablemente tres más de los que era capaz de someter... y no podía abandonar a sus compañeros caídos.

—¿Tom?

—Está vivo —le dijo a Moira tras un rápido pero concienzudo reconocimiento... desde un metro y medio de distancia—. Pero creo que necesitará unos minutos para convencerse de que no somos el enemigo. —Se arrodilló junto a la bruja—. ¿Te encuentras bien?

—Sí, maldita sea. Estoy bien.

Su olfato le dijo que Moira estaba sangrando, aunque no mucho. Distinguió algunos cortes en las rodillas y en los codos, pero nada horrible. Lo horrible no tenía nada que ver con las consecuencias del ataque perpetrado por los vampiros.

Moira había perdido sus gafas, caídas sobre el asfalto a unos metros de allí. Anna pudo ver lo que habían estado ocultando. Donde debía estar uno de sus ojos no había más que una espeluznante cicatriz, como si se lo hubieran arrancado de cuajo con una garra. El otro estaba marchito como una pasa, una pasa amarillenta y horrible.

Sin hacer ningún comentario, Anna recogió las gafas de sol —que seguían intactas— y se las puso en una mano. La bruja se las llevó al rostro con manos

temblorosas antes de enderezarse.

Anna comprendió la necesidad de las máscaras y de la extraña forma que a veces adoptaban estas.

—Se pondrá bien —dijo Anna, agradeciendo que Moira no pudiera ver en qué estado se encontraba Tom. De ese modo sería más sencillo convencerla de que se recuperaría. Los hombres lobos son muy resistentes.

—¿Puedes ocultarnos? Los vampiros lo estaban haciendo... o alguien lo hacía por ellos. —Le había recordado mucho a la magia de la manada—. Pero en cuanto huyeron, el hechizo se desvaneció. —No sabía lo suficiente de magia para hacerlo ella misma, aunque normalmente requería de la presencia de toda la manada. La suya, su nueva manada, estaba en Aspen Creek, a dos estados de distancia.

—Puedo hacerlo durante un rato, pero tendrás que decirme si funciona —le dijo Moira, más como la mujer segura de sí misma con la que Anna había pasado el día que como la bruja asustada.

Anna echó un vistazo a su alrededor y vio que los cuerpos decapitados de los vampiros se habían convertido en un montón de cenizas. No sabía mucho de vampiros, por lo que no estaba muy segura de si aquello se debía a la decapitación o la magia de Moira.

—Funcionará —dijo Tom, aunque no hizo ademán de moverse. Tenía la voz ronca y los ojos despedían destellos dorados en la oscuridad—. Anna, mi móvil está hecho pedazos, y Moira no tiene. Tendrás que ir a pedir ayuda. No creo que pueda moverme mucho en los próximos días.

Los lobos dominantes no solían tolerar muy bien las heridas que les hacían ser vulnerables. La manada de Angus debía de estar organizada como el resto de las manadas. Angus a la cabeza, dos o tres lobos cerca de la cima y el resto, preparados para entrar en acción cuando era necesario. Tom tenía un brazo roto, y seguramente otros daños no tan visibles.

—¿Tenéis curandero? —preguntó Anna.

—Alan Choo —le respondió Tom—. Pero antes llama a Charles y dile que envíe...

Tras decidir que no iba a conseguir hacerle cambiar de opinión, Anna miró a Moira, quien se había movido siguiendo la voz de Tom y ahora estaba a su lado. Por la expresión de su rostro, los vampiros podían dar gracias de estar muertos o haber huido.

—Moira, háblame de Alan Choo. ¿Es dominante?

—No. —La voz de Tom sonó exasperada—. No puede protegerte.

Un momento antes, Anna seguía atontada y conmocionada por la pelea. Pero en cuanto logró asimilar sus palabras, se sintió repentinamente furiosa por el hecho de que Tom se hubiese arriesgado de aquel modo por ella. Otra vez. Porque ella había sido el objetivo de los vampiros.

Anna recurrió a todo su poder y le dijo a Tom:

—Yo me ocuparé de mi propia seguridad. —Tras comprobar de que no obtenía ninguna réplica, se dirigió a la bruja—: Moira, ¿sabes el número de Alan Choo?

—Dame tu móvil y yo le llamaré —dijo Moira con una voz extraña.

Anna le pasó el móvil y volvió a ocuparse de su pareja, quien la miraba con una tímida sonrisa.

—Mierda —dijo—. Charles fue el último que me puso en mi sitio así. Será mejor que le llines. Se estará preguntando por qué recurríste a su poder de ese modo.

¿De qué modo?, se preguntó Anna, pero no le apetecía decirle que no tenía la menor idea de a qué se refería. Anna también había aprendido a ocultar sus debilidades. Incluso ante gente que le caía bien, como Tom.

—Tendrá que esperar. Moira, dile al señor Choo que se reúna con nosotros en la habitación del hotel.

—¿Y puedes explicarme cómo vamos a llegar al hotel sin ayuda? —preguntó Tom. Intentó incorporarse pero no lo consiguió—. Mierda —dijo—. No podré moverme en un buen rato.

Anna esperó a que Moira terminara de hablar con el doctor para recuperar su móvil. Entonces respondió a su pregunta:

—Tu pareja nos mantendrá ocultos mientras cargo contigo hasta el hotel.

Anna puso cara de exasperación al ver la expresión sorprendida de Moira, recordando demasiado tarde que no podía verla.

—Soy un lobo. Puede que no tenga un aspecto tan amenazador como un macho, pero soy perfectamente capaz de cargar con Tom hasta el hotel.

Tom se relajó ligeramente.

—En nuestra manada no hay hembras —se excusó—. Pareces muy escuálida. Lo había olvidado. —Anna le miró y Tom le devolvió la mirada con una tímida sonrisa—. Lo siento.

Pese a que el hotel no quedaba muy lejos del lugar del ataque, a Anna se le hizo eterno. Tom no era precisamente un peso pluma —la estructura muscular de los hombres lobo es más compacta que la de los humanos— y, además, no pudo quitarse de encima la tensión por los gemidos de dolor que profería Tom pese a la precaución que dedicaba al caminar. Aunque aún fue peor cuando cesaron los gemidos. E indicarle a Moira los bordillos y obstáculos en la acera era más difícil de lo que Tom había sugerido.

Justo cuando empezaba a pensar que no podría continuar, levantó la cabeza y vio el hotel.

Su móvil empezó a sonar. Un par de personas que salían en aquel momento del restaurante junto al hotel se llevaron la mano al bolsillo y pusieron cara de desconcierto. Anna supuso que el hechizo de Moira se estaba desvaneciendo.

Anna tenía las manos ocupadas, de modo que Moira le sacó el móvil del bolsillo de la chaqueta y lo silenció. Tom hacía unos minutos que había perdido la conciencia,

y aunque a Anna le preocupaba el reguero de sangre que dejaban a su paso, no podía hacer nada al respecto.

De camino al hotel, había elaborado un plan de acción. Llamaría a Charles y le pondría al corriente de la situación. Si ella comprendía las implicaciones de todo aquello en la jerarquía de la manada y el peligro que representaba Tom en tanto dominante herido, sin duda Charles también lo haría.

—Puerta —le susurró a Moira, y la bruja retiró los dedos de su hombro y los apoyó en el cristal. La sostuvo abierta mientras Anna se deslizaba en el interior del edificio con su pesada carga.

—Hace viento hoy —dijo alguien en el vestíbulo cuando la puerta se cerró tras ellas.

Por suerte, no había nadie esperando el ascensor, ni tampoco en el pasillo de su planta. Anna tuvo que dejar a Tom en el suelo para buscar la llave. Moira, quien seguía murmurando débilmente, se quedó junto a su pareja frente a la puerta mientras Anna retiraba las sábanas y cubría la cama con toallas para que absorbieran la sangre.

Volver a levantar a Tom le llevó más tiempo del que disponían. Estaba semiconsciente y a la defensiva, y Anna estuvo a punto de perder los estribos. Finalmente, decidió cogerlo por la cintura. Si le mordía, aún tendría tiempo de meterlo en la habitación y cerrar la puerta. Estaba demasiado débil para ser un peligro real, y mucho menos para el tipo de heridas que le habían provocado los vampiros a propósito. Descubrió que estaba dispuesta a correr el riesgo.

Pero no le mordió. Lo metió en la habitación y lo tendió sobre la cama. Moira cerró la puerta, y ambas dejaron escapar un suspiro de alivio. El móvil de Anna volvió a sonar. Moira se lo pasó y, al cogerlo, se dio cuenta de que tenía las manos manchadas de sangre.

Era Charles.

—¿Anna?

Su voz sonaba lóbrega y urgente, y en cuanto la oyó, le imaginó corriendo por las calles oscuras. Percibió su pánico y, tras este, una ira desbordante, como una oleada oscura de violencia.

—Estoy bien —le dijo, aunque inmediatamente tuvo la sensación de que no era del todo cierto. En el calor de la batalla no había sentido el dolor, pero había recibido y propinado unos cuantos golpes. Pese a no recordarlo muy bien, tenía doloridos los nudillos y el hombro derecho. Y su estómago tampoco estaba muy contento. Por suerte, no había hecho balance hasta después de asegurarle a Charles que se encontraba bien.

—El curandero de Angus llamó para decirle que le esperabais en la habitación del hotel —dijo Charles—. Justo después de que percibiera tu llamada.

Anna recordó el poder que había convocado para acallar a Tom... y la seguridad de que Charles lo sentiría. Leah, la pareja del Marrok, recurría al influjo de Bran cuando este ni siquiera estaba presente. Evidentemente, Anna también podía hacerlo.

—Sí, bueno... —Anna miró a su alrededor y respiró hondo. Recordó que el hechizo de ocultación que habían utilizado los vampiros también les había provocado un extraño efecto colateral: la compulsión de mantener el secreto. Tendría que haber llamado a Charles inmediatamente.

—Me gustaría que tú también pudieras venir. —Lo deseaba con todas sus fuerzas—. Y tal vez Angus... pero nadie más. Tom está bastante mal.

—El resto de su manada debe mantenerse alejado de él —dijo Charles con frialdad. Su urgencia estaba debilitando el vínculo entre ambos, y Anna no estaba segura de poder confiar en semejante frialdad. El paso de la violencia a la calma había sido demasiado brusco.

—De acuerdo —le contestó, aunque no había sido una pregunta—. Moira y yo hemos conseguido traerlo hasta aquí, pero no sabía que estaba sangrando tanto. Probablemente hemos dejado un rastro de sangre...

—No —dijo Moira con firmeza pese a estar tan blanca como la sábana sobre la que estaba sentada; el blanco quedaba realzado porque tanto ella como Tom estaban cubiertos de sangre—. Me ocupé de la sangre.

Anna sabía lo suficiente de brujería para comprender que no quería conocer los detalles. La bestia, siempre alerta en su interior, aceptó que estaban a salvo. Por el momento.

—¿Lo has oído?

—Sí.

—Aquí estaremos a salvo. Tom sobrevivirá... o eso creo... —De repente, un penetrante olor saturó la habitación—. Se está transformando.

—Es lo mejor que puede hacer —dijo Charles—. No te acerques a él. Moira lo mantendrá calmado hasta que llegue. Llamaré a Angus para decirle que, si aprecia a su segundo, no permita que el resto de sus lobos se acerquen a él. Llegaré en un par de minutos. Dejaremos el resto para entonces. —Su móvil se quedó mudo y supuso que Charles había colgado.

—¿Alguna vez has estado cerca de él mientras se transformaba? —le preguntó a Moira con calma.

—Sí —dijo la bruja.

—Bien. —Se dejó caer en la silla que había frente a la cama—. No te muevas. Esta vez le costará mucho más... no es muy agradable hacerlo cuando estás herido. Cuando termine, tendrá un humor del demonio. Puede que por un tiempo ni siquiera sea él mismo. Dale un poco de tiempo antes de tocarle. Lo más probable es que cuando esté preparado te lo haga saber.

—Casi nos matan —dijo Moira—. Si pudiera haberles visto...

—El torbellino de luz ha sido impresionante —le dijo Anna—. La próxima vez que los vampiros nos ataquen, me esconderé detrás de ti y te gritaré al oído lo que son. —Hizo una pausa—. Me alegro de que estuvieras con nosotros. Los dos solos no habríamos salido vivos. Parecían conocer muy bien a Tom. —Recordó que los

vampiros se habían centrado en él, ignorando completamente tanto a ella como a Moira—. Pero no te conocían a ti.

—¿Por qué nos atacarían? —preguntó Moira—. Bueno, ya sé que no son muy amigables, pero sí son prácticos. Atacar a la pareja de Charles no es muy inteligente.

—Sospecho que alguien les pagó para que lo hicieran —dijo Anna con voz cansada—. Alguien que les convenció de poder mantener a Charles alejado. Alguien que sabía que hoy estaríamos de compras. —Se miró las manos mientras Tom gruñía y resollaba por culpa del dolor que le provocaba la transformación. La última parte la dijo muy despacio—: Alguien que podía ofrecerles la magia de la manada para ocultar el ruido y los cuerpos hasta terminar con nosotros.

—¿Crees que detrás hay un hombre lobo?

—No lo sé. —Aunque se temía que sí.

Tom completó la transformación. Respiraba entrecortadamente, con dificultad. Tenía el pelaje color chocolate, solo empañado por una cicatriz plateada que le rodeaba el hocico. En forma de lobo, era tan grande como Charles, y Charles era un lobo muy grande.

Moira alargó un brazo y le tocó el cuello. El lobo arremetió contra ella y Anna se puso en pie de un salto. Pero antes de que pudiera hacer algo estúpido, volvió a tranquilizarse y apoyó la cabeza en el regazo de Moira.

Alguien llamó a la puerta, y no era Charles.

Capítulo 6

Charles se obligó a caminar. No tenía prisa. Tom habría representado un problema en otras circunstancias, pero su pareja estaba con él para calmarlo. Y pese al dolor y la debilidad, Tom jamás haría daño a una Omega.

Se sentía inquieto, y sabía que era por Anna. No estaba acostumbrado a dejarse llevar por el pánico, y aquello le ponía nervioso.

Había pocas personas que le preocuparan lo suficiente como para sentir pánico por lo que podía ocurrirles, y la mayoría de ellas llevaban mucho tiempo muertas y ya no necesitaban su ayuda. Habitualmente, tanto su padre como su hermano Samuel sabían defenderse solos.

Pero Anna le hacía sentir vulnerable.

Le había dicho que estaba bien, y no había razón para pensar que no fuese cierto. Pese a la tensión en su voz tras haber luchado por su supervivencia, parecía estar momentáneamente a salvo. Y Tom necesitaría tranquilidad para poder curar sus heridas, no a un lobo con la adrenalina hasta las cejas que ni siquiera era de su manada. Sin embargo, incluso esforzándose por caminar lenta y de forma regular, el Hermano Lobo seguía poniendo a prueba su control, cada vez más inquieto.

Y su parte humana tampoco ayudaba mucho. Alguien había intentado cazar a su Anna y él no había estado a su lado para evitarlo.

Un hombre joven que caminaba en la dirección contraria levantó la cabeza para mirar a Charles... y volvió a bajarla rápidamente cuando sus ojos se encontraron. Solo entonces Charles se dio cuenta de que estaba gruñendo débilmente.

Se detuvo, respiró hondo y titubeó un instante cuando detectó en el aire algo... inusual. Algo no terminaba de encajar. Ni rastro de la habitual mezcla de olores propia de la ciudad.

Se encontraba sobre una amplia franja de asfalto que parecía tan reluciente como el día que lo habían vertido. No era extraño que en una ciudad como Seattle, donde la lluvia limpiaba las calles regularmente, no hubiera ni rastro de basura. Lo que resultaba desconcertante era la ausencia de basura, de olores, de todo. Lo suficientemente desconcertante como para dejar a un lado la frenética necesidad de reunirse con Anna para asegurarse de que se encontraba bien y detenerse un instante a reflexionar.

Según Anna, la bruja de Tom había eliminado el rastro de sangre, y ante sí tenía el resultado: una serpenteante franja sobre la acera mucho más pálida que el cemento circundante. Seguía siendo un rastro para el que estuviera dispuesto a seguirlo, aunque supuso que una persona ciega no podía darse cuenta de eso. Y era mucho

mejor que el reguero de sangre que habría conducido a la policía directamente hasta el hotel.

Podía seguir el rastro hasta el hotel o podía salir de caza. Se quedó completamente inmóvil y lo consultó con el Hermano Lobo. Dio media vuelta y dirigió sus pasos en la dirección contraria a la del hotel.

Sí, dijo el Hermano Lobo exultante al unísono con su mitad humana.

Ambos necesitaban sangre y carne. Anna les estaba esperando, pero Angus no tardaría en llegar al hotel con su coche y entonces estaría perfectamente a salvo.

Tenía tiempo de cazar. Para que tanto él como el Hermano Lobo pudieran librarse de aquella ira y recuperar el equilibrio perdido.

Solo tuvo que recorrer unas cuantas calles para que la acera mágicamente blanqueada recuperara su aspecto habitual. Pese a la lluvia, el rastro de Anna persistía en el aire.

Aunque no era muy tarde, calculó que poco más de las seis, ya había oscurecido. Hacía veinte minutos que Anna había recurrido a su poder, quince desde que habían hablado por teléfono. Por entonces, las sombras no debían de ser tan insondables, pero lo suficiente para que las criaturas de la noche salieran de caza.

Volvió a la zona limpia y echó un vistazo a su alrededor. Distinguió una pieza de ropa ennegrecida, húmeda y sucia, y a unos metros de distancia, una bolsa de plástico de la que asomaban dos pares de zapatos de mujer junto a otro zapato, este de tacón y de color rosa chillón. Un breve examen al perímetro del hechizo de la bruja le permitió detectar la presencia de vampiros.

Vampiros atacando a hombres lobo en Seattle. Mientras reflexionaba sobre sus implicaciones, apretó los puños ante la idea de que su Anna hubiera tenido que enfrentarse a los chupasangres.

La pieza de ropa no olía a nada. Sin embargo, el solitario zapato rosa no se había visto afectado por el hechizo de Moira. Cuando se lo acercó a la nariz, percibió un débil hedor a carne chamuscada y a vampiro.

Los dos pares de zapatos eran nuevos y olían a piel y a tinte y conservaban el débil rastro de Anna. Uno de los pares eran unas manoletinas y, el otro, unos zapatos de tacón rojos, el tipo de calzado que las mujeres solían vestir en ocasiones especiales.

Charles no podría haber tenido menos interés por los zapatos, y sospechaba que al resto de los hombres les ocurría lo mismo. De hecho, le traían sin cuidado. La prefería desnuda, aunque las últimas semanas había empezado a pensar que la segunda mejor opción era vestida con su ropa.

Pese a sonreír débilmente ante el recuerdo de Anna enfundada en su jersey, no perdió la concentración en la caza. Siguió la pista del hechizo de la bruja hasta dar con el rastro que habían dejado los vampiros al huir. No le resultó muy difícil, ya que al menos uno de ellos sangraba copiosamente. Dejó trabajar a su olfato y la sonrisa desapareció de su rostro.

Al principio había creído que el ataque había sido obra de un solo vampiro, tal vez dos. Pero ahora su olfato le decía que habían sido muchos más. Percibió seis rastros distintivos. Seis vampiros tras la pista de Anna.

Y entonces se preguntó si había sido sincera con él cuando le había dicho que se encontraba bien. El zapato rosa se partió en dos en su mano y lo dejó caer al suelo. Volvió a gruñir débilmente mientras seguía el rastro de los vampiros hasta un aparcamiento, plaza cuarenta y seis.

Cuatro minutos después y, tras cierta dosis de intimidación, lo que, dado su estado de ánimo, no le resultó muy difícil, descubrió que la plaza había sido alquilada para un periodo de seis meses pero que había estado ocupada de forma intermitente.

No había modo de saber si los vampiros tenían algún tipo de relación con la persona que había alquilado la plaza o si simplemente habían encontrado el sitio libre y lo habían utilizado. Aunque se inclinaba más por la segunda opción. No tenían previsto estar mucho tiempo, y el personal del aparcamiento hacía una ronda cada dos horas.

—Sí —le dijo el encargado, un chico que probablemente no habría cumplido aún los veinte. Ya no miraba a Charles a los ojos, lo que le ayudó a tranquilizarse un poco—. Se marchó como si le persiguieran todos los demonios del averno. Lo recuerdo porque era un monovolumen, un Dodge azul. No es el típico coche que suelen utilizar los tipos que se meten en líos. No lo vi llegar, y cuando hice la ronda al empezar mi turno, no recuerdo haber visto ningún monovolumen salvo el de la señora Sullivan.

A Charles no le interesaba aquello. Los juegos mentales que afectaban a los humanos eran una de las especialidades predilectas de los vampiros. Si le habían dicho al encargado que no recordara nada, no lo recordaría.

—¿Quién iba en el monovolumen?

—Tres hombres y una mujer. Todos vestidos como si fueran del FBI, ya sabe. Serios y conservadores. —El chico volvió a mirar a Charles—. ¿Es usted poli? ¿No tendría que enseñar me la placa o algo así?

—O algo así —murmuró Charles, y el encargado empalideció y volvió a apartar la mirada. Charles le agradeció amablemente la información y se marchó.

Podría haberle pedido que le dejara ver las imágenes de las cámaras de seguridad, pero no había necesidad de traumatizar más al chico; de todos modos, ya tenía sus rastros, y no tenía intención alguna de olvidarlos. Aunque no fuera hoy, algún día se cruzaría con ellos; el mundo no era un lugar tan grande para alguien que vivía eternamente. Cuando los encontrara, les haría recordar aquella noche.

Cuando regresó al lugar del ataque, se detuvo a recoger los zapatos de Anna y los guardó en la bolsa de plástico. No había encontrado sangre ni carne al final de la cacería. El Hermano Lobo no estaba muy satisfecho. De hecho, no lo estaba en absoluto.

De camino al hotel, logró recuperar parte de su control. Tendría que conformarse con eso.

Angus estaba sentado en el suelo frente a la habitación, leyendo el periódico. Aunque su actitud no era muy amenazadora, Charles no habría confiado en muchos más lobos para proteger a su pareja. Pocas cosas eran capaces de superar al viejo lobo que gobernaba Seattle.

—¿Alguna noticia interesante? —le preguntó Charles educadamente.

—Nada. —Angus dobló el periódico con precisión quirúrgica y se puso en pie, evitando en todo momento la mirada de Charles. Al Alfa de la Ciudad Esmeralda no se le escapaba nada. Por mucho que Charles hubiese adoptado su mejor cara de póquer, cualquier lobo experimentado habría olido la frustración tras una caza frustrada a sesenta metros de distancia.

—Tu pareja se ha negado a dejar entrar a nadie hasta que llegaras. Con Tom herido y Moira...

—... sin magia suficiente para encender ni una vela —terminó Anna desde la puerta—. Y lo siento, pero aún no conozco a Angus. Sé que nos presentaron, pero esta mañana he conocido a mucha gente. Y creo que el ataque ha sido preparado desde dentro. No me ha parecido muy inteligente abrir la puerta simplemente porque alguien aseguraba ser Angus.

Charles le dirigió una mirada intensa... él solo había olido la presencia de vampiros. ¿También había un hombre lobo? Volvió a poner bajo control a su depredador interior.

Necesitaba respuestas. Y debía asegurarse de que Anna no percibía el esfuerzo que debía realizar para fingir estar en calma, equilibrado. Por suerte, Anna todavía estaba trabajando en aprender lo que le decía su olfato.

—Como no he detectado ninguna amenaza urgente, he decidido que lo mejor era sentarse y esperar a que llegara alguien que ella conociera —dijo Angus, visiblemente satisfecho con Anna.

—Anna —dijo Charles, ignorando el impulso de examinarla más de cerca para asegurarse de que estaba bien—. Este es Angus, el Alfa de la Ciudad Esmeralda. Jamás, bajo ninguna circunstancia, le habría tendido una trampa a Tom, y menos con un grupo de vampiros.

Angus miró fijamente a Charles mientras Anna le examinaba detenidamente, lo que obligó a Charles a dominar sus instintos de posesión. Solo estaba evaluándolo. El Alfa de la Ciudad Esmeralda era solo unos cuatro o cinco centímetros más alto que ella, quien ya de por sí no era una mujer muy alta, y tampoco pesaba mucho más. Era enjuto y esbelto. El cabello rubio rojizo y los ojos oscuros le otorgaban una belleza poco común que utilizaba sin piedad. La gente que no le conocía solía subestimarle, lo que probablemente era una de las razones que explicaban la satisfacción que parecía sentir por las precauciones de Anna. La otra razón era más que evidente: la determinación con que había protegido a uno de sus lobos.

No obstante, Anna conocía a Bran, alguien a quien se le daba incluso mejor que a Angus aparentar ser menos de lo que era en realidad. Aunque Bran lo hacía a propósito.

—Perdóname si te he ofendido. —La disculpa de Anna era sincera.

—No te preocupes —dijo Angus—. ¿Parezco ofendido? Entremos, así podrás contarnos lo que ha ocurrido y ver qué podemos hacer. Vampiros, ¿eh?

Anna se apartó de la puerta. La habitación estaba saturada del olor que desprendía la angustia y el hedor del miedo reciente. Su labio superior se contrajo al percibirlo también.

—Lo siento —dijo. Tenía la camiseta manchada de sangre y el aire de la habitación estaba cargado con la acritud que solían desprender las heridas abiertas.

No son tuyas, le dijo el Hermano Lobo con voracidad. *Pero podrían serlo*. Charles no pudo precisar quién de los dos había pensado aquello último, puede que ambos. Su control se resintió: le estaba costando mucho más de lo habitual mantenerlo a raya.

Debía mantener las distancias, solo hasta que pudiera recuperar la calma y centrarse. Permitted que Angus pasara entre él y Anna, y cuando comprobó que el Hermano Lobo no perdía los estribos, respiró aliviado y se permitió examinar a Anna.

Debido a la palidez de su rostro, las pecas eran más visibles que nunca, pero el olor de su miedo no era reciente. Angus no la había asustado, simplemente se había mostrado cautelosa. El Hermano Lobo se tranquilizó no sin cierta desconfianza.

—Aquí tienes —le dijo Charles al entregarle la bolsa con los zapatos.

Anna se quedó mirando la bolsa desconcertada y su rostro se iluminó con una sonrisa.

—Eres sobrenatural, Charles. Absolutamente sobrenatural.

Abrió la puerta del armario y guardó en este los zapatos junto a muchas otras bolsas que aquella mañana no estaban allí. También había un par de vestidos cubiertos con una funda de plástico, colgados junto a los albornoces del hotel. Había vuelto allí con parte de las compras antes del ataque. Puede que los vampiros la estuvieran esperando, vigilando el hotel, y que los hubieran seguido.

Un gruñido ronco hizo que volviera a dedicar toda su atención al problema que tenían entre manos. La menuda bruja aún llevaba puestas las gafas de sol, y estaba acurrucada sobre la enorme almohada junto al cabecero de la cama. Si Anna estaba pálida, el rostro de la bruja parecía de tiza en contraste con la negrura de su corto cabello, y tenía un aspecto demacrado, como si hubiese perdido cinco kilos desde la última vez que la había visto.

Charles se fijó en que el cubrecama estaba arrugado, por lo que supo que el lobo marrón que era Tom había estado tumbado frente a la bruja, aunque se había incorporado al percibir la presencia de otros lobos. Una de sus patas delanteras parecía torcida, y pese al dolor que debía sentir, mantuvo la compostura.

Charles apoyó las manos en los hombros de Anna antes de que esta se interpusiera entre Angus y Tom y la hizo retroceder.

—No —le dijo—. No pasa nada. Angus se ocupará.

En una situación como aquella, algunos Alfas le habrían hecho sentir cierta inquietud, pero Angus tenía mucha experiencia y sabía a lo que se enfrentaba: un lobo protegiendo a su pareja de una amenaza incierta. No era un desafío.

—Tom —dijo Angus con voz fría y autoritaria—. Nadie le hará daño. Nadie. — Puede que Angus no fuera muy alto, pero su voz, cuando decidía utilizarla, poseía el poder suficiente como para revivir a los muertos.

El lobo mostró sus poderosos colmillos y volvió a gruñir.

—Atrás —dijo Angus, poniendo toda la fuerza de que disponía en aquella única palabra.

Y el lobo se tendió inmediatamente sobre su estómago, respirando ásperamente al intentar acomodar la inquietud que sentía por la presencia de otros lobos junto a su pareja estando herido con la obediencia debida a su Alfa.

—¿Tom? —La bruja parecía perdida. Charles se preguntó qué estaría pensando en aquel momento. Debía de ser lamentable estar ciega en un mundo de monstruos.

—Está bien —le dijo Anna—. Solo es su instinto de protección. Sabe que ahora mismo no puede protegerte, y aún no se ha recuperado del todo de la transformación. Siente mucho dolor y le cuesta pensar. Vamos a dejarle un minuto para que se calme.

Muy hábil, pensó Charles, sonriendo para sí. Anna deslizó la información a Angus mientras aparentaba estar hablando con Moira para que el Alfa no creyera que estaba diciéndole lo que debía hacer. Pero lo estropeó todo al ordenar a todo el mundo, Charles incluido, que dejaran tranquilo a Tom. El fugaz destello de sus dientes le dijo a Charles que Tom también se había dado cuenta, aunque decidió mostrarse cautivado.

—Sí, será lo mejor —dijo Angus al tiempo que se sentaba en el brazo de la butaca más próximo a la ventana—. Alan llamó cuando estaba en el pasillo. Tardará unos cinco minutos. Mientras le esperamos, y también a Tom, ¿podría alguien explicarme quién le ha hecho eso a mi lobo?

—Vampiros —dijo Anna—. Seis, y cazaban como una manada. —Miró a Charles.

—¿Como si estuvieran acostumbrados a cazar juntos? —preguntó Charles, y cuando Anna asintió con total naturalidad, supo que había logrado mantener su expresión de calma.

—Exacto —dijo ella—. No se molestaban unos a otros, ni siquiera cuando cinco de ellos saltaron sobre Tom tras derribar a Moira. Aparecieron del sótano de un edificio, ocultos tras un hechizo de sombras. Olía a magia de lobo, a menos que los vampiros también puedan hacer algo similar. Si Moira no hubiera intervenido, estaríamos muertos.

Cinco contra uno era una situación complicada, incluso para un viejo lobo con la astucia de Tom, quien sabía cómo aprovechar las debilidades de sus adversarios. Y un hechizo de sombras... Anna tenía razón, todo apuntaba a una manada de caza, salvo que no eran lobos sino vampiros.

—Existen hechizos vampíricos que pueden imitar a los nuestros —dijo Angus—. Tom es lo suficientemente mayor como para poder diferenciarlos. Cuando se recupere, podemos preguntárselo. ¿Por eso crees que hay un lobo detrás de esto?

Anna asintió, pero Moira se adelantó a ella:

—Los vampiros no atacan a los lobos tan a la ligera, al menos no en esta ciudad. Intentaban llevarse a Anna, pero ¿por qué querrían unos vampiros a la pareja de Charles?

Angus sonrió con frialdad. Los lobos de Seattle dominaban la ciudad desde hacía décadas.

—Si los vampiros de esta ciudad descubrieran que acaban de secuestrar a la pareja de Charles, la custodiarían con guardias armados y le harían la manicura antes de devolvérmela sin un rasguño. Podría llamar a su Señor y preguntárselo, pero mucho que me temo que estos son unos intrusos. Si los conoce, estoy seguro de que me dará algunos nombres.

—Uno de ellos era una mujer que llevaba zapatos de tacón —dijo Charles—. Aunque creo que, en su caso, no volverá a causar problemas.

Le inquietaba la participación de Moira en todo aquello. Había salvado a Anna, pero... La miró con el ceño fruncido.

—Nunca había oído que una bruja blanca pudiera convocar la luz del sol. Ni siquiera es algo propio de la brujería; las brujas dominan el cuerpo y la mente, no los elementos.

—No convoqué la luz del sol —respondió Moira con brusquedad, Charles supuso que más a su tono de voz que a sus palabras—. Solo hice que los vampiros lo creyeran, incluso los que ya estaban muertos. —Movié sinuosamente los dedos—. *Shhhhh*, y se convirtieron en polvo o huyeron.

—Eso requiere mucha magia. Los vampiros son resistentes... y después hiciste desaparecer el rastro que se extendía más de un kilómetro.

—Moira es una bruja blanca —intervino Angus.

Moira sonrió con ferocidad.

—Soy una mutante, ¿de acuerdo? Una pobre bruja blanca y ciega...

—Las brujas —dijo Charles lentamente— extraen su poder del sacrificio. Sobre todo a partir de la sangre y de la carne de los demás, pero hay rumores que afirman que una de las razones por las que las brujas forman familias es que, de ese modo, pueden obtener sacrificios más poderosos con la muerte de aquellos a quienes aman.

—¿Crees que mato gatitos para potenciar mis hechizos? —dijo Moira con repugnancia, y pese a la persistente sospecha de que algo no terminaba de encajar, el Hermano Lobo se tranquilizó.

No podía dejarlo allí, no con la seguridad de Anna en juego, pero la aprobación del Hermano Lobo le dio un segundo de pausa para encontrar otra respuesta.

—Por lo que sé, el autosacrificio, como cuando una bruja usa su propia sangre para alimentar un hechizo, es muy poderoso pero resulta difícil de dominar.

La bruja se quitó las gafas de sol y Charles vio confirmadas sus sospechas. Había perdido un ojo como consecuencia de una descarga mágica. No era la primera vez que veía algo parecido; no era algo fácil de olvidar. Tenía el globo ocular blanco y marchito, como si algo se lo hubiera secado, y hacía mucho tiempo que le había ocurrido mucho porque no pudo detectar ningún olor residual. En su momento debió de apestar a magia durante una buena temporada. El otro ojo había sufrido daños más mundanos, aunque no por ello menos dolorosos, y también bastante tiempo atrás.

Curiosamente, Angus se puso tenso, como si fuera la primera noticia que tenía, mientras que Anna no mostró reacción alguna. Al menos ante el rostro de la bruja, aunque era evidente que sí ante Charles. No le hacía ninguna gracia el modo en que la estaba presionando.

Cuando Moira creyó que había dispuesto del tiempo suficiente para satisfacer su curiosidad, volvió a ponerse las gafas. Tom le dirigió una mirada recelosa con sus ojos amarillentos, una mirada que prometía represalias. Anna tampoco parecía estar muy satisfecha con él.

—No conozco a Moira —le dijo Charles al lobo, pues su reacción era la que mejor comprendía—. Lo que sí sé es que nunca había oído hablar de una bruja blanca que pudiera hacer lo que ella ha hecho. Y si una bruja negra se oculta tras una blanca... Para empezar, el engaño significa que es el enemigo, y en segundo lugar —miró al lobo con una sonrisa escrupulosa—, nunca he conocido a una bruja que pudiera ocultarme su auténtica naturaleza.

—Hace unas semanas estuvimos a punto de morir a manos de una bruja negra —les dijo Anna, aún molesta con él—. Aquello nos dejó bastante tocados.

Moira alargó un brazo y acarició a Tom en el costado. A continuación, deslizó la mano por su cola y jugueteó con ella distraídamente.

—Tranquilo, Tom. Aunque haya sido un poco maleducado, es de los buenos.

Y giró la cabeza para mirar a Charles.

—Te entiendo. Yo tampoco había oído hablar de una bruja blanca que pudiera hacer lo que hago yo. Y no sé cómo sucedió exactamente. Comprendo tu cautela.

—Siento haberte presionado —le dijo Charles sinceramente.

—Estoy segura de que encontraré el modo de devolverte el favor —dijo ella, mostrándole los dientes—. Al menos no has puesto cara de asco antes de salir corriendo.

El reciente ataque se asentó un poco más en sus tripas y permitió que parte de él tiñera su voz.

—Espero que convirtieras en cerdo a quien te hizo eso.

Moira se tensó, sorprendida por su reacción, supuso.

—Lo que merecen los cobardes —dijo Angus.

Era evidente que la bruja tampoco esperaba apoyo desde aquella parte del campo. ¿Tanta gente había sentido repugnancia al ver sus cicatrices?

No obstante, su respuesta se vio interrumpida cuando alguien llamó tímidamente a la puerta.

—Soy Alan —dijo el intruso—. ¿Podría alguien abrirme la puerta?

En cuanto el lobo sumiso de la Ciudad Esmeralda entró por la puerta, Charles se sintió más cómodo. Alan Choo era de origen chino, y su aspecto no dejaba lugar a dudas: delicado y sorprendentemente fuerte, como una espada bien templada.

Salvo por los momentos en que estaba a solas con Anna, Charles se había pasado toda la vida sintiendo la furia del Hermano Lobo en su interior, quien no dejaba de revolverse y gruñir contra las riendas de la civilización que ambos debían soportar. Eso es lo que significaba ser dominante: estar preparado para matar cualquier cosa que amenazara a los que se encontraban bajo su protección. Matar sin pestañear.

Hoy era peor de lo habitual. El Hermano Lobo estaba furioso, y Charles debía hacer un gran esfuerzo para que nadie se diera cuenta de las dificultades que tenía para mantener el control. Y, para complicar las cosas, debía compartir la habitación en la que se encontraba su pareja con dos lobos dominantes, dos lobos que, además, no eran de su manada.

Todo eso cambió en cuanto Alan Choo entró en la habitación. Pese a no ser un Omega como Anna, era un lobo sumiso y, por tanto, sabía cómo comportarse ante la presencia de hombres lobo furiosos. De algún modo, su presencia equilibró la balanza, y entre él y Anna lograron calmarlos a todos, incluso a Charles.

Se sentó en la silla al otro extremo de la pequeña mesa donde también se encontraba Angus, más para dejar espacio a Choo que porque tuviera ganas de sentarse, aunque ser capaz de hacerlo con los otros lobos en la habitación era una mejora.

Cuando Anna recorrió con la vista la habitación, Charles supo que ella también era consciente del nuevo silencio que se había instalado en ella. Le miró fijamente a los ojos, le regaló una rápida sonrisa y se sentó en el brazo de la silla.

—Ha sido culpa mía —le dijo Anna a Choo.

Charles negó con la cabeza antes de darle su versión de los hechos:

—No es culpa tuya que alguien decidiera secuestrarte. Tom ha cumplido con su deber, no te apiades de él.

—Oye, Tom, ¿qué has estado haciendo? —Puede que las palabras de Choo sonaran frívolas, pero sus manos se movieron con gran precisión sobre el cuerpo del lobo herido.

Tom permitió que Alan le estirara la pierna sin emitir ni un solo gemido; la pequeña bruja lo hizo por él.

—Maldita sea, maldita sea —murmuró la bruja mientras Alan hacía su trabajo—. Si me quedara algo de poder, podría ayudarte con el dolor. Lo siento. Lo siento.

Finalmente, Angus —*Angus*—, quien no solía mostrar mucho interés por todo aquel que no fuera un lobo, le dijo:

—Ya es suficiente, Moira. Es un dolor soportable, y no durará mucho. Deja de lloriquear. Habría sido mucho peor si no hubieses estado con ellos; seis vampiros son un enemigo temible para dos lobos y cualquier bruja que haya conocido. Si no hubieses utilizado tu magia, ahora nadie se estaría quejando por una pierna rota. Déjalo ya.

Puso tanta fuerza en aquellas dos últimas palabras que consiguió silenciar a la bruja y que el lobo le dirigiera una mirada a su Alfa. Angus enarcó una ceja y Tom bajó la vista. Angus puso los ojos en blanco.

—Madre mía, que Dios nos libre de los tortolitos —dijo, y miró a Charles y Anna.

No estaban abrazados; Anna nunca lo hacía. Charles tenía la sensación de que si la vida se hubiera portado mejor con ella, disfrutaría con la sensación. Tal vez dentro de unos años lo consiguiera, pero, por ahora, Charles se conformaba con que no se encogiera de miedo cada vez que la tocaba.

Aun así, estaba sentada lo suficientemente cerca de él como para justificar la sonrisa del viejo Alfa.

—Más tortolitos —dijo—. Los sentimientos siempre son un incordio, y yo no soy una persona paciente por naturaleza. Tú... —Señaló con el dedo a Anna y Charles se levantó como un resorte para interponerse entre ambos.

Un acto reflejo. Tal vez no estaba tan relajado como creía estar.

Angus bajó el dedo pero terminó la frase.

—Cuéntame qué ocurrió. Quiero más detalles.

—A los nativos americanos no les gusta que les señalen —comentó Choo tranquilamente mientras le vendaba a Tom las costillas para que se curaran más rápido—. Las brujas indias, los caminantes, todos utilizan los gestos para lanzar hechizos y enfermedades.

Angus levantó ambas manos y se dejó caer en la silla.

—Por el amor de Dios. No soy ninguna bruja, y tampoco voy por ahí lanzando hechizos... solo quería descubrir qué demonios ha ocurrido esta noche.

Aunque se esforzaba por parecer frustrado y ofendido, todos los lobos de la habitación se dieron cuenta de que Angus le tenía miedo a Charles. No lo había tenido unos minutos antes, pero al mirar al Hermano Lobo directamente a los ojos, reconoció en ellos la amenaza de la muerte. Angus era un Alfa con un poder muy antiguo, pero no había ninguna duda sobre quién de los dos era el más dominante.

Angus no había pretendido amenazar a nadie, Charles lo sabía. Pese a todo, le costó más de lo normal volver a sentarse. Si el rápido repliegue de Angus no había satisfecho al Hermano Lobo, empezaría a correr sangre.

Charles se sentó lentamente y alargó el brazo para apoyar su mano en la rodilla de Anna. El contacto le ayudó a relajarse.

—Bueno —dijo Anna alegremente—. Muy interesante. —Ella también alargó un brazo para apoyar su mano en el hombro de Charles, como si le costara mantener el equilibrio sobre el brazo de la silla. Solo ellos sabían que su contacto le ayudaba a encontrar el equilibrio, y mientras tanto se dedicó a entretener a los otros con sus palabras.

—De acuerdo. Qué sucedió. —Anna respiró hondo—. Tom y Moira me llevaron a la calle Pike, compramos más cosas de las que podíamos cargar y regresamos aquí para dejarlas. Solo me faltaban por comprar los zapatos, de modo que Moira me acompañó a su tienda favorita a unos tres kilómetros de aquí. Nos atacaron cuando volvíamos al hotel. No oímos ni vimos nada. Saltaron sobre nosotros sin avisar. —Una mano fría rodeó la suya sobre su rodilla. No estaba tan tranquila como aparentaba estar. Charles le dio la vuelta a su mano y entrelazó sus cálidos dedos con los de Anna.

—Cuatro atacaron a Tom —continuó Anna—, uno golpeó a Moira y otro me inmovilizó. Maté al mío... —No pudo reprimir un gruñido de satisfacción y Charles le apretó la mano con más fuerza. Su pareja era dura—. Por entonces, Tom ya había matado a uno. El de Moira decidió que no representaba ninguna amenaza y acudió en ayuda de los que intentaban reducir a Tom. Justo cuando estaba a punto de unirme a la refriega, me di cuenta de que Moira gritaba algo, y cuando mi cerebro procesó sus palabras supe que intentaba averiguar qué nos había atacado.

Anna miró a la bruja con una sonrisa.

—Recuerdo que pensé: «Pobrecilla, no puede verlos. Qué aterrador debe de ser». Y cuando finalmente se lo dije, una luz muy brillante nos rodeó y casi nos deja ciegos. Los vampiros muertos prendieron en llamas y el resto huyó. Llamamos a Alan y, con Tom a cuestas, regresamos al hotel mientras Moira eliminaba el rastro y nos mantenía ocultos.

La bruja, sin dejar de acariciar suavemente el pelaje de Tom, miró a Anna con ojos inocentes. Anna dio un resoplido.

—Pobre bruja ciega, ¡mi culo! Es peor que un equipo de demolición. Los vampiros ni siquiera sabían de dónde les vino el golpe.

—Y estás convencida de que detrás del ataque hay un lobo —le dijo Charles.

Anna le miró. Ahora que lo había contado en voz alta, no estaba tan segura.

—El instinto no suele fallar —le dijo él.

Su boca se relajó.

—Sí. Creo que era un lobo —cerró los ojos mientras reflexionaba—. Se parecía mucho al ataque de la manada: ocultos a plena vista, un grupo numeroso para facilitar las cosas... O bien no conocían a Moira o bien la subestimaban. —Miró a Charles con una tímida sonrisa—. Y a mí. Concentraron primero el ataque en los más fuertes, una táctica propia de hombres lobo. Y pretendían llevarme con ellos. ¿Qué querría un vampiro de mí?

—Lobos. —Charles intentó recurrir a sus sentidos pero los espíritus no le respondieron, algo habitual cuando se encontraba en una ciudad. En cualquier otro lugar le hubieran servido de ayuda—. ¿Qué opinas, Angus? ¿Puede ser obra de Chastel? Anoche tuvimos un encontronazo y se marchó lo suficientemente furioso como para querer matar a alguien.

Angus estaba deliberadamente desmadejado sobre la silla, como si quisiera demostrar lo relajado que se encontraba ante Charles.

—El francés es una bestia. Una bestia poderosa. Pero es adicto a la caza. No permitiría que nadie derramara sangre en su lugar.

—Entonces, ¿quién crees que puede estar detrás?

Angus frunció el ceño. Parecía irritado.

—A la mayoría no los conozco bien. Podríamos interrogarlos... si quisiéramos iniciar una guerra. Los europeos son muy susceptibles en cuestiones de honor. Si iban detrás de un Omega, mejor será que informe a los italianos, para que no pierdan de vista al suyo.

Charles enarcó las cejas.

—Sabía que tenían uno, pero no que había venido con ellos. —Miró a Anna—. Si te hubiera servido de algo, te lo habría dicho, pero hace muy poco que se Transformó y sabe menos que tú sobre el hecho de ser un lobo, y mucho menos de los Omegas. Así es mucho mejor maestro... pero no se lo digas.

Angus centró su atención en Anna.

—Es un joven alemán que sufrió un grave accidente mientras esquiaba en los Alpes italianos. El miembro del equipo de rescate que lo encontró se apiadó de él.

—Y lo convirtió en hombre lobo —dijo Anna.

Charles asintió.

—Y los alemanes se pusieron furiosos cuando los italianos lo reclamaron como suyo.

—De hecho, estalló una batalla por la custodia —dijo Angus—. Sospecho que esa es la razón por la que los italianos lo han traído con ellos. Para pasarles por la cara a los alemanes que decidió quedarse con ellos.

Charles reconoció interés en la expresión de Anna. *Sí, pensó, no estás sola.* Tendría que habérselo dicho él mismo. Se encargaría de que conociera al joven Omega alemán.

—Quizá sea eso —dijo Moira, pensativa—. En la manada no se hablaba de otra cosa... Lo siento, Anna. Pero la mayoría estaban más interesados en ti que en todos los lobos extranjeros que debían llegar. Tal vez alguien desee hacerse con los servicios de un Omega.

—Hace algún tiempo conocí a alguien así —dijo Anna con frialdad—. Asegúrate de avisar a los italianos.

—Sí —dijo Angus, y miró sorprendido a Charles después de que Anna le hubiera dado otra orden.

—Recuerda que debes prepararte para la cena —dijo Moira.

Charles miró a la bruja, aunque no fue el único que lo hizo. Moira sonrió abiertamente.

—No sabemos qué pretendían exactamente. Lo más probable es que quisieran raptar a Anna, pero también existe la posibilidad de que no quisieran que conocieras mejor a Arthur de Gran Bretaña.

—Además —dijo Angus—, ¿por qué darles la satisfacción de cambiar de planes cuando nadie ha salido gravemente herido?

Charles no tuvo más remedio que darle la razón. Su lógica era aplastante. Habitualmente, no sentía muchas ganas de salir y socializar, y después del ataque lo único que deseaba era coger a su pareja y protegerla detrás de una barricada.

—Iré a pedir otra habitación —dijo—. Tom y Moira pueden quedarse aquí hasta que él se recupere, e incluso pedir que les suban algo de comer.

—Me quedaré con ellos —dijo Angus—. Hasta que Tom pueda cuidar de sí mismo.

Charles miró al Alfa y se dio cuenta de que no era el único que tenía impulsos protectores.

—Está bien —dijo, y se marchó para hacer lo que había dicho.

Un suspiro de alivio general acompañó la marcha de Charles, aunque nadie dijo nada hasta oír el débil timbre del ascensor a través de la pared.

Anna sabía que Charles ejercía aquel tipo de efecto sobre la gente, pero aquella noche no había visto ni sentido nada especial. Salvo por el incidente del dedo.

—Bueno —dijo Angus, y Tom gimió—. Ahora entiendo por qué Bran recurre a él para intimidar a los díscolos. Creo que acabamos de presenciarlo todos.

—¿El qué? —dijo Moira.

—Exacto —dijo Alan Choo mientras recogía el material que había utilizado—. Cuando Angus la señaló con el dedo, ni siquiera le vi moverse. Simplemente estaba *ahí*. Interponiéndose entre su pareja y Angus. —Y entonces dijo unas cuantas palabras en chino.

Anna descubrió que no le gustaba saber que los demás estaban asustados de Charles. Era algo que aceptaba, pero sabía que a él le hacía daño. Puede que fuera más seguro, pero no significaba que fuera algo positivo.

Angus agitó la cabeza.

—¿Os habéis fijado en las caras de algunos lobos cuando ha hablado esta mañana? Apuesto a que ni siquiera sabían que pudiera hablar, no digamos ya que su discurso tuviera algún sentido. Ha sido como si un tiburón empezara a hablar el inglés del Rey.

Tom levantó la cabeza para mirar a Angus, y Alan dejó de murmurar en chino para concentrarse en su Alfa.

—El inglés de la Reina —dijo Anna en un tono más cortante de lo que pretendía—. Y a Charles no le ocurre nada.

—Por supuesto que no —reconoció Angus—. He pensado, fíjate, está hablando en público como cualquier otra persona. Quizá los otros rumores que circulaban sobre él eran también exagerados. Pero no lo eran. Ni por asomo. No quiero enfrentarme jamás a ese hombre con garras y colmillos.

—Si no te callas —soltó Anna—, puede que acabes metido en lo que pretendes evitar.

Y Angus volvió a sentarse con una sonrisa de satisfacción dirigida a Anna.

—Bien —dijo Angus en un tono de voz completamente distinto—. Puede que sí.

Anna miró a Tom y a Alan Choo y comprendió que se trataba de una encerrona. Había confundido el asombro de Tom por beneplácito. Angus había estado jugando con ella.

—¿Qué necesidad había de ponerme a prueba? —preguntó Anna.

Angus se encogió de hombros.

—Hace mucho tiempo que conozco a Charles. Vi cómo pasaba de ser un niño reservado a convertirse en el arma que su padre necesitaba... que todos necesitábamos. Que comprendiera la necesidad, no significa que no lo lamentara. Quería asegurarme de que veías al hombre detrás del asesino.

—Entonces ¿le provocaste a propósito?

Angus sonrió abiertamente.

—¿Con lo del dedo? ¿Crees que soy tan estúpido como para hacer eso después de una caza frustrada y mientras sentía un impulso irrefrenable por vengar con sangre el ataque que habías sufrido? No, eso fue un accidente.

Anna bajó la vista, concentrándose en el brazo de la silla, y empezó a rascar con la uña una imperfección en la madera. Ahora que prestaba atención, distinguió el olor de la sinceridad en Angus. Estaba preocupado por Charles, temía que ella pudiera hacerle daño.

—Sé que hay mucha gente que le teme —dijo ella—. ¿Estás seguro de que piensan que le ocurre algo... malo?

Angus ladeó la cabeza, pero fue Alan quien respondió.

—Dejémoslo en poco convencional. Perturbado no... diferente. Ven al despiadado asesino de su padre, alguien que solo es leal al Marrok. Creen que solo habla por boca del Marrok, como si fuera su marioneta, aunque algo más aterradora.

Anna recordó el enfrentamiento entre Charles y su padre, el modo en que Charles logró finalmente imponerse, y abrió la boca para comentarlo en voz alta. Pero se contuvo. Si la gente le veía de aquel modo era porque Charles deseaba que así fuera.

—Lo hace deliberadamente —le dijo Angus, mirándola fijamente. Pese al esfuerzo por ocultar sus pensamientos, Anna supo que no lo había logrado del todo. Angus tamborileó en el brazo de su silla con impaciencia—. Si los otros lobos le temen, no cometerán el error de provocarle. Y conozcan o no el motivo, tienen razón.

A Charles le ocurre algo. No me digas que no te has dado cuenta. Su lobo está totalmente descontrolado. Lo que debería convertirlo en un asesino implacable... pero no es el caso.

El Hermano Lobo, pensó Anna.

—¿Cuál crees que es la razón? —preguntó Choo.

Angus enarcó una ceja y miró Anna, como si creyera que era ella quien debía ofrecer una respuesta.

Un lobo era el responsable del ataque que habían sufrido aquella noche. Anna estaba prácticamente segura de que Angus no era el enemigo. Si le hacía caso a su olfato, incluso podía considerarlo un amigo de Charles. Pero no estaba dispuesta a compartir con el Alfa de la Ciudad Esmeralda ninguna conclusión a la que hubiera llegado sobre su pareja, aunque tampoco estaba muy segura de haber llegado a alguna.

Le devolvió la mirada, se relajó sobre el brazo de la silla y esperó a que Charles regresara.

Furia.

Sentía una furia casi irrefrenable.

Había estado bastante bien hasta llegar al mostrador de recepción. Concentrado en la tarea que tenía entre manos, con seguir otra habitación, había seguido bien cuando regresó al ascensor y empezó a reflexionar sobre el ataque sufrido por Anna. Estaba convencido de poder sacar alguna conclusión de la historia de Anna, encontrar una nueva pista, cualquier cosa.

El control, que siempre parecía moverse en el filo de la navaja, empezó a disolverse. Se quedó mirando fijamente el avance de los números de las plantas y le pareció que el ritmo era demasiado vertiginoso para todo lo que aún debía considerar.

Dos.

Tom había estado a punto de morir. Si Charles hubiese enviado a Anna con cualquier otro lobo de Angus —y entraba dentro de lo posible—, la habría perdido para siempre.

Tres.

Seis vampiros.

Cuatro.

Si la bruja de Tom hubiese sido lo que aparentaba ser, habrían logrado llevarse a Anna.

Cinco.

Si ataba a Anna en corto, la perdería. No era una loba sumisa, no necesitaba su protección. No de aquel modo. Necesitaba que se mantuviera al margen y la dejara volar sola.

Seis.

Y si pretendía hacer eso, debería aprender a controlar su temperamento. O, mejor dicho, el temperamento del Hermano Lobo. No solo en aquel momento, aquel día, sino siempre. Suavizar la necesidad de mantenerla a salvo para que fuera más feliz.

Siete.

Hoy, sin embargo, no estaba dispuesto a perderla otra vez de vista.

La puerta del ascensor se abrió.

Arthur Madden quería que todo estuviera perfecto. Alejó los platos del borde de la mesa y, a continuación, volvió a colocarlos en su posición original.

—Cariño —le dijo su pareja con una sonrisa—, ¿qué estás haciendo? Puede que sea el hijo del Marrok, pero tú eres el señor de las Islas Británicas. Le superas en rango. No hay motivo para estar nervioso.

Ella no lo entendía. Aunque estaba acostumbrado. Su esposa era humana, y como tal, eran muchas las cosas que no podía entender. Nunca se lo había tenido en cuenta. No le contaría que Charles era dominante, que incluso con el poder de todos sus lobos detrás de él, Charles logró que Arthur retrocediera con una simple mirada. Lo que significaba que debía recurrir a todas las defensas de que dispusiera. La cena tenía que ser perfecta.

Y para eso, Arthur podía confiar en su pareja.

—Tienes razón, como siempre —dijo él—. No tiene ningún sentido preocuparse por algo así.

Ella se deslizó bajo su brazo, tan esbelta como la chica con la que se había casado cuarenta años atrás. La amaba tanto como entonces, pero su edad le entristecía. Cuando ahora salían a cenar juntos, la gente creía que eran socios, o una madre con su hijo. Cuando había sido joven y hermosa, nunca se planteaba la cuestión de su envejecimiento, y ella tampoco.

Olía a rosas.

—Todo irá bien —dijo ella—. Entretendré a su pareja para que puedas contarle a Charles tus historias.

Besó su dorado pelo sajón, cuidadosamente teñido para conservar el tono que tenía de forma natural cuando la conoció.

—¿Y cómo lo harás?

—Le mostraré mis labores y hablaremos de cosas de chicas.

Al darse la vuelta, vislumbró el reflejo de ambos en el gran espejo dorado del vestíbulo. Él vestía una camisa de seda dorada que oscurecía ligeramente el tono rojizo de su pelo; sus ojos eran azules, y los pantalones negros que se había puesto hoy se parecían mucho a los que había llevado el día de su boda años atrás.

La camisa azul oscuro de Sunny tenía unas mangas largas y anchas que realzaban la fuerza de sus brazos al tiempo que ocultaban el paso de los años en su piel. La piel

bajo su mentón había adquirido la elasticidad propia de su edad y su espíritu risueño había trazado arrugas alrededor de sus ojos. A Sunny le encantaba reír.

Cada día le quedaba un día menos. Pero aún le quedaba mucho tiempo, pensó, décadas, y día a día su piel se haría menos tensa y sus músculos se volverían fibrosos y laxos. Y él sería testigo de todo aquello.

Sunny encontró sus ojos en el espejo.

—Estás arrebatador, como siempre —y le rodeó el brazo que le cruzaba los hombros por encima de sus pechos.

—Te quiero —le susurró él al oído, enterrando la nariz en su cabello, cerrando los ojos para concentrarse en la fragancia que tan bien conocía.

Ella esperó hasta que volvió a abrirlos y le miró intensamente. Y entonces le sonrió con la sonrisa que le había hecho ganarse su apelativo.

—Lo sé.

Capítulo 7

Llegaban tarde. Sunny dejó de intentar contener a su marido y se sentó a mirarlo en una de las dos butacas idénticas Reina Anna.

Era majestuoso. Seguramente se hubiera mofado de la comparación, pero, en su forma humana, siempre lo había visto más como un león que como un lobo. Incluso en su forma animal, su pelaje era aleonado, casi dorado.

Seguía de pie, mirando por la ventana con las manos en la espalda. Se recreó en la visión. Nunca se lo había dicho, por supuesto, no lo habría entendido, pero siempre había sentido debilidad por su trasero.

Aún no podía creer, ni siquiera después de todos aquellos años, que hubiera sido capaz de conquistarlo. Era todo lo que siempre había deseado en un hombre: rico, poderoso, honorable, de buen cuna. Ya no podía reclamar su título —hacía muchos años que tendría que estar muerto— pero seguía siendo el primogénito de un barón. Era un hombre inteligente y dulce; seguía regalándole flores por la sencilla razón de que deseaba que ella las tuviera. A ella le encantaba viajar, y aunque sus obligaciones le impedían acompañarla, le daba absoluta libertad para que lo hiciera por su cuenta.

Le seguía gustando su trasero.

Cuando se dio la vuelta, disimuló una sonrisa e intentó parecer circunspecta. Arthur frunció el ceño y ella parpadeó varias veces de un modo inocente. Había descubierto tiempo atrás que había ciertas bromas que era mejor no compartir con él.

Finalmente, le dijo de malhumor:

—Voy arriba a acabar unas cosas. Cuando lleguen, diles que estoy ocupado. —Y desapareció escaleras arriba.

Sunny comprobó su Rolex de oro y sacudió la cabeza. Cinco minutos de retraso; la paciencia nunca había sido uno de sus fuertes. Cogió el libro que había traído de arriba —una novela de misterio ambientada en las islas Barbados, su lugar favorito— y empezó a leer.

El golpe en la puerta fue muy débil, pero no lo suficiente como para que Arthur no lo oyera. Cuando no le vio aparecer por la escalera, Sunny dejó el libro en la mesita y se levantó de la butaca. Tarde o temprano se le pasaría el malhumor. Conocía a su hombre: no podría resistir mucho tiempo la tentación de atender a sus invitados. Hasta entonces, tendría que hacerlo por él.

Se alisó la camisa con dedos nerviosos. Había oído muchas historias sobre Charles Cornick, el ejecutor del Marrok, pero aún no le conocía. Esperaba que su pareja fuese agradable.

Abrió la puerta tras el segundo golpe y se tragó su sonrisa.

El hombre de pie frente a la puerta era muy grande. No solo en altura, sino también en corpulencia. Era nativo americano; su piel oscura y ojos negros no dejaban lugar a dudas. Aunque no pudo interpretar la expresión de su rostro, parecía envuelto en un oscuro manto de severidad.

Nada que no hubiera imaginado por las descripciones de Arthur, y por su nerviosismo. Nada inesperado salvo su belleza. Tal vez no según los estándares occidentales, no con sus marcadas y anchas facciones y aquellos pendientes de ámbar... ¿Cómo podía mantener un hombre lobo las perforaciones en las orejas?

Puede que a un hombre le hubiese pasado inadvertida la atracción que ejercían sus músculos y su piel morena, pero estaba segura de que no podía entrar en una habitación sin atraer la mirada de todas las mujeres presentes.

Aturullada, apartó la mirada de él y posó sus ojos en la mujer que le acompañaba.

Anna Cornick era aproximadamente unos dos centímetros más alta que ella, lo que aún la convertía en una mujer más baja que la media. Demasiado delgada para su gusto, aunque la poca carne que tenía parecía firme. El cabello, marrón claro, le caía en sutiles rizos sobre los hombros. Tenía las mejillas sembradas de pecas, y sus ojos brillaban con un tono marrón dorado. Llevaba puesta una blusa blanca y una falda de seda que le llegaba justo por encima de los tobillos. Pese a que no era un modelo de belleza, no le faltaba cierto atractivo.

Anna parecía cansada y ensombrecida por su exótica pareja, pero entonces sonrió compasivamente ante la intensa y renuente admiración de Sunny por Charles, ante el hecho de que otra mujer hubiese caído bajo su hechizo.

Fue un gesto cordial, y Sunny sintió cómo desaparecían los nervios que le había provocado la visión de Charles, concentrándose nuevamente en su familiar papel de anfitriona.

—Hola —dijo con una amplia sonrisa, un gesto que le costó mucho menos que un momento antes—. Bienvenidos. —Dio un paso atrás para permitirles el paso—. Soy Eleanor, la pareja de Arthur. Podéis llamarme Sunny, todo el mundo lo hace. Vosotros debéis de ser Charles y Anna.

—Encantada de conocerte, Sunny —dijo Anna, apretándole la mano con fuerza. Cuando vio que su pareja no decía nada, Anna le dio un golpe con el codo.

Charles la miró y ella enarcó las cejas. Sunny reconoció la expresión de su propio repertorio: el gesto habitual para tratar con un macho dominante que no siempre respetaba las normas sociales.

—No ha estado mal —le dijo a Anna—. Aunque he descubierto que resulta mucho más efectivo levantar solo una ceja. Si eso tampoco funciona, lo mejor es ignorarlos hasta que deciden calmarse. Por qué no pasáis y os sirvo algo de beber. Arthur bajará en un minuto. ¿Queréis un *whisky* o un *brandy*? También tenemos un vino blanco excelente.

Anna le sonrió y la siguió mientras su pareja cerraba la puerta silenciosamente.

—¿Te funciona cuando lo ignoras? Yo lo pincho hasta que salta. ¿Tienes agua? Esta noche no quiero beber, tengo que conducir. Puede que ya no me afecte, pero si nos para la poli no quiero oler a alcohol.

—¿Te deja conducir? —preguntó Sunny, sorprendida, más que celosa—. La última vez que conduje con Arthur en el mismo coche fue el día que nos conocimos. Iba camino de Devon con el coche de mi padre y Arthur estaba junto a la cuneta con dos ruedas pinchadas.

—No me gusta conducir —dijo Charles—. Para mí un *brandy*, gracias.

Su voz era tan deliciosa como el resto de él. Profunda y mesurada, con un sutil acento galés y algo más que no supo definir alterando el habitual acento americano.

Agitada porque jamás se había sentido de aquel modo en presencia del resto de los lobos que Arthur había traído a casa, Sunny aprovechó la excusa para acercarse al mueble bar en un rincón de la estancia y empezar a preparar las bebidas para sus invitados.

No era la primera vez que se fijaba en otro hombre, pero nunca se había sentido tan... segura. Una reacción inesperada ante un hombre con fama de peligroso, y por eso se sentía tan confundida.

Alargó el brazo para coger la botella de cristal que había comprado años atrás en Venecia, y Anna, que se había situado a su lado, la recogió y la dejó sobre el mueble bar.

—Lo sé —le dijo suavemente—. No pasa nada. Deberías ver lo que ocurre cuando el Marrok entra en una habitación llena de lobos. Se tranquilizará en un momento y dejará de afectarte de ese modo. —Miró a su pareja, destapó la botella y esta dejó escapar el aroma del buen *brandy*—. Ha tenido un mal día, y eso lo empeora todo.

Sunny cogió una copa de *brandy* del cajón inferior del mueble y se la entregó a Anna.

—¿Qué ha ocurrido?

Anna sonrió y se encogió de hombros mientras vertía el *brandy* en la copa.

—Lo habitual. —Parecía estar esquivando la pregunta—. Le gustan tanto las ciudades como los coches, los móviles, los aviones...

—... la gente que habla de él a sus espaldas —gruñó el hombre lobo. Sunny tuvo la sensación de que había hablado en contra de su voluntad.

Cuando Arthur hacía aquello, sabía que era el momento de dejarlo solo. Su pareja, no obstante, le miró con una sonrisa de oreja a oreja.

—Ven aquí y coge tu *brandy*. ¿Cómo puedes beber esto? A mí nunca me ha gustado, ni siquiera cuando solo pretendía emborracharme. Deja de asustar a nuestra anfitriona.

Charles respiró hondo y... se convirtió solamente en un hombre exasperado en mitad de su salón. Se acercó a ellas a grandes zancadas y cogió la copa que le ofrecía su mujer antes de dirigir su atención a Sunny.

—Te pido disculpas —dijo, y Sunny descubrió, sorprendida, que en aquella ocasión su corazón no se aceleraba—. Como ha dicho Anna, esta noche estoy un poco desorientado. Pero no hay motivo para que te lo haga pagar a ti.

No le pareció adecuado rechazar su disculpa pese a considerarla innecesaria, de modo que lo intentó de otro modo:

—Disculpas aceptadas.

Anna estaba observando la habitación.

—Esto parece realmente un hogar, no un lugar que se alquila por semanas. Tienes mucho gusto.

Sunny le ofreció una botella fría de agua que sacó de una nevera y Anna la aceptó.

—Oh, Arthur dispone de varias casas aquí y allá. A esta no suele venir mucho, pero me la regaló para nuestro decimotercer aniversario. Normalmente paso aquí un mes en verano. A él no le gusta viajar, pero sabe que a mí me encanta.

Hizo un esfuerzo para dejar de hablar y, ocultando un fruncimiento de cejas tras una sonrisa, sacó de la nevera la helada botella de su vino blanco favorito. No era muy dada a cotorrear de aquel modo. Estaba acostumbrada a guardar secretos. Aunque ni sus viajes ni su piso podían considerarse secretos. Aun así, no había tenido intención de hablar de ninguna de las dos cosas.

La salvó el crujido de las escaleras bajo los apresurados pasos de Arthur.

Anna observó al rey-lobo británico descender las escaleras.

—Llegáis con retraso —dijo este a modo de saludo—. ¿Ha ocurrido algo?

—No —dijo Anna alegremente. Antes de llegar, habían hablado sobre lo que dirían del ataque, y habían llegado a la conclusión de que lo mejor era alertar al Alfa del otro Omega y dejarlo ahí. El ataque no tenía nada que ver con ninguno de ellos, y Charles le había dicho que no quería dar ideas a nadie. De modo que Anna asumió la culpa por el retraso, pues nadie aceptaría fácilmente que Charles llegara con retraso a algún sitio, por buena que fuera la excusa—. He tardado más de lo previsto en vestirme. Lo siento.

Sunny le sirvió una copa de *brandy* a Arthur —otro hombre lobo que lo bebía pese a no poder beneficiarse de los efectos del alcohol— y otra copa de vino para ella misma.

—La cena estará lista en media hora, o eso es lo que me han asegurado —dijo Arthur—. Mientras tanto, he pensado que tal vez os interesaría echarle un vistazo a mi colección.

—¿Colección? —preguntó Anna.

—Lo que tengo aquí no es muy valioso —le explicó—, y carece de significado histórico. No pasamos mucho tiempo en Seattle, e incluso con un buen sistema de seguridad... —Se encogió de hombros—. Aun así, tengo algunas cosas interesantes.

—¿Has traído a *Excalibur* contigo? —le preguntó Charles.

Arthur enarcó elegantemente las cejas mientras le miraba con una sonrisa casi imperceptible.

—Nunca voy a ningún sitio sin ella.

—¿No es un poco problemático? —dijo Anna—. ¿Subir a un avión con una espada y todo eso?

—Siempre viajo en aviones privados —dijo él.

—Por supuesto —murmuró Anna con sorna dirigida a sí misma y a su nueva posición entre los ricos y poderosos—. ¿No lo hace todo el mundo?

—Pobre plebeya —murmuró a su vez Charles, y Anna supo que había sido la única en reconocer el sarcasmo en su voz, ya que tanto Arthur como Sunny parecieron quedarse desconcertados.

—Arthur tiene problemas con los vuelos comerciales —se apresuró a explicar Sunny.

—Lo siento. —Anna miró a Charles en busca de ayuda. No se le ocurría qué podía decir para no empeorar las cosas.

Charles acudió al rescate.

—La primera manada de Anna era... problemática y extremadamente pobre. Solo llevamos casados un mes y aún está en proceso de adaptación.

—Vivir muchos años no implica necesariamente que hayas de ser rico —dijo Arthur con una mirada comprensiva—. Aunque tampoco hace daño a nadie.

—Las inversiones a largo plazo dan un nuevo significado al término «interés creciente» —añadió Sunny.

—Háblame de tu colección —dijo Anna un poco desesperada. E inmediatamente después, sin poder ocultar su interés—: Sobre *Excalibur*.

—Antes me dedicaba a la arqueología —le explicó Arthur—. De un modo estrictamente *amateur*, lo que resultaba aceptable para mi padre, mientras que no lo hubiera sido de haberme dedicado a ello profesionalmente. Por aquel entonces los yacimientos no estaban tan bien regulados como hoy en día. Encontré la espada mientras excavaba en los alrededores de un viejo asentamiento en Cornualles, propiedad del padre de un compañero de escuela. Solo tuve que desenterrarla.

No parecía estar loco, y tampoco parecían molestarle las preguntas. Si no estuvieran hablando de... de *Excalibur*, por el amor de Dios, se habría sentido fascinada por la historia.

—¿Cómo sabes que la espada que encontraste es *Excalibur*?

Arthur la miró con una sonrisa.

—Dime una cosa, querida. ¿Crees en la reencarnación?

No. Sin embargo, no podía darle aquella respuesta.

—Nunca he oído un argumento convincente que la respalde.

Su sonrisa se amplió.

—Supongo que será suficiente con decir que yo sí y que estoy convencido de ser el Antiguo y Futuro Rey que regresará cuando más se le necesite. —Le guiñó un ojo—. No pretendo convencer a los demás de mis excentricidades.

Si la gente recordara sus vidas pasadas como ayudantes de cocina o granjeros que murieron de algo tan mundano como la edad, tal vez reconsideraría mi visión de la reencarnación, pensó Anna al tiempo que le devolvía la sonrisa al lobo británico. Le vino a la memoria algo que le había oído decir en una ocasión a su padre: *Si catorce personas aseguran haber sido Cleopatra en otra vida, ¿significa eso que Cleopatra tenía personalidad múltiple?*

A continuación, Arthur les acompañó a la sala de los tesoros. Anna supuso que originalmente debía de haber sido una oficina o un pequeño dormitorio. De una de las paredes colgaban tres tapices protegidos entre dos capas transparentes de lo que seguramente debía de ser Plexiglás. En la misma pared también había dos vitrinas.

—No es el modo más adecuado de conservación —dijo Arthur—. Esto está aquí todo el año, de modo que no puedo arriesgarme a traer nada de valor. Los tesoros más valiosos nunca salen de mi casa de Cornualles. Todo lo que hay aquí lo adquiriré en los EE. UU. Este tapiz es del siglo xv, y como muchos otros, es de tema religioso. Podéis ver a San Esteban mientras lo crucifican, cabeza abajo, como indica la tradición.

Anna observó detenidamente la figura estilizada. Tenía una aureola sobre la cabeza invertida y de las manos le manaba sangre.

—Encantador —comentó.;

Arthur volvió a sonreír.

—Tampoco es uno de mis preferidos.

En el segundo aparecía una mujer sentada en un banco bajo un árbol y un gran pájaro sobre su cabeza. Los colores estaban apagados, pero algunos hilos bajo la superficie aún seguían brillando. *Hubo un tiempo,* pensó Anna, *en que este tapiz era mucho más colorido de lo que lo es ahora.*

—Este es escocés —dijo Arthur sin mucho interés—. Del siglo XIII, aproximadamente.

—Menudos bárbaros, esos escoceses —dijo Charles con sorna—. Mi padre es galés y siempre lo dice de ese modo.

Arthur soltó una carcajada.

—De acuerdo, me has pillado. Supongo que no importa cuánto viva, en algunos aspectos siempre seré un hombre de mi tiempo. Como tú, viejo amigo. Está en bastante buen estado para haberse pasado los últimos doscientos años entrando y saliendo de museos y colecciones, y parece que antes de eso lo conservaron muy bien.

Arthur avanzó unos pasos e hizo un gesto exagerado ante el último tapiz, el más pequeño de los tres.

—Este es mi preferido, probablemente también del siglo xv. Lo compré en una colección privada de California. Está en muy mal estado y ha sido recosido con

muselina sin ácido para estabilizarlo. Los tres están sellados herméticamente para evitar la degradación.

Arthur tenía razón, estaba en muy mal estado. Solo era visible una pequeña fracción de unos sesenta centímetros cuadrados. Un caballero a lomos de un caballo al galope. Las cuatro patas del animal no tocaban el suelo y tenía la boca ligeramente abierta. El caballero sostenía una espada con una mano, inclinada en un ángulo de unos cuarenta y cinco grados.

Arthur tocó suavemente la cobertura transparente sobre la figura con los dedos.

—Como podéis ver, representa a Arturo luchando con *Excalibur*.

Anna no supo cómo podía estar tan seguro de que aquel era Arturo hasta que se fijó en la espada. Distinguió una palabra grabada en la hoja, de la cual solo quedaban tres letras: una «x», una «k» y una «u». Tuvo que admitir que no existían muchas palabras que uno pudiera grabar en una espada con aquellas letras.

—Parece bastante infeliz —comentó Anna—. Me pregunto qué estaría persiguiendo.

—Podría ser cualquier cosa —dijo Arthur—. Era el Defensor de Inglaterra, y se enfrentaba a dragones y otras bestias parecidas, aparte de defender su tierra de los sajones, por supuesto.

La primera vitrina estaba llena de artefactos romanos dispuestos en dos estantes. Anna sospechó que la mayoría de aquellos objetos debían de ser ilegales. Aunque, probablemente, en la época en que Arthur cogió la piedra del Muro de Adriano para su colección era una actividad permitida.

La segunda vitrina contenía una cota de mallas cubierta por una túnica azul brillante adornada con tres coronas plateadas.

—Esto es una réplica —dijo Sunny—. Aun así, vale varios miles de dólares. La tela fue tejida según métodos tradicionales y teñida con tintes vegetales. El hilo plateado es plata auténtica, y la cota de mallas está hecha a mano. —Apoyó una mano en la vitrina—. Es el escudo de armas del rey Arturo, o lo que debía de llevar en su escudo.

—El escudo de armas de Arturo —dijo Anna sin mucha convicción. Estaba prácticamente segura de que el auténtico Arturo no llevó nunca cota de mallas. Seguramente, el Señor de las Islas había leído demasiadas veces *Le Morte d'Arthur*.

Sunny asintió.

—El rey Arturo, no mi Arthur. Mi Arthur se negó a poner su escudo de armas...

—Un cerdo —dijo Arthur por encima del hombro de Sunny.

—Un jabalí —dijo Sunny, imperturbable—. Aún quedan algunos miembros de su familia que podrían reconocerle... un primo más joven y su hermana pequeña.

—Que el próximo mayo cumplirá ochenta y cuatro años —precisó Arthur con afecto—. Le haría una visita, pero sigue teniendo la vista de un lince y aún puede practicar el tiro al plato sin gafas. De modo que elegí el escudo de armas del Rey.

Le puso tanto énfasis a aquella última palabra que Anna tuvo la sensación de que la pronunciaba en mayúsculas, como si jamás hubiese existido otro rey.

—En la época de Arturo no existían los escudos de armas —dijo Charles—. ¿No se supone que vivió en el siglo VI?

—O finales del V —confirmó Arthur—. Fue el héroe de la batalla de Madon, y esta tuvo lugar en el 518. La heráldica y los escudos son posteriores, pero existe una tradición... y además yo hago todo esto solo por diversión. —Tenía la mirada perdida. Anna se preguntó si alguna vez, cuando nadie le viera, Arthur se vestiría con aquello y jugaría con la espada que había desenterrado.

Su hermano mayor solía bajar a hurtadillas las escaleras a medianoche y coger la vieja espada de caballería que su padre había clavado en la pared sobre la chimenea para jugar con ella a batallas imaginarias. Y, en una ocasión memorable, para enfrentarse a su hermana pequeña armada con una escoba. Anna acabó con dieciséis puntos y su hermano con una nariz rota. Los hombres, pensó, sentían una extraña fascinación por las cosas largas, puntiagudas y afiladas. Logró contener la sonrisa.

—Y ahora, la *pièce de résistance*. —Arthur hizo una pausa—. A menudo descubro que la gente siente cierta decepción al ver a *Excalibur*. Creo que la culpa es de todas esas películas. Esto no es un objeto de *attrezzo*, es un arma hecha para matar.

Apoyó una rodilla en el suelo, apartó una alfombra y levantó una sección del suelo de madera. Bajo este, apareció una caja de seguridad. Colocó la palma de la mano sobre la caja y, unos segundos después, esta emitió un pitido y se abrió lentamente. En el interior, Anna distinguió una caja estrecha de madera de unos noventa centímetros de largo.

Arthur cogió la caja y la dejó sobre la mesa vitrina. La caja en sí era muy bonita, hecha a mano, con una mezcla de maderas oscuras y claras.

Arthur deslizó los pasadores que la mantenían cerrada y retiró la tapa.

Y Anna comprendió por qué alguien podría pensar que aquella espada era... *Excalibur*. Se parecía a la espada de caballería de su padre tanto como un jaguar se parecía a un león; ambos dos grandes depredadores, por cierto.

La *Excalibur* de Arthur era más corta y ancha que la de su padre, y además era una hoja de doble filo. Era oscura en la parte central, justo la franja que estaba marcada, y distinguió un diseño en el acero que le recordó al Damasco, y probablemente lo fuese. Los cantos eran lisos y brillantes, y corrían paralelos a lo largo de casi toda la superficie de la espada. La empuñadura estaba hecha de acero y, en contraposición a todas las *Excalibur* que aparecían en el cine y la televisión, parecía eminentemente práctica y corta. Era una espada pensada para ser empuñada con una sola mano, una espada pensada para matar.

—¿En el siglo VI conocían el acero? —preguntó Anna.

—En algunos lugares se han encontrado espadas de acero de incluso mil años antes —respondió Arthur—. Los romanos ya mencionaban las espadas de acero de Toledo en el siglo I a. C.

—Es... —Anna iba a decir hermosa, pero no era lo más adecuado. La espada de su padre era larga y elegante, un arma a un tiempo hermosa y funcional. Aquella era distinta—. Poderosa.

—Ni piedras preciosas, ni oro, ni partes brillantes. —Arthur parecía satisfecho.

—No las necesita. —La espada ejercía una fuerte atracción, pero Anna mantuvo las manos a la espalda.

—Arturo no solo iba armado con una espada —dijo Arthur, su voz ferviente de pasión—. Aunque sí que es lo más legendario. La Espada en la Piedra, que sirvió para reconocer a Arturo como el auténtico rey. Lo más probable es que se trate de la espada también conocida como *Clarent*, un arma que se usaba para conferir autoridad, rango, poder. Algunas de las leyendas galesas más antiguas también mencionan la daga *Carnwennen*, con la cual aniquiló a la Bruja Negra.

Un timbre empezó a sonar. Sunny dejó escapar un grito, comprobó su reloj y salió corriendo de la habitación mientras comentaba algo relacionado con temporizadores y ofrendas chamuscadas.

—Tu pareja es encantadora —dijo Charles.

—Lo sé —dijo Arthur—. Me alegra la vida. —Tocó la empuñadura de su espada—. *Excalibur* tiene más de mil quinientos años y permanecerá a mi lado otros mil quinientos años más. En cambio, mi Sunny... —Tragó saliva—. Mi Sunny se muere lentamente cada día.

Se marcharon tarde. Para alivio de Anna, la velada pasó sin ningún incidente destacable. Le preocupaba que el malhumor de Charles pudiera arruinarla, pero durante la cena se comportó civilizadamente.

Pese a no hablar mucho, cuando Arthur agotó el tema del rey Arturo, Charles logró convencerlo para que el lobo británico les comentara las dificultades que les estaban provocando a los hombres lobos las CCTV, las cámaras que se estaban instalando en toda Gran Bretaña para vigilar a sus ciudadanos.

—Bueno —dijo Anna mientras se dirigían hacia el destartado Toyota—, eso ha sido casi civil...

El hombre sentado entre los arbustos se puso en pie con cierta rigidez. Anna reconoció su olor un instante después y se tragó la exclamación que había estado a punto de soltar.

—Michel —dijo Charles.

Aunque le había conocido la noche anterior en el restaurante, sin la presencia de los otros lobos pudo sondearlo mejor. Un Alfa, aunque no demasiado dominante. En su antigua manada, en Chicago, seguramente habría ocupado un puesto intermedio en la jerarquía, no mucho más. Tenía la cara magullada, y el morado de sus ojos indicaba claramente que alguien le había roto la nariz. Se estaba curando, pero

algunos lobos tardaban más que otros. No se había enderezado del todo y mantenía un brazo cruzado sobre el estómago.

—Charles —dijo en voz baja—. La Bestia me quitó el móvil y no se me ocurrió otro de modo de contactar contigo.

—¿Qué necesitas?

El francés negó con la cabeza.

—He venido a avisarte. Va detrás de tu pareja, ¿lo entiendes? Mata a mujeres y a inocentes, y a ella ya la ha señalado como una víctima. Se muere por ella. Debes hacer todo lo posible para mantenerla alejada de él.

—Gracias por la advertencia —dijo Charles—. Ven, te acompañaremos en coche. Pero el lobo francés dio un paso atrás.

—No. Si vuelvo con tu olor, me matará.

—Pero no si hueles a mí —dijo Arthur.

Anna no le había oído llegar, aunque ninguno de los otros lobos parecía sorprendido.

—Te encontré herido junto a la carretera —continuó Arthur mirando la calle que discurría más allá del camino de entrada. Emitió un débil sonido entre los dientes—. ¡Qué vergüenza, Jean! Deberías cuidar mejor de tus lobos. —Y mirando a Charles, añadió—: Cuando termine con él, Jean estará tan enfurecido conmigo que se olvidará completamente de Michel.

—A ti también te odia —le advirtió Michel, aunque su rostro indicaba claramente que daba su aprobación al plan.

—Siempre me ha odiado, pero no le temo —dijo Arthur. Nadie le contradijo aunque hasta Anna pudo percibir su miedo.

Arthur miró a Charles.

—Vosotros dos regresad al hotel. Yo me encargaré de darle de comer algo que aún sangre para que se recupere más rápido y después lo dejaré en su guarida sano y salvo.

Charles asintió gravemente y rodeó el vehículo para instalarse en el asiento del pasajero. Anna abrió su puerta y dijo:

—Según la tradición, el rey Arturo también era un hombre valiente.

Pese al miedo que sentía, Arthur se haría cargo de un lobo más débil y menos dominante, aunque Michel era un Alfa por derecho propio.

—Un buen hombre, nuestro Arthur —dijo Charles en voz baja mientras Anna daba marcha atrás por el camino de entrada—. Aunque esté más loco que el viento del nornoroeste. Por suerte, suele soplar desde el sur.

Shakespeare.

—¿Habitualmente distingue un halcón de una garza? —soltó Anna para demostrarle que había reconocido la cita—. No crees que sea Arturo, ¿verdad?

Charles sonrió tímidamente.

—La mayoría de los lobos están locos por una cosa u otra. En el caso de nuestro monarca británico es el rey Arturo. Una locura relativamente benigna. Desde luego la prefiero a la de Chastel.

—Arthur no es tan viejo como tú. —Anna estaba convencida de eso.

—No. Pero lo suficiente.

Anna no hizo pucheros. Se mordió el labio inferior, cruzó las piernas y desentumeció los tobillos. Había aceptado esperar en un lugar seguro durante la siguiente ronda de reuniones. Charles no quería arriesgarse a que saliera otra vez sola, ni poner en peligro la vida de nadie más. Tom se recuperaría, pero aquella mañana aún estaba agarrotado y dolorido, y Moira seguía durmiendo, completamente exhausta, cuando Anna fue a su habitación para interesarse por su estado.

Había intentado volver a sentarse junto a Charles y relajarse, pero había tantos extraños que la miraban...

Le había hecho un gesto de auxilio a Angus y este la había acompañado a las oficinas del piso superior, donde la invitó a entrar en su santuario y se marchó, no sin antes indicarle que cerrara con llave desde el interior. La puerta metálica con una sencilla cerradura seguramente no detendría a ningún hombre lobo, pero al menos lo retrasaría lo suficiente como para poder pedir ayuda por el móvil.

La oficina de Angus no era precisamente un purgatorio. Además del escritorio y una silla ridículamente lujosa, disponía de un aparato de televisión y un sofá. Había revistas, y también tenía el libro que había traído.

Entonces ¿por qué estaba sentada en la cómoda silla de piel de Angus sin hacer pucheros?

Por ninguna razón en especial.

Alguien llamó a la puerta con los nudillos.

—¿Quién es? —preguntó Anna.

—Angus. He traído a un invitado. Ric, el Omega italiano.

Anna giró la llave y entreabrió la puerta unos centímetros. Una cabeza rubia con una barba corta y pelirroja se asomó por el resquicio.

—Presto. Ha llegado la diversión. —Se deslizó al interior de la habitación y cerró la puerta tras él—. Sano y salvo. —Su acento tenía un deje tanto inglés británico como alemán.

—Sinceramente —le dijo ella—, habría recibido con los brazos abiertos hasta a un grupo de villanos. Esto es muy aburrido.

—Pues debo advertirte que no soy ningún villano —dijo él con grandilocuencia mientras cogía un puñado de frutos secos de un cuenco que había sobre el escritorio de Angus—. Aunque, si quieres, puedo serlo —añadió batiendo las cejas—. Tu pareja cree que mis compatriotas y los alemanes se relajarán antes sin mi presencia. Aunque no lo dijo exactamente de ese modo —dijo con una amplia sonrisa—. Si no recuerdo

mal, sus palabras fueron: «Omega. Largo». Angus supuso que debía traerme aquí. —Ladeó la cabeza, como si quisiera observarla desde otro ángulo—. Eres la primera Omega que conozco.

—Lo mismo digo —dijo Anna—. ¿Creía que eras alemán?

Ric negó con la cabeza y se acercó lentamente a la ventana.

—Austriaco.

De repente, su elección de unirse a los italianos adquiría un nuevo sentido. Ric debió de interpretar la expresión de su rostro, ya que su puso a reír.

—Sí, los italianos son mucho más divertidos y vitales que los alemanes. Incluso entre los hombres lobo. —Pensó un instante sobre aquello y, entonces, añadió—: O puede que precisamente por eso.

—¿Por qué no te quedaste con los austriacos? —le preguntó ella.

Su semblante se ensombreció.

—En Austria ya no hay ninguna manada. Solo había dos, y hace cuatro años Chastel se aburrió y cazó a sus dos Alfas. Él... —Ric respiró hondo—. Pero no hablemos de eso hoy. Así que debía decidirme entre italianos y alemanes. Y elegí a los italianos. Mi Alfa suele decir que si los alemanes hubieran sabido que no callaba ni bajo el agua, estarían encantados con mi decisión.

—Tu inglés es muy bueno. —Anna volvió a sentarse en la silla de Angus. Al ser giratoria, podía seguir la pista de Ric por la habitación sin moverse de su sitio.

Se colocó de espaldas a la ventana para poder mirarla, o para que ella pudiera mirarlo a él. Se llevó las manos al pecho en un gesto grandilocuente que a Anna le pareció muy italiano pese a que no había conocido a muchos.

—Soy universitario —dijo—. Antes de la Transformación estaba a punto de terminar un doctorado en psicología. Hablo inglés y mi italiano cada día es mejor. Mis amigos franceses dicen que si me esfuerzo un poco algún día dejaré de ponerme en ridículo cuando digo que sé un poco de francés. —Se sentó en el alféizar de la ventana, el cual era lo suficientemente ancho como para resultar cómodo—. Mi Alfa me ha dicho que no hace mucho que eres un lobo.

—Tres años.

—Dos años y medio más que yo. Entonces podrás decirme qué significa exactamente ser un Omega. Mis compatriotas no han sabido darme aún una respuesta satisfactoria. Espero algo más que «nos haces felices», que es lo único que he podido arrancarles hasta la fecha. Es lo que suelen decirme también mis amantes, y supongo que es una buena señal, ¿no crees? Pero en mi manada casi todos son hombres, y no me parece que sea lo más adecuado, ya me entiendes. «Nos llenas de alegría» es aún peor, así que he dejado de preguntar. Necesito saber más cosas, ¿lo entiendes, verdad?

Su mirada de sufrimiento era tan exagerada que Anna no pudo evitar una carcajada. Desconcertante. Intentó imaginar qué haría Charles si un hombre le dijera: «Me llenas de alegría».

—La verdad es que tampoco sé mucho —confesó Anna—. Mi tutor es un hombre que estuvo casado con una Omega durante unos doscientos años. El problema es que no somos muchos. Entre la población humana somos numerosos, pero apenas nos Transforman. —Sunny, pensó, podría ser una Omega humana, o tal vez solo extremadamente sumisa—. Incluso los hombres lobos más enfurecidos evitan atacar a los Omegas humanos. Supongo que, aunque el Omega desee ser Transformado, resulta muy difícil encontrar a un lobo dispuesto a hacerlo.

—Eso lo entiendo —dijo él—. Tuve un accidente de esquí y tuve la suerte de que el hombre que me encontró, un amigo y un miembro de la patrulla de rescate, era un hombre lobo, un secreto que había mantenido oculto pese a hacer muchos años que le conocía. Estaba agonizando y me Transformó para intentar salvarme. —La miró con una sonrisa forzada—. Yo creía que lo había hecho porque éramos amigos, pero le dijo a su Alfa que hacía tiempo que sabía que yo era un Omega y que era un regalo para la manada. El Alfa reconoció la verdad en sus palabras y no lo castigó por Transformarme sin su permiso.

—¿Seguís siendo amigos?

Ric suspiró y se echó hacia atrás, golpeando el cristal suavemente con la cabeza.

—Sí.

—Entonces puede que solo le contara al Alfa lo que este quería oír. A menudo la gente tiene más de una razón para hacer lo que hace, especialmente algo tan... importante como Transformar a un humano mortal en un lobo inmortal.

Algo cambió en su expresión y asintió una sola vez.

—Puede ser. Nunca lo había visto de ese modo. —Miró a Anna fugazmente por debajo de las pestañas—. Te aseguro que no le había dado tanta importancia hasta ahora. ¿Cómo fue tu Transformación?

Anna apartó la mirada.

—Lo siento —dijo él, y de repente estaba mucho más cerca de ella de lo que había estado un segundo antes.

Había abandonado el alféizar de la ventana para sentarse en cuclillas sobre el escritorio. Por la rapidez en que ejecutó el cambio de posición, Anna supuso que debió de llegar al escritorio de un salto.

—¿Tan malo fue? —le dijo con delicadeza—. No hace falta que me lo cuentes. —Deslizó una pierna bajo la otra hasta quedar sentado sobre su cadera—. A muchos les cuesta hablar de ello.

—Un lobo enloquecido es capaz de atacar a cualquiera —le dijo ella con voz ronca. Sabía que si cerraba los ojos vería el rostro de Justin, por eso no lo hizo—. La pareja de un Alfa estaba enloqueciendo y pensó que un Omega la ayudaría a mantener el control. Y entonces me encontró. Sin embargo, no logró hacerme daño, de modo que recurrió a un lobo trastornado, lunático, y lo envió para que me diera caza. —Y la persiguió, disfrutando de la brutalidad inherente al proceso de la

Transformación—. Creo que no fui la primera con quien lo intentó. Pero todos los que no lo superaron, murieron.

Ric no apartó la mirada; sus ojos la miraban con intensidad.

—Duro, ¿eh?

Anna se encogió de hombros con indiferencia pese a saber que Ric no se lo creería. Pero no quería llorar en su hombro. Estaba convencida de que a él no le habría importado, pero a Charles sí.

Cuando sonrió, lo hizo con sinceridad.

—Pero las cosas han mejorado. Charles apareció como un caballero andante y me rescató.

Ric le devolvió la sonrisa.

—Le he conocido. Un caballero andante bastante aterrador.

Anna asintió.

—Sí, pero eso era lo que necesitaba. Bien, querías saber más cosas sobre el hecho de ser un Omega, ¿no?

—Sí, *bitte*. Sé que estoy en el último escalafón de la manada, pero ¿qué me diferencia del resto de los sumisos?

—¿Te dijeron que estabas en el último escalafón?

Ric apoyó el mentón en la rodilla que mantenía alzada.

—No exactamente.

—Bien —dijo Anna—. Porque no es verdad. No formas parte de la estructura de la manada. Eres el único que puede desafiar al Alfa. —Dudó un instante—. Eso no significa que él permita que te salgas con la tuya... pero un lobo sumiso, incluso uno que sea mucho menos dominante que el Alfa, ni siquiera puede hacerle frente. La mayoría de los hombres lobos tienen un... —Intentó hallar la expresión exacta pero lo dejó estar. Al fin y al cabo, él también era un hombre lobo, lo entendería—... un medidor interno que les indica si un lobo es más dominante o no que ellos. Si el medidor no les indica nada... bueno, normalmente lo resuelven peleando.

—Sí, lo he visto —dijo él.

—Bien. Pues eso es algo que ni tú ni yo tenemos. Sigo sabiendo quién está al mando y quién no, incluso entre los humanos, pero eso no tiene nada que ver con la relación que se establece respecto a mí.

—*Ja* —dijo Ric levantando la cabeza y golpeando el escritorio con el puño—. Pensaba que me ocurría algo malo, que no podía sentirlo. Que no sentía la necesidad de bajar la mirada ni de inclinar la cabeza.

—Lo más probable es que ni siquiera ellos lo sepan —le dijo Anna—. Y... te aseguro que es mucho más seguro que inclines la cabeza en presencia de lobos más dominantes.

Ric respiró hondo y se inclinó hacia delante.

—Creía que no solían hacer daño a alguien como tú o como yo.

Anna se puso cómoda.

—Sí, bueno, pero siempre están los chalados.

—Isaac, mi Alfa, me ha dicho que ayer hubo un problema. Pese a presenciarlo todo, no pude descifrar lo que ocurrió. Me ha dicho que te asustaste de algo y que todos los lobos de la sala estaban dispuestos a defenderte, y que miraban al lobo que tenían al lado para encontrar al responsable. ¿Eso también tiene que ver con el hecho de ser un Omega?

Anna suspiró.

—Te contaré algo que aprendí de mi primera manada. Había tantos lobos dominantes que me convertí en una gallina asustada. ¿Qué sabes de la diferencia entre los lobos dominantes y los sumisos?

Ric se encogió de hombros.

—No me cuentan nada. Los lobos de mi manada no son muy comunicativos; seguro que ellos te dicen que yo hablo demasiado. Aunque supongo que ya te habrás dado cuenta. ¿Cómo podemos solucionar las cosas si no hablamos? Hablar es muy útil. Pero también me gusta observar. Los lobos dominantes se pelean entre ellos y protegen a los sumisos. Los sumisos no representan ninguna amenaza y deben ser protegidos... una palmadita en la cabeza y cosas así. De vez en cuando necesitan un gesto tranquilizador.

—A mí me lo explicaron de un modo muy sencillo —dijo Anna—. *A los lobos dominantes* —le explicó con voz de barítono, pero sin lograr imitar el acento de Asil—, sus instintos les empujan a proteger mediante la violencia y a controlar su territorio. Están permanentemente preparados para matar. Cuanto más dominante es un lobo, más rápida será la respuesta. Los lobos menos dominantes ceden su autoridad de proteger al lobo más dominante. El Alfa es el dominante por antonomasia, siempre dispuesto a matar cualquier cosa que amenace a la manada. Protege a los débiles de los fuertes y nadie cuestiona su voluntad. Hay otras cosas, cosas mágicas, pero esto es lo fundamental.

—Sí —dijo Ric—. Eso lo sé.

—Los sumisos son los lobos más mansos, más delicados. Carecen del instinto asesino. Eso no significa que no sean capaces de matar en determinadas circunstancias, simplemente que no es su primera respuesta ante los problemas. No sienten la necesidad de controlar todo lo que les rodea. En presencia de un sumiso, el lobo dominante se relaja porque sabe que no es una amenaza.

—De acuerdo.

—Un lobo Omega es como un lobo Alfa pero extremadamente zen.

Un instante de silencio mientras Ric procesaba aquella información. Anna cogió un puñado de frutos secos: unas cuantas castañas de Pará y un cacahuete. Era evidente que a Angus no le gustaban las castañas de Pará.

Finalmente, Ric dijo con calma:

—El Alfa es el lobo más dominante de la manada, el más propenso a recurrir a la violencia.

Anna asintió.

—Nadie osa contradecirle y su deber es proteger a la manada. Tampoco nadie osa contradecir a un Omega, y nuestro deber es proteger a nuestras manadas, incluso de sí mismas. Somos zen porque no debemos matar a nadie para conseguirlo.

—Alfa —repitió Ric como si quisiera degustar la palabra. Anna también distinguió otro matiz. Resentimiento, tal vez.

—Alfa —dijo Anna mientras masticaba un fruto seco. No le desagradaban las castañas de Pará, pero prefería las almendras—. Aunque sin parte de su brusquedad, y nuestra magia es diferente. Con ella logramos que la manada sea feliz.

Ric sonrió abiertamente.

—Mientras que un Alfa es capaz de extraer la fuerza, incluso la magia, de toda la manada, el Marrok, y eso es solo uno de los aspectos que lo convierten en alguien temible, puede hacerlo del resto de los Alfas. No creo que nosotros podamos hacer algo parecido. Pero, sí, no tienes que obedecer a los grandes lobos cuando pretendan tutelarte. Omega no es sinónimo de débil.

Ric podía estar callado. Lo descubrió cuando irguió la cabeza y se quedó unos diez minutos mirando el techo pensativamente. Tiempo más que suficiente para que Anna pudiera recapitular todo lo que le había dicho. Ella misma no había estado actuando como una Alfa zen, sino más bien como un lobo sumiso... Peor aún, porque un lobo sumiso no solía esconder la cola entre las patas en cuanto veía a un lobo dominante. Había matado a un vampiro. Había matado a una poderosa bruja capaz de alejar a Asil de su hogar y de perseguirlo durante más de doscientos años. Asil, el Moro, cuyo nombre era susurrado (y, a veces, implorado) con aprensión allí donde fuera.

Disgustada, cogió su libro y se quedó mirando fijamente la página en la que se había quedado.

—Anna —dijo Ric finalmente.

—¿Sí?

—Me gustaría transmitir a mi manada lo que me has contado. Decirles que no soy ningún niño ni un juguete que pueden manejar a su antojo. Un lobo supersumiso, ¿no es eso? Tienen que verme como el lobo zen que soy.

Lobo zen. Eso sonaba mucho mejor que Omega.

—¿Y has decidido cómo vas a hacerlo?

Ric sonrió y su rostro adoptó una expresión traviesa.

—Tengo una idea. Esta noche habrá una fiesta, ¿verdad? Y después una cacería. Todos los lobos excepto los sumisos pueden unirse a ella. La exclusión es por motivos de seguridad, ya que habrá muchos dominantes sueltos. Todos. Creo que debería participar.

Capítulo 8

Charles estaba más cómodo a su aire, o, si eso no era posible, con su manada en su hábitat natural. Hablar durante horas no estaba en ninguna de sus listas de cosas agradables que hacer, ni en la de cosas que dominaba. Al menos no había muerto nadie. Todavía.

Los alemanes se habían calmado en cuanto el Omega italiano abandonó la sala, ofendido pero con dignidad. Los italianos, por su parte, habían hecho un esfuerzo por ocultar su regocijo y se habían puesto manos a la obra. Entonces empezó la negociación de diversos acuerdos.

A las dos de la tarde, Charles y la delegación finesa conseguían finalmente llevar a buen puerto una serie de cuestiones que habían sufrido cierto retraso debido a problemas de traducción. Los fineses aseguraron que nadie en su delegación hablaba inglés, y como Charles tampoco dominaba el finés, un lobo noruego que hablaba finés y español acabó haciendo las veces de enlace mientras uno de los lobos españoles lo traducía todo al inglés. Charles sospechaba que todo aquello no era más que una estratagema para ganar tiempo, pero no le dio más importancia.

Aceptó conceder un préstamo sin intereses a los fineses para invertir en publicidad positiva, préstamo que sería sufragado por la rama benéfica de la empresa del Marrok. Aunque Charles controlaría la distribución del dinero y rendiría cuentas de los resultados obtenidos, seguía siendo un buen acuerdo.

Los fineses no eran los únicos con una sonrisa en los labios cuando terminó la sesión. Todo el mundo había seguido las negociaciones con atención, e incluso algunos habían tomado notas en cuanto comprendieron finalmente que el Marrok no tenía intención de dejarlos en la estacada y que se mostraba dispuesto a firmar contratos; contratos legales que podían ser llevados ante un tribunal: una ventaja que ninguno de ellos había tenido en cuenta hasta aquel momento. A medida que avanzaba el día, de forma gradual se había ido extendiendo entre los lobos una sensación de optimismo moderado.

—¿Tenemos un acuerdo? —preguntó Charles al hombre que había encabezado las negociaciones de la delegación finesa.

Mientras la traducción recorría las barreras lingüísticas y el finés empezaba a asentir, Jean Chastel se puso en pie y dijo:

—No.

El francés esperó a que el finés, que se había puesto en pie en mitad de las negociaciones, volviera a sentarse antes de continuar:

—No aceptaremos dinero por esta traición a todos los tratados firmados con el Marrok en los que aceptaba mantener el hocico alejado de nuestros asuntos solo para

acallar su sentimiento de culpa.

Tras esto, abrió un brillante maletín y empezó a apilar papeles y pergaminos que parecían más viejos que el propio Chastel y que olían más a polvo que a oveja.

—No necesitamos el dinero del Marrok. No estamos «bajo su protección». No tiene jurisdicción en nuestros territorios.

El adusto rostro de Chastel brilló con la luz de la victoria. Los lobos franceses — incluido el apaleado Michel— parecían apoyarlo estoicamente. Aunque tampoco les quedaba más remedio.

Un silencio incómodo se aposentó en la sala y todos los ojos buscaron a Chastel. La Bestia no podía evitar que el Marrok hiciera pública la existencia de los hombres lobo. Pero sí podía impedir que ayudara a los lobos europeos, lo que al final se demostraría desastroso para todo el mundo.

Chastel dominaba el viejo continente a su antojo, y en aquel momento acababa de marcar los límites de su territorio, dejando la pelota en el tejado de Charles. Solo tenía dos opciones: aceptar la alegación del francés o desafiarle abiertamente.

—Sí —dijo Dana con voz maternal—. Gracias por su precisión, *monsieur*. Que conste en acta. —La feérica sonrió amigablemente a Chastel antes de dirigirse al resto de los presentes—. En nombre de la manada de la Ciudad Esmeralda, y como parte de nuestra hospitalidad, tengo el placer de invitar a todos los que habéis acudido a Seattle para asistir a esta conferencia a la cacería que tendrá lugar esta noche en el coto de caza de la manada. No habrá sangre, el Marrok me pidió que os pidiera disculpas en su nombre. Dado que habrá más de una manada cazando, hemos pensado que la falta de sangre mantendrá bajo mínimos el nivel de violencia...

Puede que Charles no se encontrara muy a gusto en público o que no se le diera demasiado bien hablar ante una audiencia, pero a Dana sí. Cuando su padre le pidió que ejerciera de moderadora, Charles le expresó sus dudas sobre el escaso conocimiento de los lobos que tenía la feérica. Su padre se limitó a sonreír.

—Pero conoce a los hombres —le había dicho, y tenía razón.

Todos los presentes estaban ya informados sobre la cacería. Lo que pretendía era arrebatarse a Chastel el protagonismo, y el poder. Todo el mundo se dio cuenta. Sin ella, Chastel podría haber asumido el control de la reunión y provocar que Charles... y quizá también Arthur, se vieran obligados a decidir entre enfrentarse a él o permitir que se saliera con la suya.

Y si le hubieran matado durante un desafío, Dana se habría visto obligada, en virtud de su juramento de honor, a destruirlos. Charles no estaba seguro de si Dana podría con los dos. Aunque tampoco sabía si él y Arthur podrían aliarse en aquello; Arthur era una persona muy poco predecible.

Y nada de todo aquello habría funcionado si Dana no hubiese demostrado de antemano ante todos los presentes que era más poderosa que Chastel. El francés le permitió seguir adelante porque tenía miedo de desafiarla. Y mientras seguía soltando información que todo el mundo conocía —Charles les había enviado una semana

antes un correo electrónico con todos los detalles—, todos los lobos de la sala supieron qué se proponía.

Chastel se puso en pie y salió de la sala a grandes zancadas sin siquiera recoger sus papeles. Angus dio un paso lateral y se colocó frente a la puerta.

Un movimiento de lo más imprudente. Si Chastel optaba por olvidar que Angus estaba bajo la protección del Marrok, su vida correría peligro. Aunque tal vez contara con ello. Si Chastel era el primero en derramar sangre... Sin embargo, el francés contuvo su temperamento. Por poco.

—¿*Madame*? —dijo Angus tímidamente.

La Bestia giró la cabeza para mirar a la feérica.

—Necesito un poco de aire. Este lugar apesta.

Las sonrisas de Dana eran como armas, incluso cuando pretendía ser dulce.

—Por supuesto —le dijo—. Puedes salir.

Angus se hizo a un lado y le abrió la puerta.

Y la Bestia emprendió la retirada. Pero fue una retirada triunfante. Ningún lobo extranjero podía obligarle a que tomara aquella decisión por ellos. Y cuando el Marrok revelara la existencia de los hombres lobo, Europa sufriría las consecuencias. No obstante, el territorio del Marrok también se vería afectado por la incapacidad de los lobos europeos de convencer a la población humana de que no representaban ninguna amenaza.

Charles no pudo evitar preguntarse si la presencia de su padre en las reuniones habría hecho que las cosas tomaran otro rumbo.

Angus tenía más de cien canales de televisión: de deportes, de noticias, de series, de dibujos animados, de documentales y unos cincuenta de teletienda. Lo único que Anna y Ric soportaron fue una maratón de *South Park*.

Cuando los chicos estaban siendo perseguidos por los Nazgûl de quinto curso, desde la cadena hicieron un corte publicitario para anunciar productos masculinos de alargamiento del *penis*.

—Dime una cosa —dijo Anna para evitar seguir mirando la estúpida sonrisa del hombre que aparecía en la pantalla—, ¿por qué piensas que participar en la cacería será positivo?

El hombre debió de incomodar también a Ric, porque este se incorporó del sofá como un resorte y apagó el televisor antes de sentarse de nuevo sobre el escritorio.

—Creo que mi Alfa no sabe cuál es la diferencia entre un sumiso y un Omega. Ahora que yo lo sé, quiero que él también lo sepa. Creo que la cacería es la oportunidad perfecta para enfrentarme a los dominantes con impunidad.

—¿Crees que funcionará? Charles sería capaz de estrangularme para evitarlo.

Ric se echó hacia atrás y agitó las manos.

—Hola, soy psicólogo, ¿recuerdas? Por supuesto que no sé si funcionará. Creo que puede resultarme útil... y creo que a ti también te ayudaría a superar el problema que tienes con los lobos dominantes.

—¿Como empujar a un niño con fobia al agua en la parte más profunda de la piscina?

Ric sonrió abiertamente.

—Yo no diría tanto. Creo que si tienes un objetivo, una tarea que realizar, como encontrar el cebo que la feérica y Angus han escondido en el coto de caza de la manada, creo que perderías parte de tu miedo. Y si no tienes miedo, dejarán de acosarte. Y casi sin darte cuenta, te encontrarás rodeada por ellos, cazando a su lado, y te parecerá una estupidez seguir atemorizada.

Anna le miró fijamente. Recordó que Charles le había sugerido algo parecido. Aunque su intención no era que participara directamente en la cacería.

—El océano. Como lanzar a un niño de dos años al océano. Con tiburones.

Ric soltó una carcajada.

—Mira, no hace mucho que soy lobo, pero me gusta observar. Mi mentor en la uni... para ti, la universidad... decía que era un genio. Te daré su número de teléfono para que lo compruebes tú misma. —Hizo una pausa para sonreír tímidamente—. Aunque es posible que también te comente que fallecí en mi trágico accidente de esquí. Da igual. Lo importante es que debes hacerme caso. Como lobos somos más fuertes que como humanos. El lobo siempre vive en el presente, no se preocupa mucho ni por el pasado ni por el futuro. Tu lobo te ayudará a evitar el pánico. La caza le dará la fortaleza que necesita. Al final, te sentirás más cómoda porque tu lobo te ayudará.

—A menos que me maten —dijo Anna.

—No habrá sangre —dijo Ric—. Son las normas. ¿Viste cómo esa hada le cerró el pico a la Bestia? ¿O fue después de que te marcharas?

—Antes —dijo Anna—. Y prefieren que les llamen feéricos. Un hada es un tipo de feérico cuyo tamaño no suele superar los treinta centímetros, y estoy prácticamente segura de que Dana no encaja en esa descripción.

—Como quieras. Pero su presencia hará que la caza se desarrolle con seguridad. Los lobos se comportarán.

Anna sabía que a Charles no le haría ninguna gracia si finalmente decidía participar en la cacería. No podían descartarse los accidentes. Especialmente los intencionados. Charles tenía muchos enemigos, y a Anna no le serviría de mucho que vengara su muerte una vez esta se hubiese producido. No quería que Charles sufriera por su culpa.

—Mira —dijo Ric con semblante serio—. Isaac, mi Alfa, también participará en la cacería. Estoy seguro de que aceptará que ambos te protejamos. Nadie trabajará en equipo. ¿Te imaginas a un grupo de Alfas cooperando unos con otros? Los tres juntos tendremos más posibilidades de ganar, y, además, no te perderemos de vista.

—Ayer dos personas resultaron heridas cuando intentaban protegerme —dijo Anna—. Y solo estábamos de compras.

—¿Alguien intentó hacerte daño?

Anna sabía que Charles había llamado ayer por la noche a su Alfa para advertirle de que, probablemente, los vampiros la habían atacado por su condición de Omega y no por ser su pareja. Aparentemente, su Alfa no había considerado necesario comunicárselo a Ric.

—Tendrían que haberte informado —dijo ella, y pasó a relatarle lo ocurrido.

—Nos consideran débiles —dijo Ric en cuanto Anna terminó de hablar. Habían acabado con los frutos secos y devoraron la comida que les habían traído un par de lobos de Angus; ahora encontraron un alijo secreto de Trail Mix. Ric sondeó la bolsa y extrajo dos trocitos de melocotones secos. Los lanzó al aire y los atrapó con la boca en dos rápidos movimientos—. Puede que no sean solo los lobos de mi manada quienes deban saberlo, sino también todos los demás. En nuestro mundo, no es seguro que te consideren débil. Nos convierte en presas.

—Si tu Alfa no te considerara una especie de lobo supersumiso, te hubiera advertido sobre la amenaza de los vampiros y habrías estado más atento a un posible peligro —coincidió Anna.

Ric le lanzó un par de plátanos secos y Anna también los atrapó en el aire sin utilizar las manos.

Ric le hizo un gesto de admiración.

—Aunque, perdona que te diga, pero esa es una forma lamentable de proteger incluso a los lobos más sumisos. No son niños, son hombres lobo.

Ric cerró los ojos, lanzó al aire un arándano y volvió a cogerlo al vuelo.

—Antes has dicho que somos como lobos sumisos pero sin la predisposición a obedecer. ¿Existirán los lobos dominantes sin la predisposición a proteger?

—Sí.

Anna levantó la cabeza, pero Ric tuvo que darse la vuelta para poder ver a Chastel apoyado en el marco de la puerta.

—Nos llaman bestias —y sonrió a Anna con ojos ávidos—. ¿Me tienes miedo, pequeña?

Era como si Ric no estuviera en la habitación. Solo tenía ojos para Anna, grandes, dorados. El débil rubor de sus mejillas le dijo que estaba excitado. La miraba como que la había mirado Justin, el lobo que la había Transformado, justo antes de...

Apartó a un lado aquel pensamiento. Aquel hombre buscaba una presa. Y Anna no estaba dispuesta a ser su juguete. Ni de él ni de nadie. Nunca más.

Llamó a su lobo. No se transformó, solo tomó prestado su coraje y dejó que este se asentara en sus huesos. Cuando estuvo segura de que las rodillas aguantarían su peso, se puso en pie. El silencio ganó peso, como una tormenta formándose en el firmamento. Se tomó su tiempo antes de contestar, mientras Chastel demostraba tener la paciencia del buen cazador.

—Eres tú quien debería tenerlo —dijo finalmente con naturalidad, permitiendo que Chastel captara el mensaje que realmente quería transmitir: que no le tenía miedo. Precisamente porque estaba aterrorizada, no podía decirle que no lo estaba. Pero podía jugar con la verdad y esperar su reacción—. Si me tocas, aunque solo sea un dedo, Charles te dará caza y se comerá tu médula mientras gritas de dolor. —Anna recurrió a lo poco que había aprendido en las clases de interpretación y dejó que su boca hablara por ella—. Disfrutaré presenciándolo. —Y se lamió los labios.

La sonrisa desapareció del rostro de Chastel y emitió un gruñido.

Anna ya no era la misma persona indefensa que había sido en Chicago cuando Justin la acosaba, ni cuando la manada logró arrebatarle toda su voluntad. Allí, la única persona que había en la habitación aparte de ella y Chastel era Ric, y Ric se pondría de su lado, no del de Chastel. Puede que el lobo francés lograra dominarla, puede que incluso fuera capaz de doblegarlos a los dos, pero Anna se aseguraría de que no saliera ileso; más tarde Charles se encargaría de rematarlo. Su lobo dio la aprobación y el miedo desapareció, dejándola perfectamente equilibrada sobre la punta de sus pies, dispuesta para la sangre y la muerte.

Solo existía el ahora, el lapso entre una respiración y la siguiente. No había espacio para el miedo.

—Tu vampiro era encantador, pero murió demasiado rápido. —Anna imitó el movimiento que había utilizado para partirle el cuello a la vampira—. Espero que tú estés a la altura.

—¿Mi vampiro? —Chastel desestimó sus palabras con un gesto impaciente de su mano—. Eres estúpida, y tu pareja es un matón sin dos dedos de frente. El perrito faldero de su padre, su recadero, su asesino a sueldo.

Anna dejó que su sonrisa se ensanchara.

—¿De verdad crees eso? Eres un insensato.

Con la mano que no podía ver el francés, Ric le hizo un gesto apremiante para que dejara de provocarlo. Anna sabía que era una estupidez, pero Ric no podía saber que la alternativa era acurrucarse y sollozar en un rincón. Así que continuó provocándolo.

—*Salope* —gruñó Chastel.

Pese a que su francés no era muy bueno, aquello lo entendió.

—Gracias.

Y, de repente, pues no le vio ni le oyó, Charles apareció justo detrás de Chastel.

—Cuídate de a quien llamas perra, Jean, *mon cher* —dijo con una voz demasiado calmada para resultar creíble—. Alguien podría considerarlo un insulto.

Chastel se dio la vuelta, dando la espalda a Anna, para encarar al más peligroso de los tres.

—Ah, aquí estás. Según tu pareja, me darás caza y te comerás mi hígado mientras sigo respirando.

—¿En serio? —Cuando Charles la miró, Anna distinguió la aprobación en sus ojos. Dudaba que alguien más aparte de ella hubiera podido leer algo en su mirada. Su voz fue como una caricia dirigida solo a ella—. ¿Te gustaría eso, amor?

Anna juntó las manos bajo el mentón en su mejor imitación de una estrella del cine mudo.

—Solo si puedo mirar.

Charles empezó a reír y, aprovechando la distracción, rodeó a Chastel y se colocó entre el francés y Anna. Cuando terminó el movimiento, había dejado de reír.

—Lárgate.

Aunque Anna no pudo ver la expresión de su pareja, vio cómo Chastel se estremecía y bajaba la mirada. Apretó los puños pero no pudo evitar dar un paso atrás. Tras soltar un juramento ininteligible, dio media vuelta y desapareció por el pasillo.

Charles inclinó la cabeza para escuchar mejor los pasos del francés.

—¿Mientras seguía respirando? —dijo Charles.

—Las mujeres son el sexo sediento de sangre —dijo Ric con tristeza—. Nosotros tenemos la reputación, pero solo porque ellas se quedan atrás y nos susurran al oído: «Mátalo. Destrózalo».

Anna pensó que había llegado el momento de las presentaciones formales.

—Charles, este es Ric... Lo siento, no recuerdo tu apellido.

Ric bajó del escritorio de un salto, sobre el que había estado en cuclillas preparado para atacar si era necesario, y alargó una mano.

—Postinger. Heinrich Postinger.

Charles le estrechó la mano.

—Charles Cornick.

Ric miró a Anna.

—Una buena demostración de fuerza, aunque no ha sido lo más inteligente, dadas las circunstancias. Le has dado la excusa perfecta para que te hostigue. Ahora es algo personal.

—Ric es psicólogo —explicó Anna.

—La habría hostigado de todos modos —dijo Charles.

Anna sonrió abiertamente.

—Saber que lo merezco es mucho más satisfactorio, ¿sabes? Es mejor que pensar que me hostiga porque huyo de él como un cachorro asustado.

Charles la besó.

—Sí —dijo apartándose de ella—. Sienta mejor, ¿verdad? Tengo que volver... me esperan en el auditorio. Por favor, ¿esta vez podríais cerrar la puerta con llave? Así nadie sentirá la tentación de entrar, Oh-Mujer-Que-No-Es-Un-Cachorro-Asustado.

—Por supuesto. —Y con un súbito arranque de confianza, se puso de puntillas y le besó en el mentón, el punto más alto que podía alcanzar. Charles no colaboró, pero sus ojos sonreían cuando terminó.

—Bien —dijo él, dejando en el aire si se refería al beso o al hecho de cerrar la puerta con llave.

Cuando Charles llegó a la puerta, Anna recordó que había algo que no le había dicho.

—No sabía nada de los vampiros. —Charles se dio la vuelta y ella añadió—: Cuando le dije que había matado a uno de los vampiros parecía no saber nada al respecto.

—Chastel nunca ha sido el principal sospechoso —dijo Charles—. Pero me alegro de poder corroborarlo.

Sonrió a Anna, le hizo un gesto con la cabeza a Ric y se marchó cerrando la puerta detrás de él. Anna esperó un momento.

—Anna. —La voz de Charles desde el otro lado de la puerta metálica, cargada de exasperación.

Anna miró a Ric con una amplia sonrisa y giró la llave en la cerradura. Charles le dio un golpecito a la puerta y se marchó. No le oyó, pero sintió cómo se alejaba cada vez más de ella.

Aunque solo con palabras, le sentó bien defenderse sola de Chastel. Estaba cansada de tener miedo hasta de su sombra y durante unos instantes no había tenido ningún miedo en absoluto. Le gustaba aquella sensación.

Con la feérica supervisando la cacería, por no mencionar a Charles (él no participaría; como Angus, era uno de los huéspedes), nunca podría estar más a salvo rodeada de Alfas.

Se giró para mirar a Ric.

—Si tu Alfa accede a ejercer de guardaespaldas, me encantaría participar en la cacería de esta noche.

Ric asintió.

—Se lo preguntaré.

Sunny frunció el ceño al descubrir que tenía una uña astillada mientras bajaba al aparcamiento en el ascensor. Aquella noche Arthur debía cumplir con sus funciones de hombre lobo, de modo que había aprovechado la oportunidad para salir a cenar con unas amigas.

No tenía ninguna buena amiga; es muy difícil no contarle a una amiga de verdad que la verdadera razón por la que tu marido no envejece es porque es un hombre lobo. Y los amigos de toda la vida suelen darse cuenta de ese tipo de cosas. Como Arthur disponía de varios apartamentos en distintas ciudades, tras vivir en un mismo lugar una década o algo así, se trasladaba a una ciudad donde nadie la conocía. Los primeros meses mantenía el contacto, con cartas o correos electrónicos, pero al cabo del tiempo las amistades se perdían.

A aquellas mujeres las conocía desde hacía unos dos años, amigas casuales a quienes les gustaba salir de vez en cuando sin los maridos o los novios para hablar de cosas de mujeres. Las había conocido en el gimnasio, y pese a no compartir con ellas ningún interés en particular, eran inteligentes, divertidas, mujeres con las que se podía conversar fácilmente y sin compromiso. La hacían sentirse conectada, un poco menos sola.

Aquella noche se marchó antes del postre porque no confiaba en su fuerza de voluntad. El restaurante que habían elegido era famoso por su exótico pastel de queso. No había logrado conservar su figura sucumbiendo a tentaciones que podrían acabar gustándole demasiado, y, además, no se había dado cuenta de que estaba anocheciendo. A Arthur no le gustaba que saliera sola de noche; se preocupaba por ella.

El ascensor se detuvo en la planta donde había aparcado el vehículo. La luz junto al ascensor no funcionaba. Se apresuró a cruzar las sombras hasta la siguiente luz, sintiéndose estúpida por la ansiedad.

Un hombre discutía con su novia al otro extremo del aparcamiento, aunque ninguno de los dos parecía muy enfadado. Probablemente estarían jugando, pensó al reconocer el tono de voz. A veces ella y Arthur se permitían algo similar.

Miró en la dirección de la pareja pero no pudo verlos porque un todoterreno se interponía en su campo visual. Cuando, finalmente, pudo distinguirlos, el ruido de las puertas de un coche al cerrarse ahogó sus voces. Un motor se puso en marcha y un Porsche plateado pasó muy cerca de ella. Las luces la deslumbraron momentáneamente.

Se le cayeron las llaves y, cuando se agachó para buscarlas a tientas, alguien se adelantó.

—Permítame. —El hombre era más alto que Arthur, aunque no tan ancho de hombros. Por un instante se sintió inquieta, como le ocurriría a cualquier mujer en una situación similar, pero entonces se fijó en el corte de su chaqueta de lana: los matones no llevaban chaquetas caras y camisas blancas de lino.

—Gracias —dijo ella mientras cogía las llaves de la mano enguantada del hombre.

—De nada —dijo él—. Perdona la pregunta, pero ¿qué hace sola una mujer tan encantadora como usted en un lugar como este?

Una parte de ella se sintió alagada por su evidente admiración; era consciente de que su envejecimiento afligía a Arthur. El sincero cumplido de boca de un hombre atractivo le ayudó a aliviar parte de su aflicción. Aquel hombre aparentaba ser unos años mayor que ella, y sus maneras parecían galantes.

—Estaba cenando con unas amigas —le dijo—. Mi marido me espera.

—Ah. —El hombre extendió los dedos, como si hubiese estado conteniendo algo que ahora debía dejar escapar. Sus movimientos eran tan gráciles que Sunny pensó que debía de ser actor o bailarín—. Tendría que haber imaginado que una mujer tan

hermosa no podía estar libre, pero la esperanza es lo último que se pierde. Su acento es encantador, ¿es usted británica?

—Sí, y mi marido también. Gracias por las llaves y el cumplido. —Le sonrió y se alejó en dirección a su vehículo con paso decidido. Quería hacerle saber que, pese a apreciar sus palabras, no tenía nada que hacer con ella. En cuanto le dio la espalda, su sonrisa se hizo más amplia.

Apretó el botón que desbloqueaba el coche, abrió la puerta... y una mano se cerró sobre su boca.

—Disculpa el inocente flirteo —le dijo junto a su oído—. Me ha parecido que era lo mínimo que podía hacer. Me temo que tu muerte no será tan agradable. La persona que me contrató no ha cumplido con su parte, de modo que ya no me siento obligado a seguir al pie de la letra sus instrucciones. Mis amigos están tristes, un poco de diversión les sentará bien.

Sunny gritó pero el débil sonido que se filtró entre los dedos del hombre no llegó muy lejos.

El hombre le acarició la mejilla con la otra mano mientras le susurraba al oído. El aliento le olía a menta.

—Me encargaré de que tu marido sepa que no flirteaste conmigo. Que le fuiste fiel hasta el final. ¿Crees que eso le tranquilizará?

Era muy fuerte. Aunque Sunny se mantenía en forma desde hacía años, el hombre controlaba sin esfuerzo aparente sus intentos por librarse de él. Hombre lobo. Tenía que ser uno de los hombres lobo.

—Acercaos, hijos —dijo el hombre, y Sunny comprendió que no estaba solo. Oyó a gente moverse detrás de ellos, pero solo logró ver a la mujer que subió de un salto sobre el capó de su coche. Una mujer hermosa con ojos color miel y el cabello recogido en una cola de caballo.

—¿Podemos jugar con ella? —preguntó la mujer. El terror hizo que se le doblaran las rodillas. La mujer tenía colmillos.

No eran hombres lobo. Vampiros.

—Vamos a comprobar si es su pareja o simplemente su mujer, Hannah —dijo su captor.

—Eso es un sí. —La voz vino desde su izquierda, aunque no pudo ver al hombre que había hablado. Sintió cómo le extendía el brazo antes de hundir sus colmillos en la parte interior de su codo.

Le hizo daño.

El coto de caza de la Manada de la Ciudad Esmeralda estaba ubicado en un barrio lleno de almacenes que había conocido tiempos mejores. Los almacenes más próximos al agua estaban iluminados y, aunque la actividad no parecía muy frenética,

era evidente que seguían en funcionamiento. Cuanto más alejados del agua, su aspecto era cada vez menos próspero.

Siguiendo las indicaciones de Charles, Anna continuó avanzando por una calle con el asfalto maltrecho hasta llegar frente a dos enormes edificios protegidos por una reja metálica de tres metros y medio de alto, coronada por un acogedor alambre de espino.

La propiedad tenía aspecto de abandonada, como si no se hubiera realizado ninguna actividad industrial en más de cincuenta años; los almacenes adyacentes tampoco parecían ocupados. Aparte de la atmósfera general de dejadez, al techo metálico de uno de los edificios le faltaban unas cuantas planchas.

La gente que esperaba a la puerta debió de reconocer el vehículo, ya que, cuando llegaron a esta, la mantuvieron abierta para permitirles el paso. A medida que se acercaba a los almacenes, estos se iban haciendo cada vez más grandes, y cuando pasó entre ellos, el cielo nocturno desapareció casi completamente, transformándose en una estrecha franja azabache con la fina silueta de la Luna del Cazador colgada de ella.

Había treinta o cuarenta coches en un espacio donde cabría sin dificultad un centenar. La mayoría estaban aparcados junto al edificio más grande, y allí fue donde Anna dejó también el suyo.

—Estás muy callada esta noche —dijo Charles.

Anna se miró las manos y las flexionó sobre el volante; dejó de hacerlo cuando este empezó crujir.

Había decidido no decirle nada sobre la cacería, pero cuanto más se acercaba la hora en que daría comienzo, más estúpido le parecía soltárselo delante de todo el mundo.

—Tengo una idea que no te va a gustar mucho.

Charles la miró durante largo rato, tanto que finalmente Anna tuvo que apartar la mirada.

—Soy dominante —le dijo él como si ella no lo supiera—. Y eso significa que siento el impulso de proteger a los míos.

Cuando volvió a mirarle a los ojos, Anna advirtió lentamente que Charles estaba orgulloso de que fuera capaz de hacerlo. Ella también lo estaba.

—Vas a participar en la cacería.

—Sí.

Anna esperaba que se lo prohibiera directamente, y comprendió que una parte de ella había contado con ello como excusa para echarse atrás.

Sin embargo, Charles simplemente le preguntó:

—¿Por qué?

—Porque Ric cree que puede ayudarme con... —Anna bajó la mirada, pero no tardó mucho en volver a erguir la cabeza y aclararse la garganta—. Con el terror irracional que ayer consiguió dejarme petrificada en la silla cuando el auditorio se

llenó de Alfas dispuestos a matarse entre sí para protegerme. Hizo que me sintiera débil y estúpida. Estaba menos aterrorizada cuando Chastel apareció en la oficina de Angus, pese a que entonces tenía más motivos para estarlo.

Un destello dorado cruzó los ojos de Charles y, con una voz mucho más ronca y grave de la habitual, le dijo:

—Eso es porque cuando te enfrentaste a Justin, la manada te confinó para que fueras su juguete.

Anna asintió entrecortadamente. No había sido solo Justin, y tampoco había sido una sola vez, pero no estaba dispuesta a decirle aquello con el Hermano Lobo tan cerca de la superficie.

—¿Cómo cree Ric que te ayudará?

—Al estar concentrada en la cacería, cree que mi lobo evitará que el pánico me bloquee.

—¿Ric es psicólogo?

Anna no pudo evitar una sonrisa.

—Casi. Pero no hay de qué preocuparse, su mentor cree que es un genio.

—Yo no puedo unirme a la cacería —dijo Charles con dificultad—. Si ganara, provocaría un desastre político. Y si perdiera, las consecuencias serían aún peores. Si te unes a la cacería, algunos se olvidarán del premio e irán a por ti. No solo porque eres mi pareja, sino también porque eres una Omega.

—Chastel.

—Chastel no es el único enemigo de mi padre. Y yo también tengo unos cuantos.

—Ya había considerado esa posibilidad. Ric también estará en la cacería, y me ha prometido que él y su Alfa, alguien llamado Isaac, no me perderán de vista.

Charles asintió y abrió la puerta del vehículo.

—¿Charles?

Se agachó y asomó la cabeza en el interior del coche.

—¿Puedo participar en la cacería?

Charles enarcó las cejas.

—No soy yo quien debe decidirlo. Ya has valorado los pros y los contras. Es tu decisión. —Y cerró la puerta.

Anna se desabrochó el cinturón de seguridad y salió del coche.

—¿Y qué hay de eso de «Soy dominante y protejo a los míos»?

Charles apoyó la cadera en el capó.

—Si sirviera de algo, mataría a todos los lobos reunidos ahí dentro. Pero hay cosas que debes hacer por ti misma. No creo que si interfiriera en eso te ayudaría en lo más mínimo. El mejor modo de protegerte es alentarte a que seas capaz de protegerte sola. —Y entonces su rostro se crispó con una inesperada sonrisa compungida—. Reconozco que no me hace mucha gracia. Pero con Dana y yo mismo vigilándolo todo, y con Ric y su Alfa sobre el terreno, estarás todo lo segura que se

puede estar en una cacería llena de lobos dominantes. Además, ya has matado a un vampiro y a una bruja; no eres precisamente un lobo indefenso.

Anna enderezó los hombros a medida que la confianza que Charles depositaba en ella realizaba su valor. Se acercó a él para rodearlo con los brazos y enterrar el rostro en la dulce tibieza de su pecho. Llevaba puesta una de sus camisas de franela favoritas sobre una sencilla camiseta roja. Anna se recreó con la suavidad del algodón contra su mejilla.

—Eres un hombre asombroso, Charles Cornick.

Él le rodeó los hombros con sus brazos y apoyó el mentón en su cabeza.

—Lo sé —le confió con ligereza—. Aunque aquellos que no me conocen bien suelen subestimarme.

Anna le hundió un dedo en el pecho.

—Y además con sentido del humor. Aunque sospecho que esa es otra faceta de tu carácter que suelen subestimar tanto como las otras.

—Hay gente que ni siquiera sabe que lo tengo —dijo él con voz burlona.

El recinto principal del almacén de mayor tamaño medía más de seis metros de alto y era lo suficientemente espacioso como para dar cabida al doble de los lobos que habían decidido participar aquella noche en la cacería. El resto de los lobos —la gran mayoría— les observaban desde una plataforma a tres metros sobre sus cabezas. Todos estaban aún en forma humana. Una de las paredes estaba totalmente cubierta de pantallas planas de televisión, las cuales, por el momento, permanecían apagadas.

Dana, en el centro de la plataforma, tomó la palabra.

—No está permitido el derramamiento de sangre. Me encargaré personalmente de vigilar su cumplimiento. Las paredes y el suelo de estos edificios, así como la tierra bajo ellos, me informarán puntualmente de la más mínima presencia de ella. Empezaréis como humanos y os transformaréis en cuanto suene la campana. Hay tres bolsas de piel ocultas hace varios días que contienen carne de cerdo; una de ellas también guarda en su interior un anillo de oro con un rubí, obsequio del Marrok.

Paralelamente a sus últimas palabras, todos los monitores se encendieron y apareció en ellos la mano de una mujer sosteniendo un anillo de diseño sencillo que podía ser tanto para hombres como para mujeres. Pero la piedra lo convertía en algo muy valioso. El rubí era de un color rojo casi transparente, engarzado en una estrella de un blanco muy pálido.

Era hermoso y doblemente valioso, pero Anna estaba convencida de que ninguno de los que estaban sobre el suelo de madera junto a ella estaban allí por el anillo. La caza era lo más importante. ¿Cuántas oportunidades tenía un Alfa de medirse con otros Alfas sin preocuparse por proteger a los más débiles?

Angus tomó la palabra mientras el anillo seguía aún en las pantallas.

—Nuestro coto de caza abarca dos edificios, los cuales están interconectados mediante varios estratos de túneles subterráneos. El edificio en que nos encontramos dispone de un laberinto de entre dos y seis niveles por encima del suelo, y el otro entre tres y cuatro. Además, ambos edificios tienen tres sótanos que pertenecen a la estructura original y dos más que hemos añadido nosotros. Las tres bolsas están ocultas ahí, y una de ellas contiene el anillo.

Anna echó un vistazo a su alrededor. Reconoció a Chastel, a Michel y a varios lobos españoles que había conocido en el restaurante. Arthur, no obstante, estaba justo detrás de Dana, con el grupo de los que habían optado por no participar.

Angus continuó con las instrucciones.

—En cuanto encontréis la bolsa, debéis traerla aquí. El ganador será el que logre encontrarla, no el que la robe. Cualquier lobo que acarree una bolsa es intocable. Tenemos monitores, observadores ocultos, y Dana ha recubierto las bolsas con un poco de magia feérica para asegurarnos. Si descubrimos a alguien atacando a un lobo que lleve una bolsa será inmediatamente eliminado de la competición y la bolsa se devolverá al lobo que la encontró. Dana se ha encargado de que las bolsas no puedan abrirse. Cuando tengamos las tres bolsas, sonará una campana que podréis oír desde cualquier lugar del coto de caza. En cuanto comprobemos que no falta nadie, Dana abrirá las bolsas y se anunciará el ganador.

Después de que Angus condujera una sesión de preguntas y respuestas, llegó el turno de Charles. Miró a Anna y después a Ric y al Alfa de este, quienes permanecían a su lado.

—La caza —proclamó— puede empezar.

Se oyó un tañido metálico y las luces empezaron a apagarse. Anna se había deshecho a medias de la camisa cuando se extinguió el último foco. En la pared, las múltiples imágenes del anillo desaparecieron y los monitores se quedaron en negro, con unas minúsculas letras rojas en la esquina inferior derecha que se erigieron en la única luz del recinto.

Rasgones de ropa, débiles sonidos angustiosos: el eco producido por varias decenas de hombres lobo transformándose de humano en algo más. Emocionada, sin aliento; Anna se deshizo de pantalones, zapatos, calcetines y ropa interior antes de iniciar la transformación.

Latigazos agónicos se extendieron por su cuerpo, empezando en la base de la espina dorsal y trazando espirales hasta los dedos y los talones. Chasquidos húmedos anunciaron el reajuste de articulaciones y huesos a medida que el lobo se deslizaba por su piel. Garras y colmillos, músculo y pelo. Regueros húmedos recorrieron sus mejillas cuando sus ojos no pudieron acumular más lágrimas. La fuerza brotó súbitamente como una oleada incontenible. Se puso de cuatro patas con un gruñido provocado por el esfuerzo.

No pudo captar ningún rastro, pues el recinto estaba demasiado lleno de lobos, y la última oleada de intenso dolor la había dejado ciega. Temblorosa, irguió la cabeza

y aulló.

Sola.

Había sido la primera en transformarse. Anna supuso que era un regalo del Hermano Lobo y del vínculo que compartían. Nunca había logrado transformarse tan rápido. Podría haber iniciado la cacería, pero Ric y su Alfa seguían en plena transformación. Se colocó frente a ellos, preparada para protegerlos si era necesario.

Los otros lobos iban terminando sus transformaciones, solos o en parejas. Cuando se acercaban demasiado a ella, les mostraba sus colmillos y retrocedían.

Isaac, el Alfa de Ric, se puso en pie, un lobo blanco como la nieve solo un poco más grande que ella. Esperaron a Ric, quien tardó unos minutos más. Al apoyarse en sus cuatro patas, se tambaleó como un corderito recién nacido, como si no tuviera aún la suficiente experiencia como para esperar que el cerebro conectara con sus músculos. Anna acercó un hombro al suyo y dejó que se apoyara en ella.

En forma humana, Ric tenía una complexión y un peso normal; tal vez demasiado delgado para su gusto. Su lobo, sin embargo, estaba en el grupo de los grandes, desde luego mucho mayor que ella o Isaac. En la oscuridad, sus ojos solo le permitían reconocer las tonalidades pero no los colores. Ric era más oscuro que su Alfa pero bastante más claro que ella, aunque no podía precisar si era gris, marrón o rojo.

Ric se sacudió como si estuviera empapado y, como si aquello fuera una especie de señal, su Alfa emprendió la marcha. Ric y Anna le siguieron. Primero corrieron a través de un pasillo, y cuando este desembocó en unas estrechas escaleras, descendieron por ellas varios niveles. El aire circundante se tornó cada vez más rancio y húmedo.

Tras uno o dos minutos, la oscuridad estigia se volvió menos insondable para los ojos lobunos de Charles. La débil luz de las estrellas se colaba por una abertura en el techo y de los monitores empezaron a emanar tonalidades anaranjadas, rojizas y doradas a medida que los lobos pasaban frente a las cámaras de infrarrojos repartidas por el laberinto, iluminando la gran sala con la tibieza de sus cuerpos.

Pese a que no podía verla, el Hermano Lobo le dijo que Anna había completado la transformación. La primera en hacerlo, pensó. Creía que saldría corriendo inmediatamente, pero Anna esperó.

Espera a su guardia, le dijo el Hermano Lobo con aprobación. No le hacía ninguna gracia que Anna participara en la cacería mientras él permanecía con los lobos que habían optado por no hacerlo. Tampoco le hacía mucha gracia perderse la cacería; especialmente con Chastel suelto. Lo único que mantenía en calma al Hermano Lobo era saber que Anna contaba con aliados.

Los gruñidos de dolor se convirtieron en aullidos, le llegó el sonido de las garras arañando la madera cuando los últimos lobos penetraron en el laberinto y el silencio

se impuso súbitamente en la gran sala. Charles oyó un crujido y un chasquido y las luces volvieron a iluminar el recinto.

—Las luces siguen apagadas en el resto de los edificios —dijo Angus—. Tardarán bastante en volver. Será mejor que pasemos el rato tan cómodamente como podamos. Vamos, mis lobos están colocando mesas y sillas en la parte inferior. Desde allí también podremos disfrutar de la acción.

Aunque les costó unos minutos, todos los espectadores pillaron el truco y acabaron por identificar a amigos y enemigos en las imágenes infrarrojas. Se sucedieron las carcajadas a medida que los lobos caían en trampas de agua, basura o espuma de embalaje. En el lugar más inesperado, una red se desplomaba del techo; una de ellas llegó a atrapar a seis lobos en el espacio diseñado para uno. Cuando terminaron con ella, el trozo más largo de cuerda debía de medir unos dos centímetros.

—Menudo modo de acabar con una red indefensa —dijo Arthur secamente por encima del rumor general.

Charles estaba de pie en la parte de atrás, los brazos cruzados delante del pecho y los ojos rastreando la imagen infrarroja de tres lobos que desaparecían de un monitor para reaparecer en el siguiente.

Arthur se puso en pie de golpe, se tambaleó y tropezó con la mesa contigua. Los ocupantes de esta lo miraron con expresión huraña, pero Arthur no les prestó la menor atención.

—¿Sunny? —dijo con voz insegura, como la de un adolescente.

Los lobos de la mesa contigua continuaron protestando airadamente. Cuando Arthur puso los ojos en blanco y se desplomó, uno de ellos lo cogió antes de caer redondo sobre las tablas de madera del suelo.

Capítulo 9

¿Por dónde? ¿Por dónde? Anna, con la lengua fuera para absorber la frescura del aire, decidió dejar elegir a los otros. El aliento le raspaba la garganta y la excitación le hacía estremecerse.

La caza.

No importaba que la canción de la luna fuera tan solo un fuego fatuo en su corazón, ni que la recompensa fuera una bolsa llena de salchichas podridas que podía o no contener un anillo. Por primera vez disfrutaba de la caza incluso sin Charles corriendo a su lado.

Porque estamos contigo, le dijo el Hermano Lobo. *Eso es lo que significa compartir un vínculo. Nunca estás sola. Y mientras vivamos nunca lo estarás.*

Bien, le dijo ella.

Siguieron el rastro de Angus durante mucho rato hasta una nota clavada frente a una diminuta y maltrecha luz de emergencia. En la nota podía leerse: «Yo no he escondido ninguna. Angus». No eran los primeros en pasar por allí. Anna olió el rastro de varios lobos, y otro apareció justo cuando ellos se marchaban.

Entonces Ric había captado otro rastro, seguramente de otro de los lobos de Angus, aunque Anna no supo reconocerlo. Mientras seguía a Ric pegado a su cola, el Alfa proyectó todo su peso en su costado y Anna chocó contra la pared justo cuando una red se desplegaba desde el suelo y atrapaba a Ric en un fardo, alzándolo en el aire.

Después de reírse un poco de él, entre sus colmillos y los de Isaac, no tardaron mucho en liberarlo. Cinco cambios de dirección después, encontraron a un lobo colgado cabeza abajo en un alto poste que se elevaba unos cuatro pisos por encima de sus cabezas y que se adentraba en el aire nocturno.

Isaac emitió un ruido gutural que parecía compasivo y que probablemente no lo era. El lobo atrapado gruñó cuando siguieron adelante; el Alfa de Ric se mostró extremadamente satisfecho tras el incidente.

Anna percibió el rastro de Moira y los guio a través de un túnel de aproximadamente medio metro de diámetro. El poco espacio disponible no le hizo mucha gracia a Isaac, y Ric tuvo que avanzar con el estómago pegado al suelo.

Salieron a una cámara pequeña en la que casi no había oxígeno. Para cuando Ric logró echar abajo un panel de madera de metro ochenta por cincuenta centímetros recubierto por una capa de moho y que impedía la entrada de aire, los tres tosían desesperados. Anna y Ric tuvieron que arrastrar a Isaac por el pescuezo hasta un lugar con más aire, pese a que este seguía estando viciado y a que olía de un modo muy desagradable.

—¿Alguien tiene el número de la pareja de Arthur? —preguntó Charles con un gruñido. Cuando nadie respondió, sacó su móvil y marcó el número de su padre.

—¿Qué ocurre? —preguntó Bran tras responder al primer tono.

—Es lo que intentamos descubrir. ¿Tienes el número de móvil de Sunny... de la pareja de Arthur?

—Sí, espera un segundo. —Bran no tardó mucho más en volver a aparecer al otro lado de la línea para cantarle el número.

—Te volveré a llamar en cuanto descubra algo —dijo Charles antes de pulsar el botón de colgar.

Marcó el número de Sunny pero, dado el estado en que se encontraba Arthur, no le sorprendió que no contestara a la llamada. Entonces llamó a otro número.

—Necesito saber la ubicación de este móvil: 360-555-1834. Localízalo por GPS y rastrea la dirección. —No esperó respuesta y colgó.

Arthur estaba pálido y sudoroso, y tenía la piel fría como un témpano. Su cuerpo se estremeció pero él siguió inconsciente.

Su hombre tardaría unos minutos en rastrear el móvil. Piratear un sistema sin dejar rastro requería tiempo. Si dispusiera de un ordenador, acceso a internet y unos cuantos días libres, podría haberlo hecho él mismo, pero su hombre era mejor. Y, además, el tiempo no era precisamente un aliado de Sunny.

Veinte minutos después, puede que veinticinco, su móvil empezó a sonar.

—¿Charles?

—¿Sí?

—El móvil está aproximadamente a medio kilómetro de ahí. Y no se mueve.

Charles miró a Angus.

—Tengo que comprobarlo. ¿La vigilarás por mí?

El Alfa de la Ciudad Esmeralda asintió.

—Sí. Y también mi manada, Isaac, su Omega y la feérica. Tranquilo.

Encontraron a Sunny junto a la cerca, a un centenar de metros de la puerta: desnuda, destrozada, muerta. Por si no localizaban el cuerpo, un Jaguar azul cielo que presumiblemente era el coche de Sunny estaba detenido a unos cuantos metros de allí, con la puerta del conductor medio abierta.

El cuerpo de Sunny estaba aún caliente, y tenía los ojos abiertos, entelados.

Charles vio a un espíritu de los bosques arrodillado junto a ella. Raras veces podía verlos, aunque siempre sabía cuándo lindaban cerca. El espíritu le acariciaba el rostro con sus manos finas y marrones mientras le susurraba al oído y Charles supo que Sunny seguía con vida cuando la dejaron allí. El espíritu era una criatura temerosa, de modo que cuando los hombres rodearon el cuerpo, pese a que ninguno de ellos reparó

en su presencia, se escabulló. En su huida, rozó a Charles, y este notó su pesar en su propio espíritu.

Pobrecilla, le dijo. *Tenía tanto miedo, tanto. Sola. Estaba completamente sola.*

Distraído, casi olvidó detenerlos antes de que la tocaran.

—Dejadme captar el rastro —dijo—. Así conoceremos a su asesino. —Sabía que no serviría de nada preguntarle al espíritu; siempre hablaban a su antojo, quisiera él o no.

Los otros lobos retrocedieron y Charles colocó la nariz entre el cuello y la mandíbula, donde los olores solían perdurar más. No le sorprendió reconocer un olor familiar. ¿Cuántas criaturas merodeaban la noche en busca de hombres lobo y otros parientes próximos?

No la tocó mientras comprobaba las zonas de pulso. La carne alrededor de los puntos utilizados por los vampiros para alimentarse estaba destrozada, aunque aún no habían aparecido los moratones. La habían mordido por todo el cuerpo.

Olió su miedo, su sufrimiento, y se erigió en su testigo. Con meticulosidad, se aseguró de que ninguna criatura más hubiese participado en la partida de caza. Ninguna sorpresa: solo los cuatro vampiros que habían atacado a Anna.

El Hermano Lobo se enfureció al comprender que aquello podría haberle sucedido a ella, que el cuerpo frente a ellos podría haber sido el de su Anna.

Charles cerró los ojos y se obligó a mantener la calma. Unos dedos fríos y largos le acariciaron el rostro y cantaron a su lobo; no sirvió de mucho. No encontraba explicación alguna que justificase la presencia de un espíritu de los bosques en medio de la ciudad, pero la distracción le ayudó a recuperar la calma.

Abrió los ojos y miró en derredor. En las inmediaciones había numerosos almacenes abandonados y muchas zarzas, —la tristemente célebre maleza del Pacífico Noroeste—, donde ocupar sus aparcamientos vacíos y crear un santuario para aquellos que no temen a las espinas.

Un misterio menos. Pese al espíritu que no dejaba de acariciarle y manosearle, Charles permitió que el sonido de una de las canciones de sus antepasados se asentara en su cabeza y le ofreciera claridad y paz. Si hubiera estado solo, se lo habría sacado de encima. Al Hermano Lobo no le gustaba el roce de nadie excepto Anna. Sin embargo, nadie más podía verlo... y ya tenía suficiente reputación de excéntrico. No era necesario que también supieran que podía ver cosas que nadie más podía ver.

Cuando tuvo cierta seguridad de que el Hermano Lobo le permitiría comportarse como un ser civilizado, se puso en pie.

—Vampiros —dijo—. Llevadla al almacén con Arthur. —De poco le serviría al lobo británico... salvo para confirmarle que había muerto a manos de los vampiros.

Frustrada, Anna observó la bolsa que colgaba a seis metros por encima de sus cabezas, en el extremo de uno de los postes que perforaban de forma regular el techo

de aquel nivel; después de haber rozado el desastre en la sala sin oxígeno, Anna había llegado a la conclusión de que los postes servían para algo.

Mientras lo observaba detenidamente, un lobo les arrebató la victoria.

Aunque los hubiese conocido a todos en su forma de lobo, estaba demasiado oscuro para poder ver nada. El lobo saltó desde una abertura situada en un piso superior a la bolsa, atrapó el premio y desapareció por otra abertura un piso más abajo, pero aún por encima de sus cabezas. Presenciar con impotencia cómo les arrebataban el objetivo frente a sus narices, o mejor dicho, sobre sus narices, logró ponerla furiosa.

Isaac resopló con indignación.

Y entonces el Hermano Lobo... la rodeó completamente. Su ansiedad, su miedo y su amor hicieron que se tambaleara y tuviera que apoyarse en Isaac, por quien el Hermano Lobo no sentía mucha simpatía.

Algo iba mal. Pero cuando preguntó, el Hermano Lobo no pudo o no quiso responderle.

Debía encontrar a Charles. Cuanto antes mejor. El problema era que no sabía exactamente cómo regresar... Podría haber recorrido sus pasos a la inversa, pero habían deambulado por todas las instalaciones y tendrían que volver a cruzar el estrecho túnel.

Lo mejor sería subir.

Reemprendió la marcha a toda velocidad pero un lobo blanco se interpuso en su camino y otro se acercó a ella por detrás: Isaac y Ric.

Fue Isaac quien encontró el primer tramo de escaleras que llevaba a los niveles superiores. Alcanzaron el nivel principal del almacén más pequeño y, cuando se dirigían hacia la puerta, un hombre lobo en forma humana les detuvo.

—Si cruzáis la puerta exterior, quedaréis eliminados —les dijo.

El Alfa le miró con frialdad y el hombre apartó la mirada, levantó los brazos y dio un paso atrás.

—Es lo que me han dicho, tío. Si salís, estáis fuera.

Pasaron por su lado y salieron al fresco aire nocturno. Ric, su pelaje grisáceo a la luz de la luna, estornudó con placer tras haber dejado atrás el laberinto subterráneo. Anna respiró hondo y olió a... vampiro.

Se detuvo en seco y examinó los alrededores en busca del enemigo. Finalmente, los localizó al otro lado de la valla metálica, a unos cien metros de donde se encontraban.

Sus ojos tardaron unos segundos en relacionar al hombre mayor elegantemente vestido con el asesino despiadado que había visto por última vez sentado sobre Tom. No obstante, su olfato estableció inmediatamente la conexión. Anna dio dos grandes zancadas hacia adelante antes de golpear el costado del lobo blanco, quien había corrido para detenerla sin perder de vista en ningún momento al vampiro.

El no muerto se rio e hizo un gesto con la mano. Apareció un monovolumen azul y el hombre subió a él. El vehículo reanudó la marcha antes de que hubiera cerrado la puerta del todo.

Isaac emitió un gruñido que le salió directamente del pecho, un eco del sonido que Anna también estaba emitiendo. El Alfa había reconocido inmediatamente a qué se enfrentaban. Ric les miró a ambos con expresión de desconcierto, pero hasta el día anterior Anna tampoco se había cruzado nunca con un vampiro.

No tenía mucho sentido permanecer por más tiempo allí fuera, de modo que Anna dio media vuelta y se encaminó a la sala principal del almacén más grande donde las luces brillaban con fuerza y la presencia del Hermano Lobo la atraía mediante un intenso dolor en su pecho.

En el interior del almacén, todos los lobos que habían permanecido en forma humana estaban reunidos formando un grupo compacto, concentrados en sí mismos. Eran demasiados para que Anna pudiera averiguar algo por el olfato.

Habían amontonado toda la ropa junto a una de las paredes, de modo que tardó un rato en encontrar la suya. Cuando lo consiguió, Charles estaba a su lado. Toda su atención estaba fija en el grupo reunido en el centro de la sala, y Anna sintió una súbita inquietud al percibir la extraña rigidez de su cuerpo.

Cuando se transformó, su cuerpo protestó incluso más que cuando había adoptado la forma de lobo. Como todos los lobos, había sido adiestrada para no hacer mucho ruido durante la transformación, pero, maldita sea, aquello era muy doloroso.

—Au, au, au —susurró a medida que sus manos recuperaban con irritante lentitud, a regañadientes, su forma humana. Las embutió bajo los brazos y la presión de estos mitigó el dolor. Cada transformación era distinta, pero odiaba especialmente aquellas en las que las manos quedaban para el final. Había tantos nervios en una mano, y notaba el dolor en todos y cada uno de ellos. Estaba mareada.

Charles gruñó en respuesta a su dolor.

Anna irguió la cabeza pero no vio a nadie cerca. Ric y su Alfa seguían en mitad de la transformación al otro lado del montón de ropa. Anna miró a Charles y se obligó a permanecer inmóvil. Tenía los ojos amarillentos y le temblaba ligeramente la comisura de los labios, como si se viera afectado por un tic nervioso.

—¿Charles? —Su voz seguía ronca producto de la transformación.

—Sunny está muerta —dijo Charles con voz gutural, y Anna supo que estaba al borde de... algo.

Le dedicó medio segundo a aquello, el tiempo que tardó en procesar sus palabras.

—¿La Sunny de Arthur?

Charles asintió de un modo casi imperceptible sin desviar los ojos de los suyos.

—Vampiros. Encontramos su cuerpo junto a la valla.

Y los vampiros se habían ocultado a esperar que los lobos encontraran a Sunny. Cuando el vampiro trajeado vio a Anna, se había asegurado de que ella también le viera a él. Contempló los salvajes ojos amarillentos de Charles y decidió que era algo

que podía esperar a decirle más tarde. Los vampiros se habían marchado. Tenía el número de matrícula, aunque no importaba: lo más probable es que el vehículo fuese de alquiler.

Se oyó un lastimero aullido, y media docena de voces surgidas de gargantas humanas se elevaron al unísono para manifestar su compasión por el lobo que había perdido a su pareja.

Charles alargó una mano y Anna permitió que tirara de ella para ponerse en pie. Aún sentía cierta rigidez y Charles la miró con impotencia.

La ocultó con su cuerpo de las miradas de los demás, como si intuyera la incomodidad que le provocaba estar desnuda frente a un grupo de extraños. La mayoría de los lobos lo superan durante el primer año posterior a la Transformación. En su caso, aún le costaba un gran esfuerzo. No por vergüenza, sino porque la ropa le daba una ilusión de seguridad frente a la atención que despertaba en los machos de su primera manada.

Cogió su ropa y se vistió tan rápido como pudo, calzándose las deportivas y guardándose los calcetines en los bolsillos.

—¿Y Arthur? —preguntó—. ¿Está bien?

Charles cerró los ojos y la atrajo hacia él. Apretó la nariz contra su nuca mientras respiraba entrecortadamente, como un corredor de maratón.

—No —dijo—. Y yo tampoco.

Le dolía la piel, los huesos, y tenía tantas ganas de que la abrazaran como alguien que se hubiera quedado dormido en la playa durante cuatro horas sin loción protectora. No obstante, necesitaba su tacto, de modo que se relajó entre sus brazos.

Sunny había muerto a manos de los vampiros.

—Sunny habría sido una Omega si la hubieran transformado. —Aunque sonó como una aseveración, era una pregunta.

—Sí.

Anna sintió un escalofrío y Charles la asió con más fuerza. Su piel hipersensible protestó, sus doloridos músculos se quejaron, pero su lobo ansiaba sepultarse en su interior, protegerlo.

Anna estaba a su lado, a salvo. Charles dejó que su realidad, su olor, arrastraran el impulso de desgarrar carne y saborear su sangre.

Era consciente de que la estaba abrazando con demasiada fuerza, de que necesitaba tiempo para recuperarse y de que él no podía dárselo. Los angustiosos sonidos de la transformación habían vuelto a despertar a su lobo. El Hermano Lobo sentía una compulsión por la sangre o el sexo, y Charles no podría darle ninguna de las dos cosas. Nada de sangre... ni de sexo, al menos hasta que lograra relajarse mucho más. Sabía que el Hermano Lobo era incapaz de hacer daño a Anna, pero podía asustarla.

Se contentó con tenerla entre sus brazos. Gradualmente, a medida que Anna se relajaba contra su cuerpo, el Hermano Lobo se fue apaciguando ligeramente. Sin embargo, tardaría bastante en calmarse lo suficiente como para permitir que Charles recuperara el control. Era demasiado fácil ver la agonía de Arthur y darse cuenta de que podría haber sido la suya.

Los ataques eran muy extraños. Demasiado centrados en las cosas equivocadas, en las personas equivocadas, como para resultar efectivos. El ataque que había sufrido Anna podría interpretarse como un intento de retenerla a cambio de un rescate o como rehén. Pero la muerte de Sunny no servía para nada. La muerte de Anna no hubiera servido para nada. No entendía por qué los Omegas se habían convertido en un objetivo, especialmente en el caso de Sunny, quien ni siquiera era un lobo. Tal vez el objetivo eran las parejas de dos de los tres lobos más poderosos y dominantes de la conferencia. ¿Pero qué conseguirían con eso? ¿Especialmente cuando las reuniones habían concluido?

Aún no entendía los objetivos de los vampiros, o de quien lucra que estaba detrás de ellos. Nada encajaba.

Omega.

Anna creía que los vampiros trabajaban para un lobo. Su experiencia personal con el enemigo dotaba de mayor peso a su instinto, y Charles confiaba en su criterio; el Hermano Lobo confiaba ciegamente, y con eso tenía más que suficiente.

Fuera cual fuese el objetivo final, a Charles se le ocurría al menos una razón por la que un lobo contrataría a alguien para matar a Sunny y atacar a Anna. A un lobo, especialmente a uno dominante, le supondría un gran esfuerzo hacer daño deliberadamente a una Omega, incluso a una Omega humana.

Puede que ni siquiera Chastel fuese capaz de hacerlo.

Charles se separó de Anna y dio un paso atrás para dejarle espacio. Intentó ignorar el alivio que reconoció en su postura corporal. No era una reacción provocada por su contacto, sino por las secuelas de la transformación que se resistían a abandonar su piel y que le hacían desear evitar todo contacto.

—Sois los primeros en volver —le dijo a Anna—. ¿Qué os ha hecho regresar tan pronto?

Anna le miró con una expresión extraña.

—El Hermano Lobo me dijo que me necesitabas.

Charles no tenía la menor idea de cómo responder a aquello. ¿Debía admitir que no sabía lo que el Hermano Lobo se llevaba entre manos o con aquello lograría preocupar aún más a Anna? Antes de que pudiera tomar una decisión, Dana se separó del grupo que rodeaba a Arthur y se acercó a él.

—Existe cierta preocupación sobre el estado mental de Arthur —murmuró la feérica en cuanto llegó a su lado.

Aunque lo que quiso decirle en realidad era que no había ningún otro lobo capaz de controlar a Arthur si este perdía el control. Lo necesitaban allí, de guardián.

—Ahora voy —le dijo Charles.

—Te acompaño —dijo Anna—. No puedo empeorar las cosas, ¿no?

No la quería cerca del resto de los lobos. Había demasiados. Si la atacaban a la vez, no tendría ninguna posibilidad de protegerla.

Pero una Omega podía resultar útil.

—Gracias —le dijo mientras discutía en silencio con El Hermano Lobo—. Toda ayuda es poca.

Arthur estaba sentado en el suelo, meciendo a su pareja entre sus brazos y susurrándole mientras el resto de los lobos se mantenían a la expectativa. Tenía el rostro cubierto de lágrimas y la nariz no dejaba de moquearle.

—Mi Sunny, mi pequeña Sunny.

Irguió la cabeza y clavó sus ojos en Charles.

—Se ha ido.

—Sí —dijo Charles.

—Vampiros —susurró. Y con una voz ronca que rebotó en las altas paredes de la sala, gritó—: *¡Han sido los vampiros!*

—Lo sé. Los encontraré.

—Mátalos. —Arthur tenía el rostro tan crispado por el dolor y la rabia que resultaba casi irreconocible.

—Lo haré.

Arthur apretó con más fuerza el cuerpo de su mujer y enterró el rostro en su hombro.

—No podía soportar hacerse mayor —dijo mientras la mecía entre sus brazos—. Ahora dejará de hacerlo. Mi pobre Sunny.

—Lo superará —le dijo Angus a Charles sin molestarse en bajar la voz—. Si aún no ha perdido la cabeza, no creo que a estas alturas lo haga. Lo mejor será que saquemos a todos del coto de caza. —Y dirigiendo su atención un instante a Arthur, le preguntó—: Arthur, ¿dejarás que te acompañemos a casa? Los otros no tardarán en llegar, y estarán bastante excitados por la caza. —No era muy probable que un cadáver que apestaba a miedo y dolor provocara un frenesí entre los lobos, pero mejor no correr el riesgo.

—Sí. —Arthur, que aún parecía conmocionado, se puso en pie con su mujer entre sus brazos y se tambaleó ligeramente. Charles supuso que el diagnóstico de Angus era un poco precipitado. Aun así, coincidía en que lo mejor era alejarlo lo más posible del territorio de caza.

Pero no podía marcharse solo. No había traído con él a ningún lobo de su manada; una afirmación de poder y, tal vez, de confianza. Pero aquello le dejaba completamente solo con el cadáver de su mujer en un país extraño.

Probablemente, Angus reconoció el pánico en los ojos de Charles cuando cruzó una breve mirada con él. Aquella noche no se sentía con ánimos de reconfortar a nadie. Era algo que no se le daba muy bien, ni siquiera cuando estaba equilibrado.

El Alfa de la Ciudad Esmeralda miró a uno de sus lobos por encima del hombro.

—Envía a alguien para que encuentre a Alan Choo. Y dile a Tom que venga. —Y entonces miró a Charles. No el tiempo suficiente como para que pudiera considerarse un desafío, simplemente para que supiera que se dirigía a él—: Los primos de Alan tienen una funeraria. Su familia se ocupa de nuestros muertos. Saben lo que somos, y ahora pueden ayudar a Arthur. Si Tom y su bruja fueron capaces de enfrentarse a un grupo de vampiros, deberían ser capaces de controlarle a él.

—¿Querías verme, Angus? Estaba esperando fuera. —El único indicio de que aún no se había recuperado totalmente del ataque sufrido era cierta rigidez en sus movimientos, habitualmente gráciles. Su sosegada mirada se detuvo en el angustiado hombre lobo y en el cuerpo de Sunny—. Entiendo. ¿Has enviado a alguien a buscar a Alan?

—Sí. Elige a dos lobos más de la manada. A ver si entre ellos, tu bruja y Alan podéis conseguir que Arthur pase la noche en su casa.

Charles sacó su cartera y extrajo de esta una tarjeta de Arthur; tenía dos, la que le había dado su padre y la que le había dado el propio Arthur.

—Esta es su dirección en Seattle. Alguien también debería llevar el coche de su mujer hasta su casa. Es el Jaguar azul aparcado junto a la puerta. No sé cómo llegó Arthur.

—Yo sí —dijo Tom cogiendo la tarjeta—. Ya me encargo yo. —Solo tardó unos minutos en sacar de allí a Arthur, el cuerpo y un puñado de lobos de Angus con la precisión de un cirujano.

Y el primer vencedor de la cacería apareció en la sala justo cuando Tom cerraba la puerta. Charles echó una ojeada a su alrededor y localizó a Anna. Estaba hablando con expresión solemne con Ric e Isaac.

Dadas las circunstancias, mejor que hablara con ellos que con él. Sentía la necesidad de alejarla de allí, subirla al avión y llevarla a casa, donde no podrían alcanzarla los vampiros ni quien fuera que estuviera tras ellos. Encerrarla en casa y atrancar la puerta.

Sí, mejor que por el momento no hablara con ella.

El primer lobo en aparecer llevaba su bolsa. Incluso en forma humana, Anna la reconoció por el olor, por el rastro de Moira en ella. Cuando el lobo se detuvo frente al grupo en el que se encontraba Anna, también percibió su olor. Aquel era el mismo lobo que habían visto atrapado en la red al principio de la cacería.

—Sí, Valentín —dijo Isaac—. Ya veo que la tienes. Felicidades. —Bajo el mordaz sarcasmo, Anna registró una renuente satisfacción—. Llévatela de aquí, apesta.

El hedor a cerdo en descomposición era insoportable.

El lobo se regodeó un poco más y se alejó hacia donde Dana y Angus le esperaban. Estos cogieron la bolsa y le hicieron una señal.

—De modo que la reunión está condenada —dijo Anna, retomando la conversación que el lobo había interrumpido. Charles no le había contado nada de lo que había sucedido hoy. Tal vez se resistía a reconocer la derrota. Isaac, sin embargo, parecía muy seguro.

—Todo es posible —dijo este encogiéndose de hombros—. Todo excepto que alguien ose desafiar a Chastel. Supongo que todo el mundo regresará a casa sin haber aceptado ninguna de las propuestas del Marrok. —Isaac sonrió a Anna, aunque esta percibió cierto pesar en su expresión—. Y después le llamarán y llegarán a acuerdos secretos. Nada tan bueno como lo que podríamos haber conseguido aquí, pero tal vez, solo tal vez, lo suficientemente bueno como para asegurar nuestra supervivencia.

—¿Por qué nadie se atreve a desafiar a Chastel?

—Porque es tan temible como asegura ser. Los campos de Europa son un cementerio plagado con las tumbas de aquellos que intentaron acabar con la hegemonía de la Bestia. Puede que el Marrok sea capaz de someterlo... pero en el territorio de Chastel no apostaría nunca a favor del Marrok. Puede que aquí sí —Isaac se encogió de hombros—, pero el Marrok no ha venido, y no creo que Charles esté a su altura.

—Pero ha conseguido contenerlo —dijo Anna—. Dos veces.

—Cuando Chastel sale de caza, nunca lo hace abiertamente —dijo Isaac con expresión adusta—. Siempre lo hace furtivamente, a menos que sus presas sean niños o mujeres humanas. —Miró a Anna directamente a los ojos—. Durante los primeros cien años, sabemos que mató a unos cien humanos, aunque probablemente fueron muchos más. En la mayoría de los casos, los cazó a plena luz del día, delante de sus familiares y amigos. Le dispararon, le golpearon, pero nunca le ocurrió nada.

—A finales del siglo XVIII, Chastel concentró sus ataques en Gévaudan, Francia. La situación era tan insostenible que los campesinos dejaron incluso de acudir a los campos. Asustados, los nobles organizaron partidas de caza, cazadores de lobos contratados, que diezmaron a todos los lobos de la región, y también a muchos hombres lobo. El rey de Francia empezó a inquietarse y, según la historia, un hombre llamado Jean Chastel, cuya mujer acababa de morir asesinada a manos de la bestia, fabricó una bala de mosquete tras fundir una cruz de plata. Hizo que el cura del pueblo la consagrara tres veces y salió con un pequeño grupo de cazadores en busca del animal. Cuando la enorme Bestia apareció frente a él, Chastel le disparó la bala de plata y lo mató. Y ese fue el fin de la Bestia de Gévaudan.

—¿Qué sucedió realmente?

—El Marrok le paró los pies —dijo Ric.

—Aún no era el Marrok —le corrigió Isaac—. Lo más probable es que Bran Cornick le diera caza y le dijera que si no se tomaba las cosas con más calma, se encargaría personalmente de ponerlo en manos de las brujas. —Sonrió tímidamente

—. Las brujas eran mucho más poderosas por entonces, y nada le, habría gustado más que torturar a un hombre lobo para obtener su sangre, su carne y su pelo para sus hechizos. Chastel tenía unos cien años y Bran... era *Bran*. En aquel entonces era una amenaza terrible. Ahora Chastel es mucho más fuerte que en aquel tiempo, y más listo... y odia a Bran como cualquier dominante odiaría a otro que lo ha humillado.

—¿Está haciendo todo esto para llegar hasta Bran?

Isaac negó con la cabeza.

—Hay muchas razones. Esa es una más. También está lo que dijo de mantener al Marrok alejado de su territorio.

—¿Cambia en algo las cosas la muerte de Sunny? —Anna seguía intentando encontrar una razón que explicara la muerte de la mujer. Hasta el momento no había encontrado ninguna.

Otro lobo apareció en la sala, resollando y cojeando, pero con una bolsa colgando de su boca. No les prestó la más mínima atención, y solo Anna pareció darse cuenta de su presencia.

Isaac se encogió de hombros en respuesta a la pregunta de Anna.

—No lo sé, pero digamos que es la gota que puede colmar el vaso. Arthur es considerado como el apoyo más importante de Charles, y también el único, aparte de la Bestia, que se arriesgaría a llevarle la contraria. Yo no estoy muy seguro de que ese sea el caso, salvo en el sentido de «el enemigo de mi enemigo». Arthur y Bran... discrepan en muchos temas. Aunque ahora eso tampoco tiene importancia. No creo que Arthur resulte muy útil en las próximas semanas. Perder a tu pareja es... —Su rostro se crispó ligeramente, pero se esforzó por recuperar su habitual expresión bondadosa—. Una cosa es segura: Charles no podrá contar con su ayuda.

El primer lobo en llegar con la bolsa ya había recuperado su forma humana y ahora se dedicaba a buscar su ropa en la pila junto a la pared, completamente desnudo. Anna notó una incomodidad en los pies y recordó que aún tenía los calcetines en los bolsillos de los vaqueros. Se quitó los zapatos presionando en la parte de atrás con el otro pie y se enfundó los calcetines.

Justo cuando apoyaba la rodilla en el suelo para atarse los cordones, el tercer ganador hizo acto de presencia. Era la primera vez que veía su forma de lobo, pero su olor le dijo de quién se trataba: Chastel.

En cuanto entró en la sala, alguien conectó la alarma y las paredes del almacén resonaron con el zumbido grave de una cuenta atrás desde cinco. Y, a continuación, otra cuenta atrás también desde cinco: la tercera bolsa había llegado.

Anna apenas la oyó. Chastel era el hombre lobo más colosal que había visto nunca. Ric tenía un tamaño superior a la media. Charles era aún mayor que el Omega. Chastel hacía que ambos parecieran dos cachorros en estado de gestación. Como un San Bernardo en una habitación llena de pastores alemanes. En estadística, se lo llamaba un valor atípico. Tenía un pelaje moteado en varios tonos marrones: el color perfecto para camuflarse en un bosque.

Cuando la miró a los ojos, los de él amarillentos, salvajes, Anna retrocedió. Topó con Isaac, quien la tranquilizó apoyando las manos sobre sus hombros y enderezándola. Chastel trotó desde la puerta por la que había aparecido hasta el lugar que Anna compartía con sus compañeros de cacería.

Se detuvo frente a ella y dejó caer la bolsa a modo de invitación antes de dar un paso atrás.

—Ya tengo pareja —le dijo ella. Comprendió que Ric tenía razón sobre el hecho de participar en la cacería. Estaba en una sala llena de lobos y no sentía ni el menor rastro de miedo. Junto a Charles, junto a sus nuevos amigos, se encontraba perfectamente en calma—. Y no quiero nada de ti.

Chastel abatió la mandíbula y dejó que le colgara la lengua mientras le sonreía. Cabrón enfermizo. Recogió la bolsa del suelo, se alejó a paso ligero y, con un salto, se abalanzó sobre Anna después de soltar de nuevo la bolsa para liberar sus fauces. Era demasiado rápido para ella. Anna se echó hacia atrás y volvió a topar con Isaac, quien permanecía completamente inmóvil.

No tenía la más mínima oportunidad de evitar a la Bestia, por lo que se limitó a esperar la dentellada de sus colmillos. La sangre le subió a la cabeza y solo dispuso del tiempo necesario para comprender que estaba a punto a morir. Iba a hacerlo delante de todos aquellos lobos, y ninguno de ellos sería capaz de intervenir hasta que ya fuera demasiado tarde.

Pero no tenía miedo. Nunca había temido a la muerte, sino al hecho de sentirse indefensa.

Chastel detuvo el ataque girando la cabeza en el último instante e hizo chocar las mandíbulas a pocos centímetros de su cuello, el cual podría haber alcanzado perfectamente con las cuatro patas en el suelo. Demasiado tarde, Isaac se echó para atrás, arrastrándola con él. Chastel les miró con una expresión satisfecha, dio media vuelta para recoger la bolsa... y el Hermano Lobo arremetió contra él por su lado ciego.

El ataque fue rápido y silencioso; Anna estaba tan sorprendida como Chastel. No le vio moverse, ni siquiera percibió la transformación.

Mientras Chastel gemía y gruñía, Charles combatía en silencio, lo que resultaba doblemente aterrador. Chastel parecía incapaz de contrarrestar la fuerza de su ataque. Para Charles era un duelo a muerte; Chastel aún trataba de averiguar qué había ocurrido.

No era la primera vez que Anna le veía luchar, pero siempre había sido en situaciones en las que Charles estaba herido, cansado o reacio a hacerlo, y siempre en forma humana. El Hermano Lobo a la ofensiva era algo completamente distinto. No había inteligencia ni planificación alguna.

Los otros lobos retrocedieron para dejarles espacio. No hubo gritos de ánimo ni comentarios estridentes. Los testigos contemplaban en silencio, con intensidad, las

acometidas con garras y colmillos de los dos lobos. Aquello no era un juego y nadie lo consideraba como tal.

A Charles no parecía preocuparle la diferencia de tamaño. En cuanto Chastel se concentró en la lucha, esta dejó de ser tan desigual como lo había sido al principio, convirtiéndose en algo brutal. El pelo impedía comprobar los daños que se infligían mutuamente, pero los dos estaban sangrando. Cuando se separaron, las cabezas inclinadas, los colmillos al aire, la sangre que resbalaba de sus cuerpos formó pequeños charcos en el suelo de madera.

Chastel arremetió e hincó sus colmillos en la pata trasera de Charles. Antes de que el lobo francés pudiera agarrarlo con fuerza, Charles se revolvió como un contorsionista del Cirque du Soleil y le clavó los colmillos en el hocico. Anna oyó el crujido desde donde estaba.

Chastel concentró todo su esfuerzo en liberar su hocico y, en el proceso, soltó la pata de Charles y empezó a estirar, empujar y a contornearse, cualquier cosa para deshacerse del otro lobo. El Hermano Lobo, o sea Charles, contuvo la presión de su mandíbula como un bulldog, y los esfuerzos del lobo francés por liberarse se fueron haciendo cada más débiles. Hasta que sus ojos se cerraron y su cuerpo se convulsionó, impotente.

Algo intentó desviar la atención de Anna, una sutil voz interior que no dejaba de repetir: *mira aquí, mira aquí*, pero Anna estaba demasiado ocupada intentando comprobar si Charles estaba gravemente herido.

Angus dio un paso al frente.

—Suéltalo, Charles.

El Hermano Lobo irguió la cabeza, arrastrando con ella el formidable cuerpo lánguido de Chastel. Miró a Angus a los ojos y gruñó. Angus palideció y retrocedió media docena de pasos hasta topar con Dana, quien contemplaba la pelea demasiado complacida.

Cuando Anna se fijó mejor en la feérica, cuyo trabajo era mantener el orden, un escalofrío le recorrió la espalda. *Sí, allí. Fíjate bien. No quiere que salga con vida.*

El deseo estaba escrito en su cuerpo, no en su rostro, el cual solo mostraba preocupación. Pero su cuerpo la traicionó. La ansiedad en el modo en que flexionaba los dedos, la forma en que cambió el peso de su cuerpo: estaba lista para saltar sobre su presa. La cacería no había terminado y, para la feérica, Charles era el anillo de rubí al final de la misma.

El lobo de Anna le dijo: *La detendremos. Nadie hace daño a aquel que es nuestro.*

—Sí —susurró Anna.

—Charles Cornick —dijo Dana—, has perturbado la paz. Suéltalo.

El Hermano Lobo no se dignó ni a mirarla. ¿Cómo la había llamado? La-Que-No-Es-De-Los-Nuestros, la que cree gozar de la autoridad en un lugar que les pertenece a los hombres lobo. Anna interpretó los pensamientos de Charles a partir de su lenguaje

corporal. Chastel intentó de nuevo desembarazarse de su oponente y este se agachó todavía más para compensar su peso. Tras unos segundos, el lobo francés volvió a quedarse inmóvil.

Anna no sentía ninguna inquietud por lo que pudiera sucederle a Chastel, pero sí por las consecuencias que aquel acto podía acarrearle a Charles. Su preocupación habría sido menor de haber sabido que su pareja se enfrentaría a la feérica. Pero en el fondo Charles era un hombre de orden. Si Chastel moría porque había intentado aterrorizar a Anna, y la feérica decidía que aquello era una violación de la tregua, Charles aceptaría la sentencia sin rechistar. Anna no sabía qué podía hacerle la feérica pero tampoco tenía intención de averiguarlo.

—Charles, suéltalo —dijo mientras se adentraba en la zona despejada. Había estado a punto de dirigirse a él como Hermano Lobo, pero le pareció algo demasiado íntimo y privado como para compartirlo con los demás.

Sin embargo, quien se dio la vuelta para mirarla con ojos entelados por la ira fue el Hermano Lobo, no Charles. Intentó ampliar la conexión entre ambos, pero Charles se mantenía fuera de su alcance, intentando protegerla de lo que era.

Anna se acercó a él y le acarició el hocico, ignorando la furia que bullía en su interior y que, finalmente, hizo que emitiera un gruñido áspero y airado.

—Ábrete. —Hasta el momento no había estado asustada, pero sus gruñidos, el olor de la sangre y otras cosas le hicieron recordar cuando la sangre y la desesperación habían sido suyas.

Le temblaban las manos y respiraba a través de la nariz, como un caballo de carreras al final del Derby de Kentucky. No obstante, le introdujo el dedo gordo en su boca y tiró con fuerza; los caninos se deslizaron por el borde de su mano y le produjeron un corte.

En cuanto el Hermano Lobo saboreó su sangre, soltó a su presa y se alejó rápidamente de ella; la cabeza del lobo francés cayó pesadamente al suelo. Anna no sabía si Chastel estaba vivo o muerto y, aunque tampoco sentía mucho interés por averiguarlo, era consciente de que dentro de poco tendría mucha importancia. Por ahora, toda su atención estaba en el Hermano Lobo.

Cuando el lobo rojo que era a un tiempo el Hermano Lobo y Charles la miró fijamente a los ojos, Anna supo que solo vio una de todas las cosas que podría haber visto en ellos. Anna estaba aterrorizada, de la feérica, de la sangre y de la violencia, de su propia audacia, pero lo único que veía el lobo era el miedo, no las razones que lo provocaban.

Le sostuvo la mirada unos segundos más y, a continuación, salió al trote de la habitación; la puerta se abrió sin que nadie la tocara y se cerró en cuanto salió por ella.

—Id tras él —dijo Dana con una voz de cristal tallado—. Ha derramado la primera sangre.

Su voz dotó de ímpetu a hombres que hasta el momento habían sido simples observadores y estos se encaminaron hacia la puerta.

—Deteneos —dijo Anna... y entonces hizo algo que no había hecho nunca, al menos no de aquel modo. Pero su lobo sabía cómo hacerlo... ya había recurrido al poder de Charles para transformarse más rápido de lo que lo había hecho nunca y ahora volvió a recurrir a él para dotar a su voz de una fuerza desconocida—. *Deteneos.*

Y los lobos, a cuatro patas o erguidos, quienes habían empezado a moverse impulsados por la orden de Dana, se detuvieron y se dieron la vuelta para mirar a Anna.

La feérica también la miró, y su voz contenía un poder similar.

—Ha derramado la primera sangre. Soy una feérica, no puedo mentir. Di mi palabra de que el primero en derramarla sería castigado: sangre por sangre. Las paredes claman a gritos exigiendo que sea satisfecho mi juramento.

Sin apartar la mirada de Anna, apoyó una mano en Angus, quien seguía de pie a su lado.

—Liam Angus Magnusson, hijo de Margaret Hooper, hijo de Thomas Magnusson. Por tu nombre verdadero, te exijo que me traigas a Charles Cornick.

Angus dio un paso en dirección a la puerta.

—No —dijo Anna, y su lobo convirtió la orden en perentoria.

Angus se dio la vuelta con una tímida sonrisa en su rostro.

—Sí, mi señora —le dijo a Anna. Su sonrisa se amplió—. Olvidas algo, Dana Shea. La cacería había concluido. La alarma sonó antes de que Charles atacara, de modo que la norma de sangre no es aplicable.

El rostro de Dana perdió toda expresión y, por un instante, Anna percibió en sus ojos el ansia por la muerte de Charles, por cualquier muerte. Un ansia que no podía rivalizar con nada que hubiera visto en los ojos de un hombre lobo. No obstante, la feérica logró recuperar el control y se alisó con las manos el traje chaqueta, como si estuviera arrugado.

—Ah. Tienes razón.

—Chastel amenazó a Anna, la pareja de Charles —continuó Angus rápidamente—. Fuera del coto de caza, una cosa así justifica el ataque bajo nuestras leyes.

Tenía razón. Anna había estado tan abstraída intentando descubrir cómo se sentía Charles que no había analizado la situación en perspectiva. A pesar de que Chastel no le había hecho daño, la amenaza era suficiente para justificar el vehemente ataque de Charles. Puede que Charles no lo sintiera de aquel modo, pero el resto de los lobos sí, y aquello era motivo suficiente para obligar a Dana Shea a cambiar de postura.

—Traedlo vivo —dijo Dana.

—No está muerto —anunció Ric, quien se había arrodillado con Michel, el Alfa francés, junto al cuerpo de Chastel. Alguien, tal vez el propio Michel, murmuró:

—Una lástima.

Angus se acercó al lobo tendido en el suelo para examinarlo de cerca.

—Ni siquiera está gravemente herido —dijo, también con un sutil tono de decepción—. Charles solo lo ha dejado inconsciente. Estará bien en unos minutos, aunque el hocico le dolerá unos cuantos días.

—Bien —dijo Anna. Pasó junto a Angus y Dana pero se detuvo al llegar a la puerta—. Tema resuelto. Iré a buscar a Charles.

No había llegado a la valla, como había esperado que hiciera.

Anna no tenía mucha experiencia rastreando, y la poca que tenía era sobre la nieve. Si su presa no hubiera sangrando como un cerdo ensartado, la gravilla habría sido un obstáculo insalvable. Era evidente que el rastro se alejaba en la dirección contraria de la valla. Le preocupaba toda aquella sangre, así que apretó el paso. La gravilla se convirtió en lodo, y el lodo no se diferenciaba en mucho de la nieve. Charles tenía unas pezuñas considerables, y sus garras habían dejado huellas profundas en el barro, en dirección al agua que rodeaba la zona de almacenes en la que se encontraban.

No había corrido, sino que había avanzado a un trote ligero que a Anna le hizo abrigar esperanzas de que no estuviera tan malherido como la pérdida de sangre podía indicar. Las huellas la llevaron hasta la parte trasera del complejo. Charles, pese a las heridas, había sido capaz de saltar tres metros y medio de reja coronada por alambre de espino. Anna no estaba muy segura de poder hacer lo mismo, ni siquiera en forma de lobo. Y no tenía intención alguna de volver a transformarse a no ser que fuera necesario. Tal vez dentro de veinte minutos. Pero no iba a quedarse de brazos cruzados todo ese tiempo.

Había percibido algo extraño en la mirada del Hermano Lobo. Una locura... una furia desconocida. Mientras contemplaba la valla metálica, recordó el desafío que Charles le había planteado cuando visitaron a Dana Shea en su casa flotante. Ambos lo habían olvidado.

—¿Qué tipo de feérico es Dana Shea? —murmuró Anna para sí mientras trataba de encontrar un modo de cruzar la verja. Era evidente que Dana era lo suficientemente poderosa como para atemorizar a un trol; y lo suficientemente fuerte como para ser un Señor Gris, aunque Anna no tenía la menor idea de cuánta fuerza haría falta para convertirse en uno. Y ahora también sabía que era capaz de devorar a alguien; no le cabía la menor duda de que el ansia que había demostrado la feérica era propia de un depredador. Y también había algo relacionado con el agua. Dana vivía en una casa flotante y, en su interior, tenía una fuente y un estanque.

La Belle Dame Sans Merci. La hermosa dama sin piedad que atraía a los hombres al río o al arroyo en el que habitaba para ahogarlos en él. Haciéndoles creer algo que no era cierto.

Haciéndoles creer algo que no era cierto.

Charles había demostrado ser inmune a su hechizo de atracción. Pero puede que no fuera inmune al resto de su magia.

Pese a que Charles parecía estar aquella noche en el límite de su control, era listo, despierto... y había atacado después de que Chastel se retirara, algo muy poco característico en él. Anna había estado preocupada por las consecuencias del ataque, por el modo en que afectarían a Charles sus acciones. No se había detenido a pensar que el motivo de ello era que sus acciones se alejaban mucho de su proceder habitual.

Su pareja sabía más cosas sobre Dana, él mismo se lo había dicho, y seguramente Bran sabría incluso más que Charles. Le preguntaría sobre ello, le contaría lo que había visto en el rostro de Dana... en cuanto le encontrara.

Se acercó al poste más próximo y tiró de la verja hasta que hubo desprendido todos los ganchos que la mantenían sujeta al poste. Entonces tiró de ella hacia arriba con toda la fuerza de sus brazos y hombros. Un humano de su tamaño y constitución no podría haberlo hecho; una de las ventajas de ser un hombre lobo. Cuando terminó, ante ella se abrió un orificio lo suficientemente grande como para colarse por él. Debía recordar decirle a Angus que arreglara la verja.

Siguió la pista de Charles sin apresurarse. No sabía qué encontraría al final del rastro, pero tenía la intuición de que el tiempo corría a su favor.

¿Estaría preparado para enfrentarse al grupo de lobos que Dana se había dado tanta prisa en enviar tras él? ¿Para enfrentarse a los lobos más fuertes de Europa? ¿O a la propia Dana? Cuando ella recurrió a su poder para detener a la feérica, ¿lo habría sentido? ¿Podía sentir ahora cómo se aproximaba a él? El vínculo que les unía vibraba con fuerza y tensión, pero aquello era lo único que podía percibir a través de él.

Un momento... descubrió que al pensar en ello, podía saber dónde estaba Charles. Estaba liberando el vínculo, ocultándose con menos determinación. Anna se detuvo ante aquel pensamiento. ¿Por qué estaba ocultándose de ella?

No era un hombre violento por naturaleza. Lo sabía porque había sido testigo de su dulzura. Se había convertido en el hombre que su padre necesitaba, su asesino, su mano ejecutora. Y era extremadamente bueno en su trabajo.

El Hermano Lobo ansiaba la sangre y la carne, pero su lobo no: aquella era una de las diferencias que le otorgaba su naturaleza de Omega. Recordó a Charles deteniéndose frente a la casa de su padre ante el olor de la sangre y el dolor. Le había preguntado a ella si podía olerlo y después le había dicho que, de no ser una Omega, el olor le habría abierto el apetito.

Aunque él sí que estaba hambriento, no se lo dijo.

En su forma de lobo, Anna disfrutaba comiendo carne cruda. Pero cuando era humana, la sangre olía a sangre, no a comida.

Anna reemprendió la búsqueda y se dio cuenta de que se dirigía colina abajo, hacia... entrecerró los ojos pero no pudo distinguir si era el Sound o algún otro de los numerosos lagos salados que rodeaban Seattle en todas direcciones. No había

pensado en preguntárselo cuando se dirigían hacia allí; había estado demasiado preocupada por la cacería.

Encontró un estrecho sendero junto a un arroyo también estrecho que discurría entre las zarzamoras, en aquella época del año sin un solo fruto y llenas de hojas muertas y espinas. El sendero estaba embarrado, y a cada paso que daba los zapatos quedaban medio sepultados en el lodo, que parecía amenazarla con tragársela entera y arrastrarla hasta el arroyo.

Distinguió las profundas huellas de Charles donde debió de haberse detenido a beber. Sabía que sangrar daba mucha sed. El rastro de sangre cada vez era más difícil de seguir. Confiaba en que aquello indicara que se estaba curando. Los lobos más dominantes lo hacían muy rápido, a menos que las heridas se combinaran con plata, cansancio o magia.

Pese a todo, no podía evitar preocuparse por él.

De modo que sintió un gran alivio cuando llegó a la playa, una franja de tierra pedregosa, húmeda y fría, y le vio sacudiéndose el agua del pelaje. Se había bañado para deshacerse de la sangre.

—Muy valiente —le dijo Anna—. El agua debe de estar congelada. —Aunque Charles nunca le había dado motivos para dudar de su valor.

Unos ojos ambarinos la observaron descender los últimos metros de la colina con más agilidad de la que esperaba, aunque dio un traspié al pisar las pequeñas rocas de la playa.

—Cuando estés listo —le dijo al Hermano Lobo—, me gustaría hablar contigo sobre algunas cosas. Por ahora estamos a salvo. He dejado a Angus al mando. —¿De verdad? Puede que hubiera sido Angus quien se había hecho con el mando.

Solo había una diminuta franja de playa en la que las rocas tenían cierta altura y estaban secas. Se miró los embarrados zapatos y, tras llegar a la conclusión de que nada podría empeorar su estado, dio un paso adelante e introdujo los pies en unos quince centímetros de agua helada.

—Está muy fría —dijo antes de empezar a caminar por la orilla al comprender que su cuerpo se negaba a permanecer inmóvil.

Capítulo 10

Charles no se movió de donde estaba, las patas sumergidas en un palmo de agua helada. Había estado esperando al escuadrón de la muerte pero, en su lugar, había aparecido la bella, lo que le dejó extrañamente indefenso.

Anna avanzó por la orilla, sus zapatos embarrados chapoteando en el agua que cubría las rocas. En todas direcciones había muelles que se adentraban en las aguas oscuras. Cuatro o cinco muelles más allá, varios hombres cargaban una embarcación; le llegaron con total nitidez los típicos ritmos guturales de su conversación. Estaban lo suficientemente lejos como para que no repararan en la presencia de una mujer y su enorme perro paseando por la orilla.

Decidió que Anna se había alejado mucho de él y apretó el paso para mantenerla a una distancia de seguridad. No había matado a la Bestia tras haberla amenazado... un gruñido emergió de su garganta solo con recordarlo. Tendría que haberlo matado. Debería haberle partido el pescuezo para asegurarse de que nunca más hacía daño a los débiles e indefensos. Para asegurarse de que no hiciera daño a su Anna, pese a que esta había demostrado con creces que no era ni débil ni estaba indefensa.

El Hermano Lobo olisqueó el aire y descubrió que los otros lobos no estaban cerca. A unos metros por delante, Anna encontró un tronco que había arrastrado la marea, un trono para su señora. Pero antes debía encaramarse a él.

Charles rodeó el tronco para asegurarse de que era estable y, al intentar aproximarse a ella, descubrió que no le resultaba nada fácil.

No era la primera vez que Anna le veía en acción, que le veía matar a alguien, y jamás había demostrado la menor inquietud al respecto. Pero Charles sabía que aquello había sido distinto. Aunque había sido un acto provocado, podría haberlo evitado.

Chastel valoraba demasiado su cobertura como para intentar algo frente a una manada de lobos enemiga. No le habría hecho nada a Anna, al menos no en aquel momento. Sin embargo, Charles no había pensado en nada de eso; lo único que vio fueron los colmillos en el cuello de Anna y él mismo recorriendo la distancia que le separaba de ella en el menor tiempo posible.

La miró solo para confirmar de nuevo que sus peores temores no se habían cumplido. Había encontrado un sitio confortable sobre el tronco. Se desperezó y apoyó la cabeza en el brazo extendido, el rostro girado en su dirección.

Le había dicho que quería hablar con él de ciertas cosas, aunque no le había dado la impresión de que estuviera molesta o, peor aún, decepcionada.

Y había algunas que necesitaba saber. Por ejemplo, por qué no habían aparecido los lobos para reducirlo; había oído a Dana dar la orden, los había estado esperando.

O por qué había dicho que había dejado a Angus al mando, aunque sospechaba que tenía algo que ver con la sacudida que había sentido poco después de salir del almacén.

Si el Hermano Lobo no hubiera tenido el control, Charles se habría limitado a esperar el ataque de los otros lobos tras la orden de Dana. No obstante, el Hermano Lobo había reclamado la opción de elegir el terreno. En la orilla del lago podía evitar que los atacantes le flanquearan; los hombres lobo no nadan, se hunden.

Y el elemento de Dana era el agua dulce, no la salada.

Sin embargo, Anna había convertido en innecesarios todos sus planes de batalla. La partida de caza había sido anulada y Angus, no Dana, se había quedado al mando. Anna, sentada tranquilamente sobre el tronco, le observaba por el rabillo del ojo mientras él se paseaba de un lado al otro.

Guardó las distancias un poco más. Mientras permaneciera en forma de lobo y la tuviera a cierta distancia, no podría decirle que... ¿qué? ¿Que estaba molesta por su reacción? ¿Que la había asustado? O, aún peor, ¿que había disfrutado? La conocía lo suficiente para saber que era incapaz de decir cualquiera de aquellas cosas.

De modo que no supo por qué se acercó a ella como lobo y no como hombre. Anna se incorporó y dio unas palmaditas al tronco, invitándole a subir. Cuando lo hizo, ella le rodeó con sus brazos y le acarició con sus largos dedos las orejas y las partes más sensibles del rostro.

Se inclinó hacia delante y le dijo:

—Te quiero.

Justo lo que necesitaba. Respiró profundamente y se transformó. Anna se echó hacia atrás para dejarle espacio.

—¿Cómo es que no tienes cuatro docenas de camisetas rojas y azules y cincuenta pares de botas? —le preguntó Anna cuando hubo terminado—. ¿Crees que podría utilizar el vínculo para recuperar mi forma humana vestida en lugar de hacerlo completamente desnuda?

Charles se miró a sí mismo y vio que estaba totalmente vestido, como siempre. No había conocido a ningún otro hombre lobo capaz de salir de la transformación de aquel modo. No sabía si se debía a la magia de la licantropía o la que había heredado de su abuelo chamán. Solo sabía que había empezado a ocurrirle a los catorce o quince años; en la tribu de su madre la desnudez no estaba muy bien vista. Por aquel entonces siempre eran pieles de ante; aún podía hacerlo si se concentraba.

Charles se dio la vuelta para mirarla. Observó detenidamente su rostro radiante, lo acogió entre sus manos y la besó como si no pudiera saciarse de ella. Anna abrió la boca y dejó que bebiera de ella, recibéndolo con suaves caricias y débiles gemidos. Ni siquiera llevaban juntos el tiempo suficiente como para que se hubieran convertido en rutinarios los gestos más básicos, pero Charles estaba convencido de que jamás daría por sentado sus besos, el roce de su lengua, sus dientes, sus labios.

Cuando sus labios se separaron, dejó el rostro pegado al de ella.

—No lo sé. Tendremos que averiguarlo juntos... Quizá tengamos que empezar a contar las camisetas rojas.

—¿Por qué roja? —preguntó ella—. ¿Por qué no verde o azul, como otras veces? ¿Puedes elegir el color?

Charles empezó a reír. Necesitaba aquello, las pequeñas intimidades que no había tenido antes de conocer a Anna.

—No lo sé. Nadie me lo había preguntado hasta ahora, y yo tampoco le prestaba mucha atención.

Anna acercó los labios a su oreja. La calidez de su aliento consiguió repentinamente despertar su interés.

—Apuesto a que a más de uno se lo preguntaba. Pero el gran lobo malo les aterrorizaba demasiado.

Charles volvió a reír. El alivio que sentía en su presencia, y no solo por ser una Omega, casi convertía la risa en un imperativo, independientemente del motivo que la provocara.

Anna se separó de él con el rostro aún radiante.

—Dana es una feérica acuática, ¿verdad? Una de esas criaturas que atraen a los hombres a los arroyos para ahogarlos.

—Sí.

—¿Cómo lo hizo? ¿Fue un impulso o algún tipo de manipulación?

Charles fue incapaz de interpretar su expresión.

—No lo sé. ¿Por qué lo preguntas?

—No es normal que pierdas el control de ese modo... no sin planificarlo mejor. Y Chastel, ¿cuántos años tiene? ¿No crees que su modo de proceder habitual es mucho más sutil que el que ha demostrado esta noche? Captura a niños pequeños y a mujeres humanas delante de gente demasiado débil para oponer resistencia. Jamás se enfrentaría a ti de ese modo, y mucho menos cuando tenías motivos para atacarle cara a cara.

Con Anna a su lado, el Hermano Lobo se tranquilizó considerablemente, lo que permitió a Charles reflexionar mejor sobre los extraños acontecimientos de aquella noche.

—No creas. A veces se comporta de un modo irracional, y es evidente que no es ningún cobarde. Le gustan los juegos. Cuando se abalanzó sobre ti, de haber querido, podría haberte matado con una simple dentellada. Pero no lo hizo. Así es la Bestia de Gévaudan. —Aunque Anna tenía razón; el comportamiento del francés había sido muy extraño—. Sin embargo, cuando dejó la bolsa con el premio a tus pies, eso sí que fue poco habitual. —Reflexionó sobre aquello un instante—. Incluso romántico. Nunca he oído que Chastel tuviera una pareja. Para él, las mujeres son solo presas. Como los niños. Es como si su fragilidad sacara lo peor de él.

—Nos dijo a Ric y a mí que era todo lo contrario a un Omega. Toda la violencia, ni rastro del impulso protector.

Charles levantó las cejas instintivamente.

—Todo es cuestión de perspectiva —dijo—. Yo lo llamaría simplemente sociópata. Mi padre prefiere llamarlo el mal.

—Coincido con él —murmuró Anna jugueteando con la corteza: estaba tan podrida que saltaba al menor roce.

—Pero lo de la bolsa no ha sido típico de él —dijo Charles—. Y... lo que hice yo tampoco. No de ese modo. Pese a saber que ni siquiera te había rozado, estaba convencido de que te había desgarrado la garganta. ¿Crees que la feérica ha tenido algo que ver en eso?

—Me ha parecido ver en su rostro el ansia de sangre cuando has atacado a Chastel. Lo primero que ha salido de sus labios ha sido una acusación, de algo que en realidad no habías hecho. La muy estúpida no recordaba que en cuanto sonaba la alarma, la caza concluía. —Anna clavó las uñas en la corteza como si fueran garras. Su voz sonó dura—. Te quería como presa.

Y Charles comprendió de repente que la razón por la que Dana no había logrado atraparlo estaba sentada junto a él en el tronco. Su Anna no parecía muy fuerte, con aquel rostro pecoso y aquel cuerpo al que no le hubieran sobrado cinco kilos más pese a ser considerablemente más sólido y resistente que la primera vez que la había visto. Pero era más dura que la piel de un viejo zapato, y lo consideraba suyo, lo protegía con uñas y dientes.

—Dana no sabía a quién se enfrentaba —murmuró él con una mezcla de sobrecogimiento y regocijo.

—Exacto —dijo Anna—. Esta noche ella también estaba de cacería. No sé quién era su presa inicialmente... Aunque es probable que haya sido algo parecido a cuando un lobo dominante llega a una nueva manada y busca al macho más amenazador para establecer su lugar en el grupo. No sé si ha sido algo premeditado o simplemente ha sucedido.

Charles captó un olor y giró la cabeza.

—Angus —dijo mientras el lobo se acercaba a ellos.

—He dejado que me olieras —dijo Angus a la defensiva.

—Gracias. —Charles comprendió que con aquello no era suficiente. Angus seguía incómodo tras haberlos interrumpido—. Te lo agradezco. ¿Qué sabes? — Porque era evidente que llevaba un rato entre las sombras, y si no hubiera tenido nada que decirles, habría desaparecido tan silenciosamente como había llegado.

—No he podido evitar oír parte de la conversación —dijo Angus—. Anna tiene razón. Reconocí la magia feérica en acción, pero no me di cuenta de lo que había hecho hasta que atascaste a Chastel. Pretendía que lo mataras.

—Creía que no podían hacer eso —dijo Anna.

—Pues parece que no es imposible —dijo Charles—. No sé por qué no lo hacen, solo que no lo hacen. Nunca. No incumplen sus juramentos y nunca mienten.

Siempre he oído decir que no pueden hacerlo. Siempre. Pero parece ser que ella lo ha hecho.

—Pregúntaselo al Marrok —sugirió Angus.

Charles hizo ademán de buscar el móvil pero se detuvo.

—No llevo el móvil encima —les dijo.

A Anna se le escapó la risa.

—¿Todas esas camisetas rojas y ningún móvil? Yo tampoco tengo el mío. Lo dejé en el coche.

Angus le pasó el suyo.

—¿Camisetas rojas? ¿Me he perdido algo?

—No —dijo Charles mientras marcaba el número de su padre y se llevaba el aparato a la oreja. Cuando contestó, tardó varios minutos en poner al día al viejo bardo. Bran escuchó su letanía sin interrumpirle ni una sola vez. Cuando hubo terminado, su padre se tomó su tiempo antes de empezar a hablar.

—Seis vampiros cazando juntos —dijo finalmente.

Aunque no era una pregunta, Charles la contestó de todos modos.

—Sí.

—Lo investigaré. Últimamente han aparecido algunas noticias; las estudiaré más detenidamente. Tiene toda la pinta de ser el trabajo de mercenarios: asesinos contratados. Angus no ha tenido problemas con los vampiros de Seattle desde hace mucho tiempo, y si fueran de la ciudad, Tom los habría reconocido. Vampiros en un monovolumen huele a coche alquilado...

—Tengo la matrícula —dijo Anna—. Yo también creo que es alquilado. Un monovolumen americano de menos de cinco años. —Le cantó las tres letras y los tres números.

Le gustara o no, las llamadas telefónicas entre hombres lobo siempre acababan convirtiéndose en conferencias telefónicas. Al menos no tenía que repetir lo que decían los demás.

Oyó el roce del lápiz sobre el papel mientras su padre tomaba nota de la matrícula.

—Lo comprobaré —dijo cuando terminó de escribir—, pero apostarí a que Anna tiene razón. Los encontraremos antes de otro modo. ¿Crees que han sido entrenados por un hombre lobo?

—Luchaban como una manada —dijo Anna—. Tomaban las decisiones que hubiera tomado un lobo. Y se protegían con la magia de la manada.

—Tom opina lo mismo —dijo Angus—. Ha estado en unas cuantas peleas y puede recurrir a la magia de la manada como los mejores.

Se produjo otra pausa y a continuación el Marrok preguntó con un tono de voz que, para aquellos que le conocían, parecía anunciar la llegada del Apocalipsis:

—¿Podéis demostrar que Dana provocó la pelea?

Charles miró a Anna.

Y esta negó con la cabeza.

—No. Tendrías que haber estado aquí.

—Sí —dijo Angus—. Yo lo vi, pero no creo que nadie más haya entendido lo que ha presenciado. Me ha ordenado perseguir a Charles después de negarme a hacerlo. Me ha hechizado con mi nombre verdadero. Hace más de cien años que no lo oía en boca de nadie, y hace cien años no era nadie. Aún no era Alfa, ni siquiera vivía en este país. Sería interesante averiguar cómo lo descubrió. Después de todo este tiempo, no deben de quedar ni diez personas que lo conozcan.

—¿Te hechizó con tu nombre verdadero y no la obedeciste?

Angus levantó la cabeza y soltó una carcajada.

—Por el Amor de Dios, Bran. La primera vez que vi a tu nuera estaba temblando de pies a cabeza en un auditorio lleno de depredadores y pensé que tu hijo había encontrado a un conejo y no a un lobo.

—Gracias —dijo Anna con un tono de voz cortante.

Angus, que no parecía en absoluto intimidado, la miró con una sonrisa de oreja a oreja. Sin embargo, cuando volvió a hablar, se dirigió a Bran.

—Pensaba que no serviría para mucho, hasta que mató al vampiro y le paró los pies a la vieja hada. Allí estaba yo, bajo el hechizo de Dana, y entonces oigo a Anna, «Deteneos». Maldita sea, no pude evitarlo, tuve que obedecerla pese al influjo de la feérica. Rompió su hechizo con la misma facilidad con la que lo hubieras hecho tú mismo.

—Tendrías que haber visto lo que hizo con una bruja hace un par de semanas —dijo Bran afablemente—. *Asil* llevaba doscientos años huyendo de ella, y el «conejo» de mi hijo la mató en forma humana y solo con un cuchillo.

—¿*Asil*? —preguntó Angus, sorprendido—. ¿*Asil* el Moro?

—El mismo —dijo Charles.

—Ya no me siento tan mal tras ser rescatado por un conejo —dijo Angus burlonamente.

Anna le miró con los ojos entornados.

—Si vuelvo a oír la palabra conejo, te arrepentirás.

El Marrok rompió el silencio tras la amenaza de Anna.

—Si voy ahora...

—No —dijo Charles sin dejarle terminar la frase.

Su padre suspiró.

—Te has fijado en el «si», ¿verdad?

No había respuesta para aquello, de modo que Charles se limitó a esperar.

Satisfecho tras haber llamado al orden a su hijo, Bran continuó:

—No creo que sirva de nada a estas alturas. Evidentemente no ayudaría en nada a las negociaciones. Chastel se ha salido con la suya y ahora tendremos que bailar a su ritmo.

—Lo siento, señor —dijo Charles.

—No te preocupes. Habría ocurrido lo mismo de haber acudido en persona. Hasta que algún europeo decida librar al mundo de la presencia de Chastel, tendremos que movernos al ritmo que él marque. Lo sorprendente hubiera sido que aceptara jugar según nuestras normas.

—No es un anti-Omega —dijo Anna—, sino un anti-Marrok.

Charles le explicó a su padre la referencia y este se rio con ganas. Algunas personas podrían llegar a la conclusión de que aquello significaba que no estaba enfadado, y se habrían equivocado.

—Supongo que tiene razón.

—¿Por qué no te encargas tú de él? —preguntó Angus de repente.

—No puedo hacerlo —respondió Bran. Y unos segundos después, demostrando que no era la primera vez que pensaba en ello, añadió—: Si lo hiciera, tendría que ocuparme también de Europa, y te aseguro que por el momento tengo más que suficiente con mi territorio. No necesito más preocupaciones. ¿Estás buscando trabajo, Angus?

—Por Dios, no. —El líder de la Manada de la Ciudad Esmeralda esbozó una sonrisa de agradecimiento—. Aunque tampoco podría con Chastel. Tu hijo es un adversario despiadado y brutal. Lo había visto pelear antes con la cabeza fría, pero cuando está enfurecido... No tardó ni dos minutos en inmovilizarlo.

—Las peleas de Charles siempre terminan rápido —dijo Bran—. Casi todas las peleas importantes terminan rápido. No somos como los gatos, a quienes les encanta jugar con la comida.

Charles oyó suspirar a su padre antes de cambiar de tema.

—Bien. Charles, tal y como veo las cosas, tu trabajo ahora es encontrar a los vampiros que mataron a la pobre Sunny. Elimínalos y descubre quién los contrató. Mañana sigue con las reuniones como hasta ahora, y recuerda que no podemos obligar a nadie a aceptar nuestra ayuda. De todos modos, creo que te escucharán. Les ayudaremos como podamos. Este es el único modo de que sepan que lo haremos. E intenta que Dana no vuelva a hacerte matar a alguien contra tu voluntad.

—Ha roto su palabra —dijo Anna.

—No podemos demostrarlo —le respondió Bran.

—¿Qué ocurre cuando una feérica incumple su palabra? —le preguntó Charles a su padre—. Lo único que sé es que nunca lo hacen.

—No tengo la menor idea —le dijo su padre—. No soy feérico... y tampoco compartimos con ellos tantos secretos. Nunca había oído que uno de ellos incumpliera su palabra. Retorcerla, desfigurarla, pero nunca que rompiera una promesa. Supongo que esperaba que le cayera un rayo del cielo y la partiera por la mitad, pero como no es el caso, sé tanto como tú. —Hizo una pausa—. Ten cuidado. Y si estuviera en tu lugar llevaría puesto el crucifijo y encontraría algo que protegiera a Anna. No es infalible, pero es útil cuando tratas con vampiros.

Y colgó.

—¿Sabes una cosa? —dijo Anna pensativamente—. Estoy un poco decepcionada. Pensaba que tu padre lo sabía todo.

—No —admitió Charles—. Pero se le da muy bien dar esa impresión.

—Y también es un gran improvisador —dijo Angus—. Aunque nunca le he pillado en una mentira —hizo una pausa—. Sabes, puede que él sea ese rayo caído del cielo. Espero poder presenciarlo.

Charles bostezó.

—Bueno, la de mañana es la última reunión. Recurriré a alguna de las propuestas más creativas que me indicó mi padre y después... puede que el final anticipado de las negociaciones, aunque hasta ahora han servido de poco.

—La muerte de Sunny —dijo Anna—. Sé que no está bien que... utilicemos su muerte, pero podría servirnos para concluir las reuniones antes de lo previsto.

Angus asintió.

—No engañaremos a nadie. Todos saben lo que ha hecho Chastel. Pero tal vez nos sirva para guardar las apariencias.

Anna se acurrucó bajo su cuerpo y gimió cuando Charles no pudo contener la risa ante el avance de sus pies fríos en lugares que no era recomendable alcanzar a aquella hora de la mañana. Charles rodó sobre sí mismo hasta colocarse sobre ella, y Anna suspiró alegremente antes de abrir los ojos con un centelleo azulado en la oscuridad de la habitación del hotel.

—Buenos días —le susurró Charles al lobo de Anna—. Los hombres lobo —le informó con solemnidad— somos animales de sangre caliente. De sangre muy caliente. No nos gustan los dedos fríos, gélidos, en ciertas partes calientes.

Anna parpadeó un par de veces.

—Calientes —dijo ella con un ronroneo.

—Sí —respondió él—. Podrías haberte tapado mejor con la manta.

Anna se irguió sobre el colchón y le besó con intensidad, sujetándole la mandíbula con ambas manos.

Mientras ella le besaba, Charles se movió hasta que ella quedó sobre él. A veces el lobo de Anna hacía cosas que la incomodaban, y Charles había aprendido a hacer ciertos ajustes. Uno de ellos consistía en asegurarse de que, a menos que Anna tuviera el control, siempre estuviera encima de él. Cuando despertaba bajo él, solía entrarle el pánico.

No podía comunicarse con el lobo de Anna del mismo modo en que lo hacía, y ella también, con el Hermano Lobo. Tenía tendencia a aparecer cuando Anna estaba dormida, y normalmente hablaba con monosílabos.

Anna le mordisqueó la oreja y tiró del pendiente de ámbar que le había regalado.

—Suavemente —le dijo él—. Me gustan mucho.

Le recorrió con las manos la zona de los riñones y Anna se arqueó sobre él con un gemido de placer. Le permitió jugar un rato más antes de cogerle las manos.

—Señora loba —le dijo casi sin aliento—. Deberíamos despertar a su otra mitad antes de llegar más lejos. —No estaba muy seguro de hasta qué punto Anna era consciente de lo que hacía su lobo en momentos como aquel, si participaba también de la diversión o si seguía dormido. De todos modos, no le parecía bien hacer algo serio sin estar seguro de que Anna conocía exactamente las intenciones de su lobo.

Se lo quedó mirando fijamente y Charles asistió al cambio en sus ojos. El cegador destello azulado se apagó rápidamente y sus ojos recuperaron su habitual color avellana. Anna no pareció sorprendida al descubrir que estaba sobre él; le sonrió y flexionó las manos sobre sus hombros.

—¿Estás bien? —le preguntó.

Como única respuesta, Anna movió sugestivamente las caderas y le ciñó el cuerpo con las piernas. Charles gimió ante la inesperada agresividad del movimiento. El lobo de Anna hacía cosas así, pero habitualmente Anna era más atemperada. Inició un rápido y duro vaivén y Charles le dejó hacer.

—Me quedaré aquí tumbado y pensaré en Inglaterra —se burló para hacerla reír.

Sin embargo, le salió el tiro por la culata, ya que Anna detuvo sus movimientos, se enderezó y le inmovilizó las caderas oprimiéndole los muslos con los pies.

—Si piensas en Inglaterra —le dijo ella— es que no lo estoy haciendo bien.

Y entonces le hizo unas cuantas cosas que le hicieron perder el mundo de vista.

Más tarde, Anna se tumbó sobre él como una suave y perfumada sábana. Aunque las sábanas no solían besarle en el cuello.

—¿Recuerdas cuando te dije que eras mi pareja y respondiste que no te gustaba el sexo? —le preguntó él.

Anna soltó una carcajada ante su tono petulante.

—Pensé que debías saberlo.

—A los conejos les encanta el sexo —dijo él en tono neutro.

Anna se incorporó y le dio un mordisco en la nariz.

—Te vas a enterar. Sé todos tus puntos sensibles.

Alguien llamó a la puerta; un solo golpe, rápido, urgente.

—Soy Angus. Dejadme entrar.

Anna soltó un gritito, bajó de un salto de la cama y se vistió con la misma ropa de la noche anterior. Charles se enfundó sus vaqueros y se encaminó a la puerta. Eran poco más de las dos de la madrugada, por lo que tenía que ser algo urgente. Sobre todo teniendo en cuenta que Angus no se había dignado a telefonar antes.

Tras comprobar que Anna estaba decente, Charles abrió la puerta y dejó entrar a Angus. El otro lobo dudó un instante bajo el umbral pero no hizo ningún comentario sobre lo que había interrumpido, pese a que incluso un humano podría haberlo adivinado.

—He traído sustento. Coged uno —dijo Angus. Con una mano sostenía una bandeja de cartón con cuatro tazas humeantes: dos de cacao y dos de café.

Charles cogió el cacao y Anna, quien solía beber lo mismo con él, se decidió inesperadamente por el café.

—Necesito despertarme —le dijo, y Charles supo que no había podido disimular su estupefacción.

Angus dejó la bandeja sobre la mesa y se sentó con la otra taza de café en la mano.

—Chastel está muerto —dijo sin rodeos.

—Pensaba que las heridas no eran tan graves. —En realidad, Charles no recordaba los daños que le había infligido.

—No ha muerto como consecuencia de las heridas. —Angus dio un sorbo a su café—. Alguien le ha disparado con balas de plata y después... Parece ser que lo han descuartizado. También atacaron a Michel, pobre diablo. ¿Le recuerdas? Fractura de cráneo, la mandíbula destrozada, costillas rotas y diversas contusiones. Tardará unos días en poder contarnos qué ocurrió.

—¿Quién ha sido?

—Ese es el problema. El único olor en la escena del crimen es el tuyo, aparte del de Chastel y el de Michel.

—Charles ha estado toda la noche conmigo —dijo Anna, indignada.

Charles la miró con una sonrisa de agradecimiento.

—Yo no le he matado, ni tengo nada que ver en ello.

Angus asintió con abatimiento.

—Eso me temía. Pero necesitaba corroborarlo.

—Descuartizar a alguien requiere su tiempo. —Charles comprendió que habría sido mejor no revelar aquel tipo de información—. ¿Parecía un trabajo profesional?

—Ni yo mismo podría haber destripado tan bien a un cerdo —dijo Angus—. Y eso que trabajé durante veinte años de carnicero. —Dudó un instante y volvió a sentarse en la silla—. Mira, sé que no fuiste tú. No es... tu estilo. Quienquiera que lo hizo, está como una regadera. Tú te habrías limitado a destrozarlo con los colmillos y las garras. Pero esa feérica... no puede reconocer la verdad ni aunque la tenga delante de sus narices. No como nosotros... la feérica no aceptará tu palabra —dijo con tono amargo.

»En cuanto lo descubra, irá a por ti. Y ya has escapado una vez de sus garras. —Miró a Anna y asintió levemente—. Yo también vi cómo marcaba a Charles como presa. La verdad sea dicha, todo parece apuntar a ti como sospechoso. La pelea. Su táctica obstruccionista durante la conferencia. El acoso a tu pareja. Tom ha sido poli casi toda la vida. Según él, Dana tendría suficiente para llevarte ante un tribunal humano, el cual seguramente te declararía culpable. —Alzó la mirada para mirar a Charles y este se lo permitió—. Recuerda que no tiene que convencernos de nada, ni

tampoco a tu padre. La única autoridad que tiene por encima son los Señores Grises, y a su lado, los tribunales humanos son un juego de niños.

Angus dio otro sorbo a su café.

—Su palabra. Y es un Señor Gris. Pondrá a todos los feéricos del país tras tu rastro. Si opones resistencia, si tu padre opone resistencia —y sabes que lo hará—, tendremos una guerra.

—¿Dana haría eso? —preguntó Anna.

—Sí —respondió Angus sin asomo de duda.

—Entonces debemos encontrar al asesino antes de que Dana lo descubra —dijo Charles con tranquilidad.

—Exacto.

—Llama a tus lobos y diles que cancelen el espectáculo de hoy —dijo Charles—. Por el momento la muerte de Sunny es una buena excusa. Primero examinaremos la escena del crimen. Después hablaré con Michel.

Angus era un buen guía. Se detenía con el semáforo en ámbar para que Anna, que le seguía en el destartalado Corolla, no tuviera que saltárselos en rojo ni perderlo de vista.

Les había dicho que los lobos franceses se alojaban en una residencia privada que habían alquilado en el distrito de la Reina Anna, un vecindario elegante en la falda de una colina que no quedaba muy lejos de su hotel.

Vio la casa antes de que Angus doblara en la señal. Era de estilo moderno y destacaba como una muela picada entre sus vecinas más tradicionales. Reconoció la casa por el hombre lobo sentado en el porche bebiendo cerveza.

Ian, el lobo que los había recibido en el aeródromo, estaba sentado en una mecedora metálica con una lata en la mano. La cerveza era para despistar, pensó. Un hombre sentado a las dos y media de la madrugada en el porche de su casa no era una visión muy habitual; la cerveza podía ayudar a convertirlo en menos... excepcional. Como si le hubieran echado de casa y estuviera esperando a que le dejaran volver a entrar.

Anna siguió al coche de Angus y aparcó en el camino de entrada en lugar de hacerlo en la calle. No había mucho espacio —había dos coches más aparcados—, pero el Corolla era un coche muy manejable.

En cuanto abrió la puerta le llegó el olor de la sangre. Miró a Charles, pero este no mostró ningún signo de haberlo percibido. El ansia por la carne cruda no era algo nuevo para él. Charles sabía cuál era su naturaleza y normalmente no le costaba aceptarla; de hecho, la aceptaba de tal modo que él y el Hermano Lobo podían trabajar juntos como no podía hacerlo ningún otro lobo.

Al llegar al final de las escaleras, Ian les abrió la puerta principal. Mantuvo el cuerpo lo más alejado posible de la casa, protegiéndose del hedor que desprendía la

muerte. Toda su atención estaba fija en su Alfa.

—Señor —le dijo—. No ha entrado nadie desde que se fue. Hemos apostado guardias delante y atrás, como ordenó. El resto de los franceses ya están en el hotel.

—Bien.

—Sí, señor. —Ian parecía un poco nervioso. Impulsivamente, Anna le tocó la mano.

Ian respiró hondo un par de veces y la miró fijamente.

Angus le dio unas palmaditas afectuosas en la mejilla.

—Una Omega, chico. Su función es propagar la paz y la felicidad.

Hizo un gesto y Anna soltó a Ian y siguió a Charles al interior de la casa.

—Si Dana está detrás de esto, ya estará informada —dijo Anna cuando la puerta se cerró a su espalda.

—Sí —dijo Charles—. Aun así, mejor no hacerlo público, por si acaso. —Se detuvo en el pasillo para mirarla—. Entiendes a la gente mejor que yo. ¿Crees a Dana capaz de contratar a vampiros? ¿O que estos actúan por su cuenta?

Anna pensó que Charles se subestimaba pero, de todos modos, puso a trabajar su instinto.

—Es un Señor Gris. Le gustan los juegos y disfruta haciendo creer a los demás que es... poco atractiva. Lo que probablemente significa que, sin el *glamour*, es terriblemente fea o asombrosamente hermosa —cerró los ojos y se esforzó por hacer encajar las piezas—. Nunca contrataría a vampiros. No les confiaría sus secretos. —Estaba segura de eso—. Puede... puede que confíe en alguien para hacer el trabajo sucio, pero no por dinero. Alguien que le deba un favor, quizá algún feérico menor. Chantaje. Pero no matones.

—Estoy de acuerdo —dijo Charles.

—Respecto a los vampiros... Cuando nos atacaron no detecté emoción alguna, ninguna implicación personal. Era como si estuvieran haciendo un simple trabajo. Pero cuando matamos a dos de ellos, supongo que lo convertimos en algo personal. De modo que cuando mataron a Sunny, la destrozaron y la dejaron frente a la verja... fue su forma de devolver el golpe.

—¿Angus? —dijo Charles—. Dana vive aquí. Tú la conoces mejor que nosotros.

—No entiendo a las mujeres —soltó Angus—. Y si además hablamos de una feérica, estoy totalmente perdido. —Hizo una breve pausa—. Pero creo que Conejo ha dado en el clavo. Lo de los vampiros también me parece lógico.

—Anna —dijo Charles suavemente antes de que Anna pudiera protestar—. Nada de Conejo.

Angus ladeó la cabeza.

—Respetuosamente —le dijo a Anna—. De acuerdo. Anna.

—Si no os importa. —Charles no le dio más importancia y pasó a otro tema—. Los vampiros tienen un modo de enmascarar su olor para mantenernos alejados de sus refugios diurnos.

Angus se quedó petrificado.

—¿Crees que esto es obra de los vampiros? ¿Cuatro vampiros contra Chastel y Michel?

—La Bestia estaba malherida. —Charles siempre evitaba pronunciar los nombres de los muertos. Con los apodos no parecía tener ningún problema—. Michel... es mucho menos dominante que tu Tom. Tiene un buen corazón, pero no es un guerrero. De no ser así, la Bestia le hubiera matado hace mucho tiempo. ¿Dónde está el resto de los lobos franceses?

—En una fiesta LAN que durará toda la noche.

—¿Una fiesta LAN? —Anna tenía una idea aproximada de lo que era—. ¿No es un lugar donde se reúnen los aficionados de los videojuegos para jugar en grupo?

Angus asintió.

—Alan pensó que podría ser interesante. Permitirles liberar la agresividad sin tener que matar a nadie. —Hizo una pausa—. Y ninguno lo hizo... al menos no allí. Bueno, él y unos cuantos miembros de su familia, varios lobos de mi manada y... creo que uno de los españoles decidieron organizar una fiesta LAN con un juego de acción en primera persona.

—¿Quién podía saber que solo habría dos lobos aquí? —preguntó Anna.

—Cualquiera que leyera las listas de inscripción... que están colgadas en nuestra página de internet semiprivada. Es decir, toda mi manada y cualquier lobo presente en la conferencia que se molestara en examinar el material que les entregamos.

—Si asumimos que los vampiros trabajan para uno de los nuestros —reflexionó Charles en voz alta—, estarían informados.

—Si han sido ellos, han estado muy ocupados —observó Anna. Se dio cuenta de que los tres evitaban internarse en la casa, como si el olor de la sangre les repeliera—. Hace dos días nos atacaron a Tom, a Moira y a mí, ayer a Sunny y esta noche a Chastel. —No quería verlo, no quería estar cerca de todo aquel dolor, de toda aquella muerte. Puede que Charles y Angus estuvieran luchando la batalla opuesta.

—Asesinos eliminando múltiples objetivos en el menor tiempo posible —sugirió Angus—. Golpear al enemigo antes de que este tenga tiempo de subirse los pantalones y devolver el golpe. Industriales como abejas.

—La pregunta es: ¿qué están haciendo y por qué? —dijo Charles con semblante pensativo, como si estuviera conversando sobre una partida de ajedrez y no acerca de un asesinato en una agradable salita de estar que apestaba a muerte—. Y si Dana forma parte de esto o es un problema completamente distinto.

Miró a Anna.

—Puedes quedarte aquí.

—Pero quieres que te acompañe. —A pesar de saber que tenía razón, no dejó de sorprenderse.

—Aportas una perspectiva distinta —le dijo—. Angus y yo... podemos descifrar los pormenores de la contienda, pero tú puedes arrojar algo de luz sobre la persona. A

quién buscamos y cuáles son sus objetivos. —Sonrió tímidamente—. Ves ciertas cosas, entiendes por qué la gente hace lo que hace. Vampiros que actúan como hombres lobo. Quiero que te quedes aquí, pero me temo que vamos a necesitarte.

Anna respiró hondo.

—De acuerdo. Pero si vomito, tú tendrás la culpa.

—Por supuesto.

Se inclinó para atarse el cordón de las deportivas y se fijó en la expresión de Angus.

—Es muy protector —le dijo Anna—. De un modo algo nietzscheano, algo así como «lo que no te mata te hace más fuerte». Al menos aquí no habrá treinta centímetros de nieve.

Charles soltó una carcajada.

Nadie reía cuando entraron en la habitación.

La moqueta y las paredes estaban empapadas de sangre. Una sangre que empezaba a secarse y que en unas horas empezaría a pudrirse. La sangre de las paredes parecía más marrón que roja. Aún no se decidió a mirar los dos montones de carne, hueso y vísceras. Debía tomárselo con calma. ¿Qué conclusión podía sacar de toda aquella sangre?

—«Quién diría que el viejo tenía tanta sangre en su organismo» —murmuró Anna.

—Creía que solo citabas a los autores latinos —dijo Charles.

—Si quieres puedo citar a Shakespeare en latín. —Le dio unas cuantas vueltas a aquello porque de ese modo podía retrasar un poco más el momento en que tendría que inspeccionar de cerca los restos de la habitación—. *Cui bono*. ¿A quién podría beneficiar esto?

—No creo que haya sido por dinero —dijo Angus—. O no solo por dinero. Ni por amor. Tal vez sí en el caso de Sunny, pero ¿Chastel?

Anna avanzó por la habitación y la alfombra produjo el mismo sonido bajo sus pies que la del apartamento de su amiga después de que alguien derramara una cerveza en ella (el iluminado en cuestión había intentado abrirla con un destornillador y un martillo cuando se estropeó el abrebotellas).

Supo dónde había estado el cuerpo de Michel por la silueta humana donde la sangre aún no había saturado la alfombra.

Y entonces vio el cuerpo... o las partes de lo que había sido un cuerpo. Se obligó a no apartar la vista. La vida de Charles podía depender de lo que descubriera en aquella habitación. No podía permitirse el lujo de ser aprensiva.

Las manos, los pies y la cabeza (que parecía más una escultura de cera de una película de terror que algo que hasta hace poco había estado erguido sobre los hombros) reposaban en la parte superior de la pila. La cabeza estaba orientada hacia la puerta por la que acababan de entrar, una mano a cada lado y los pies a continuación. El resto de la pila eran solo vísceras y huesos.

Un cuadrado de tela —aunque resultaba difícil asegurar de qué se trataba, Anna supuso por la forma que había sido un mantel— estaba extendido junto a la pila de órganos. En una esquina del cuadrado distinguió varios montones de carne que parecían filetes y dos montones de costillas, como si alguien hubiera estado preparando una barbacoa.

¿Por qué seguía pensando en la sangre?

—No sé mucho sobre vampiros. —Habló rápido para evitar que le castañetearan los dientes—. Pero en el instituto leí *Drácula*. ¿Es normal que desperdicien toda esta sangre o lo han hecho para provocar el pánico? Y si es así, ¿a quién pretenden aterrorizar y por qué?

—No —dijo Charles de repente—. Nunca malgastarían la sangre. No sin un buen motivo. Tienes razón, esto ha sido deliberado. Para dar la impresión de que ha sido obra de un asesino en serie. No pueden permitírselo. Un vampiro que hiciera esto con alguna de sus víctimas habría sido eliminado antes de que pudiera repetirlo. Evitan llamar la atención tanto o más que nosotros.

—Quienquiera que lo haya hecho, pretendía crear un gran efecto. Y no ha escatimado en detalles. —Observó detenidamente el cuerpo mutilado y sonrió con satisfacción—. Demasiado minucioso.

Hizo un gesto con el brazo ante los restos de Chastel.

—Es un artificio. Aquí tendría que haber solo un cuerpo... pero hay demasiada carne, diría que unos diez kilos de más. Apuesto a que entre todo esto encontraríamos carne de vaca preparada para comercializarla y que hay más restos del francés bajo las entrañas. Carne pegada al hueso. No tuvieron mucho tiempo y dejaron el trabajo a medias. Solo tenían que crear una apariencia para el público.

—¿Qué público? —preguntó Angus.

—Nosotros no —dijo Anna—. Para mí es horrible, pero ¿para lobos que salen a cazar cada luna llena? No hay mucho horror en un poco de sangre y carne. —No dijo nada, pero a Angus parecía costarle un mundo mantenerse alejado de la pila de filetes—. Especialmente cuando la víctima es alguien como Jean Chastel. Estoy segura de que los lobos franceses han lamentado lo de Michel pero que ahora mismo están celebrando la muerte de Chastel. ¿Crees que pretendían enviar un mensaje? ¿Para que el Marrok reconsiderara su decisión? ¿O para la feérica, que no tenía ni idea de quién era Chastel en realidad? ¿O tal vez para hacer que la muerte pareciera aún más horrible y justificar la persecución a Charles?

—Pareces una psicóloga —dijo Angus.

Anna negó con la cabeza.

—No. Te equivocas de Omega. El psicólogo es Ric. Yo solo veo la televisión y leo un montón de novelas de misterio. Me sentiría mucho peor en esta escena si el cuerpo fuera el de Sunny. Si los vampiros están detrás de todo esto —y no huelo nada más salvo el rastro de Charles, Michel y Chastel, por lo que tienen que ser ellos—, debe de haber un motivo para que le hicieran esto a él... y a Sunny no.

—Lo de Sunny era personal —dijo Charles—. No te acercaste lo suficiente al cuerpo, no pudiste olerlo. La aterrorizaron y la desangraron lentamente. El dolor tuvo que ser insoportable. Cualquiera hombre lobo que se acercara lo suficiente al cuerpo lo habría percibido. Querían que supiéramos que había sufrido. Esto es... dantesco. Pero no es real, es solo un montaje. —Miró a Anna y asintió solemnemente—. Un montaje que no iba dirigido a nosotros, sino a alguien que todavía no lo ha visto.

—Entonces deberíamos limpiarlo cuanto antes —dijo Angus. Sacó su móvil y pulsó una tecla de marcación rápida—. Habla con tu padre y dile que él paga este; nuestra bruja es muy cara. ¿Tom?

—¿Sí? —Su segundo hablaba en voz baja, como si no quisiera molestar a alguien.

—Reúne a un equipo de limpieza, rápido y eficiente, y trae también a tu bruja. Sí, le pagaremos por el trabajo, mejor dicho, le pagará el Marrok, y dile que no se lo deje barato. En cuanto lleguéis, os cuento los detalles. Sí, por fin se han cargado al cabronazo. —Cortó la llamada y Anna se dio cuenta, asombrada, de que Tom no le había interrumpido ni una sola vez. Angus era un Alfa convencido de que su palabra era ley.

—Una carnicería —dijo Charles pensativamente—. Puede que no fuera solo para aparentar. Tal vez los vampiros no quisieran hacerlo, pero seguían órdenes —miró a Anna—. Aunque creo que tienes razón, es posible que también pueda ser algo simbólico. Una carnicería final para el carnicero. Sin odio, porque si no la persona detrás de esto lo habría hecho sí misma. Pero tiene que haber algún tipo de conexión entre Chastel y quienquiera que haya encargado esto.

Anna recordó algo que había dicho el Marrok.

—Tal vez el asesino no desee ocupar el lugar de Chastel en la jerarquía europea. Es lo que esperarían, ¿no? Que un hombre lobo matara a Chastel y se convirtiera en el Marrok de Europa. Aunque no fuera mediante un desafío en toda regla.

Charles sonrió tímidamente, lo que no era muy adecuado en aquella habitación, pero hacía mucho tiempo que era un hombre lobo y no podía esperarse de él una reacción humana ante el horror.

—Cuando impediste que le matara en el almacén, me salvaste de un destino peor del que imaginas. No deseo ocupar el lugar que le corresponde a mi padre.

—Tengo otra pregunta —dijo Anna mientras examinaba de nuevo la habitación. Necesitaba salir de allí. Tal vez en forma de lobo le habría resultado más fácil, pero no podía apartar los ojos de la cabeza de Chastel, y esta le devolvía la mirada.

—¿Sí?

—¿Por qué dejaron a Michel con vida?

—No creo que fuera intencionado —dijo Angus—. Creo que pensaron que estaba muerto. Está muy malherido... pero es listo y no es la primera vez que finge estar peor de lo que está.

Anna sabía a qué se refería. A veces, si creían que te habían roto algún hueso al primer golpe, dejaban de golpearte.

—Ya está —dijo Anna mientras salía a ciegas de la habitación—. No puedo más —y se encaminó rápidamente al lavabo que había localizado al entrar en la casa. Como el café no llevaba mucho tiempo en su organismo, el sabor no fue muy desagradable. Por suerte, no había desayunado nada.

Cogió una toalla limpia y la mojó con agua fría. Cuando terminó, se limpió los zapatos. Eran de piel, solo tenían un par de semanas y la sangre era muy reciente. No tuvo que rascar mucho para eliminarla.

Capítulo 11

Michel estaba mal. Casi muerto. Y no podría hablar con nadie en una buena temporada. Alan lo tenía en una cama de hospital, en una jaula en el sótano de su casa, la cual quedaba a unos veinte minutos del hotel. La jaula era necesaria porque los hombres lobo gravemente heridos, cuando no eran vigilados por otros lobos dominantes, solían reaccionar de forma violenta.

Charles decidió que probablemente sería inútil ir a hablar con él hasta que hubiera dispuesto de uno o dos días para curarse. Mañana iría a verlo con uno de los lobos franceses.

Anna parecía enferma y cansada; asqueada, se corrigió a sí mismo. A él no le había afectado el horror de la escena y probablemente a Angus tampoco. Si el despiece se hubiera realizado mientras Chastel seguía con vida... tal vez habría sentido algo. Si hubiese sido alguien que le importara, o alguien a quien debía proteger... habría sido distinto.

Pero Anna era joven y pese a lo duros que habían sido sus primeros años como hombre lobo, aún le quedaban por ver muchas cosas. O quizá era simplemente que podía observar la escena de un crimen y no pensar en el desayuno.

—Angus, volvemos al hotel para descansar unas cuantas horas más. ¿Me llamarás cuando terminen con la limpieza?

Angus, de nuevo al teléfono, le hizo un gesto afirmativo. Charles tocó levemente a Anna en el hombro para indicarle que debían ponerse en movimiento.

—Pensaba que íbamos a hablar con Michel —dijo.

—Esta noche no. Mejor será que le demos un poco tiempo. Estoy convencido de que es obra de los vampiros. Yo no fui y no creo que Michel pueda haberlo hecho. Incluso si hubiera sido capaz de matar a Chastel, es imposible que un hombre herido haya dispuesto del tiempo y de las fuerzas necesarias para dejar un cuadro como este. Es un trabajo frío y profesional: vampiros.

Anna se detuvo.

—¿Por qué estaba tu olor en la habitación?

Charles volvió a empujarla.

—No tengo la menor idea. Angus, compruébalo, por favor.

Angus asintió sin interrumpir su conversación.

Anna dio un paso y volvió a detenerse.

—¿Quién ganó la cacería?

—¿Es importante?

—Tal vez. Si Chastel tenía el anillo de rubí y Dana tenía acceso a él. Los feéricos pueden ocultar hechizos en los objetos, ¿verdad?

Charles miró por encima del hombro y vio que Angus seguía escuchándoles.

—Espera un minuto —le dijo a la persona al otro lado del teléfono—. Ganó Valentín. El lobo alemán.

—¡Rayos!

Charles nunca había oído a nadie pronunciar con tal intensidad aquella palabra.

Anna le miró con una sonrisa cansada.

—Valentín nos arrebató la bolsa delante de nuestras narices.

—¿La cogió delante de ti y de los italianos? —le preguntó Charles sorprendido—. Imagino que se lo tomó como una revancha, después de que el Omega decidiera quedarse en la manada de Isaac.

—Entonces, ¿no crees que la feérica pudo haber hechizado la joya?

—Parece que no. —Charles guió a Anna hasta la puerta principal y ambos salieron al frescor de la noche... o de primera hora de la mañana.

Ian les saludó con la lata de cerveza y Charles hizo que Anna se sentara en el asiento del acompañante.

Estaba tan cansada que tardó varias calles en percatarse.

—Oye, ¿por qué estás conduciendo?

—Estás tan agotada que empiezas a arrastrar las palabras —le dijo él—. Cierra los ojos y deja que te lleve al hotel.

—¿Cuántas horas podemos dormir? —preguntó Anna mientras empezaba a quitarse la ropa incluso antes de cerrar la puerta de la habitación.

—Hasta que tengamos que levantarnos —le dijo Charles. Aunque él también estaba cansado, recogió su ropa y la dejó encima de una maleta. A continuación, procedió a desnudarse del mismo modo. Se dejó puesta la ropa interior, como solía hacer últimamente: ella parecía sentirse más cómoda.

Se unió a ella en la cama, tumbándose boca abajo y soltando un gemido de alivio. Aunque eran las cuatro de la mañana, con las cortinas corridas podrían dormir cuatro o cinco horas más, siempre y cuando Angus no tuviera que informarles de algo urgente.

Anna estaba tendida en el otro extremo de la cama, por lo que había unos sesenta centímetros de frío colchón entre ambos. Sabía que se quedaría dormida en aquella posición... y entonces se iría acercando a él hasta quedar pegada a su cuerpo. Entonces él también se quedaría dormido.

—¿Charles? —dijo ella.

—¿Mmm?

Se movió, pero con la cabeza pegada a la almohada no podía saber en qué dirección. Su voz sonaba indecisa, y el Hermano Lobo, el viejo y experto cazador, le dijo que lo mejor era permanecer con la cabeza baja y el cuerpo relajado mientras esperaban que la presa se acercara a ellos.

—¿Te preocupa? —le dijo en un susurro.

Charles repasó todas las cosas que podían preocuparle, pero fue incapaz de decidirse por una que encajara con aquella situación.

—¿El qué?

—Esta noche. —Pausa—. Yo. Mi lobo. —Y volvió a quedarse en silencio.

Con aquello tenía suficiente. Se refería a lo que había ocurrido antes de que llegara Angus. ¿Qué podía responder? *Siempre te recibiré con los brazos abiertos, ¿qué tal ahora?*, no le parecía la respuesta más adecuada.

—¿Te preocupa a ti? —le preguntó él.

Un suave golpeteo y una débil vibración le dijo que Anna estaba repiqueteando con los dedos sobre la cama. A continuación, el colchón rebotó y Anna se incorporó. Charles giró la cabeza y abrió un ojo para mirarla.

Estaba desnuda. Parte del movimiento lo había provocado al deshacerse de la poca ropa con la que se había acostado. Mientras la observaba, Anna alargó una mano, se inclinó hacia adelante y le tocó la espalda. No movió la mano, simplemente la dejó apoyada en su espalda desnuda. El ritmo cardíaco de Anna empezó a aumentar hasta que pudo verlo incluso en la vibración de su cuello, y no era debido a la pasión del momento.

—¿Malos recuerdos? —le preguntó él.

Anna asintió.

—Se terminó. De eso hace mucho tiempo. ¿Por qué tiene que seguir afectándome? —La mano sobre su espalda se crispó formando un puño, dejó de sentir el contacto y, poco después, volvió a posarse sobre su piel con los dedos extendidos.

Palabras. No se le daban bien las palabras. Pero tenía que intentarlo.

—En tu mente no ha terminado. Pero es normal, Anna. No puedes esperar superarlo en un abrir y cerrar de ojos. Es como... como la plata en mi herida. Debe purgarse y a veces resulta más doloroso que la herida original.

—Cuando dejo actuar al lobo —dijo Anna amargamente— no siento este dolor.

—El lobo es emotividad: deseos y presente —señaló Charles—. No le preocupa el pasado a menos que afecte al ahora.

—Sabe que no le harás daño —dijo Anna, visiblemente frustrada—. Yo también lo sé, pero él puede alargar la mano y coger lo que desea.

Charles se dio la vuelta lentamente para no asustarla. Cuando terminó, estaba treinta centímetros más cerca de ella y podía mirarla sin sufrir una contractura en el cuello.

—¿Y tú me deseas?

Anna había apartado la mano cuando él se movió, y ahora estaba sentada con la espalda recta, completamente rígida. Algo empezó a cambiar...

—No me refiero a tu lobo —dijo él—. Te lo pregunto a ti. ¿Me deseas? ¿O solo me desea tu lobo?

¿Se limitaría a intentar convivir con la criatura que moraba en su interior dándole lo que deseaba? Es lo que hacía su padre con su pareja. Lobo con lobo, eran la pareja más unida que había visto nunca; hombre con mujer... no terminaban de encajar. Charles no quería que le ocurriera lo mismo con Anna.

No creía desagradarle, ni que lo único que hubiera entre ellos fuera el vínculo entre sus lobos. Pero la mera posibilidad de que fuera así le atormentaba.

—Te deseo —le dijo golpeándose el pecho con el dedo gordo—. De verdad. —Y entonces le miró con una sonrisa triste—. Y mi lobo también.

Charles recuperó la pregunta original. Era muy importante para él conocer la respuesta.

—¿Te preocupa cuando tu lobo toma las riendas en la cama?

Anna bajó los ojos, no por el deseo de someterse, sino por el impulso humano de ocultar sus sentimientos.

—No del modo que sugieres —dijo finalmente.

—¿Y qué sugiero?

Anna le dirigió una mirada exasperada.

—Esto no es ningún juego, Anna —le dijo, y sostuvo su mirada cuando ella hizo ademán de volver a apartarla—. Necesito saber cómo debo actuar. Necesito saber más cosas.

—Quieres saber si deseo hacer el amor cuando el lobo abre el fuego. —Su voz se tiñó con parte de la vergüenza que sonrojó sus mejillas.

—Exacto.

Anna tragó saliva.

—Sí. —Y rápidamente añadió, como un globo deshinchándose—. De hecho, creo que soy yo quien se lo propone.

Charles sintió una oleada de alivio recorriendo todo su cuerpo. Aparte de aquello, se sentía con fuerzas de superar cualquier inconveniente. El que fuera.

—De acuerdo. Pero ¿te preocupa cuando abre el fuego tal y como tú sugieres?

Anna dio un resoplido al no poder contener la risa.

—Lo siento. Ha sonado muy estúpido. —Agachó la cabeza pero volvió a enderezarla enseguida. Se apartó el cabello del rostro y Charles comprobó que tenía las mejillas sonrojadas por la vergüenza y el calor—. Me preocupa que pueda hacerlo sin mí. Pero cuando estás desnudo no puedo tocarte sin un poco de ayuda por su parte.

—Ah —dijo él—. Bueno, intentemos un pequeño juego y veamos si, con mi cooperación en lugar de la suya, podemos obtener resultados.

Anna parpadeó varias veces.

—¿Cómo? Son las cuatro de la mañana. Vas a tener que utilizar frases más cortas y que tengan más sentido.

Charles se tendió de espaldas y alzó la barbilla en una postura sumisa que solo había adoptado otra vez en su vida, frente a su padre.

—Aquí me tienes —dijo—. Completamente inmóvil. —Colocó las manos como si tuviera las muñecas atadas al colchón y movió los pies—. ¿Qué piensas hacer conmigo?

Se lo quedó mirando. ¿Sumiso? ¿Charles? Pero seguía mostrándole la garganta. Ninguna amenaza. No podría haberle hecho entender con palabras que nunca le haría daño porque ya creía las palabras. Pero su cuerpo le decía lo mismo, y en eso confiaba hasta el mismísimo tuétano de sus huesos.

Porque confiaba, fue capaz de acercarse a él hasta que sus rodillas tocaron con su cuerpo. Pegó la nariz a su cuello y él lo movió para hacerle sitio, incluso cuando Anna abrió la boca y le rozó la piel con los dientes.

Notó bajo la lengua cómo se le aceleraba el pulso. No era miedo; olió su excitación, y la atracción pura y sin adulterar que le producía su olor liberó algo en su interior y gimió de placer. Le lamió el contorno del cuello, recreándose en el sabor a sal y a hombre, en la libertad que le había dado para tocarle y saborearle a su antojo.

Se tomó su tiempo. Al principio con indecisión, pues sentía que estaba violando su privacidad. Que lo importunaba.

Y, entonces, recordó algo.

—Alguien me dijo que no te gustaba que te tocaran —le dijo. No recordaba quién había sido. Puede que Asil.

Su pecho se separó del colchón, siguiendo sus dedos cuando apartó la mano. Insegura, dejó las manos donde estaban para que fuera él quien las buscara.

—Normalmente no —admitió, casi sin aliento—. Pero me encanta cuando lo haces tú. Tócame cuando quieras. En cualquier sitio. —Lo dijo con sinceridad, y Anna tuvo la repentina visión de él hablando con su padre mientras ella le tocaba en sitios poco apropiados.

Estuvo a punto de compartir la visión con él, pero, al fijarse en su expresión, comprendió que lo había dicho en serio, de modo que el impulso de ponerse a reír desapareció con la misma rapidez con la que había aparecido. Deliberadamente, irguió aún más su cuerpo, presionando las manos de Anna contra su piel, utilizando los músculos de su espalda al insistir en mantener manos y pies inmóviles.

—Acaríciame —le dijo—. Me gusta cómo lo haces.

Empezó a latirle el corazón desbocadamente. Un poco por miedo, debía admitirlo, pero también resultaba extraordinario y sublime tener a Charles a su merced. Se mantuvo fiel a su palabra: a pesar de todo lo que le hizo, no movió ni las manos ni los pies.

Algo vibró bajo su cabeza.

Era una sensación tan extraña que, pese a estar aún semiconsciente, intentó descubrir su origen. Cuando su oído detectó la presencia de un motor muy cerca, se preguntó cómo había pasado sin darse cuenta de estar en una cama a ir en un vehículo.

Y entonces olió a vampiro.

—Ha despertado, Iván —dijo una voz de mujer.

Anna abrió los ojos y reconoció al vampiro que había atacado a Moira. La mujer le sonrió.

—Vaya —dijo la mujer—. No me gustaba Krissy. Era una zorra prepotente. Pero Ivan se moría por sus huesos, así que no le caes muy bien. Compórtate como un buen cachorrito y no tendremos problemas. ¿De acuerdo?

Anna no se molestó en contestar. Estaba desnuda, sujeta con cadenas en lo que solo podía ser la parte trasera del monovolumen azul con el que habían estado moviéndose los vampiros. Habían retirado los asientos traseros y habían instalado enormes arandelas a las que habían encadenado a Anna. Cuando devolvieran el vehículo, tendrían que pagar una buena compensación a la empresa de alquiler. Estaba bastante segura de que el seguro no cubriría cosas como taladrar el suelo.

La mujer vampiro estaba apoyada en una de las grandes puertas correderas, con ambos pies presionando el costado de Anna. Junto a ella, un hombre de unos cuarenta y cinco años, aunque al ser un vampiro probablemente hacía siglos que tenía aquella edad.

Un montón de preguntas se le acumularon en la punta de la lengua. *¿Qué queréis de mí? ¿Cómo me sacaste del hotel? ¿Qué le habéis hecho a Charles?*

Charles no se habría cruzado de brazos. Cerró los ojos y se concentró en el otro extremo de su vínculo. Y sintió lo mismo que sentía habitualmente cuando el Hermano Lobo decidía cerrarse en sí mismo. Fuera lo que fuese lo que había ocurrido, Charles estaba bien.

Lo último que recordaba era descender para saborear la piel alrededor de su ombligo. No debía mostrar ninguna debilidad frente al enemigo. Tenía que elegir la pregunta cuidadosamente.

—¿Quién os ha contratado?

La mujer sonrió mostrando los colmillos.

—No es de mi incumbencia —dijo—. Solo cumplo órdenes. Hemos de meterte en una caja y subirte a un avión para que cruces el reluciente océano. Como te he dicho, si no creas problemas, no te haremos daño.

La mujer sonrió más abiertamente.

—Aunque si nos creas problemas, no tendremos más remedio que hacerlo. Diversión. Diversión. Diversión.

El reluciente océano le sonaba a Europa. ¿Uno de los lobos pretendía secuestrarla? ¿Creían que Charles no podría encontrarla fuera del país? Si era así, se

equivocaban. No obstante, las cosas serían más sencillas para todo el mundo si no lo conseguían.

Dio una sacudida utilizando los músculos de la espalda y de los muslos. Las esposas metálicas se clavaron en su piel pero ignoró el dolor. Las cadenas que sujetaban sus manos parecían bastante sólidas, pero las arandelas de los pies empezaron a doblarse, arrastrando el suelo tras ellas.

—¡Mierda! —El hombre sentado a sus pies miró hacia la parte frontal del vehículo—. Os dije que este maldito coche de alquiler no aguantaría.

—Dispárale —dijo el conductor.

Aunque no podía levantar ni girar la cabeza para ver quién estaba conduciendo, habría apostado que era el hombre que había visto frente al almacén. Una escopeta voló desde el asiento del acompañante. El vampiro frente a ella la cogió al vuelo y disparó desde un metro de distancia. Anna sintió un impacto en el hombro.

Charles se incorporó y se llevó las manos a la dolorida cabeza. Tardó unos segundos en captar el frenético mensaje del Hermano Lobo. *No está. Se la han llevado. No podía moverme. No pude detenerles. No pude despertarte. ¡Despierta!*

¿Anna?

No estaba a su lado, de eso no cabía duda. No había nadie más en la cama.

La habitación olía a vampiros y a brisa nocturna, y ambos olores se filtraban a través de una ventana rota. Cogió los vaqueros y se los puso rápidamente. También cogió los zapatos y los calcetines porque con los pies protegidos podría darles caza más rápido.

Desde el séptimo piso habría sido imposible, pero la segunda habitación que les habían dado estaba en el quinto. Atravesó la ventana rota, aterrizó sobre sus pies y rodó para amortiguar la caída. Se puso en pie y, pese al dolor en hombros y rodillas, decidió que seguían siendo funcionales.

Incluso en la ciudad, podría haberlos rastreado sin problemas, pero había un método mejor. Abrió imprudentemente el vínculo entre él y Anna.

Lo primero que descubrió fue que no estaba muy lejos, pero que se movía a gran velocidad. Y lo segundo, que estaba herida; lo más probable es que lo que le había permitido deshacerse del hechizo que le mantenía inconsciente hubiese sido su dolor. Aún sentía los últimos retazos del hechizo intentando aferrarse a él, pero al estar despierto y concentrado, no le costó mucho disolver la magia. El hechizo era pura brujería. Mientras dedicaba toda su atención a localizar a Anna, una pequeña parte de él descubrió que los vampiros parecían disponer de un modo de acceder a una gran cantidad de magia: tanto de lobo como de bruja.

Volvió a cerrar el vínculo con su pareja hasta que dejó de sentir su dolor y se concentró en el objetivo. Si no lo hubiera hecho, distraído por la preocupación y por

cosas sobre las que no podía influir hasta llegar a ellos, no podría haber funcionado con la misma eficacia. Lo primero era encontrarlos.

Empezó a correr.

El problema de las grandes ciudades —sobre todo Seattle, rodeada de agua por los cuatro costados— era que no solo debía saber dónde estaban, sino también adónde se dirigían.

Al sur, pensó mientras bajaba temerariamente por la colina. ¿Qué hay al sur? Beacon Hill, West Seattle, Kent, Renton, Tacoma. Casi todos los lobos se alojaban en el centro, aunque era probable que los italianos lo hicieran en West Seattle.

Aeropuerto. El Hermano Lobo parecía tenerlo muy claro. Puede que hubiera captado algo de Anna que a él le había pasado por alto.

Sea-Tac, pensó. A unos veinticinco kilómetros del hotel. Aunque podía correr más rápido en forma de lobo, perdería mucho tiempo y alguien podría verle en la autopista. Aunque si llegaban tan lejos, ni el Hermano Lobo podría alcanzarlos. Si tuviera que robar un coche, podría hacerlo sin problemas. Pero entonces Anna estaría en sus manos mucho más tiempo. Decidió intentar atraparlos de aquel modo.

Incluso en forma humana era más rápido que un coche circulando por las calles de la ciudad. Los vampiros intentarían no llamar la atención de la policía, sobre todo con una mujer herida a bordo. Respetarían el límite de velocidad y los semáforos.

Se estaba acercando.

Aún era de noche, y no había mucho más tráfico que unas horas antes, cuando habían regresado al hotel. Poco más de la cinco de la mañana, estimó. No había estado mucho tiempo inconsciente.

Cuando los localizó, el vehículo estaba detenido. Vio las luces traseras del monovolumen a menos de una calle de distancia, frente a un semáforo en rojo.

Se concentró en el semáforo y dejó que su voluntad lo mantuviera en rojo. Era algo que no había intentado antes y no estaba seguro de que funcionara en una ciudad. Sin embargo, la luz no cambió de color mientras recorría el último tramo. Y continuó en rojo cuando saltó y atravesó la luna trasera del vehículo.

Aterrizó sobre uno de los vampiros. Sin premeditación ni planificación alguna, le arrancó la cabeza de cuajo y se la lanzó al conductor para aumentar su confusión. Uno menos. Quedaban tres. Junto a su rodilla encontró algo largo y duro. Lo cogió.

—¡Disparadle!

El conductor intentó llegar a la parte trasera, pero el poco espacio entre los asientos le hizo perder un valioso tiempo, y Charles lo aprovechó para despachar al último vampiro en aquella parte del vehículo. El que ocupaba el asiento del pasajero abrió la puerta y saltó al exterior. O bien huía o bien pretendía entrar por la puerta lateral. De cualquiera de los dos modos, le dio a Charles la oportunidad de hacer frente solo al otro vampiro.

La mujer gritaba algo sobre una escopeta, y cuando Charles bajó la mirada, se dio cuenta de que era exactamente eso lo que había recogido del suelo. Le clavó el cañón

en el pecho y continuó empujando hasta que la mujer atravesó la ventana lateral y cayó sobre el asfalto. No estaba muerta, pero tampoco iría muy lejos. Dos menos. Quedaban dos más.

Anna soltó un grito sofocado cuando el conductor superó finalmente el asiento delantero y se abalanzó sobre ella.

En el interior del vehículo, la ventaja era de Charles. Aunque el reducido espacio ralentizaba sus movimientos, los vampiros, al ser más rápidos y ágiles, estaban mucho más limitados.

Pero, al estar encadenada al suelo, Anna también corría mayor peligro. De modo que agarró al vampiro, sintiendo a su vez el dolor donde este también lo agarró a él, y saltó por la puerta lateral cuando el cuarto vampiro la abrió de golpe. El inesperado movimiento cogió al conductor en mala posición y Charles pudo dotar al salto de un ímpetu que le habría resultado imposible de haber tenido que dedicar parte de su fuerza a contener al vampiro.

Los dos arrollaron al cuarto vampiro con una violencia incontenible, y este soltó el palo que llevaba en la mano; tenía el tamaño de un bastón o de una vara. Charles no perdió el tiempo decidiendo qué era exactamente; nunca había visto a un vampiro armado con un instrumento que podía volverse tan fácilmente en su contra. No sería él quien lamentara otro acto de estupidez por su parte.

Charles soltó a su presa y la proyectó contra el lateral de la furgoneta. Recogió el palo del suelo y se lo clavó al vampiro caído entre las costillas, atravesándole el corazón. Los hombres lobo no necesitaban estacas afiladas; las puntas romas funcionaban igual de bien.

Solo quedaba uno.

Giró sobre sus talones y solo vio metal abollado. Respiró profundamente mientras intentaba localizar al último vampiro, y entonces oyó unos pasos que se alejaban rápidamente. Rodeó el monovolumen para asegurarse de que se trataba del conductor y no de algún humano aterrorizado que acababa de presenciar la carnicería, pero era imposible confundir la velocidad con la que se movía el vampiro con la de un simple humano.

—No me dejes aquí.

Charles siguió la voz con la mirada y vio a la mujer vampiro con la escopeta clavada en el pecho.

—Amanece —dijo. Algo oscuro y húmedo burbujeaba alrededor del cañón de la escopeta—. No falta mucho. Mátame, por favor.

Con Anna herida, no sentía muchas ganas de llevarle la contraria. Tampoco quería dejar atrás una posible amenaza. Accedió a su deseo y, ya puesto, remató también al otro vampiro. No hacía ni cuatro minutos que había atravesado la luna trasera del monovolumen y ya tenía tres cuerpos decapitados y sus respectivas cabezas amontonadas en la parte de atrás del vehículo.

Solucionado el peligro inmediato, comprobó el estado de Anna. Aunque le estaba hablando, el Hermano Lobo parecía más interesado en descubrir el origen del dolor. No tenía a mano ningún instrumento, ni la paciencia, para abrir las esposas, pero la cadena se partió en cuanto hizo palanca con el cañón de la escopeta.

En cuanto se vio libre, Anna intentó sentarse y dejó escapar un gemido de dolor. Había recibido un disparo en el hombro desde corta distancia, pero la herida parecía bastante limpia. No la querían muerta, solo incapacitada. Lo que no significaba que no pudiera morir.

—Estoy bien —le repetía una y otra vez para intentar tranquilizarlo. Pero no era verdad.

—Shh —le dijo él—. No te muevas.

El móvil seguía en el bolsillo de sus pantalones, y había cobertura. Llamó a Angus.

—¿Dónde está Choo? —le preguntó en cuanto el otro lobo contestó—. Han disparado a Anna.

—¿Que han disparado a Anna?

—Tengo a tres vampiros decapitados en el monovolumen azul que parece que ha sufrido varios accidentes esta mañana. Y han disparado a Anna. Necesito a Alan Choo. ¿Está con Michel? —Confiaba en que no. La casa de Angus estaba en Issaquah y necesitaba que atendiera a Anna lo antes posible.

—La pareja de uno de los lobos franceses es enfermera. Acompañaron a Michel a casa. Alan está con Arthur, en el distrito universitario.

—Sé dónde vive Arthur.

—Avisaré a los vampiros locales y les diré que se ocupen de los cuerpos. También llamaré a Alan para decirle que vas para allá. ¿Necesitas algo más?

—No. —Charles colgó.

No le hacía ninguna gracia dejar a Anna junto a los cuerpos de los vampiros, pero trasladarla al asiento delantero podría empeorar su estado; y una mujer desnuda y herida atraería mucha más atención que las ventanillas rotas o las abolladuras.

—Te dejaré aquí —le dijo—. Tengo que conducir, pero no tardaremos en llegar.

Anna asintió y cerró los ojos.

—Sabía que vendrías —le dijo—. No quería que tuvieras que cruzar el océano para encontrarme.

—Me alegro de ser rápido —dijo él.

Anna sonrió, aún con los ojos cerrados.

—Y yo.

Charles tuvo algún problema para cerrar la puerta lateral; estaba abollada y no terminaba de encajar. Tras no conseguir doblar el metal para que recuperara su forma original, regresó a la parte trasera del vehículo y le quitó el cinturón a uno de los cuerpos. Bajó completamente la ventanilla del pasajero, tiró de la puerta todo lo que pudo y la sujetó al marco de la puerta delantera con el cinturón.

Los vampiros no habían apagado el motor y las llaves seguían en el contacto. Se instaló en el asiento del conductor y, cuando metió la marcha para avanzar, el semáforo se puso en verde.

—¿Charles? —dijo Anna con voz tensa—. Háblame, por favor. Tengo la sensación de que los vampiros siguen moviéndose.

—Están muertos —le dijo él—. Pero te hablaré.

Le preocupaba tener que pensar en un tema de conversación cuando lo único que deseaba era seguir matando. Pero Anna acudió a su rescate.

—¿Crees que Arthur podría ser realmente Arturo?

—Mi padre dice que Arturo fue un estratega excepcional, un guerrero inspirador y un hombre extremadamente práctico que se hubiera reído con ganas de haber oído las estúpidas historias que se cuentan del rey Arturo, la caballería y la búsqueda del Santo Grial. También asegura que existió una dama de blanco pero que no se parecía en nada a la Ginebra de *Camelot*. Nimue, Morgain Le Fay y Merlín existieron, pero no como suelen ser representados. Lancelot no. Ni tampoco la Mesa Redonda. Solo eran un puñado de hombres desesperados que intentaban mantener alejados de su territorio a los anglosajones. Dice que la historia real es mucho más interesante que la leyenda, aunque no tan glamurosa. —Miró brevemente a Anna pero no supo si estaba mejor o peor—. Pero nunca me ha contado la verdadera historia.

—Entonces, Arthur el hombre lobo...

—Le encanta contar cómo Lancelot lo estropeó todo —dijo Charles ásperamente—. Si es su reencarnación, no se parece mucho al original. Aunque has de tener en cuenta que entre mi padre y Arthur existen viejas rencillas; se profesan una cordial antipatía.

—Pero tú no pareces caerle mal —dijo Anna.

—Hasta ahora nos hemos llevado bien.

—¿Reencarnación?

Charles se encogió de hombros.

—No he visto ninguna prueba que lo demuestre. Pero tampoco ninguna que lo desmienta. Creo que la vida después de la muerte es mejor que esta, y que haría falta algo extraordinario para que alguien deseara regresar.

—¿Y la espada?

—Antigua, pero, según mi padre, no es *Excalibur*. O, si lo es, ha perdido toda la magia que la convirtió en *Excalibur*.

—¿Existió una *Excalibur*, por tanto?

—Eso dice mi padre. El resultado de un pacto con los feéricos, a quienes tampoco les hacía mucha gracia la presencia de los anglosajones en su territorio. Arthur tiene razón en una cosa: *Excalibur* no fue la única arma. También había una lanza y una daga.

Anna permaneció en silencio unos minutos, tras los cuales, dijo con una voz mucho más débil:

—¿Tu padre conoció a Arturo?

No había visto que sangrara mucho, aunque puede que su examen fuera algo precipitado. Apretó el pedal del acelerador.

—Pregúntaselo tú misma, tal vez te dé una respuesta. A mí nunca me la ha dado.

Alan y un par de tipos que no conocía le estaban esperando frente a la casa de Arthur. En cuanto bajó del monovolumen, descubrió que los extraños no eran de la manada de Angus.

—Vampiros —dijo.

—Para que arreglen el estropicio —le explicó Angus—. ¿Dónde está Anna?

Charles abrió la puerta corredera que aún funcionaba. Alan introdujo la cabeza para echar un vistazo.

—Hola, Alan —dijo Anna.

—Te han disparado, ¿eh? —dijo este tras un examen concienzudo.

—Auu.

Alan soltó una risotada.

—Vivirás. —Sacando la cabeza del vehículo, le dijo a Charles—: Métela en la casa y se lo sacaremos.

Charles la cogió en brazos tan delicadamente como pudo. Alan sostuvo abierta la puerta principal y Charles pasó por su lado antes de detenerse.

Arthur se interponía en su camino. Tenía un aspecto horrible: ojeras profundas, la piel color ceniza.

En otras circunstancias, Charles hubiera cumplido con los requisitos habituales de todo dominante al entrar en el territorio de otro, pero Anna se estaba desangrando en sus brazos.

—¿Dónde quieres que la deje? —dijo, la única concesión que se sentía con ánimos de hacer.

—Sígueme. —La voz de Arthur sonó cansada y tensa, pero no desagradable. Tal vez Charles hubiera malinterpretado su lenguaje corporal.

Arthur dio media vuelta y le indicó el camino.

—Aquí tenemos una habitación para invitados. Puede que en el piso de arriba estuviera más segura, pero Sunny... Sunny está arriba.

La habitación de invitados olía a Alan Choo, por lo que dedujo que debía de haber pasado la noche allí. Arthur apartó las sábanas para que Charles instalara a Anna.

—Angus ha dicho que es obra de los vampiros.

Charles decidió que tenía derecho a saberlo y le hizo un breve resumen. Cubrió a Anna con la sábana, dejando únicamente al descubierto la herida en el hombro.

—Lástima que escapara el último —dijo Arthur.

—Ivan —les dijo Anna. Estaba tan inmóvil que la había creído inconsciente—. Se llama Ivan.

Charles la miró un instante y después volvió a centrar su atención en Arthur.

—Es rápido, pero lo encontraré.

Arthur ocultó la mirada tras los párpados en lugar de agachar la cabeza. Charles se lo permitió.

—Sí. Avísame cuando lo hagas.

—Lo haré.

—Crees que son mercenarios. —Arthur contempló la oscuridad previa al amanecer a través de la ventana—. ¿Has descubierto para quién trabajan o por qué mataron a mi Sunny?

—No. No estaba de humor para mantener una conversación con ellos —dijo Charles—. Tal vez Anna...

—No —dijo esta en un susurro—. No es un lobo local. Ni Angus ni nadie de su manada. Ni... —Miró a Arthur y obvió el nombre de Dana—... nadie más. Es alguien extranjero. Querían llevarme al otro lado del océano.

—Eso no tiene ningún sentido —dijo Alan, quien entró en aquel momento en la habitación con una bandeja llena de instrumentos quirúrgicos—. Matar a Sunny, intentar secuestrar a Anna, matar a Chastel. No sigue ninguna pauta.

—Tiene sentido para alguien —dijo Arthur—. ¿Puedo ayudaros en algo más?

—No —dijo Charles. La presencia de Arthur en la misma habitación en la que estaba Anna, y además herida, estaba empezando a minar su paciencia—. Gracias.

Arthur le miró con una tímida sonrisa.

—Llámame si necesitas algo.

Y se marchó sin mirar atrás.

—Tengo morfina —le dijo Alan a Anna—. Pero no todos los lobos reaccionan igual a ella. A algunos no les hace nada, y para otros es peor el remedio que la enfermedad, ya que no detiene el dolor ni les permite combatirlo.

—Nada de morfina —dijo Anna—. Límitate a sacármelo todo.

Alan miró a Charles.

—Yo la sostendré —dijo este. Se colocó detrás de Anna y le rodeó con los brazos la parte superior del cuerpo. Aquello le permitía tener un mayor control. Puede que él fuera un hombre lobo, pero ella también lo era—. Intenta relajarte —le dijo.

Alan también se sentó en la cama y se dio la vuelta para encarar a Anna. Dejó la bandeja sobre la mesita de noche y un cuenco sobre su cadera. Empezó con fórceps de punta roma y primero extrajo los trozos más pequeños.

—¿Le has visto? —dijo Anna con los ojos cerrados.

—¿A quién? —preguntó Charles.

—Al vampiro con el bastón. Me pregunto qué pretendía hacer con él. —Gimió cuando Alan le extrajo un perdigón.

—No lo sé. —Y la besó en la parte superior de la cabeza.

Anna no opuso resistencia mientras Alan extraía los perdigones más superficiales. Solo se movió cuando empezó a escarbar.

Capítulo 12

Anna sudaba y soltaba improperios, y Charles estaba a punto de necesitar que alguien lo sujetara a él. Alan tenía nervios de acero, y sus manos se movieron con seguridad pese a tener que trabajar con los gruñidos de Charles como telón de fondo. Finalmente, Alan dejó los fórceps en el cuenco.

—Ya está —dijo—. Aún queda plomo. Puedo olerlo. Pero no hay forma de encontrarlo. Al menos no es plata. Podríamos localizarlo con una máquina de rayos X.

—En Aspen Creek tenemos una —dijo Charles.

—O puedes esperar a que tu organismo lo expulse. No queda mucho, de modo que no creo que te dé muchos problemas.

—Pues voto por eso último. —La habitualmente brillante piel de Anna tenía un tono verdoso, y sus ojos parecían hundidos bajo unas oscuras ojeras—. No hurgues más, por favor.

Charles soltó a Anna y se puso en pie.

—Cambiarás de idea en cuanto empieces a supurar —le avisó—. Pero, si quieres, puedes esperar.

—Sí, creo que esperaré. —E hizo un mohín enfurruñado—. Supurar. Qué reconfortante.

Charles la besó suavemente antes de examinar las esposas que aún colgaban de sus muñecas.

—Si Arthur tiene las herramientas adecuadas —le dijo—, puedo intentar quitártelas.

—Ve a comprobarlo —le dijo Anna—. Si voy a empezar a supurar, me gustaría hacerlo lo más cómodamente posible. Y estas cosas no son muy cómodas que digamos. Y son un poco horteras.

Charles sonreía cuando salió de la habitación y cerró la puerta a su espalda. Al llegar, no le había preocupado su desnudez. Solo quería que Alan la atendiera y le calmara el dolor. Sin embargo, ahora no le hacía ninguna gracia que Arthur pudiera verla desde el pasillo. Por eso cerró la puerta.

La casa estaba a oscuras, por lo que pensó que Arthur debía de haberse acostado de nuevo; aún quedaban unas horas para que amaneciera. Él no tenía intención de dormir, y muchos menos en casa de Arthur. Tampoco quería mover a Anna hasta que hubiera descansado un poco.

Fue a la cocina y registró los armarios en busca de algo útil.

—¿Charles? —la voz de Arthur, procedente de la habitación donde guardaba sus tesoros.

—Sí —respondió—. Estoy buscando algo con lo que quitarle las esposas a Anna. Por casualidad, no tendrás una ganzúa, ¿verdad?

—Puede que tenga algo mejor —dijo Arthur.

Charles dejó de buscar en el cajón de las herramientas y levantó la cabeza. Había algo... extraño en la voz de Arthur.

Puede que no fuera nada. Puede. Cogió un cuchillo para carne del dispensador y se lo guardó en el bolsillo de los vaqueros.

—Genial —mantuvo el cuello relajado para que Arthur no se diera cuenta de que había percibido algo extraño—. Anna es dura, sé que puede soportarlo, pero prefiero sacárselas. —Atravesó sin prisa el sombrío salón... y reconoció el persistente olor de Sunny en el cercano sofá.

Pobrecilla. Aunque no la conocía muy bien, no podía evitar sentir lástima por ella. No le sorprendía que Arthur se mostrara tan afectado. Pero, por extraño que pareciera, la compasión que sentía por Arthur era mucho más sincera que cualquier otro sentimiento que pudiera tener por Sunny.

Intentó no pensar en lo que podría haber ocurrido aquella noche. No habían pretendido matar a Anna, solo secuestrarla.

Estaba furioso. Tan furioso que ni siquiera se había calmado tras matar a tres vampiros. Y el Hermano Lobo tampoco.

Si hubiera muerto... él habría sido el siguiente. Se detuvo, sorprendido por el ímpetu de aquel pensamiento. Era la primera vez que se lo planteaba. Pero no le inquietaba lo más mínimo. Si ella moría, él la seguiría. Tal y como la habría seguido a cualquier lugar al que la hubiesen llevado. Se pertenecían el uno al otro.

—¿Charles?

Empezó a sonar su móvil.

—Ahora mismo voy. Me llama Angus.

Abrió el móvil.

—¿Sí?

—Tu Anna dio en el blanco. Hace una hora, quince minutos después de que el equipo de limpieza abandonara la casa de Chastel, llegó la policía. Alguien les llamó asegurando que había oído gritos, ladridos, disparos y no sé qué más. Trajeron luminol, esa cosa que brilla cuando entra en contacto con la sangre. Hemos de agradecerle a Moira que no encontraran nada. La última bruja que contratamos habría sido incapaz de hacer una limpieza tan a fondo. La poli sigue registrándolo todo, pero no creo que encuentren nada.

—La trampa cayó demasiado tarde —dijo Charles, consciente de que Arthur seguía la conversación.

—Sí. —Angus hizo una pausa—. Sobre tu olor, Moira encontró ropa en uno... bueno, entre el revoltijo que viste. Suponemos que alguien sustrajo la ropa que llevabas en la cacería y la paseó por toda la habitación antes de ocultarla entre las partes del cuerpo.

—Deliberadamente.

—Por supuesto. Y ahora ni la feérica puede cargarte con el muerto. Sé que te cambiaste de ropa antes de marcharte del almacén.

—Bien.

—Respecto al monovolumen, los vampiros locales que se encargaron de los cuerpos han reconocido el palo que le clavaste a uno de ellos en el pecho. Es un receptor de hechizos.

—¿Cómo? —dijo Charles con el ceño fruncido.

—Algo así como una varita mágica de vampiros. Parece ser que es algo muy secreto, y antes de contárnoslo, querían asegurarse de que no tendrían problemas con tu padre. Solo hay un par de vampiros que pueden hacerlo, y no es precisamente barato. Si nuestro equipo de vampiros foráneos son mercenarios, deben de ser muy buenos y caros como para permitirse algo así. Parece ser que el bastón puede absorber hasta cuatro hechizos, y la persona que lo manipula puede proyectarlos aunque en circunstancias normales no tenga ningún poder mágico.

—Eso explicaría el hechizo de ocultación y el de sigilo que los vampiros utilizaron la primera vez que atacaron a Anna. Y cómo lograron secuestrarla de la habitación del hotel; lo más probable es que usaran el receptor para dormirnos con un hechizo de brujería.

—Una cosa importante. El bastón solo puede absorber hechizos que se entreguen voluntariamente. Lo que significa que un lobo les cedió los hechizos de ocultación y de sigilo.

—Lo que confirmaría las sospechas de Anna —dijo Charles. No dejaba de recorrer la habitación de un extremo al otro. Había muchas cosas que le desagradan de los móviles, pero no enredarse con el cable era una de sus ventajas.

—¿Cómo está Anna?

—Estará mejor en cuanto expulse los últimos restos de plomo. Y si consigo abrir un par de candados, no tendrá que dar explicaciones sobre su interesante gusto en bisutería.

Arthur estaba apoyado en el marco de la puerta de su habitación de los tesoros, esforzándose por fingir que no estaba escuchando.

—Bien. —Angus se aclaró la garganta—. Buen trabajo, hijo.

Charles sonrió ante lo de «hijo», pues era varias décadas mayor que Angus.

—Gracias. Ella... me completa.

—Díselo —le recomendó Angus jocosamente—. A las mujeres les encanta que nos sinceremos.

—Lo haré —le dijo antes de colgar.

—¿El equipo de limpieza? —preguntó Arthur.

Charles recordó que había muchas cosas que Arthur aún no sabía.

—Anoche mataron a Chastel de un modo bastante violento y debíamos actuar con rapidez.

—¿Fuiste tú?

—No. Vampiros.

—Ah. —Arthur apartó la mirada—. Chastel. Cuesta creer que por fin esté muerto. No puedo decir que no lo mereciera. —Volvió a mirar a Charles con una sonrisa torcida—. No como Sunny. Pobrecilla. —Se frotó la cara con ambas manos, ocultándola durante unos instantes—. Lo siento. Lo siento. Entonces, ¿Chastel necesitó un equipo de limpieza?

Charles barajó la posibilidad de ofrecerle su consuelo, pero decidió que no serviría de mucho.

—Anna sugirió que había tanta sangre, teniendo en cuenta que habían sido vampiros...

—¿Estás seguro de que fueron ellos?

Charles asintió.

—Irónico, ¿verdad? Conozco muchos lobos a quienes les hubiera encantado hacerlo.

—¿Quién avisó a la policía? ¿Los vampiros?

Charles se encogió de hombros.

—Hay algo que no encaja. La policía debía encontrar la escena en toda su gloria. —Puede que en un intento por evitar que su padre hiciera pública la existencia de los hombres lobo. Puede que para mantener alejado a cualquier lobo de la escena y que resultara más sencillo incriminar a Charles. Sin acceso a la escena del crimen, los hombres lobo habrían sido incapaces de determinar por qué su olor aparecía en un lugar en el que aseguraba no haber estado nunca—. Pero nos han dado mucho tiempo. La policía no encontrará nada.

—Supongo que no. Angus es muy eficaz.

—Y, además, creo que su segundo, Tom, colabora habitualmente con la policía. Sabe qué buscan y qué hacer para evitar que lo encuentren. —Charles se detuvo.

De repente, no le pareció tan descabellada la idea de que Arthur pudiese haber contratado a alguien para ejecutar a Chastel. Pero tuvo que desestimarlos. Sunny también había muerto. Un lobo nunca mataría a su propia pareja.

Aun así, no pudo evitar la tentación de soltar el cebo.

—Quienquiera que haya avisado a la policía, lo ha hecho demasiado tarde. Si lo hubiese hecho inmediatamente después del asesinato, podría haber funcionado. —Meneó la cabeza—. Creo que eso es lo que me ha estado inquietando más. La incompetencia. La mayoría de los lobos son buenos cazadores. Los vampiros intentaron matar a Anna; de hecho, fue justo antes de venir a cenar aquí. No lo consiguieron, y perdieron a dos de los suyos en el intento. Michel, uno de los lobos franceses, estaba con Chastel cuando este fue asesinado. Le dieron por muerto. Pero sobrevivirá, y cuando se recupere, espero que nos cuente qué dijeron los vampiros cuando los atacaron. Puede que sepa quién los contrató.

—¿Contrató?

—Son mercenarios. Contratados para venir a Seattle y hacer, como mínimo, tres cosas. —Charles las enumeró con los dedos—. Secuestrar a Anna. Matar a Sunny. Y matar a Chastel de un modo salvaje y violento, algo que la policía etiquetara inmediatamente como «Monstruoso».

Charles murmuró pensativamente.

—Los vampiros no son los incompetentes. Si hubiesen sabido a qué se enfrentaban cuando intentaron secuestrar a Anna la primera vez, lo habrían conseguido. Alguien subestimó la escolta que envié con Anna, creyendo que solo sería problemático el segundo de Angus, Tom. La muerte de Chastel fue... una obra de arte. Cualquier humano que lo hubiera presenciado, o que viera una simple fotografía, no lo olvidaría durante el resto de su vida. Pero la persona que debía llamar a la policía lo ha hecho demasiado tarde.

Charles había estado observando a Arthur por el rabillo del ojo. Aunque su rostro solo parecía mostrar un educado interés, su cuerpo se había ido tensando de ira durante su parlamento.

—Incompetente —repitió. Y vio cómo Arthur apretaba el puño.

Arthur.

Su padre se había mostrado receloso por la muerte de un Alfa hacía unas semanas en Londres. Un hombre lobo duro y dominante, decapitado en un accidente de coche. Un accidente que podría haber sido premeditado.

Charles continuó paseándose por la habitación, ignorando completamente a Arthur, como si no estuviera allí. Para que Arthur no descubriera que acababa de delatarse.

Eliminar a Chastel tenía sentido; era una amenaza para Arthur. Le impedía expandirse por Europa. Su muerte dejaba un gran vacío, y Arthur no hubiera tenido ninguna posibilidad en un enfrentamiento directo. Pero tampoco podía limitarse a asesinarlo y dejar el caso abierto; si alguien descubría que lo había asesinado de un modo tan cobarde, nadie le hubiera seguido. Arthur no era Bran, no era lo suficientemente fuerte como para gobernar todo un continente solo con su poder; necesitaba a sujetos obedientes. Necesitaba cargarle el muerto a otra persona.

Charles no creía que Arthur sintiera un especial interés por la decisión que había tomado su padre. Era precisamente el tipo de lobo carismático que Bran planeaba ofrecer en primer lugar a los medios de comunicación. Sin embargo, hacer que el asesinato de Chastel pareciera diseñado para atraer a la opinión pública podía ser un modo de desviar la atención. Había muchos lobos descontentos con los planes de su padre. Después de todo, Bran jamás creería que Charles hubiera matado a Chastel; por tanto, Arthur necesitaba a un culpable anónimo que ofrecerle a Bran. Alguien que contratara a los vampiros y desapareciera sigilosamente.

La carnicería era... una especie de declaración. Chastel era un bárbaro y él, su superior. Era incapaz de ver las similitudes. Desde su punto de vista, un bruto que mataba por placer era un ser incivilizado. Arthur no lo había hecho por placer.

Chastel ejercía su dominio aniquilando a todos aquellos que cuestionaban su posición, y aterrorizando al resto. Arthur... había iniciado su gobierno eliminando a todos los Alfas de Gran Bretaña y después había detenido la purga. O había encontrado un modo mejor de deshacerse de los lobos que continuaron cuestionándolo. A partir de ahí, lo dejaba en manos de Bran. Lo que a Charles le interesaba era que Arthur y Chastel parecían ser dos caras de la misma moneda: idéntico deseo de poder e idéntica despreocupación por proteger a los suyos. Por supuesto, Arthur no lo vería del mismo modo, aunque puede que tras el brutal método utilizado para deshacerse del cuerpo de Chastel sintiera la necesidad de dejarlo todavía más claro.

Sunny.

Si la razón para contratar a vampiros era la extrema dificultad de los hombres lobo para atacar a un Omega, contratarlos para matar a tu propia pareja, quien además era una Omega humana, se convertía en algo prácticamente imperativo.

Y, súbitamente, el intento frustrado de secuestro sufrido por Anna adquirió un nuevo sentido. Arthur disponía de un *jet* privado, aunque no era el único hombre lobo que lo tenía. Y Anna era quien Sunny podría haber sido. Una Omega. Valiosa no tanto por lo que era, sino por lo que los demás veían en ella. Una posesión de valor incalculable. Y, al contrario que Sunny, Anna viviría eternamente. Sunny había ido envejeciendo, como les ocurría a todos los humanos. El sufrimiento de Arthur en aquel tema había sido sincero. Por tanto, había hecho que la mataran para evitarse el sufrimiento. No obstante, por su reacción en el almacén, Charles estaba convencido de que Arthur había subestimado el sufrimiento que le provocaría su muerte. O al menos eso esperaba.

Con naturalidad, volvió a sacar el móvil y se dispuso a escribir un mensaje de texto.

—Había olvidado poner al día a mi padre —le dijo—. Ahora estará a punto de desayunar y no le gustan las interrupciones. Le escribiré un mensaje con las novedades de esta noche. Me llamará cuando lo considere oportuno. —Ninguna mentira hasta el momento. El mensaje de texto era simple: ES ARTHUR.

Mantuvo el teléfono de lado para que Arthur creyera que seguía escribiendo a su padre y tecleó otro mensaje para Angus. NO LLAMES. ENVÍA REFUERZOS. ARTHUR ES EL VILLANO. Un poco melodramático, pero corto y simple; imposible que Angus lo malinterpretara. Apretó ENVIAR.

No tendría problemas para dominarlo. Arthur no había sido lo suficientemente fuerte como para enfrentarse a Chastel. Pero Anna y Alan Choo estaban en la casa y necesitaban la mejor protección que pudiera ofrecerles, lo que significaba refuerzos.

—Buscabas una ganzúa, ¿no? —dijo Arthur.

—Sí.

—Tengo algunas ahí —dijo señalando con la cabeza la habitación de los tesoros—. Estoy recogiendo las cosas, no tengo intención de regresar a esta casa.

Charles le siguió a la habitación, la cual tenía el aspecto que imaginaba tras su comentario. Los tapices ya no estaban colgados en la pared, sino instalados en marcos para evitar que sufrieran daños y encajados en las típicas cajas de madera que los museos utilizaban para trasladar obras de arte. Una caja de madera más pequeña ya había sido embalada. Lo único que faltaba por recoger era la caja con la espada.

—Lo entiendo todo menos una cosa —dijo Charles mientras recorría con el dedo la madera que protegía la vieja espada—. ¿Cómo lograste que Dana incumpliera su promesa?

Levantó la cabeza y vio cómo Arthur se quedaba prácticamente inmóvil. La expresión del lobo británico... cambió sutilmente, perdiendo casi todo el peso del sufrimiento.

—Del mismo modo que conseguí que los vampiros me obedecieran. Ofreciéndole algo que deseaba. —Arthur sonrió—. Aunque creo que ni siquiera eso habría funcionado si tú no la hubieras provocado.

—¿Y cómo hice eso? —En cuanto terminó de decir aquello, recordó la intensa reacción de Dana ante la pintura que le llevó de parte de su padre. Aquel lugar que en otro tiempo había sido suyo ya no existía, y Bran pretendía regalarle el recuerdo, aunque tal vez ella se lo había tomado como un insulto.

Arthur levantó las manos de un modo muy teatral.

—¿Cómo quieres que lo sepa? No es muy difícil ofender a un feérico. Y respecto a lo que le ofrecí... —Hizo un gesto en dirección a la espada.

—No es *Excalibur* —dijo Charles—. Cuando descubra que en realidad no la tienes, se ofenderá.

Arthur acarició con los dedos la caja y deslizó un trozo de madera más oscura de uno de los extremos.

—No hay nada mejor que ocultar algo a plena vista.

La espada que extrajo del compartimento oculto no era la misma que había estado expuesta pero se parecía mucho. Ambas eran armas auténticas que nada tenían que ver con las réplicas que aparecían en las películas. En cuanto la espada oculta abandonó la caja, Charles notó cómo se le erizaba el vello de la nuca.

Desconocía si se trataba o no de *Excalibur*, pero de lo que no le cabía ninguna duda era de que aquella espada era feérica: pudo sentir su magia en la piel, incluso pudo olerla.

Charles sabía que Arthur era un experto espadachín. Había aprendido esgrima y había recibido el mismo entrenamiento en artes marciales que él. Tenía un buen equilibrio, y por el modo en que sostenía la empuñadura —ni muy ceñida, ni demasiado floja—, todo aquel adiestramiento no había sido en balde.

No le habría preocupado una espada, pero aquella espada... Lo más probable es que Charles fuese hombre muerto. Pero Angus llegaría con los refuerzos. La suficiente ayuda para que, incluso con la espada, Anna estuviera a salvo. Lo único

que debía hacer era distraer a Arthur todo lo posible. Y a Arthur le encantaba alardear.

—Anna no irá contigo —le dijo Charles—. Nunca se quedaría a tu lado. Esperará hasta que bajes la guardia y te rebanará el pescuezo.

Arthur sonrió.

—No crees en la reencarnación, ¿verdad? Ni en el destino. Vine aquí para matar a Chastel y a tu padre. Con Chastel tenía una solución. Para tu padre, necesitaba algo más.

—¿Por qué mi padre?

Arthur le miró como si le creyera estúpido.

—Porque yo soy él. El rey Arturo. Mi destino es convertirme en el Alto Rey.

Loco de atar, pensó Charles.

—Pero mi padre no vino.

—No —dijo Arthur—. El destino es sinuoso. ¿Sabes quién es Dana?

—Obviamente estás a punto de decírmelo —dijo Charles secamente.

—Me pregunto si tu padre lo sabrá. Esto es a lo que me refiero cuando hablo de destino. Yo, quien fui Arturo, encuentro aquí a Nimue, La Dama del Lago. Hace unos veinte años descubrí que vivía aquí, en Seattle; de hecho, fue la primera vez que la vi. Supe que llegaría un día en que sería importante, por eso le compré esta casa a Sunny.

Obviamente, pensó Charles, no le iba a costar mucho que Arthur continuara con su monólogo.

La sonrisa de Arthur se volvió maliciosa.

—No encontré a *Excalibur* en una excavación, aunque a eso me dedicaba en aquel tiempo. En Cambridge trabé amistad con un chico cuya familia provenía de la antigua nobleza de Cornualles. Unas Navidades me invitó a su casa, donde descubrí que llevaban tantos siglos custodiando un tesoro que ya no lo recordaban. Tardé mucho tiempo en encontrarlo, oculto bajo una losa en las caballerizas. Una espada en la piedra, podría decirse. —Rio ante su propia ocurrencia—. La hermana pequeña del chico se parecía lo suficiente a Dana como para ser su hermana gemela. —Con la mano libre, se frotó el pulgar con dos dedos—. Tras investigar un poco, las conjeturas se confirmaron. Por tanto, cuando encontré a Dana, supe que estaba en posesión de algo con lo que podría sobornarla. —Hizo oscilar la espada con elegancia—. No tenía ni idea de que continuaba bajo la piedra en que la dejó hasta que se la mostré... una fotografía. No soy tan estúpido.

—No puedo darte la razón en eso —dijo Charles—. Has cometido bastantes estupideces hasta el momento. Aunque creo que intentar sobornar a un Señor Gris se lleva la palma. Nunca has tenido la intención de entregarle la espada.

Arthur hizo una inclinación de cabeza para indicarle educadamente que había dado en el clavo.

—Tendría que haber aceptado mi primera propuesta. *Excalibur* no es lo único que encontré. Tengo otras armas. Le ofrecí la daga, pero ella se negó y dejó bastante claro

que me perseguiría «hasta los confines del mundo», si no recuerdo mal. Yo sé quién es ella pero ella no me conoce a mí. No cree que sea Arturo.

A Charles no le extrañó lo más mínimo.

—Pero mi padre no vino.

—No, viniste tú en su lugar. Y la trajiste contigo.

—¿A Anna?

—A Ginebra. Mi dama blanca.

Y entonces Arthur demostró no ser tan estúpido como Charles empezaba a creer. Atacó sin telegrafiar el movimiento, mientras Charles intentaba asimilar la idea de que quisiera a Anna porque estaba convencido de que era suya.

La espada le atravesó el estómago pero no sintió ningún dolor. Solo que se quedaba sin fuerzas, sin la capacidad de moverse.

Oyó el grito de Anna, pero toda su atención estaba en el frío acero que amenazaba con consumirlo.

Le fallaron las piernas y Arthur se postró a su lado.

—El mejor combate —le dijo— es el que termina rápido. Te conozco, Charles. Sentí una gran decepción cuando tu padre no vino. Pero entonces la vi a ella... a mi Ginebra. —Hizo una mueca—. Era mía y la tenías tú, como ya había ocurrido antes. Podría haberte matado limpiamente, ¿sabes? Pero quería que sufrieras. Lancelot.

—Lancelot no existió, estúpido.

Por un instante, Charles creyó que había sido él quien había dicho aquello. Al menos lo había pensado. Pero la voz era de mujer.

Dana.

Arthur retrocedió tambaleante y se puso de pie, y en el proceso, liberó la espada. En cuanto el acero abandonó su cuerpo, la sensación de frío desapareció. Charles se llevó una mano al estómago para detener en lo posible la pérdida de sangre. No le había atravesado completamente —Arthur quería que sufriera—, de modo que si conseguía no desangrarse, el Hermano Lobo podía curarlos. La herida no era muy grande; se curaría rápido.

El acero afilado, le dijo el Hermano Lobo, *corta más rápido, duele menos y se cura antes*.

Charles recurrió a la magia de la manada y recibió una respuesta inmediata. No era el Alfa, pero, si lo deseaba, su padre podía ofrecerle ayuda. Y Bran era un líder generoso. El dolor remitió. Sin embargo, aún no había llegado el momento de anunciar que sobreviviría. Todavía no. Permaneció tendido en el suelo, al margen de la acción. *No me prestéis atención. No soy una amenaza*. Si se lo proponía, Charles podía pasar inadvertido, aunque no tan bien como Bran; su padre había perfeccionado la técnica a la largo de los años. Es mucho más fácil pasar inadvertido, le gustaba decir a Bran, cuando todo el mundo está distraído con otra cosa.

—Dame la espada —dijo Dana.

—Me pertenece. —Arthur oprimió la empuñadura y se puso en guardia—. Desde el principio. Fuiste tú quien me la entregó... y una vez muerto, no fui yo quien te la devolvió.

Dana entró en el campo visual de Charles. Había renunciado al *glamour*, o tal vez había adoptado otro. La diferencia no era muy obvia, simplemente parecía más intensa. Y Anna tenía razón, era fascinante. *Bien. Mantén a Arthur ocupado.*

Charles retiró la mano, y tras comprobar que la sangre había dejado de manar, apartó la camiseta y se examinó la herida. Demasiado fresca para moverse aún, pero no faltaba mucho.

—La robaste —dijo Dana con una voz grave y cruel—. No te pertenece. Nunca te ha pertenecido. Puede que el Rey regrese, así lo anuncia la profecía. Pero no eres tú. Nunca lo has sido. No eres Arturo.

—No eres nadie para saber eso —le dijo Arthur—. Nuestro acuerdo termina aquí. Chastel no mató a Charles, como me prometiste. Y cuando Charles derrotó al francés, fuiste incapaz de encontrar otro modo de matarle. Fallaste. No te debo nada.

Dana levantó una mano.

—*Caladbog. Caledfwych. Excalibur.* La he depositado en las manos de grandes hombres, todos ellos reyes y héroes. Tus manos la profanan. Un cobarde que paga a otros para que maten por él, y que destruye a aquellos que son mejores, más listos y fuertes que él.

—No puedes arrebatármela —dijo Arthur—. Para eso primero tendrías que matar a Charles. Y no puedes hacerme nada mientras Charles siga con vida. Sé cómo funcionan los acuerdos con los feéricos.

Yo no estaría tan seguro, Arthur, pensó Charles. *Pensaba que mi padre había hecho un pacto con ella y mira cómo están las cosas. Excalibur era mucho más importante para ella que su palabra, y continúa siéndolo.*

—Bien —dijo Dana, y alargó una mano.

Y Charles tuvo la extraña sensación de caer redondo al suelo mientras estaba sentado y observando la escena. Lo que era mucho mejor que la fugaz visión que había tenido de su propia muerte.

—No puedes matar así —dijo Arthur, su voz repentinamente vencida por el terror. Levantó la espada como si pretendiera protegerse con ella de la magia de la feérica, lo que, si realmente era *Excalibur*, y cada vez estaba más seguro de que lo era, debería funcionar.

Arthur tenía razón, pensó Charles mientras se ponía en pie. Dana no podía matarle de aquel modo, pero sí podía pasarse todo el día enviándole visiones de muerte. Aunque la herida aún estaba muy tierna, era poco probable que volviera a abrirse cuando se moviera.

—¿Que no puedo? —preguntó Dana—. ¿Qué sabes tú de los feéricos? No tanto como crees. Si el acuerdo ha terminado, dame la espada.

Mientras Dana mantenía a Arthur ocupado, Charles se acercó sigilosamente a la caja. Aunque la espada que contenía no era *Excalibur*, seguía siendo una buena espada. Una réplica, pensó, forjada hacía mucho tiempo para proteger a la original. Abrió la caja y la empuñó, dispuesto a utilizarla para el propósito para el que había sido forjada.

Arthur se dio la vuelta para comprobar de dónde procedía el ruido, y por su expresión, Charles supo que ahora podía verle; o el ruido había roto la ilusión o Dana la había hecho desaparecer conscientemente.

—Arthur Madden —dijo Charles con solemnidad—. Por el asesinato de inocentes en el territorio del Marrok, has sido declarado culpable y condenado a muerte.

No pudo decir nada más porque Arthur levantó la espada y se abalanzó sobre él.

Puede que Arthur tuviera años de entrenamiento en artes marciales a sus espaldas, pero Charles había sido adiestrado por su padre, un hombre que había tenido que defender su vida con una espada en la mano. Charles era más fuerte, más rápido, y Arthur estaba aterrorizado.

Por otro lado, Charles nunca había utilizado una espada en un combate real.

Recuerda, la evocación de las palabras de su padre resonaron en su mente, *los lobos no podemos combatir como los humanos. Si te enfrentas a otro lobo y golpeas su hoja con todas tus fuerzas, partirás tu espada. Si quieres conservarla, esquiva las acometidas y busca el cuerpo, no el acero.*

La voz de su hermano también repiqueteó en su cabeza: *Esquivar es mejor que bloquear; menos arriesgado.*

De modo que Charles esquivó la primera embestida de Arthur. Mantuvo ambos pies en el suelo, moviéndolos rápidamente sobre la madera. Avanzó con pasos cortos, lo que le permitió disponer de un mejor equilibrio y cambiar de dirección con agilidad.

La habitación era pequeña y las espadas cortas. Esto significaba que había poco espacio para separarse del contrincante y que la lucha siempre era cuerpo a cuerpo.

—Estás muerto —dijo Arthur—. Te he matado.

—Me has acuchillado y te has regodeado en exceso —murmuró Charles mientras intentaba mantener a salvo su espada. Esquivando golpes, fintando, girando sobre sí mismo, dejando que Arthur hiciera todo el trabajo. El otro lobo parecía perder los nervios cuando no golpeaba nada, de modo que Charles se concentró en evitar a toda costa su espada.

—Me curo muy rápido de pequeñas heridas como esa. —No mencionó la magia de la manada; que Arthur saboreara el miedo.

Charles era consciente en todo de momento de Dana, quien se había alejado de la lucha y la observaba desde fuera de la habitación. Tomó la importante decisión de ignorarla. No era su aliado, ya no, pero se acabaría beneficiando si ganaba aquel combate. No le importaba lo que ocurriera con *Excalibur*. Puede que la feérica no hubiera cumplido con su palabra, pero él, y mucho más importante, su pareja, no

habían sufrido las consecuencias de aquella decisión. El Hermano Lobo seguía empeinado en hacerla responsable de lo que le había ocurrido a Anna, pero lo único que podría haber hecho Dana para evitarlo era revelarle las intenciones de Arthur.

Arthur estaba perdiendo baza. Sus precisos y rápidos ataques empezaron a hacerse aleatorios y descuidados. Charles aumentó el ritmo. Dejó de eludir y bloquear sus golpes de forma intermitente y empezó a lanzar acometidas: dos desde la izquierda, un giro y un bloqueo; derecha, izquierda, derecha, abajo y vuelta a empezar. Pautas aprendidas y depuradas a lo largo de los años, sin olvidar que la espada de Arthur probablemente era más resistente que la suya. Arthur no logró detener una de sus acometidas y en su pecho apareció una línea roja.

El dolor, o tal vez el miedo, le impulsó a devolver el golpe a ciegas, alcanzando de lleno la otra espada y haciéndola añicos. Charles aprovechó la energía del golpe para girar sobre sí mismo. Rodeó a Arthur por su flanco desprotegido y se agachó al tiempo que extraía el cuchillo que había ocultado en la parte de atrás de los vaqueros. Se lo clavó con toda la fuerza de que fue capaz en la columna vertebral, justo donde esta se unía al cráneo. Y el cuchillo, un utensilio caro y de buena calidad, se deslizó entre los huesos, atravesó la parte blanda y le seccionó la médula espinal.

Arthur cayó hacia adelante y la espada resbaló de entre sus dedos.

—Yo... —dijo Arthur antes de perder la capacidad del habla.

Charles recogió la espada feérica del suelo y, de un solo tajo, le separó la cabeza del tronco al lobo británico. Con la espada aún en la mano, se dio la vuelta para encarar a Dana.

—¿Sabías que pretendía matar a su pareja? —le preguntó.

Dana sonrió a modo de disculpa.

—Tenía la espada como rehén.

—Eso no responde a mi pregunta —le dijo—. Aunque supongo que la muerte de un humano no debe de significar mucho para ti. Su vida es tan corta de todos modos. ¿Cuánto valía su vida? ¿O la de Chastel? Él era un monstruo, ¿verdad? ¿Qué valor tenían todas esas vidas comparadas con una espada como esta?

—El sarcasmo no es lo tuyo —le dijo Dana con dignidad.

—No —dijo Charles—. Supongo que no. ¿Te contrató para que mataras a mi padre?

Dana asintió.

—Me negué hasta que me ofreció a *Excalibur*. La espada es mi responsabilidad, la razón de mi existencia... y ese loco la había encontrado.

—Y mi padre no vino. —Mientras tuviera la espada, Dana continuaría hablando. Y Charles quería conocer todos los detalles para poder informar a su padre.

—No. Sabía que Bran no vendría; me lo dijeron los elementos. Pero debía encontrar una razón para que ese loco trajera a *Excalibur*. Su fortaleza de Cornualles está protegida contra los feéricos; necesitaba que la trajera aquí. No pretendía llegar a ningún acuerdo con Arthur; solo recuperar la espada.

—¿No habrías matado a mi padre?

—Si no se movía de Montana, no. Y no lo ha hecho, ¿no es cierto? Pero entonces llegaste tú en su lugar, y trajiste algo contigo que Arthur deseaba más que la muerte de tu padre. Debía organizarlo todo para conseguir que Chastel te matara. Con ello, se conseguían dos cosas: que Chastel no estuviera en su mejor estado cuando aparecieran los asesinos contratados por Arthur y dejar libre a tu pareja para que Arthur la reclamara como suya.

Charles respiró hondo. No tenía motivo alguno para castigarla por sus fechorías. No había matado a nadie, no había derramado ni una gota de sangre, ni siquiera la de Arthur. La tentativa no era suficiente para actuar en su contra, ni tampoco la aversión que sentía por su catadura moral.

De repente, lo único que deseaba era darse una ducha para deshacerse de la sangre, del sudor y de la suciedad acumulada aquella noche. Abrió la mano hasta sujetar la empuñadura de la espada con un par de dedos y se la ofreció a Dana.

—Esto es tuyo. Arthur admitió el robo. Ten más cuidado la próxima vez.

La feérica la tomó con su mano izquierda. Los nudillos se le quedaron blancos mientras suspiraba como un amante finalmente satisfecho. Alargó la mano derecha.

—¿Sin rencores?

Charles se quedó mirando su mano y no sintió ningún impulso de aceptar el apretón. El rencor le corroía por dentro.

—Por favor —le suplicó ella.

Y Charles la aceptó finalmente.

—Mi padre querrá hablar contigo sobre todo esto. Faltaste a tu palabra.

Dana le apretó la mano y Charles bajó la mirada.

—Lo sé. Lo sé. Y no puedo permitir que ocurra. Nadie debe saberlo. Si nadie lo sabe, no ocurrirá nada. Lo entiendes, ¿verdad?

Por segunda vez aquella noche Charles se encontró de rodillas en el suelo sin saber cómo había ocurrido. Se miró la mano y vio que Dana aún no se la había soltado. Unas formas azuladas recorrían su piel desde la mano de la feérica.

Se desmoronó sobre un costado y empezó a ser consciente del dolor. No pudo abrir la boca.

—Si fueras humano, ya estarías muerto —dijo Dana. Se apartó del rostro un mechón de cabello que había escapado de su trenza—. Será más largo pero no dejará rastro. Tu padre sospechará, no me cabe duda, pero mientras nadie descubra que fui yo, estaré a salvo.

Se inclinó sobre él y le besó en la mejilla.

—Me gustas, Charles. Jamás hubiera llegado a un acuerdo con Arthur para matarte, pero tu padre me obligó a recordar lo que nunca podré recuperar, y eso es algo que solo puedo devolverle con tu muerte. Te dije que encontraría el modo de corresponder a su regalo.

El Hermano Lobo soltó un gruñido, pero el dolor le impidió moverse del suelo.

—Dile que llegaremos en unos catorce minutos —dijo en cuanto respondió la llamada—. Y, por muy tentador que sea, no tengo previsto perder el tiempo dando vueltas a la manzana, por lo que sospecho que la próxima vez que te haga llamar estaremos a unos trece minutos de ahí.

Alan sostuvo el móvil en alto para que Anna pudiera oír la respuesta.

—Sí, señor —dijo antes de cortar la llamada.

Anna sabía que debería disculparse, pero estaba fuera de sí. En cuanto comprendieron que el ruido que habían oído después de que Charles cerrara la puerta era un mecanismo de seguridad, y que la habitación en la que estaban era un bunker para contener a hombres lobo, habían descubierto que el móvil de Alan no funcionaba. Tardaron un buen rato en encontrar la estúpida caja negra que impedía realizar llamadas desde el interior de la habitación: un inhibidor de la señal por satélite.

Cuando contactaron con Angus, este ya estaba de camino, alertado por un mensaje de texto que le había enviado Charles. El Marrok estaba a una media hora de Seattle. Había tenido un mal presentimiento, y cuando Charles no había contestado a su llamada, subió al *jet* y puso rumbo a Seattle.

A aquel paso, pensó Anna, llegaría antes que Angus. Hacía unos diez minutos que el ruido se había detenido, según Alan, producido por el entrecocar de espadas. Unos ocho minutos desde que Charles bloqueara de tal modo el vínculo que lo único que Anna podía percibir era que estaba cerca e inmóvil.

Aunque las heridas se habían cerrado, aún sentía una picazón y algunas zonas dormidas. Se había envuelto el cuerpo con una sábana a modo de toga improvisada. Mientras recorría la habitación de un extremo al otro, las cortas cadenas que le colgaban de las muñecas y de los tobillos producían un alegre tintineo que la sacaba de quicio. Probablemente era aún peor para Alan, aunque no dijo nada.

Dieciséis minutos después de la última llamada, la puerta emitió un chasquido y se abrió.

—Lo siento —dijo Tom—. Nos ha costado un poco encontrar el dispositivo para abrirla. Estaba en la habitación donde Arthur guardaba sus tesoros.

—¿Charles?

—Moira está con él —le dijo.

Anna encontró a Charles tendido de costado y rodeado de trozos metálicos, sangre y vísceras. Moira estaba arrodillada a su lado, con las manos apoyadas en su hombro.

—He conseguido estabilizarlo, pero no podré aguantar mucho más. Alguien le ha lanzado un hechizo de muerte. Está luchando. Le ayudaré en lo que pueda.

Anna contempló su rostro. No estaba inconsciente. Tenía todos los músculos del cuerpo en tensión, las venas protuberantes, como si estuviera levantando pesos.

—¿Cómo lo detenemos? —A Anna le costó reconocer su propia voz. Lo único que sabía de la magia era que lo mejor era mantenerse lo más alejada posible de ella.

—Descubriendo quién lo hizo y obligándole a que retire el hechizo —dijo Moira—. O matándole.

—¿Puedes saber quién lo hizo?

Moira negó con la cabeza.

—Esto me supera. Ni siquiera sé si es brujería, magia feérica o algún truco de hombre lobo. Está demasiado enredado con su propia magia. Y nunca he visto nada parecido a la magia de Charles.

—Su madre era la hija de un chamán —dijo Angus.

—Y su padre tiene sangre de bruja —dijo Anna sin detenerse a considerar si Bran deseaba que se supiera. Aquello significaba que Charles tenía un potencial mágico mucho mayor que el de la mayoría de los hombres lobo. Puede que Moira pudiera recurrir a él para mantenerlo con vida.

Anna echó una ojeada a la habitación en busca de algo que pudiera ayudarle a descubrir lo que había ocurrido y a encontrar una solución: una espada rota, un cuchillo de cocina, el cuerpo de Arthur. Magia... los vampiros habían sido capaces de utilizarla, y todavía quedaba un vampiro suelto. O puede que fuese obra de la feérica.

—¿Cuánto tiempo? —le preguntó a Moira.

—Hasta que no pueda sostenerlo más —le dijo la bruja—. Una hora. Quizá dos.

—El Marrok está de camino —dijo Angus lúgubrementemente—. Si alguien puede arreglar esto es él.

Solo se había producido una pelea en aquella habitación. Quienquiera que hubiese dejado a Arthur en aquel estado, lo había hecho por sorpresa. Algo que un vampiro no habría lo grado jamás.

Necesitaba pensar. Necesitaba encontrar al responsable y matarlo.

—Si Charles no se equivocaba cuando te envió el mensaje de texto, cuando dijo que Arthur era el villano, eso significa que la mató él —dijo Anna—. Que mató a su propia pareja.

—O puede que lo hiciera la misma persona que ha hechizado a Charles —dijo Angus.

Anna examinó el cuello de Arthur y comprobó que se trataba de un corte limpio. Estilo ejecución, estilo Charles. No le dijo nada a Angus, pero su lobo estaba seguro: Arthur había matado a su mujer.

—Iré a ver si encuentro algo de ropa.

—Tienes la misma talla que Sunny —dijo Angus—. Supongo que no le importaría prestarte su ropa.

Siguió el rastro de la muerte hasta la habitación de Sunny. Ignorando el cuerpo tendido sobre la cama, se dirigió directamente a la cajonera y cogió un pantalón de chándal rosa chillón y una camiseta. En cuanto se vistió con aquello, se puso unos

calcetines y se calzó las deportivas de Sunny. Para su sorpresa, le iban como un guante.

Se encaminó a la puerta, se detuvo y miró el cadáver de la mujer.

—Mi marido se ha ocupado de tu asesino.

La boca de Sunny se abrió y tragó una bocanada de aire. Anna se quedó petrificada.

La muerta dijo:

—Anna Latham Cornick, pareja de Charles Cornick, Omega de la Manada de Aspen Creek. Loba. Hermana. Hija. Amante. Amada.

Los ojos de Sunny se abrieron, velados por la muerte, y giró la cabeza para mirar directamente a Anna.

—La que fue Nimue, Dama del Lago, y ahora es Dana Shea ha incumplido un acuerdo, no ha hecho honor a su palabra. Debe ser castigada, y te hemos elegido a ti para ser el instrumento de nuestra justicia. Te otorgamos el don de la Localización y esto. —La mano de Sunny se elevó, y en la palma sostenía una hoja un poco más larga que su antebrazo. La empuñadura era de hueso o de marfil, era difícil de precisar—. Toma a *Carnwennen* como instrumento. La vida de tu pareja como motivo. Nuestras armas como precio. El amor verdadero como recompensa. Recuérdale a la Caza Salvaje.

Anna no hizo ademán de coger la daga.

—¿Quién eres?

—Somos los Señores Grises. La que hace hablar a los muertos es la encargada de recoger los cadáveres del campo de batalla. —El cuerpo de Sunny se sacudió. La daga resbaló de su mano y cayó sobre la cama—. Date prisa o morirá. Y entonces tu única recompensa será la justicia y la venganza.

Los ojos de Sunny se cerraron y su cuerpo volvió a quedar inerte. Anna alargó la mano convencida de que Sunny le agarraría de la muñeca. Pero no ocurrió nada hasta que tocó la daga.

La magia se enredó en su mano, primero calentando la piel en contacto con la empuñadura y después enfriándola rápidamente. El don de la Localización, le habían dicho los Señores Grises, y la recompensa del amor verdadero.

—¿Dónde está Dana Shea? —preguntó. Y lo supo.

Capítulo 13

Anna bajó los peldaños de dos en dos y salió por la puerta como una exhalación, pasando junto a Tom y haciendo caso omiso del grito de Angus. Pasó junto a los coches aparcados y siguió corriendo hasta llegar a la calle, donde se encaminó en dirección al agua. Por supuesto, Dana se sentiría atraída irremediablemente por el agua.

—¿Adónde vas? —le preguntó Tom cuando la alcanzó.

—*Carnwennen* como instrumento —le dijo Anna mostrándole la daga.

Tom se tropezó pero volvió a recuperar el ritmo.

—Mierda feérica —dijo.

—Los Señores Grises —confirmó Anna—. *Carnwennen* como instrumento. La justicia como causa. El amor verdadero como recompensa. Sus armas como pago.

—Vaya —exclamó al tiempo que sacaba el móvil—. Sí, Angus. Los feéricos han contactado con ella. Imagino que la han enviado a por Dana; no creo que les interese lo más mínimo el vampiro que logró escapar, y ese era el otro sospechoso. No la entiendo muy bien, pero juraría que le han prometido que salvarán a Charles.

—Quédate con ella. Ayúdala si puedes. —Angus parecía frustrado—. Si le ocurre algo, me matará.

—¿Charles? —preguntó Anna a través de la neblina que la obligaba a alejarse cada vez más de él.

—Sí, Charles también, aunque me refería a Bran.

Anna dio un resoplido de impaciencia.

—Charles sigue con vida —dijo Angus—. Según Moira, si la responsable de esto es Dana, probablemente el hechizo se detendrá con su muerte. Pero los feéricos no son fáciles de matar.

—Oh, creo que la daga que le han dado los feéricos servirá —dijo Tom—. Apesta a magia. Y tiene hasta nombre. Las cosas feéricas con nombre normalmente pueden con todo. ¿Conoces una daga llamada... *Carnwennen*?

Angus repitió la pregunta para la única persona presente en la casa de Arthur que no podía seguir la conversación.

—Moira, ¿conoces una daga llamada *Carnwennen*?

—¿*Carnwennen*? —gritó Moira.

—Puede ser. Tom debe de haberlo entendido mal.

—*Carnwennen* era la daga del rey Arturo. Significa Pequeña Empuñadura Blanca. Con ella, Arturo derrotó a la Bruja Negra.

—Esta tiene una empuñadura blanca —observó Tom—. Aunque no me parece tan pequeña. La hoja es tan larga como su antebrazo. Podría incluso pasar por una espada

corta.

—No podía ser muy pequeña —dijo Moira después de que le repitieran la respuesta de Tom—. Arturo partió a la bruja en dos con ella.

Anna vio cómo Tom volvía a fijarse en la daga.

—Sí —dijo este—. Creo que serviría para algo así.

—Tened cuidado —le dijo Angus.

—Recuerda —dijo Moira, apremiante—. No confiéis en la feérica.

Anna frunció el ceño.

—El trol nos dijo lo mismo.

—¿Quién? —le preguntó Tom.

Pero a Anna le preocupaba más encontrar a Dana que aclararle sus palabras. Un sendero pavimentado partía de la carretera. Tom la cogió por el brazo, obligándola a detenerse.

—Anna, ¿te diriges al barco de Dana?

—No lo sé —le dijo ella, y señaló con el dedo—. Por ahí.

—Podríamos haber cogido un coche, ¿sabes? —dijo Tom mientras cerraba el móvil con una mano y se lo guardaba en un bolsillo.

Se equivocaba.

—No, nada de coches.

Tom enarcó las cejas.

—Por supuesto. Magia feérica, ¿verdad? Hierro frío. —Tom observó detenidamente las esposas alrededor de sus muñecas—. Pensaba que con eso estarías a salvo.

—Tengo que irme —le dijo ella con intensidad—. Ahora.

—Este es el Sendero Burke-Gilman —le dijo Tom—. Si quieres llegar al barco de Dana, el sendero conduce directamente a su muelle. Es una ruta más directa que por la carretera, y llamaremos menos la atención. No hay mucha gente que se dedique a hacer *footing* a esta hora de la mañana y en pleno invierno.

Y entonces le soltó el brazo. Dejó que decidiera ella.

Anna se decidió por el sendero y echó a correr, estirando las piernas y dejando que la caza guiase sus pasos. Aunque era la primera hora de la mañana, aún los amparaba la oscuridad; la oscuridad y el tenue resplandor de la luna. Quedaban pocos días para la luna nueva, pero aún había suficiente luz para cazar aquella noche.

Estaban llegando a los muelles cuando el hechizo se desvaneció. Distinguió a lo lejos el barco de Dana... y obligó a sus piernas a dejar de correr. En cuanto redujo el ritmo, no le resultó tan difícil detenerse completamente. La culpa fue de las esposas, dedujo, porque tuvo la sensación de recuperar primero el control de manos y pies y después del resto del cuerpo.

—¿Tom? —dijo entre jadeos.

—Gracias a Dios y a la Virgen María —respondió este—. Bienvenida.

—Magia —dijo Anna.

—Lo sé. ¿Qué te ha ocurrido?

Anna se lo contó, y a medida que hablaba, notó cómo iba recuperando el control de su lengua.

—Cadáveres parlantes, ¿eh? —dijo—. Qué desagradable. —Y, a continuación, llamó a Moira y Anna le contó a la bruja toda la historia, y supuso que también al grupo de hombres lobo reunidos alrededor del móvil.

—La que recoge los cadáveres... —Moira parecía exhausta—. Supongo que se refería a una de las Morrigan. Babd o quizá Nemain, Macha seguramente no. Lo siento, eso no es lo que interesa. Me cuesta concentrarme. Quieren que mates a Dana, pero ¿por qué?

—Incumplió su palabra —dijo Angus—. Quieren convertirla en un ejemplo. No me gusta que utilicen a Anna para hacerlo.

—La Caza Salvaje —dijo Anna—. Han convocado a la Caza Salvaje, si no recuerdo mal. Me costó interpretar algunas cosas, pero supongo que la caza debo de ser yo.

—¿Envían a un lobo en forma humana con una daga, por muchos poderes mágicos que tenga esta, para acabar con uno de ellos? —dijo Angus fatigosamente a quien fuera que le estuviera escuchando, o tal vez para él mismo—. No creo que tengan muchas esperanzas depositadas en ti.

Es Nimue, la Dama del Lago. El Hermano Lobo le habló con claridad por primera vez aquella noche. Su voz se parecía mucho a la de Charles, aunque no del todo, y vibró a través del vínculo que les unía.

Y tras las palabras, un torrente de información mudo. El dolor que intentaba ocultarle; o del que intentaba mantenerla alejada. La daga formaba parte del tesoro robado por Arthur, un tesoro que incluía a *Excalibur*, ahora en manos de Dana. Preocupación e instrucciones: regresa al apartamento de Arthur y espera allí al Marrok. No te acerques a Dana. Charles pensaba que estaba siendo utilizada para devolverle la daga a Dana, para que esta la pusiera a buen recaudo.

Charles pensaba que había sido enviado a modo de advertencia, y que en cuanto entregara el mensaje, sería destruida.

Y entonces el Hermano Lobo volvió a desaparecer... y el vínculo se debilitó.

—No confíes en la feérica —dijo Anna. Sabía que el Hermano Lobo estaba en lo cierto, pero ella era la única que podía oírlo. Por suerte, porque si no los demás lobos le habrían impedido hacer lo que debía hacer.

—Moira. ¿Cómo está Charles?

—No muy bien.

Ya lo sabía; lo había percibido mientras el Hermano Lobo se comunicaba con ella.

—¿Cuánto tiempo le queda?

—Podré ayudarle durante unos quince minutos más... después de eso, estará solo. Creo que está sufriendo mucho, y eso no le ayuda en nada.

—Si hubiera... —Anna tuvo que tragar saliva e intentarlo de nuevo—. Si hubiera estado muerto cuando llegaste a su lado, ¿podrías haber sabido qué le mató? ¿Que era un hechizo de muerte? ¿Un hechizo lanzado por un feérico?

—No —le dijo Moira—. Ahora no puedo saber quién lo hizo. Si estuviera muerto, ni siquiera sabría que fue la magia lo que le mató. Si Charles no hubiera estado combatiéndola...

—Y Dana no tenía modo de saber que tanto Angus como yo sabíamos que había incumplido el pacto al que llegó con Bran. Debía de creer que Charles era el único que lo sabía. —Estaba hablando consigo misma—. ¿Cuánto tardará en llegar el Marrok?

Ni siquiera estaba segura de que el Marrok pudiera ayudar en algo. Había aprendido que no era infalible, solo aterrador.

—Aterrizará dentro de diez minutos en Sea-Tac.

—Demasiado tarde —dijo antes de cortar la llamada.

—¿Qué planeas? —le preguntó Tom.

—Eso suena demasiado racional —le dijo Anna—. Estoy tocando de oído. Pero creo que esta es la única oportunidad de salvar a Charles. —O su muerte o la de Charles.

El móvil empezó a sonar.

Tom le echó una ojeada a la pantalla.

—Es Angus. Puede que nos dé el OK.

—¿Y si no?

Tom apagó el teléfono.

—¿Entramos juntos o quieres que te cubra las espaldas?

Anna se lo pensó un instante.

—Le gustan los hombres. Creo que será mejor que entres conmigo. —Volvió a mirarlo—. Pero déjame tu chaqueta. —La gente la subestimaba continuamente. Tal vez los Señores Grises también lo hubiesen hecho.

El agua bajo el muelle era negra, y Anna no tenía ningunas ganas de andarse con rodeos. Llamó a la puerta con los nudillos, contenta de tener a Tom a su espalda.

—¿Quién es? —La voz de Dana sonó como si estuviera justo su lado.

—Sabes perfectamente quién soy —dijo Anna sin molestarse en levantar la voz; Dana la oiría de todos modos—. Tengo algo para ti. Un regalo, una advertencia... tú decides.

—Estoy en el estudio.

Anna encabezó la marcha a través del barco y escaleras arriba hasta el estudio.

Las luces estaban encendidas y la escena general no se diferenciaba en mucho de la primera vez que había estado allí. Dana estaba trabajando en un cuadro que Anna no podía ver. El lienzo que le había enviado el Marrok estaba colgado en la pared izquierda, sin ninguna otra pintura a su alrededor. Una espada estaba apoyada en esa misma pared, pero más próxima a la pared del fondo que al centro de la habitación. Se parecía bastante a la que Arthur le había mostrado, a la que le había asegurado que era *Excalibur*. Por lo que le había dicho el Hermano Lobo, aquella debía de ser la auténtica. Su duplicado estaba hecho trizas en el suelo de la sala de los tesoros de Arthur, consumida tras defender la vida de su pareja.

—Los Señores Grises me envían para que intente matarte —le dijo Anna a la mujer feérica, quien aún no había apartado la vista de la pintura—. El Hermano Lobo está convencido de que soy una mensajera —continuó Anna— enviada aquí para advertirte de que si vuelves a hacer algo parecido, la próxima vez recibirás la visita de la Caza Salvaje. Cree que estoy aquí para traerte su regalo. Y que después me matarás. —Respiró hondo—. Creo que tiene razón.

La feérica levantó la cabeza. Era muy hermosa. Su belleza no era fría y perfecta, pero sí deslumbrante. La ira de aquella mujer debía de ser terrible, y sus dotes en la batalla, temibles. Anna sintió la misma fascinación por ella que la primera que la había visto.

Anna respiró hondo y cerró su mano derecha sobre la esposa metálica en su muñeca izquierda. Cuando volvió a mirarla, Dana seguía siendo hermosa, pero Anna ya no sentía como si su belleza intentara succionarla.

Dana sonrió, divertida ante los esfuerzos de Anna.

—¿Quién es el Hermano Lobo?

—Un amigo. —Anna no quería darle nada que pudiera utilizar en su contra—. Me han enviado a matarte, pero no contaban con el pequeño regalo que me hicieron los vampiros de Arthur. —Le mostró a Dana una de las esposas y movió un pie para hacer tintinear las cadenas—. Su fracaso me deja con unas cuantas opciones, como te ocurre a ti. Si te atacara y me mataras... quedarías a su merced, ¿no es cierto?

—Soy un Señor Gris, no respondo ante nadie.

—Cuando Charles muera, cuando me mates, el Marrok te dará caza. Solo te quedarán dos opciones: morir o huir del continente. Regresar a Europa. Vivir bajo su puño.

Los labios de Dana se crisparon por la ira y, si no le fallaba el olfato a Anna, por el miedo.

—¿No has dicho que me traías un regalo?

Dana solo pretendía cambiar de tema, juzgó. Pero ella era quien tenía el control de la conversación.

—Cuando proyectaste el conjuro de muerte, no eras consciente de que todos sabíamos que habías incumplido el pacto de proteger a todos los lobos presentes en la conferencia, ¿verdad? —Aunque tuvo que hacer un gran esfuerzo, Anna consiguió

dotar a sus palabras de cierta compasión—. Yo lo vi, Angus lo vio, y se lo contamos a Bran y a Charles. No es suficiente para una acusación formal. Sin embargo, si Charles muere de causas no naturales, serás la principal sospechosa a ojos de Bran.

La feérica dejó el pincel sobre la mesa y aprovechó la excusa para apartar la mirada. No obstante, Anna podía percibir más cosas por su olfato que por la expresión de su rostro. El olor del miedo era un viejo conocido. Dana no la temía a ella sino al Marrok. Bien. Con aquello tenía suficiente.

Anna rodeó la pintura sobre el caballete hasta colocarse a medio metro de la feérica.

—Nimue, Dama del Lago —dijo Anna, recurriendo a la parte de ella que calmaba y daba paz—. Retira el conjuro que está consumiendo a mi marido. Te doy mi palabra de que el mundo no conocerá tu engaño. —*Y mi palabra sí es honorable*, pensó, pero no lo dijo—. El Marrok no te perseguirá ni te enviará al exilio.

La feérica se quedó mirando fijamente el lienzo sobre el caballete. Picasso era una mejor opción que Vermeer, pensó Anna de un modo intrascendente. Ni siquiera los expertos sabían qué pretendía Picasso con sus obras. Nadie podía decirle a Dana que se equivocaba.

—No —dijo Dana con voz airada. Levantó una mano para señalar la pintura colgada en la pared, la que le había regalado el Marrok—. No he hecho daño a nadie en más de mil años. Mira lo que me ha hecho él. Cada vez que lo miro, siento... siento lo mismo que el día que tuve que abandonarlo. Juré ante Charles y ante ti que le devolvería el favor con la misma moneda. Que le haría pagar su ofensa con el mismo dolor que él me ha causado a mí. Yo perdí mi hogar, él pierde a su hijo. Yo regresaré a Europa y él...

Anna le clavó la daga que había mantenido oculta bajo la chaqueta de Tom. Entre las costillas y atravesándole el corazón, como había aprendido en su serie de forenses favorita.

Los ojos de la feérica se iluminaron por la sorpresa, solo un instante, hasta quedar completamente vacíos.

—No era la respuesta que esperaba —le informó Anna.

—No te muevas —dijo Tom antes de utilizar la espada que estaba apoyada en la pared.

Anna extrajo la daga de su cuerpo y la limpió con el trapo que encontró en la mesita de los pinceles. Intentó no pensar en lo que acababa de ocurrir y fracasó estrepitosamente.

—Con este, ya son seis cuerpos decapitados en pocos días —dijo con voz temblorosa, y odiándose por ello—. Y eso sin contar a los dos vampiros que matamos porque se convirtieron en polvo. Seis es suficiente, ¿no crees?

—Puede que en su caso no fuera necesario —le dijo Tom—. No tengo mucha experiencia matando feéricos. En principio, con el hierro frío es más que suficiente...

y esa daga parece tener una buena cantidad. Pero no quería arriesgarme y tocarme de nuevo con ella después de esto. Mejor asegurarse.

—¿Puedes... puedes llamar? —¿Habría llegado a tiempo? ¿Habría funcionado? ¿Charles seguiría agonizando mientras hablaba con Tom?

Tom le cogió el trapo manchado de sangre de la mano y, con unas eficaces pasadas, limpió también la espada. Cuando terminó, se la entregó a Anna y sacó el móvil.

—Hola, Moira —dijo—. ¿Cómo está Charles?

—Mejor. —Moira sonaba medio muerta—. Todavía no está bien, y tardará unos días en estarlo, pero el conjuro se disipó hace unos minutos. Sobrevivirá.

—Es lo que ocurre cuando dejas la negociación en manos de una Omega —comentó Angus—. Ni siquiera los feéricos pueden hacerle frente.

Tom miró el cuerpo de Dana.

—Supongo que sí —dijo—. Aunque no creo que nadie imaginara que las cosas terminarían así.

El trol, con su apariencia de vagabundo, les esperaba a la puerta. Estaba apoyado en el barco, fumando un cigarrillo y mirándose los pies.

Tom pasó por delante de Anna.

—Bueno —dijo el trol con voz suave—. Supongo que eso les enseñará algo. Nadie la creía capaz de hacer algo así, Señora. Especialmente con alguien como ella. —Apoyó la cabeza en el barco.

—Iba a matar a mi pareja.

El trol asintió.

—Y me temo que a ti también. Tendría que haber sabido que hay gente que se toma ciertas cosas muy en serio, sobre todo que intenten matar a su pareja. —Apagó el cigarrillo aplastándolo con el pulgar y tiró la colilla al agua—. Debo tomar posesión de...

Anna dio un paso adelante con la daga en una mano y la espada en la otra.

—No me pertenecen —dijo—. Y tampoco las quiero.

El trol retrocedió, pero con un rápido juego de pies evitó caer al agua.

—Ni se te ocurra acercarte con eso a mí. Por favor. Estoy aquí para tomar posesión del cuerpo. Para evitar que se descubra la muerte de la señora Dana Shea. —El trol pareció calmarse cuando Anna dejó de apuntarle con las armas—. Mucho mejor, eso es. Debo pedirlos que os ocupéis de eso un poco más. Alguien acudirá más tarde a recogerlas. Otra persona. —Y para asegurarse de que lo entendían bien, añadió—: Alguien que no soy yo.

—De acuerdo —dijo Anna—. Entendido.

El trol se quitó el abrigo que llevaba puesto.

—Puede que quieras envolverlas con algo. No es bueno que estén a la vista. Un poco de magia... y podría ocurrir algo malo.

Anna se lo agradeció con un asentimiento mientras Tom cogía el abrigo que les ofrecía.

—Me ocuparé de dárselo a quienquiera que venga a recoger las armas —dijo Tom—. Tal vez quieran devolvértelo.

El trol asintió una sola vez y entró en el barco.

—Trol —dijo Tom pensativamente antes de golpear dos veces con los nudillos en el lateral del barco—. Después de todo, parece ser que no era necesario que le cortara la cabeza. *Bon appetit.*

Debían de estar a mitad de camino, aunque Anna estaba demasiado exhausta para una buena estimación de la distancia recorrida, cuando vio un vehículo lujoso pero anónimo detenido en la encrucijada entre el sendero por el que avanzaban y una calle que lo cruzaba.

—Ya lo he visto —dijo Tom, interponiéndose entre Anna y el vehículo.

Consciente de la carga que llevaba, Anna no protestó. No quería la espada, pero tampoco quería que cayera en manos de la gente equivocada. Como el vampiro que había logrado escapar.

Se quedó a unos cuatro metros del vehículo y dejó que Tom llevara la iniciativa. Si en lugar de una espada fuera una pistola, pensó. Sabía cómo usar una pistola.

La puerta trasera del vehículo se abrió y apareció Bran.

Al ver que Tom seguía tenso, Anna echó a correr en su dirección, aunque lo único que consiguió fue arrastrar los pies un poco más rápido.

—No pasa nada, no pasa nada. Tom, te presento a Bran Cornick, el Marrok. Bran, este es Tom. No recuerdo su apellido, pero me salvó la vida.

—Tom Franklin —dijo Bran—. Gracias, Anna... —Agitó la cabeza—. No sé qué decir.

—Toma. —Anna le entregó el bulto con la espada y la daga—. Todo tuyo. Yo no las quiero. Se supone que alguien debe venir a recogerlas más tarde.

—Ah —dijo Bran mientras observaba el estropeado fardo—. No esperaba encontrarlas en un lugar como Seattle. —Bran parecía saber lo que eran pese a seguir envueltas en el abrigo.

Tom sonrió de oreja a oreja.

—Seattle es una ciudad con bastante... estilo. Nunca sabes qué puedes encontrar. Buena comida, gente simpática, antiguas armas de leyenda. Siempre es algo distinto.

—Subid al coche —les dijo Bran—. Todos van de camino a la casa de Angus.

—¿Y Charles? —Anna no pudo evitar la ansiedad que tiñó su voz.

—Quería acompañarme —dijo Bran—. Pero le dije que tendría que esperar hasta que pudiera valerse por sí mismo. También va de camino hacia allí, si no ha llegado

ya. —Subió al coche y Anna entró después de él, dejándole a Tom el asiento de la ventanilla.

Bran la miró con una sonrisa que iluminó sus ojos.

—No estaba muy contento conmigo. Ni contigo. Prepárate para unos cuantos gritos. Esta vez has conseguido asustarlo de verdad.

—No me parece justo —dijo Anna, aunque no le importaba mucho—. Me juego el cuello por él y me grita. —Charles estaba vivo, podía gritarle todo lo que quisiera.

—Te recomiendo que derrames alguna lágrima —murmuró Tom—. Se callará. A Moira le funciona.

—Arthur está muerto, Dana está muerta. Cinco de los seis vampiros están muertos —dijo Anna—. Solo queda suelto uno de los malos.

—No te preocupes por él —le dijo Bran—. Los vampiros locales le encontraron y se ocuparon de él. Parece ser que le enviarán la prueba a Angus.

—Bien —dijo Tom.

«Bien» no podía ser la palabra más adecuada, pensó Anna. «Bien» no encajaba del todo con cuerpos decapitados y personas muertas. Pero a ella tampoco se le ocurrió otra cosa.

Anna tenía que preguntárselo.

—¿Bran? ¿Podrías haber hecho algo para evitar que la feérica matara a Charles? ¿Tendría que haberte esperado? —¿*La he matado innecesariamente?*

Bran debió de intuir su auténtica preocupación.

—En un tribunal humano, a Dana solo podrían haberla acusado de conspiración en tentativa de asesinato. Charles ha confirmado que conocía las intenciones de Arthur de asesinar a Sunny, Jean Chastel, Charles. Ha estado a punto de matar a Charles. Tentativa de asesinato. —Bran negó con la cabeza—. No te lamentes por su muerte.

—Era la Dama del Lago —dijo Anna en un susurro.

—¿Y el hecho de ser famosa la hacía inmune a las consecuencias de sus actos?

Bran le puso una mano detrás de la cabeza y la besó en la frente.

—*Ego te absolvo*. Un poco de latín, querida. Te absuelvo de tus pecados. Lo has hecho bien. Para detenerla, habría tenido que hacer lo mismo que has hecho tú. Pero, en mi caso, habría sido demasiado tarde.

—*De duobus malis, minus est semper eligendum* —murmuró Anna—. Siempre es mejor escoger el menor de dos males.

Charles estaba sentado en todo su esplendor en un enorme sofá situado en el centro del amplio salón de Angus, mientras que las otras diez o doce personas presentes permanecían en el otro extremo de la habitación.

Anna examinó la escena.

—Muy bien —dijo—. ¿Dónde está el viejo cascarrabias?

Cuando Charles la miró, Anna supo que hubiera sido capaz de hacer mucho más que matar para volver a ver aquella sonrisa. Charles le indicó con la mano que se sentara a su lado pero Anna se decidió por su regazo.

—Ha sido una noche horrible —le dijo—. ¿Crees que podríamos dormir un poco?

Charles la besó. Un beso largo, envolvente, indiferente a la presencia de los demás. Cuando terminó, Anna se pasó la lengua por los labios y le dijo con voz jadeante:

—¿Eso es un no?

—Por ti sería capaz incluso de cazar dragones —le dijo él—. Supongo que encontrar una habitación libre será mucho más fácil.

Anna se apartó un poco, lo justo para poder contemplar su rostro.

—Dragones, ¿eh? Bueno, yo he matado a la Dama del Lago por usted, señor.

Charles le cogió la cara entre sus manos.

—Lo siento, Anna.

Te absorbe, pensó ella. Tan cerca de su calidez, de su piel, supo que podría volver a matar a la feérica si fuera necesario.

—Yo no —le dijo—. Te quiero.

—Tortolitos —dijo Angus con un suspiro.

Agradecimientos

Gracias a los jóvenes intrépidos y a sus máquinas voladoras por compartir con nosotros sus conocimientos: Clif Dyer de Sundance Aviation y John Haakenson, director aeroportuario y de operaciones del Puerto de Benton.

Y a los sospechosos habituales que leen el manuscrito cuando aún es malo para que no tengáis que sufrirlo vosotros: Collin Briggs, Michael Briggs, Dave y Katharine Carson, Michael Enzweiler (quien también hace un trabajo extraordinario con los mapas), Debbie Hill, Jean Matteucci, Anne Peters, Kaye y Kyle Roberson y Anne Sowards.

Y un gran agradecimiento a Cthulhu Bob Lovely por «Águila Veloz». Estoy segura de que Charles nos perdonará algún día.



PATRICIA BRIGGS (Montana, EE. UU., 1965) es una escritora estadounidense de fantasía. Su madre bibliotecaria le inculcó desde pequeña el amor a los libros y los cuentos de hadas. Al crecer, estudió Historia y Alemán en la Montana State University, y trabajó algunos años como profesora suplente. En 1990 comenzó a escribir y en 1993 publicó su primera novela, *Masques*.

En sus primeros años como escritora se dedicó a la fantasía épica con las series *Sianim*, *Hurog* y *Raven*. Sin embargo, animada por su editor, probó suerte en el género de la fantasía urbana. En 2006 publicó *La llamada de la luna*, primera novela de la exitosa serie *Mercy Thompson*, que no tardó en convertirse en un *best-seller*. En 2008 publicó *Cry Wolf*, el primer libro de la serie *Alfa y Omega*, ambientada en el universo de *Mercy Thompson*. También ha escrito relatos cortos para diversas antologías de fantasía urbana.

Actualmente vive en Montana con su marido, sus hijos y seis caballos, y allí se dedica a la escritura a tiempo completo.

Notas

[1] En español en el original (N. del T.) <<

[2] En español en el original (N. del T.) <<